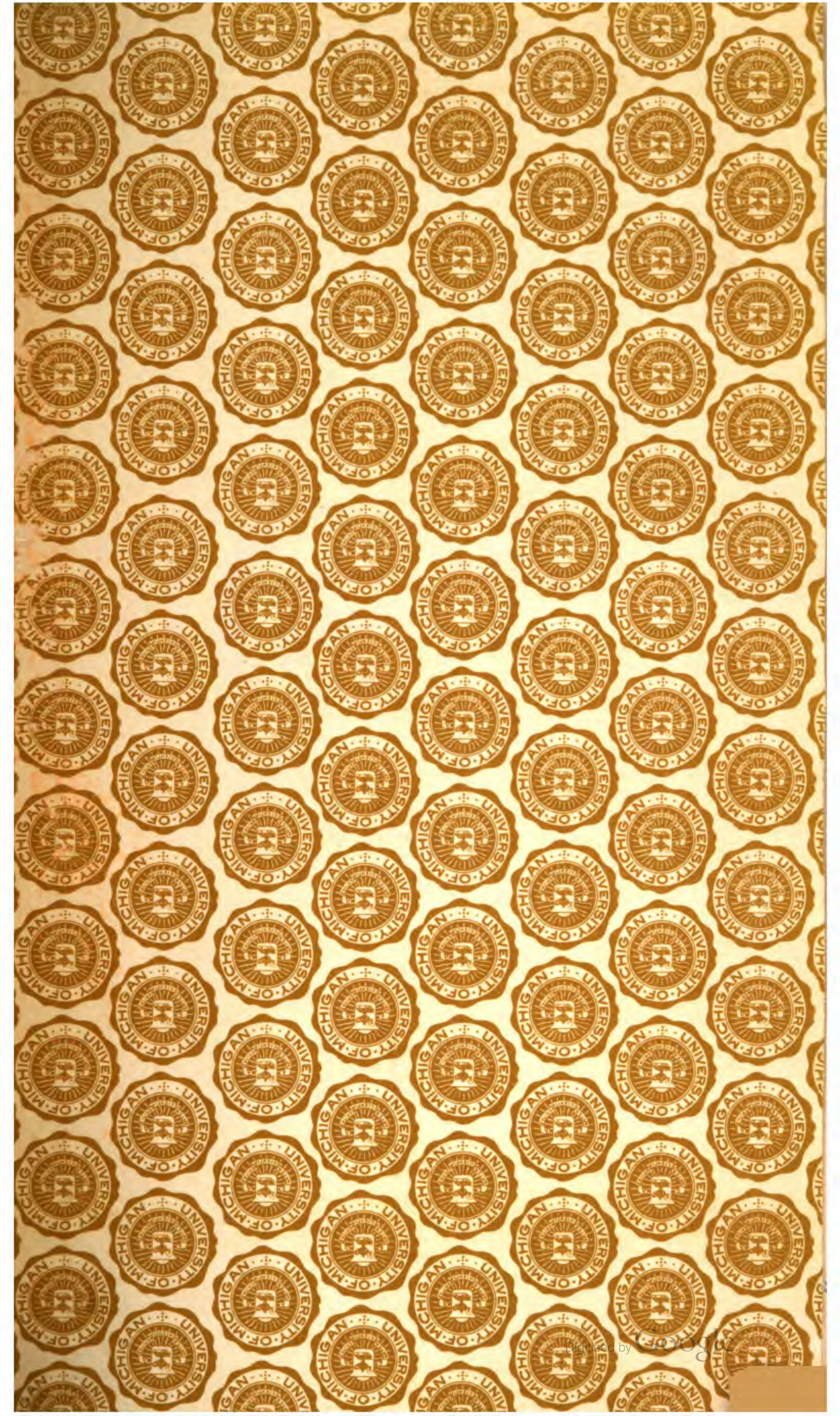

[redacted]
B 3 9015 00237 164 2
University of Michigan – BUHR


1817
ARTES
VERITAS
SCIENTIA
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR
SI QUÆRIS PENINSULAM AMŒNAM
CIRCUMSPICE
Digitized by Google


UNIVERSITY OF MICHIGAN

HISTORIA

DE LA

GUERRA DEL PACIFICO

POR

DIEGO BARROS ARANA

Ilustrada con planos i mapas

TOMO II.

(1880–1881)

SANTIAGO
LIBRERÍA CENTRAL DE MARIANO SERVAT
ESQUINA DE HUÉRFANOS I AHUMADA
1881

Imprent Gutenaberg.—Calle de Jofré, 42

TERCERA PARTE.

LA CAMPAÑA A LIMA

CAPITULO I.

Las repúblicas belijerantes despues de Tacna i Arica, junio de 1880.

Confianza del Perú en el triunfo de sus armas.—Decretos del dictador Piérola contra sus enemigos.—La prensa de la dictadura acusa a Montero de ser el culpable de las últimas derrotas.—Se desiste de esta acusacion.—Exajeraciones i errores con que la prensa de Lima contaba las batallas de Tacna i de Arica.—Algunas rectificaciones.—Seriedad de los documentos chilenos concernientes a la guerra.—La prensa estranjera subvencionada por el Perú.—Belicosa proclama de Piérola.—Llega a Bolivia la noticia de la derrota de su ejército.—Actitud del pueblo boliviano en los primeros dias que siguieron al desastre: Campero es confirmado en la presidencia de la república.—Las falsas noticias que llegan del Perú alientan de nuevo a los bolivianos i los estimulan a proclamar la continuacion de la guerra.—La actitud de Bolivia en el curso de la nueva campaña.—Establecimiento de la dominacion chilena en Tacna i en Arica.—Estado de la opinion en Chile despues de las últimas victorias.—La prensa pide la campaña sobre Lima.

El desenlace de la segunda campaña del ejército chileno en el Perú, los espléndidos triunfos alcanzados por su ejército sobre la alianza perú-boliviana en Tacna i en Arica, el bloqueo del Callao por la escuadra chilena i la impotencia del enemigo para resistirla, hacian esperar que la guerra del Pacífico encontraria allí su término, En Chile i en el estranjero se creyó así durante algunos dias; pero luego se supo que aun no habia llegado la hora

de cordura para los provocadores de esta sangrienta lucha.

En efecto, a juzgar por el tono de la prensa i de los documentos oficiales, en Lima no se perdia allí la confianza amplia i absoluta en el resultado definitivo de la guerra, en la superioridad del poder del Perú i en el aniquilamiento completo en que se consideraba a Chile apesar de sus victorias. Esta confianza, como veremos en el curso de esta historia, no era hija de esa resolucion suprema del patriotismo que está dispuesto a los sacrificios de todo órden para salvar a un pueblo de su desgracia. Nacia solo de una antigua vanidad nacional que hacia estimar a Chile como un rival despreciable e insignificante, de la ignorancia en que sistemáticamente se mantenia el pueblo sobre la marcha de la guerra i sobre la verdadera situacion del Perú, i mas que todo quizá, de la esperanza quimérica de hallar alianzas fantásticas que vinieran a encargarse de derrotar a los ejércitos victoriosos de Chile.

Antes de pasar adelante en la narracion de los hechos, debemos esplicar aquí cual era el estado de los ánimos en Lima en los momentos en que la guerra preparaba en el sur los grandes desastres de las armas peruanas.

Durante los últimos dias de la campaña de los chilenos sobre Tacna i Arica, es decir durante el mes de mayo de 1880, la prensa i el gobierno de Lima no habian cesado de manifestar la mas tranquila seguridad en el éxito de la guerra. Los diarios, en cuyas columnas no podia escribirse sino lo que era del agrado del dictador, publicaban de vez en cuando correspondencias finjidas,

que se decian escritas en Tacna, en las cuales se contaba algun combate de avanzadas en que los chilenos habian sido derrotados (1).

Un diario de Lima, *El Nacional*, decia a sus lectores el 22 de mayo que el ejército peruano de Tacna no tenia que temer de los chilenos sino alguna sorpresa o alguna acechanza mui poco probables: «Si hai un combate jeneral en debida forma, agregaba, lo que pudieramos llamar una gran batalla, tenemos la conviccion de que el triunfo se inclinará inevitablemente del lado de la alianza.» El gobierno de la dictadura peruana, por su parte, haciendo alarde de no abrigar ningun temor por la suerte de la campaña del sur, dictaba en esos mismos dias numerosos decretos mas o ménos relacionados con la guerra, pero estraños a los peligros del momento.

El dictador Piérola habia instituido una Lejion de Mérito, especie de órden de caballería con condecoraciones de tres clases, para premiar a los heroicos defensores del Perú. Debia tambien abrirse un rejistro denominado «El Gran Libro de la República,» en que se inscribirian las hazañas de aquellos. Por decreto de 28 de mayo mandó instruir un proceso sobre la pérdida del monitor *Huáscar* en el combate de Angamos, en octubre anterior, para inscribir en el rejistro referido la historia de ese combate; i sin esperar el resultado de este esclarecimiento, distribuia por el mismo decreto las con-

(1) Una de esas correspondencias, que se daba como escrita en Tacna el 23 de mayo, i publicada por la *Patria* de Lima, referia que el 12 de ese mes habia sido derrotada una division chilena por la «gran guardia» peruana. Se sabe que no solo no hubo tal derrota, pero que ni siquiera hubo mas combate de divisiones que la desastrosa derrota de las avanzadas peruanas el 18 de abril.

decoraciones de la lejion a los oficiales muertos en la defensa de esa nave (1).

Estas providencias, destinadas a exaltar la vanidad nacional, eran como se ve, del carácter mas inofensivo. No son así otros cinco decretos que llevan la fecha de 22 de mayo, i que revelan el espíritu político que animaba al dictador. Por uno de ellos se arrogaba el derecho de nombrar por sí solo su reemplazante o sucesor en el gobierno del Perú para el caso de hallarse él impedido temporal o absolutamente para atender a la administracion del estado. Por otro declaraba unido a su carácter de jefe supremo de la república el de «Protector de la raza indíjena,» «que ha sido i es aun en el pais, dice el decreto, objeto de desafueros i exacciones contrarias a la justicia i que reclaman eficaz reparacion;» medida con la cual el dictador creia afianzar su influencia sobre las clases inferiores de la sociedad, en las cuales estaba cimentado principalmente su poder. Finalmente, los otros tres decretos iban dirijidos contra sus enemigos políticos, el jeneral don Mariano Ignacio Prado, a quien despues de prodigarle todo jénero de ultrajes, privaba para siempre del título i de los derechos de ciudadano del Perú, condenándolo a degradacion pública tan pronto como pueda ser habido (2); el jeneral López Lavalle i otros oficiales que abandonaron a Iquique refu-

(1) Llama la atencion en este decreto el hecho de que miéntras se concedia al retrato o a la memoria de Grau la condecoracion de 2.ª clase de la Lejion de Mérito, se acordaba la de 1.ª clase a dos de sus subalternos. Justicia de los partidos políticos, sin duda.

(2) El jeneral Prado se hallaba en Nueva York cuando tuvo noticia de este ultrajante decreto. Inmediatamente firmó una violenta protesta que fué publicada en español i en ingles, en que justificando su conducta por haber abandonado el Perú en tan críticos momentos, re-

jiándose en los buques neutrales en noviembre anterior, a todos cuales degradaba para siempre del rango militar; i por último, contra los jefes i oficiales que despues del desastre de Dolores tomaron el camino de Arica, i contra algunos de los oficiales de la escuadra.

Estas medidas, dictadas al parecer para cimentar la

pite que lo hizo con autorizacion del congreso, con conocimiento de sus ministros, i con el propósito de buscar en el estranjero elementos con que continuar la guerra contra Chile. En esa protesta califica a Piérola de traidor a su patria por haberse aprovechado de las perturbaciones consiguientes a la guerra esterior para asaltar el poder, de «pobre hombre, descarado i ruin,» que aun en los grandes conflictos del Perú, «no olvida sus innobles i mezquinas pasiones,» i que apela a la persecucion de sus enemigos para disimular su ineptitud i el descrédito en que habia comenzado a caer en la opinion del pais. La protesta del jeneral Prado deja ver la conviccion profunda que abrigaba éste de que Piérola no era mas que un caudillo atolondrado i petulante, incapaz de salvar al Perú de la situacion en que se hallaba.

Esta protesta fué reproducida por los diarios de Chile, así como todos los documentos relacionados directa o indirectamente con la guerra. V. *El Ferrocarril* de Santiago, de 15 de agosto de 1880.

Posteriormente, el jeneral Prado publicó un manifiesto mas estenso para justificar su conducta i para hacer a Piérola las mas tremendas acusaciones. Se nos permitirá reproducir aquí algunas palabras de ese manifiesto que reflejan la opinion de los adversarios de Piérola.

«¿Cuál ha sido el provecho i cuáles las ventajas que la guerra i la administracion pública han reportado con la revolucion de Piérola? Ninguna, absolutamente ninguna. La guerra, de mal en peor cada dia, va llegando a un término fatal. La administracion pública es un párrago de contradicciones i de enredos, de ridiculeces i de desatinos, de injusticias i venganzas, de iniquidades i excesos. En verdad, no hai administracion en el Perú: lo que hai es la necia voluntad de un insensato. Sin una accion buena, sin un sentimiento jeneroso, son incalculables los males que ha causado i tiene que causar como necio i como malo. Este hombre (Piérola) nunca ha sido patriota ni ha prestado servicio alguno; sin dignidad ni mérito propio, se empeña de preferencia en hacer su negocio i en acumular sobre su persona títulos, oropeles i condecoraciones. Medrar a la sombra del poder, satisfacer ambiciones i venganzas personales, es toda la política de su gobierno. El nombre de Piérola será fatídico para el Perú. Sus hechos lo condenan: el castigo no tardará en venir.»

Aunque el manifiesto del jeneral Prado no tiene fecha, de su contesto se deduce que fué escrito en los últimos meses de 1880.

moralidad del ejército peruano, pero recaidas todas ellas en hombres que habian sido enemigos antiguos de Piérola, exaltaron, como debe suponerse, al partido político que lo habia combatido ántes i que ahora tenia que someterse a su dominacion. Acusaba éste a Piérola de no haberse levantado a la altura de la situacion solemne por que atravesaba el Perú, de no haberse sacudido de sus antiguos odios en presencia del peligro de la patria, i de querer sacrificar a Montero en el sur para desenbarazarse de un rival peligroso (1). Para los hombres de ese partido, que en su mayor parte pertenecian a las altas

(1) Como prueba de esta situacion, vamos a copiar en seguida una carta de una señora de la familia del contra-almirante Montero a otra señora pariente suya que residia en una provincia vecina.

«Lima, marzo 8 de 1880.—Querida N:—Con mucho gusto contesto tu carta i por ella veo estás bien lo mismo que N.

«No tienes una idea la vida tan angustiada que llevo hace mucho tiempo, esperando por momentos una desgracia en Arica. Montero i su ejército carece de todo: está desnudo, sin víveres, ni dinero tampoco tiene. Este titulado dictador no le hace la guerra a los chilenos sino a Montero: éste, lleno de patriotismo i creyendo que Piérola lo tiene. Este, todo su deseo es enriquecerse con la fortuna de todo hombre honrado, como verás por sus últimos decretos, i con ellos alucinar a este pueblo imbécil.

«Cárlos indirectamente lo hace salir el gobierno: dicen que hai en lista cuarenta, en los que figuran Candamo, Carranza, Alvarez, Miro i Riva Agüero i otros tantos. Aquí hai una odiosidad mui grande a este gobierno, como nunca lo ha habido a ningun otro; pero no hacen sino hablar. El espionaje es mui grande i con el mayor descaro.»

Los robos atribuidos al dictador a que alude esta carta, i de que tambien habla el jeneral Prado en su manifiesto, son los arreglos sancionados por los decretos a que hicimos referencia en la páj. 252 del primer tomo de esta historia. Con fecha de 18 de mayo, Piérola por sí i ante sí resolvia las cuestiones pendientes entre el tesoro del Perú i los antiguos consignatarios del huano en Europa, a los cuales el tribunal mayor de cuentas de Lima hacia cargos de la mayor consideracion. El fallo del dictador peruano era en todo favorable a los intereses de aquellos negociantes, amigos antiguos de Piérola, i, segun la opinion jeneral en ese pais, los suministradores de fondos para las diversas revoluciones que fraguó este caudillo durante las dos administraciones anteriores del Perú.

clases sociales, la campaña de Tacna iba a cerrarse con un nuevo desastre de las armas peruanas; pero esos hombres no podian espresar en público sus temores i su desconfianza. La dictadura les habia cerrado todos los caminos de la publicidad; i el populacho, enteramente adicto a la dictadura, no habria dejado de hacer sentir su venganza contra el que intentara combatirla.

Tal era el estado de los ánimos en Lima cuando llegó allí la noticia del desastre de Tacna. En otra parte hemos referido que en el primer momento la prensa quiso esplicar éste el suceso como una batalla que habia durado tres dias sin desenlace definitivo, pero en que todas las ventajas habian estado por las armas peruanas, cuyo triunfo completo no se haria esperar largo tiempo. La verdad no pudo ocultarse por muchos dias, i la misma prensa de la dictadura tuvo que declarar con mas o ménos franqueza que aquella habia sido una derrota espantosa.

En esos momentos, los mas ardorosos partidarios de Piérola quisieron atribuir al contra-almirante Montero toda la responsabilidad del desastre. «Miéntras no se pruebe lo contrario, decia *La Patria* de Lima el 8 de junio, toda derrota es una falta gravísima, de la cual es responsable el jefe. Esa falta necesita, pues, esclarecerse i repararse por la sancion. La derrota es por sí misma una formidable acusacion para los que presiden al desastre. Miéntras no prueben su inculpabilidad, la acusacion gravita sobre ellos i los abruma con su peso...... Los jefes derrotados son i deben considerarse reos: el pueblo tiene derecho para exijirles estricta cuenta...... No hai razon para que el pueblo peruano, nobilísimo,

patriota, abnegado i confiado, soporte resignado las bofetadas que permiten se le aplique en el rostro los que siendo sus adalides, sus centinelas guardianes del sagrado depósito de su decoro, no saben quedar en el campo, o clavarse la espada en el pecho como los vencidos de Roma...... Justicia sea i castigo sin miramiento. Esa es la única salvacion.»

Las amenazas que dejamos copiadas, iban dirijidas contra Montero; porque si bien es cierto que él no habia mandado en jefe la batalla de Tacna, en Lima se creia que él habia sido el verdadero director de la campaña, i ademas que el jeneral Campero se hallaba herido i casi moribundo. Pero esas amenazas produjeron el mas funesto efecto contra la dictadura. Montero pertenecia a un partido político mui numeroso i en su mayor parte compuesto, como hemos dicho, de hombres de posicion i de fortuna. Sin voz en la prensa, sin medio alguno de protestar en público, ellos sin embargo, se indignaron de esta venganza del dictador, i en sus círculos recargaron mas que ántes sus acusaciones contra éste. «El culpable del desastre, decian, no es el jefe que ha mandado nuestras tropas en la batalla, sino el gobierno que por un ruin espíritu de partido, se obstinó en sacrificarlo, negándole los ausilios que necesitaba.»

Ante esta tempestad que nacia, Piérola se vió obligado a ceder. Su prensa no volvió a hablar de los culpables de la derrota ni del proceso terrible con que se les habia amenazado. El dia siguiente, el 9 de junio, el mismo diario *La Patria* tenia otro tono. Despues de protestar enérjicamente contra los que aumentaban los obstáculos de la situacion con malévolas críticas i con inú-

tiles palabrerías, agregaba: «Nadie ha puesto jamas en duda el valor de nuestras tropas.» I en seguida, para distraer la atencion de esas peligrosas acusaciones, i para alentar las ilusiones populares, o para retemplar el patriotismo, segun la frase consagrada, ese mismo diario i los otros que se daban a luz en Lima, pasaban a demostrar que despues de la derrota, el Perú era mas poderoso que ántes, i que entónces como siempre era mas poderoso que Chile. «Aun no están agotados los elementos para llegar hasta la victoria, decia con este motivo. Tenemos mas elementos que ayer, i con ellos llegaremos al fin a triunfar, como debemos triunfar.»—«Chile, decia otro artículo, no puede soportar la prolongacion de la guerra. Si no le faltan recursos, le faltan hombres; i hombres i recursos le sobran al Perú para llevar la guerra hasta el triunfo definitivo.»

Aun no salia la poblacion de Lima del estupor que le habia producido el desastre de Tacna, estupor tanto mas comprensible cuanto que la prensa de la dictadura le habia hecho esperar una espléndida victoria, cuando llegó allí la inesperada noticia de que Arica, que se creia inespugnable, habia sido tomada por los chilenos. Inmediatamente se inventaron telegramas, correspondencias, i poco despues declaraciones de los 500 heridos peruanos que llevó al Callao un buque chileno, como referimos al terminar el capítulo anterior. Las esplicaciones que dieron los diarios acerca de este último desastre no solo eran absolutamente falsas por la estraordinaria exajeracion, sino de todo punto inverosímiles i absurdas.

Refirióse que los soldados chilenos que asaltaron a Ari-

ca pasaban de 9000; i que aun así no se atrevieron a atacar sino detras de parapetos, como si fuera posible asaltar una plaza permaneciendo los asaltantes adentro de sus trincheras, que como se sabe, los chilenos no podian tener en Arica. El asalto habria sido infructuoso sin la traicion de un oficial peruano que habia vendido a los jefes chilenos los planos de las fortificaciones i de las minas de la plaza. Bolognesi i Moore, que murieron a bala defendiendo el Morro, habian sido degollados despues de prisioneros, i sus cadáveres mutilados inhumanamente. Los jefes chilenos, sin esponerse a ningun peligro, alentaban desde léjos la matanza de los que se rendian. «Todos nuestros marinos, decian testualmente, los demas jefes, oficiales i tropa, han sido pasados a cuchillo despues de heridos i prisioneros en número de 2500. En Arica pasaron a cuchillo los infames chilenos a toda clase de estranjeros de toda nacionalidad, en número considerable, la mayor parte españoles e italianos, mujeres, ancianos i niños, saquearon i robaron la poblacion sin perdonar la vida a nadie.» «Los chilenos, decia ademas otro diario, asesinaron mas de 60 mujeres despues de profanarlas. A su ferocidad no escaparon estranjeros ni estranjeras, ni los niños del lugar.»

Se sabe la verdad sobre todos estos hechos. En Tacna, donde los dispersos peruanos habian hecho fuego sobre un parlamentario chileno, i donde habian comenzado el saqueo de las tiendas i almacenes, el cuerpo consular estranjero se habia presentado a uno de los jefes vencedores para pedirle que ocupase inmediatamente la ciudad, i pusiese atajo al robo i a los excesos de una soldadezca desmoralizada por la derrota; i en efecto,

una division chilena restableció el órden en la misma tarde.

En Arica, el soldado chileno, enfurecido contra un enemigo que no combatia sino detras de fortificaciones formidables, i que empleaba armas desleales i cobardes como las minas de dinamita, habria querido ser inexorable en su castigo; pero los jefes i oficiales contuvieron su ardor, i consiguieron su jeneroso propósito a tal punto que de los 2,200 a 2,300 defensores de la plaza, tomaron 1,328 prisioneros, de los cuales 118 eran jefes i oficiales. Las pérdidas de los peruanos en ese dia fué debida en no pequeña parte en la precipitacion i la impericia con que sus mismos oficiales dieron fuego a las minas, cuyas esplosiones causaron mas destrozos entre los defensores de la plaza que entre los asaltantes. Todavía hubo algunos jefes i oficiales peruanos que por huir de la refriega, se arrojaron cerro abajo en el Morro, i perecieron desastrosamente en su caida. Los marinos peruanos, que como se recordará, se rindieron sin oponer la resistencia heróica de que hablaba la prensa de Lima, fueron hechos prisioneros sin que entre todos ellos hubiera un solo muerto ni un solo herido. Los daños causados a la ciudad de Arica, fueron la consecuencia natural i lójica del combate, en que algunos puñados de defensores de la plaza, parapetados en edificios particulares, hacian fuego sobre los chilenos desde las ventanas, obligando a estos a incendiar las casas que se habian convertido en fortalezas peligrosas. Por último, los prisioneros i los heridos fueron tratados jenerosamente por los vencedores.

Tales son los hechos que debe consignar la historia

seria de esta guerra. Los informes oficiales de los jefes vencedores, revelaron a Chile estos hechos; i aquí debemos consignar la circunstancia de que el gobierno de este pais habia encargado siempre a sus subordinados que en ningun caso se le dijera otra cosa que la verdad, sin disimulo i sin exajeraciones. A esto se debe el que los ajentes de Chile, en el interior i en el estranjero, no hayan publicado nunca una noticia falsa, un solo triunfo inventado. De aquí ha provenido que despues de los primeros meses de la guerra, la prensa estranjera, i particularmente la de Europa i de los Estados Unidos, haciendo plena justicia a la lealtad chilena, hayan aceptado como verdad incuestionable toda comunicacion emanada de los ajentes oficiales de este pais (1).

Pero el gobierno i la prensa del Perú, obedeciendo a un errado sistema de publicidad, i creyendo, como decian, «retemplar el patriotismo,» publicaban a sabiendas esas falsas noticias, anunciaban triunfos imajinarios, resistencias heróicas que no habian existido, i crímenes i horrores que no se habian cometido. La prensa de Chile, por un exceso de desden por esas noticias, les daba publicidad sin querer refutarlas, i contribuia así a su mayor circulacion.

(1) En el estudio detenido que hemos estado obligados a hacer de todos los documentos relativos a la guerra, no hemos hallado uno solo de un carácter oficial, emanado del gobierno de Chile, que contenga un hecho que no sea perfectamente exacto. En algunas ocasiones, los ajentes del gobierno comunicaban noticias dudosas, recojidas de los escritos de la prensa peruana, pero tenian cuidado de advertirlo, de tal suerte que esta misma reserva sirve para esclarecer al historiador en sus investigaciones. En jeneral, la prensa chilena, tambien tuvo este mismo empeño en no comunicar sino noticias excentas de exajeraciones, i en rectificar los errores en que algunas veces la hicieron caer los informes equivocados de los primeros momentos.

El Perú tenia ademas otros medios de desarrollar este plan de conducta. A pesar de las penurias de su tesoro, que no alcanzaba para atender a las necesidades mas premiosas del ejército, sus ajentes en el estranjero tenian subvencionados algunos diarios en Buenos Aires, en Guayaquil, en Panamá, en la América Central, en Nueva York i hasta en Europa, para publicar noticias desfavorables a los chilenos, derrotas que éstos no habian sufrido, o atrocidades que no habian tenido lugar. Cuando los archivos del gobierno peruano cayeron en poder de los soldados, se vió con lástima la insensatez de un gobierno cuyas escasas rentas eran presa de la codicia de algunas empresas de publicidad que cobraban fuertes sumas por dar a luz cada una de esas falsas noticias, i aun por retardar la publicacion de las que no convenian al plan de la dictadura peruana. Mas adelante tendremos ocasion de hablar algo mas a este respecto.

El dictador del Perú, ante la situacion embarazosa que le creaban los nuevos desastres de sus ejércitos, quiso asumir una actitud franca i resuelta, dando a luz el programa de su conducta futura. Este fué el objeto de una arrogante proclama lanzada desde Lima el 14 de junio de 1880. Se sabe que los ejércitos peruanos derrotados i destruidos en Tacna i en Arica, habian pasado cinco meses fortificándose en sus atrincheramientos sin alejarse nunca de ellos ni siquiera unas pocas leguas. Se recordará, ademas, que para llegar hasta los campos fortificados en que se abrigaban los aliados, el ejército chileno tuvo que hacer la mas penosa campaña de tres meses, que ocupar valles insalubres que diezmaban a sus soldados, que atravesar desiertos horribles, que rendian

de cansancio i de sed a los hombres i a los animales, que cargar todos sus víveres i hasta el agua, que trasportar casi a manos sus cañones para llevarlos a las alturas, i que sufrir todas las penalidades de esa marcha abrumadora sin que el enemigo hubiera intentado nunca oponerse a su camino. Piérola, teniendo que hablar a sus gobernados de los desastres de su ejército, los refiere de una manera enteramente opuesta. Queremos copiar sus propias palabras: «Esos desastres, dice su proclama, solo pueden esplicarse por la impaciencia de nuestro ejército de encontrar al enemigo, lo que ha dado a éste, con grandes pérdidas, la inútil ocupacion de Tacna i Arica despues de la mas heróica i memorable resistencia.»

Despues de apreciar los hechos consumados con la verdad que revelan esas palabras, el dictador pasa a dar a conocer la situacion de Chile, i a hacer sentir a este pais el peso de su ira. «Chile, dice, labra con sus triunfos efímeros su propia ruina, i gasta en cada uno de los golpes que nos infiere, la fuerza que le podria servir para resistirnos mas tarde. Nuestros recursos están intactos. Los de ellos agotados, viven de lo que piden prestado para su propia ruina i la de las incautas personas que confian en sus estériles triunfos (1). Han jugado todo en un golpe de fortuna que les es completamente inútil, que

(1) Hemos referido en otra parte que el gobierno de Chile, desde los primeros dias de la guerra, resolvió no solicitar en el esterior empréstito alguno para no comprometer su crédito haciendo una negociacion que necesariamente debia ser mas o ménos onerosa. Sin embargo, en el Perú el gobierno i la prensa se obstinaban en creer que habia algunos negociantes de Londres que en secreto suministraban fondos a Chile. A ellos hace referencia Piérola en esta parte de su proclama.

los postra, i que nos hace levantarnos mas vigorosos i resueltos que ántes...... Mi deber es perseguir la recuperacion de nuestros derechos sin descanso; perseguirlos a cualquier costo, perseguirlos hasta obtenerlos. Me sostienen seis millones de hombres.»

Con esta amenazadora proclama, la actitud del dictador i de la nacion peruana, quedó bien definida. Se queria la guerra a todo trance i se hacia alarde de la confianza absoluta en una próxima victoria. En adelante, los diarios del Perú no hablarán de los triunfos de Chile sin acompañarlos de los calificativos de «inútiles, efímeros, ridículos.» Las amenazas de la inmediata venganza fueron mas ardorosas que en los principios de la guerra.

La actitud de Bolivia delante de los últimos desastres de la alianza, fué, a lo ménos en los primeros momentos, mucho mas seria i mucho mas digna que la del Perú. Allí no se pretendió engañar al pais con falsas noticias de batallas indecisas i de triunfos parciales. Desde luego se anunció la verdad entera i completa; i el pueblo la oyó con amargo dolor, sin proferir balandronadas estériles ni amenazas ridículas, i sin hacer acusaciones injustas o aventuradas a los jefes o a los aliados.

Bolivia habia hecho un esfuerzo supremo para reunir las tropas que habia hecho marchar al sur del Perú, sacrificios de dinero i de hombres, de tal suerte que si esas tropas no formaban un ejército respetable, eran cuanto se podia exijir del pais. Casi no habia familia regularmente acomodada en la república que no tuviese uno o mas de sus hijos en el ejército. La ansiedad que reinaba en las poblaciones del interior, era verdaderamente indescriptible; pero aunque, como era natural

todos deseaban la victoria, nadie se hacia grandes ilusiones sobre el resultado de la campaña. Del campamento de Tacna, al reves de lo que habia sucedido bajo el gobierno de Daza, no se enviaban a Bolivia noticias de victorias imajinarias en los finjidos combates de vanguardia, como las que se publicaban en Lima. Léjos de eso, las correspondencias del teatro de la guerra que daban a luz los diarios de La Paz, eran siempre exactas, i constituyen por esto mismo un valioso documento histórico que hemos consultado con provecho.

El 29 de mayo se esparció en la capital de Bolivia el rumor vago de una derrota. ¿Quién la habia llevado? Nadie lo sabia, i sin embargo, todo el mundo daba crédito a esa fatídica noticia. El dia siguiente llegaron al fin por diversos conductos informes circunstanciados, i luego el parte oficial del jeneral Campero, escrito en medio pliego de papel, en uno de los lugares en que pudo pararse a tomar algun descanso de las fatigas de la fuga. «El dia de ayer, decia ese parte, en una meseta situada a dos leguas de Tacna, camino de Sama, despues de un reñido i sangriento combate de cuatro horas, fué deshecho el ejército unido de mi mando.» Todo en ese documento, escepto la apreciacion del número del ejército chileno, era la espresion de la verdad. Campero terminaba esa corta comunicacion asumiendo la responsabilidad de la direccion de la campaña, i sometiendo su conducta al fallo de la convencion nacional. El contraalmirante Montero en su parte oficial al gobierno de Lima, habia intentado achacar a la division boliviana la culpa del desastre; i esta acusacion injusta fué consignada con toda claridad i en los términos mas duros, por

otros oficiales peruanos (1). El jeneral Campero no acusaba a nadie, i ántes por el contrario hacia igual elojio de peruanos i bolivianos.

La convencion nacional se reunió el mismo dia 30 de mayo. Despues de dar lectura en medio de un respetuoso silencio a los informes que hasta entónces se tenian acerca de la derrota, acordó allí mismo por 46 votos, sobre 64 votantes, confirmar a Campero en el puesto de presidente de la república, i en despachar una comision de tres de sus miembros para recibirlo en el camino. El pueblo de La Paz organizó a toda prisa una especie de ambulancia para ir a Tacna a atender a sus heridos i para trasladar a Bolivia a aquellos a quienes la jenerosidad de los vencedores permitiera volver a sus hogares.

Campero entró a La Paz en la tarde del 10 de junio, acompañado solo por sus edecanes. El pueblo salió a recibirlo tributándole casi los honores de vencedor, tales eran las muestras de respeto de que se le rodeaba. Los restos del ejército derrotado en Tacna llegaron pocos dias despues; pero la dispersion habia sido tan grande que el prefecto de La Paz tuvo que emplear la policía en perseguir a los desertores en los campos vecinos. Tanto los soldados como los heridos fueron saludados con toda la efusion de sentimientos que debia inspirar tan terrible desastre. En los discursos que entónces se pronunciaron, i en los primeros escritos de la prensa, no se hizo oir ninguna acusacion contra nadie sino

(1) Mas adelante publicaremos por via de nota una de esas acusaciones, la carta dirijida a Piérola por el prefecto de Tacna don Pedro A. del Solar, sobre el resultado de la batalla, i la cobardia de Campero i de los bolivianos.

contra Daza, que habia arrastrado al pais a esta funesta guerra.

Pero esa seriedad en la actitud de Bolivia no debia ser de larga duracion. Pasadas las primeras horas del dolor, como si con ellas hubiera pasado tambien la cordura de un momento, la prensa volvio a dar crédito i a dar circulacion a las noticias mas fantásticas que llegaban del Perú. Montero, decian, se ha reunido con Leiva en Locumba, i amenaza a los chilenos que han ocupado a Tacna. El Perú ha puesto treinta, cuarenta, cincuenta mil hombres sobre las armas. Los chilenos están perdidos i deben sucunbir en pocos meses mas. La prolongacion de la campaña los arruina irremisiblemente, luego el deber de la alianza es proclamar guerra, i guerra eterna a Chile. Los periodistas bolivianos, mui aficionados a las referencias históricas, comenzaron de nuevo a hablar de griegos i de romanos, de la Francia i de la Alemania; i en un tono altisonante i a veces incomprensible, declararon que estaban dispuestos a imitar a Mucio Scevola, que segun ellos, prefirió quemarse la mano ántes que firmar la paz.

Apesar de la grande adhesion que demostraban por la alianza, los estadistas bolivianos adoptaron un plan de guerra que importaba tanto como abandonar resueltamente a sus aliados del Perú a los nuevos desastres que se les esperaban. Ya desde ántes de terminarse la última campaña, uno de ellos habia propuesto como el mejor plan de guerra contra Chile, el de abandonarle todo el litoral, i retirarse al interior del pais, a donde el enemigo no podria llevar sus buques i difícilmente sus cañones. Despues de la derrota, este plan fué seguido reli-

jiosamente; i como vamos a verlo en las pájinas siguientes, en todo el resto de la campaña el ejército chileno no volvió a ver un solo soldado boliviano. El Perú en sus mayores conflictos no ha recibido tampoco de su aliado la menor cooperacion. Asi, pues, apesar de las entusiastas proclamas de Campero en que hablaba de hacer una guerra de ocho siglos, como la que sostuvieron los españoles contra los sarracenos, i de los escritos recargados de referencias históricas de sus periódicos, la paz de hecho ha existido entre Bolivia i Chile desde el dia en que los ejércitos de aquella fueron destrozados en las alturas de Tacna.

Las ilusiones de los aliados de que se habia hecho eco la prensa de Bolivia, carecian de todo fundamento serio. Los desastres de Tacna i de Arica habian sido de los mas abrumadores que recuerde la historia de estos paises. Los soldados peruanos, fujitivos de la derrota de Tacna, llegaron en el mayor desórden i quebranto al pequeño pueblo de Tarata, el 29 de mayo. Allí fueron reuniéndose unos 1500 soldados, destruidos por la fatiga i el cansancio, i casi desarmados i desnudos. Entre ellos habia un jeneral i veintitres coroneles, proporcion inconcebible entre jefes i oficiales en otros ejércitos, pero comun en los del Perú. El 31 de mayo celebraron esos jefes una junta de guerra; i reconociendo su absoluta imposibilidad de permanecer mas largo tiempo en ese lugar, determinaron continuar por las montañas su camino a Puno, i en seguida dirijirse a Arequipa. Esta retirada los obligó a soportar los mayores sufrimientos. El contra-almirante Montero se separó allí de los suyos, i siguiendo las marchas mas penosas que es posible ima-

jinar se dirijió a Lima. En la montaña inmediata a Tacna se organizaron algunas montoneras peruanas, pero las tropas chilenas dieron cuenta de ellas al cabo de pocos dias, apresando a los cabecillas i dispersando a los soldados. La dominacion chilena en esas provincias quedó tan tranquila como si nunca hubiese existido allí un solo enemigo. Arica fué abierto nuevamente al comercio, i Tacna quedó convertida en cuartel jeneral de los vencedores, i en centro de sus futuras operaciones.

En Chile, como es fácil suponer, la noticia de los triunfos de su ejército en aquellas dos memorables jornadas, causó un júbilo universal. Mas que la satisfaccion del orgullo militar de la república, se veia en ellas la aproximacion del término de una larga guerra que habia venido a distraer al pais de los tranquilos trabajos de la paz a que estaba habituado. No se queria creer que el enemigo llevase su insensatez hasta prolongar por mas tiempo una lucha estéril en que no habia cosechado mas que derrotas, i en que no debia recojer en adelante mas que nuevos i mayores desastres.

Pero la opinion pública de Chile se engañaba cuando creia que la razon no habia abandonado del todo a los aliados. Un dia, el 29 de junio, el telégrafo de Iquique comunicó a Santiago la arrogante proclama de Piérola de que hemos dado cuenta mas atras. Las amenazas del dictador del Perú produjeron las burlas de los diarios de Chile; pero ellas vinieron a probar que no era llegado aun el momento de la cordura para sus enemigos, i que era indispensable asestarles otro golpe mas duro i decisivo todavía.

¡A Lima! dijo la prensa i la parte mas ardorosa de la

opinion del pais. Solo en Lima obligaremos a nuestros enemigos a firmar la paz. Otros creyeron, sin embargo, que no habria necesidad de imponer al pais nuevos sacrificios de dinero i de sangre, i que la paz vendria por otros caminos ménos dispendiosos; pero nadie dudó del resultado feliz que debia tener esa operacion si llegaba a acometerse.

En prevision de cualquiera eventualidad, el gobierno mandó llenar las bajas que habian sufrido los cuerpos del ejército en la última campaña, movilizó nuevos cuerpos de guardia nacional, i renovó sus encargos de armas i de material de guerra a fin de estar prevenido para todo evento.

Ocurrió entónces en Chile una renovacion ministerial que por un momento pudo hacer creer a los aliados perú-bolivianos un cambio en la marcha política de su enemigo, o el resultado de algunas dificultades interiores. No habia nada de esto, sin embargo. El ministerio chileno, incompleto despues del repentino fallecimiento del ministro de la guerra don Rafael Sotomayor, renunció en masa a los pocos dias de las victorias de Tacna i de Arica, para dejar al presidente de la república en libertad de organizar su consejo de gobierno en la forma que mas le conviniera. Los nuevos ministros que llamó a su lado el presidente Pinto, estaban animados de los mismos propósitos que los que bajaban del poder, i obedecian a un programa idéntico, hacer una guerra seria a los enemigos de su patria para llegar a una paz honrosa i duradera.

CAPITULO II.

El proyecto de confederacion perú-boliviana, junio de 1880.

El Perú solicita en vano la alianza de la República Arjentina.—Instrucciones dadas al ministro plenipotenciario del Perú.—Mal éxito de estas negociaciones.—La legacion peruana en Buenos Aires contrae sus trabajos a exitar la prensa periódica contra Chile.—Buscando amigos contra Chile, el Perú celebra un tratado con España.—Ineficacia de ese tratado para los planes del Perú.—El dictador peruano propone entónces el proyecto de confederacion perú-boliviana.—Antecedentes históricos de esta confederacion.—Aun despues de celebrado el pacto de alianza secreta, Bolivia i el Perú estuvieron a punto de declararse la guerra en 1878.—El jeneral Daza hace proposiciones a Chile en 1879 para abandonar la alianza.—Odios recíprocos de peruanos i bolivianos durante la guerra.—Bases de la proyectada confederacion.—El consejo de estado de la dictadura peruana aprueba el proyecto; pero la opinion pública lo recibe mal.—En Bolivia es mal recibido.—Fracaso natural del proyecto.

Desde los primeros dias de la guerra, las repúblicas coaligadas del Perú i de Bolivia habian buscado por todas partes nuevos aliados que arrastrar a sus planes contra Chile. Hemos dicho en otra parte que apénas iniciado el rompimiento, en Bolivia se habia propuesto el plan de ofrecer a la República Arjentina tres grados del territorio chileno, desde el paralelo 24 hasta el 27, asegurándole así sesenta leguas de litoral sobre el Pacífico, en

el caso de que marchase con sus ejércitos a combatir hasta anonadar a los chilenos (1). Este proyecto, dijimos entónces, ni siquiera alcanzó a ser propuesto en debida forma.

Pero desde que el Perú, descubriendo el tratado secreto que los ligaba a Bolivia, tuvo que asumir el papel de belijerante, renovó estos esfuerzos en favor de nuevas alianzas, i despachó misiones diplomáticas a varios estados americanos. Sus mas firmes esperanzas estaban cifradas en la República Arjentina, que desde muchos años atras sostiene con Chile una enojosa cuestion de límites. Los estadistas peruanos estaban convencidos de que el gobierno arjentino no podia dejar de aprovecharse de los embarazos de Chile, empeñado en una guerra contra dos repúblicas aliadas, para obligarlo a aceptar las condiciones que se quisiera imponerle.

Este fué el objeto de una mision diplomática que el Perú, gobernado entónces por el jeneral Prado, confió a don Aníbal Víctor de la Torre; i removido éste por el dictador Piérola a principios de 1880, fué reemplazado por don Evaristo Gomez Sanchez. Ambos diplomáticos, antiguos ministros de estado en el Perú, llevaban el encargo de recabar del gobierno de Buenos Aires que se pusiera en armas contra Chile, o a lo ménos que simulase una actitud hostil que pudiera amedrentar a este pais.

Las instrucciones dadas a este último por el dictador Piérola con fecha de enero de 1881, eran del carácter mas reservado; pero ellas cayeron en poder de los sol-

(1) V. el tomo I, páj. 102.

dados de Chile, fueron publicadas, i nos permiten dar alguna luz sobre esta negociacion. Así, pues, comenzaremos por insertar íntegros sus principales artículos. Hélos aquí:

«1.ª Lo primero que se esforzará en conseguir es la alianza de la República Arjentina en la actual guerra que Bolivia i el Perú sostienen contra Chile.

«2.ª A este intento, ofrecerá a dicha república el dicidido apoyo del Perú en las cuestiones de límites que aquella debate con Chile, i aun jestionará cerca de Bolivia la cesion a la República Arjentina, por el lado del desierto de Atacama, de la parte del territorio que el jeneral Melgarejo cedió a Chile por el pacto de límites de 1866.

«3.ª Si la alianza pública sufriese objeciones de parte del gobierno arjentino, propondrá que se celebre en secreto, miéntras se completan los preparativos bélicos que se están haciendo en aquella república i, si ni aun esto se aceptase, tratará de obtener al ménos la promesa formal de ajustar la referida alianza, una vez que los mencionados preparativos se hallen terminados.

«9.ª Encarecerá a nuestro representante en el Brasil, la necesidad de insistir, ahora mas que nunca, en el mantenimiento de la neutralidad del Imperio, aun en el caso de que la República Arjentina, tome parte por el Perú i Bolivia, en su actual contienda con Chile.

«El espíritu de las presentes instrucciones es que se adquiera, en la mayor medida posible la cooperacion política i social de la República Arjentina, sin omitir medio ni sacrificio alguno, con tal de que dicha coopera-

cion sea positiva i eficaz; i que se proceda en este gran asunto sin tregua i con cuanta rapidez lo consienta la misma naturaleza de las cosas.»

Llaman la atencion estas instrucciones tres hechos diferentes que vamos a indicar. 1.° La ilusion de los mandatarios del Perú de creer que podian hacer servir a sus planes al gobierno del Brasil, al cual se le queria arrancar una declaracion de neutralidad que no tenia para qué hacer, i que en la forma en que se la pedian i en el momento en que debia darla, habria sido un estímulo para consolidar una nueva alianza contra Chile. El gobierno serio i discreto del Brasil se abstuvo hábilmente, como debia esperarse, de comprometerse en los planes i confabulaciones de la dictadura peruana. 2.° El Perú no escarmentaba todavía de andar estipulando tratados secretos, apesar de que la leccion que estaba recibiendo por haber celebrado el de 1873 debia haberlo correjido para siempre de esta peligrosa manía. 3.° El territorio de que habla el artículo 2.° lo poseia Chile no por cesion de Melgarejo ni de nadie, sino por derecho propio, indisputable i reconocido en todo tiempo i por todos los tratados i por todos los jeógrafos. El Perú i Bolivia habian inventado esta forma de reivindicacion para justificar el proyecto que concibieron desde los primeros dias de la guerra, como ya hemos referido, de quitar a Chile tres grados de su territorio para dárselos a la República Arjentina en pago de la cooperacion que le pedian para la guerra en que se habian empeñado. Conviene advertir que este ofrecimiento de territorio era de tal manera quimérico que, segun creemos, ni siquiera fué formalmente propuesto al gobierno arjentino, que en todo

evento, aun cuando hubiere aceptado la alianza, lo habria mirado con desprecio.

Hasta ahora no se conocen todos los incidentes de esta negociacion de carácter profundamente reservado; pero desde que los archivos del ministerio de relaciones esteriores del Perú han caido en manos del ejército de Chile, no tardarán en aparecer las mas curiosas revelaciones. En el momento en que escribimos se sabe con toda certidumbre que el gobierno arjentino no quiso tomar parte en la alianza perú-boliviana, i que se negó a representar la comedia de finjir que pensaba ponerse a la cabeza de un movimiento contra Chile; i se conocen las apreciaciones que esta conducta prescindente i honrada mereció a la diplomacia peruana. He aquí lo que a este respecto decia Gomez Sanchez a su gobierno en nota de 12 de noviembre de 1880.

«A medida que avanzo en el estudio de la política internacional arjentina, veo con mas i mas claridad, no solo que es egoista, sino, lo que es peor si cabe, que carece de plan, de prevision, de sagacidad i firmeza. Su egoismo está de manifiesto en la conducta que observó el gobierno Avellaneda con el Perú i Bolivia.

«No solo no dijo a Chile una sola palabra contra la conquista, las hostilidades ilícitas, las crueldades i destrucciones inmotivadas i bárbaras, pero ni siquiera encontró en mas de un año un medio de conciliacion que proponer a los belijerantes, i léjos de ello, concibió i acarició la idea de sacar partido de su exajerada neutralidad i de su silencio injustificable para conseguir la solucion ventajosa de las cuestiones de límites que tiene pendiente con nuestro enemigo.

«La falta de las condiciones que caracterizan una hábil política, se ha hecho patente en todo el curso de las negociaciones que su diplomacia ha sostenido con la de Chile a propósito de esas mismas cuestiones, durante la contienda del Pacífico.

«El gobierno arjentino pudo emplear el ardid de activar los tratados de alianza con el Perú i Bolivia, o el de hacer creer a Chile que iba a ponerse a la cabeza de un movimiento americano, i permaneció inactivo i sin dar síntomas de que se ocupaba de las cuestiones esteriores.

«Tuvo sobrado tiempo i oportunidad para esplotar la situacion de Chile o para llevarle la guerra por honrosa causa i con resultados seguros i gloriosos, i dejó pasar los dias i despreció las ocasiones, i no solo el honor i la gloria, sino el provecho.

«En la imposibilidad, pues, de seguir negociando, me he limitado en los últimos dias a insistir en que se aumenten las demostraciones bélicas que pudiera tomar Chile como síntomas de una próxima invasion del ejército arjentino, i a instar en que se activen los aprestos marítimos, pues he podido apercibirme de que el estado de la escuadra llamada a defender el Plata deja mucho que desear.

«Lo espuesto en este oficio, el conocimiento que voi adquiriendo de los hombres públicos mas eminentes, i aun la circunstancia de no estar terminados, pero ni siquiera bastantemente adelantados los armamentos, despues de tan largo período de preparativos, todo ello apoya los recelos i temores que abrigo de fracaso en mi delicada i trascendental mision.»

En todo el curso de su nota, el ministro Gomez San-

chez califica de bisoños i egoistas a los estadistas arjentinos, sin pretender siquiera suavizar sus espresiones. El crímen de que los acusa es simplemente el de no prestarse a servir al Perú en la realizacion de sus planes, i el de no cometer una deslealtad internacional aprovechando la situacion de Chile para arreglar sus cuestiones de límites.

Desilusionado en sus esperanzas de hacer entrar a la República Arjentina en la coalicion contra Chile, convencido de que el gobierno de este pais no se prestaba siquiera a aparentar una actitud belicosa que no queria asumir, Gomez Sanchez se limitó a continuar en la misma línea de conducta que se habia trazado su antecesor. Consistia ésta en hacer publicar en algunos diarios los artículos i las noticias que se escribian i arreglaban en la legacion del Perú, para que el tono amenazador de esos escritos, ya que no la actitud del gobierno arjentino, amedrentase a Chile. Pero, la publicacion de esos artículos, tanto en ese pais como en los otros en que habia ajentes del Perú, costaba tanto mas caro cuanto mas conminatorios eran; i llegó dia en que faltó el dinero para mantener esta guerra. «Como el tiempo viene cada dia mas estrecho para nosotros, decia tristemente con este motivo Gomez Sanchez en una de sus notas, me desespera el no tener en mis manos los recursos de que he menester (1).»

(1) Estas premiosas exijencias de dinero para subvencionar la prensa, para pagar banquetes i para otros objetos tan inútiles o superfluos como éstos, es el tema obligado de una gran parte de la correspondencia oficial que la legacion peruana en Buenos Aires dirijia a su gobierno. Se nos permitirá trascribir un pasaje de otra nota de Gomez Sanchez en que recaba de su gobierno que se provea a la le-

Hasta ahora no se conocen con certidumbre las exijencias que la diplomacia peruana llevó a otros pueblos americanos; i si desde entónces quiso tambien que otros gobiernos hicieran lo que pedia al gobierno arjentino,

gacion «de un fondo para gastos de imprenta» para cubrir los compromisos que tiene contraidos i para llevar al Brasil su propaganda contra Chile. Dice así:

«En esta capital, donde hai numerosos diarios, aunque algunos de ellos defiendan ya con entusiasmo nuestros intereses, hai otros, por cierto de mucha circulacion i crédito, que los dañan con una propaganda tan perseverante contra la intervencion de esta república en los asuntos del Pacífico, que se hace indispensable combatirlos, momento a momento, no solo en un diario enteramente nuestro, sino en otros que hasta hoi permanecen indiferentes o neutrales.

«Para que V. S. se penetre de mi situacion a este respecto, debo agregar, que en muchas ocasiones no he podido conseguir que se publiquen aquí los escritos que para combatir aquella propaganda nociva se han redactado en la legacion, teniendo que mandarlos a Montevideo, o que pasar por el sentimiento de que quedasen inéditos.

«Importaria mucho que en el Brasil, especialmente en Rio Janeiro, se ajitase la prensa, pues en su totalidad permanece muda respecto de nuestros asuntos. En aquel pais tan importante, i en el cual busca éste ayuda en el presente i para las eventualidades del porvenir, la prensa, i consiguientemente la opinion ha manifestado ántes de ahora simpatías por Chile, i, por tanto, interesa, hoi mas que ántes, trabajar mucho para atraernos aquel elemento, que nos daria el de la opinion; i, con el apoyo de ésta, la decidida cooperacion del gobierno imperial.

«Ruego pues a V. S. se digne tomar en consideracion este asunto, i remover los obstáculos con que en esta parte, tropieza mi mision.»

Los obstáculos con que tropezaba la mision de Gomez Sanchez, provienen, como lo dice en ésta i en otras notas, de la falta de fondos para subvencionar la prensa. Parece, sin embargo, que el gobierno del Perú, cuyos apuros financieros eran cada dia mayores, no se dió mucha prisa para remitir los fondos que se le pedian. Así se ve que en diciembre de 1880, Gomez Sanchez repetia que se hallaba acosado por el director de un periódico a quien se le tenia insoluta una deuda que databa de mediados de 1879.

No sabemos si la diplomacia peruana intentó efectivamente subvencionar algun diario en el Brasil para llevar adelante su propaganda contra Chile; pero si lo hizo, sus proposiciones fueron desatendidas. La prensa brasilera fué jeneralmente reservada en estas materias; i cuando llegó a espresar sus simpatías, éstas fueron siempre francas i esplícitas en favor de Chile.

esto es la adhesion franca i resuelta a la alianza perú-boliviana, o a lo ménos una manifestacion oficial de tal naturaleza que bastase para intimidar a Chile. Si estos fueron sus propósitos, los resultados de sus trabajos no correspondieron a sus deseos. En cambio, los ajentes del Perú consiguieron, mediante fuertes desembolsos de dinero, subvencionar muchos diarios en varias ciudades, publicar las noticias de triunfos que no habian existido jamas, i aparentar en casi toda la América una opinion decididamente hostil a Chile.

Pero el Perú, en los primeros meses de la guerra, llegó a lisonjearse con la esperanza de hallar aliados en Europa. A consecuencia de la guerra de 1865–1866, las cuatro repúblicas riberanas del Pacífico del sur, se hallaban en estado de entredicho con la España. En 1871, los representantes de Bolivia, de Chile, del Ecuador i del Perú, celebraron en Washington con el representante de España un pacto de tregua indefinida. Las cuatro repúblicas americanas estaban acordes en creer que solo de comun acuerdo podian reanudar sus relaciones con España.

El Perú, sin embargo, creyó que el estado de guerra con Chile, lo facultaba para proceder en esta materia sin el acuerdo de sus antiguos aliados; i con la esperanza de hallar un aliado mas o ménos eficaz en el gobierno español, resolvió ir a golpear las puertas de la corte de Madrid. Parece que esta medida fué aconsejada al Perú por algunos de sus nacionales que residen en aquella capital, quienes creian que la España no dejaria pasar esta ocasion de hacer algun mal a Chile, que siempre habia sido el mas obstinado en no reanudar sus relaciones con

la antigua metrópoli, o mas propiamente, en reanudarlas bajo ciertas condiciones. Sea lo que fuere, el ministro plenipotenciario del Perú en Paris, celebró allí con el embajador de España (14 de agosto de 1879) i sin la menor dificultadad, un tratado de amistad, comercio i navegacion, que el congreso peruano ratificó el 1.° de octubre siguiente, por aclamacion, i en medio de gritos de ¡Viva el Perú! ¡Viva España! Los poetas de Lima cantaron la reconciliacion, mas aun, la union de los dos pueblos, en los mismos versos en que maldecian a Chile llamándolo Cain, pirata, salvaje i galeote infame (1). Los estadistas peruanos se hacian las mismas ilusiones

(1) El distinguido escritor peruano don Ricardo Palma, publicó entónces unas cuidadas redondillas que son dignas de conservarse por mas de un concepto. Permítasenos reproducir aquí algunas de sus estrofas.

Jamas apagóse el sol
Que afectos mútuos concilia:
Siempre han sido una familia
El peruano, el español.

....

¡España! Nuestra memoria
Sabe que tus hijos fuimos,
I que, en una, confundimos
Tu historia con nuestra historia.

....

Unidos los pabellones,
En lazos que Dios bendice,
Siempre esa union simbolice
La union de los corazones.

I donde se eleve estraña
Voz de improperio maldito,
Sepa acallar este grito:—
¡Viva el Perú! ¡Viva España!

En España no despertó el mismo entusiasmo de improvisada fraternidad la celebracion del tratado con el Perú. La prensa no dió importancia a este hecho, i en la corte misma no fué objeto de la menor preocupacion, i aun fué mirado con cierta indiferencia mui parecida

que los poetas: la España, segun ellos, iba a suministrarles los elementos navales que no habian podido hallar en otra parte.

Pero el Perú debia sufrir en Madrid un desengaño mas perentorio del que entónces esperimentaba en Buenos Aires. Se hizo publicar en un diario español unos cuantos artículos contra Chile que no preocuparon a nadie; i cuando los ajentes oficiosos del Perú insinuaron la peticion de obtener buques o armas por medio de compras aparentes o reales, recibieron el rechazo mas terminante. A causa del estado de interdiccion en las relaciones entre España i Chile, no habia entónces en Madrid ningun ajente diplomático o consular de este último pais; pero una persona caracterizada que mantenia comunicaciones con él, recibió de quien podia darla, esta franca i esplícita declaracion: «El gobierno español no consentirá que de aquí se saque una bayoneta para servir contra Chile».

Sin embargo, despues de la captura del *Huáscar*, en octubre de 1879, algunos ajentes peruanos en Europa, alentados por las risueñas ilusiones, que han sido la enfermedad incurable de su patria en toda la guerra, esperaban organizar una escuadra poderosa en Turquía, en Italia i en España. El ministro plenipotenciario de Chile en Paris, don Alberto Blest Gana, se acercó entónces al embajador español, marques de Molins, para cercio-

al desden, segun se deja ver por esta anécdota comunicada por una persona bien informada de Madrid. El gobierno del Perú devolvió la ratificacion del tratado en una lujosa caja que podia valer algunos miles de pesos. Al verla, uno de los ministros españoles, dijo con la sonrisa en los labios: «¡Como se conoce que este es un pais de jugadores! No pagan sus deudas i gastan un dineral en estas zarandajas.»

rarse de la disposicion de su gobierno. Desde el primer instante, este alto funcionario garantizó la absoluta neutralidad de España; i como si esto no bastase, pocos dias despues le dió conocimiento de una nota del ministerio de Madrid, en que esa declaracion estaba consignada con la mas resuelta franqueza. En cumplimiento de esta promesa, el gobierno español impidió poco mas tarde la salida de Barcelona de un buque cargado de armas para los enemigos de Chile. Las esperanzas que el Perú habia concebido en sus negociaciones con España, quedaron así frustradas.

Dolorosamente desengañado en sus esperanzas de hallar aliados en América o en Europa, el gobierno peruano tuvo que reconcentrar su accion a los únicos elementos que podian suministrar los dos paises que mantenian la guerra contra Chile. Pero el dictador del Perú creyó que era posible alarmar profundamente a su victorioso enemigo i despertar la admiracion de la América entera con una creacion altamente prestijiosa. Con este objeto, proclamó la confederacion perú-boliviana, que segun los documentos públicos de esa época, estaba destinada a constituir el estado mas fuerte i poderoso del Pacífico.

Permítasenos, ántes de pasar adelante, abandonar por un momento nuestro plan de evitar en estas pájinas las digresiones de cualquiera naturaleza que puedan interrumpir la hilacion de la crónica de la guerra que contamos. Nos vemos obligados a agrupar aquí ciertos antecedentes que son indispensables para comprender bien los hechos que vamos a referir en este capítulo.

El territorio que en nuestro siglo ha constituido la república de Bolivia, formaba parte casi en su totalidad

del vireinato de Buenos Aires al terminarse la dominacion española. Aunque era conocido con el nombre de Alto Perú, entre él i el Bajo Perú, a pesar de la antigua mancomunidad o aproximacion de las razas indíjenas, los quichuas i los aimaraes, no habia ningun vínculo de union. Léjos de contribuir a unificar a los dos pueblos, la guerra de la independencia vino a separarlos mas i mas. Los habitantes del Alto Perú lanzaron el grito revolucionario en 1809 i sostuvieron una lucha de quince años. Los del Bajo Perú, por el contrario, quedaron fieles por largo tiempo al rei de España, se enrolaron en los ejércitos que organizaba el virei de Lima, e hicieron a sus vecinos una guerra implacable que enjendró en ambos pueblos una profunda i recíproca odiosidad.

Cuando el ejército colombiano consumó la independencia de estos paises en la memorable jornada de Ayacucho, Bolivar tuvo el pensamiento de formar con ambos un solo estado. Los habitantes del Alto Perú, sin embargo, temiendo este resultado, se adelantaron al libertador, i frustraron sus planes con tanta decision como habilidad. Una asamblea nacional reunida en Chuquisaca, declaró por unanimidad la independencia i soberanía del Alto Perú bajo la forma republicana, el 6 de agosto de 1825, i dió al nuevo estado el nombre de Bolívar. El libertador no se dió por vencido con este respetuoso rechazo de sus planes. Se presentó en persona en el Alto Perú, recorrió algunas de sus provincias, fué recibido en todas partes con las demostraciones mas entusiastas de admiracion i de aplauso, pero le fué forzoso convencerse de que era imposible la union de los dos

pueblos en un solo estado. Su espada victoriosa fijó los límites de las dos repúblicas, i les dió sus primeras instituciones republicanas.

Bolivia i el Perú siguieron cada una por su lado la vida tormentosa de casi todas las repúblicas hispanoamericanas. Una serie no interrumpida de sangrientas revoluciones i de escandalosos motines de cuartel que derrocaron del poder a los mas ilustres de sus mandatarios, a Sucre en Bolivia i a La Mar en el Perú, iniciaron esa cadena de borrascosos desórdenes que aun no ha llegado a su término. Bolivia alcanzó ántes que su vecina un período de tranquilidad relativa bajo el gobierno del jeneral Santa Cruz que se empeñó en organizar una administracion estable, i que realizó en parte sus propósitos. Pero los motines i revueltas del Perú iban a despertar la ambicion de ese caudillo i a precipitarlo en una carrera de ruidosas aventuras en que debia encontrar la tumba de su poder i de su prestijio.

Llamado al Perú en 1835 por uno de los partidos políticos que se disputaban el mando de este pais, Santa Cruz se pone a la cabeza de su ejército, obtiene dos victorias decisivas que empaña con injustificables fusilamientos, i sobre los cadáveres de sus rivales funda la Confederacion Perú-Boliviana (28 de octubre de 1836). La presidencia de ella quedó en manos de Santa Cruz con el título de protector.

Chile se llenó de emigrados peruanos. Antiguos presidentes de la república, ministros, jenerales i coroneles llegaban a pedir al gobierno chileno que los ausiliase para derrocar un poder que avasallaba i que ultrajaba al Perú. En esos momentos, la república chilena se ocu-

paba en afianzar la paz interior, en reformar sus instituciones, en abrir caminos i en crear escuelas; i por nada habria querido embarcarse en la empresa de una guerra esterior por el solo gusto de mezclarse en las cuestiones domésticas de sus vecinos i por complacer a los emigrados peruanos. Pero el protector de la Confederacion perú-boliviana cometió la imprudencia de provocar a Chile. Sus medidas financieras tenian por principal objeto el hostilizar el comercio chileno. Pensando hacer el mismo juego que habia jugado con el Perú, pretendió fomentar revoluciones militares en esta otra república. Descubierta la trama, Chile salió de su calma habitual, armó tropas; i despues de una corta i brillante campaña, destruyó para siempre la Confederacion perú-boliviana en los campos de Yungay, el 20 de enero de 1839.

El tiempo vino a demostrar en breve que Chile no habia hecho mas que anticipar uno o dos años una catástrofe fatalmente inevitable. «La confederacion, dice un distinguido historiador, no era mas que un edificio sin base, una bella decoracion de teatro adaptada a un drama que debia terminar pronto, puesto que ni los pueblos, ni los hombres que figuraban en la escena, contaban con los antecedentes i elementos necesarios para dar consistencia i vida histórica a ese drama» (1). En efecto, en los momentos mismos en que Chile destruia el ejército de Santa Cruz, en el Perú i en Bolivia asomaba la revolucion que habria puesto término a la confederacion aun en el caso de una victoria sobre las armas chilenas. Cuarenta años trascurrieron sin que nadie, aun en

(1) Sotomayor Valdes, *Estudio histórico sobre Bolivia*, páj. 72.

la vorájine revolucionaria en que se han ensayado tantas constituciones, pretendiera hacer revivir, i ni siquiera defender aquel réjimen detestado. La confederacion, que ni siquiera alcanzó a cimentarse medianamente, no habia dejado mas que recuerdos odiosos i sangrientos en el Perú i en Bolivia.

Las mutuas rivalidades de esos dos pueblos se reagravaron mucho mas despues de aquellos sucesos. En medio de las guerras civiles que ha sido la enfermedad crónica de ambos, Bolivia i el Perú se dieron tiempo para tenderse mutuamente asechanzas i celadas, i para hacerse la guerra cada vez que han tenido pretestos o medios para ello, como sucedió dos años despues, en 1841, cuando el Perú sufrió una de las mas grandes derrotas que recuerde su historia; i como estuvo a punto de suceder en 1860, cuando ambos pueblos se preparaban de nuevo para recomenzar la lucha i crearon un estado tirante de suspension de relaciones que duró tres largos años.

No se crea que esta actitud de resistencias i de odios recíprocos entre el Perú i Bolivia habia desaparecido con la celebracion del tratado secreto de 1873, que constituyó la alianza de ambos pueblos contra Chile. Hubo un momento en 1878 en que la guerra pareció inevitable entre ellos. La mayor parte del comercio esterior de Bolivia se hacia por el puerto peruano de Arica. El gobierno del Perú percibia allí los derechos de aduana, i daba anualmente a su aliada una cantidad que ésta creia inferior a lo que a su juicio le correspondia. En el año que dejamos indicado, el gobierno del jeneral Daza entabló sobre este motivo tan premiosas reclamaciones para modificar aquel estado de cosas, que en uno i otro

pais, se hablaba seriamente de un próximo rompimiento. El Perú, sin embargo, cedió a las exijencias de Bolivia, i se restablecieron las buenas relaciones. Ambos paises contrajeron entónces sus maquinaciones para dañar a Chile en virtud del pacto secreto de 1873.

Aun despues de perfeccionada la alianza con la declaracion de guerra a Chile, los gobiernos i los pueblos del Perú i de Bolivia, en medio de las manifestaciones de una finjida fraternidad, seguian detestándose tan cordialmente como ántes. Relaciones recientes hechas por los mismos ajentes que el presidente de Bolivia empleó en estas negociaciones, han probado hasta qué punto eran débiles los vínculos de union entre esos pueblos. En mayo de 1879, ese presidente, jeneral don Hilarion Daza, enviaba a Chile un ajente confidencial que ofreciera a su nombre que Bolivia abandonaria a su aliado, i aun que volveria sus armas contra éste, si el gobierno chileno aceptaba el plan siguiente. Bolivia tomaria posesion definitiva de las provincias peruanas de Tacna i Arica. Chile conservaria como territorio suyo indisputable hasta el paralelo 23 de latitud sur. La escuadra peruana seria distribuida entre Chile i Bolivia, reservándose para ésta a lo ménos dos naves de guerra. Chile daria una cantidad de dinero, sin espresarse su monto, i sin indicarse si esa suma era para el tesoro boliviano, o un simple premio personal para el presidente Daza. El ajente confidencial tenia el encargo de no dejar nada por escrito hasta que estuviesen convenidas i aprobadas todas las bases de la convencion. El gobierno de Chile cometió el grave error de entrar en tales negociaciones, que bajo todos aspectos eran perjudiciales para él.

Ocurria esto en el mes de junio de 1879. Daza, visto el estado de la guerra, i la ineficacia de la escuadra chilena para dar caza al *Huáscar*, creyó que Chile estaba definitivamente perdido i que iba a sucumbir en la lucha. Prefirió, entónces, romper las negociaciones, i comunicarlas al Perú presentándose ante este pais como su mas decidido amigo, que rechazaba indignado las proposiciones del enemigo (1). La diplomacia peruana no creyó talvez en la sinceridad de su aliado, pero se apresuró a dar una ostentosa publicidad a la negociacion, presentándola como una perfidia de Chile, i como un rechazo de sus pretensiones ejecutado por la lealtad caballeresca e incontrastable del presidente Daza.

En el curso de la guerra, i a pesar de las manifestaciones ardorosas de la prensa i de algunos de los documentos oficiales de los dos pueblos, esos débiles vínculos de union se relajaron mucho mas. Peruanos i bolivianos se reprochaban recíprocamente todos los desastres que sufrian. En los partes de los jefes, estas inculpaciones estaban mas o ménos veladas, pero en los escritos de la prensa, la rivalidad i el odio se dejaban ver a cada paso; i en la correspondencia confidencial de los jenerales, de los prefectos i de los mas caracterizados personajes, se daba rienda suelta a estas pasiones (2).

En los momentos en que estos odios eran mas pro-

(1) Véanse sobre este particular las revelaciones i documentos publicados en Bolivia a principios de 1881 por don René Moreno. No teniendo a la vista el folleto que los contiene, he estado reducido a tomar estas noticias de los diarios de Chile que los reprodujeron. Pueden hallarse en *El Ferrocarril* de Santiago, de 27 de febrero de 1881.

(2) La publicacion de los documentos tomados por los chilenos despues de sus victorias, ha de hacer las mas curiosas e impor-

fundos, en que en todo el Perú se acusaba a los bolivianos de ser los causantes del desastre de Tacna, i en que los mismos bolivianos se retiraban al otro lado de sus montañas para no volver a aparecer en la guerra, el dic-

tantes revelaciones. Creo que el documento que publicamos a continuacion dará bastante luz sobre el particular.

(RESERVADA.)

Tarata, 29 *de mayo de* 1880.

«Señor don Nicolas de Piérola.

«Mi mui distinguido amigo:

«Oficialmente como prefecto doi al gobierno parte del desgraciado acontecimiento del 26. Como comandante de una division, lo he pasado al jeneral en jefe del ejército por el conducto regular, i lo mando para que sea publicado.

«Haré a usted en ésta mis especiales apreciaciones e indicaciones.

«El número de nuestras fuerzas efectivas que entraron en batalla, ha sido segun el parte del dia anterior, 5000 hombres, i el de los bolivianos no llegaba a 4000.

«Las fuerzas enemigas segun todos los datos recojidos de prisioneros i cálculos de los intelijentes, fluctuaba de 18 a 20,000 hombres. Así es que nos formaron con su primera línea un arco que excedia a nuestro frente. Solo éste entró en combate; i las masas de sus tropas, su numerosa artillería i sus formidables ametralladoras, nos destrozaron sin hacer uso de su reserva.

«El número, pues, ha sido la primera causa de nuestros contrastes. Pero no lo ha sido ménos la mala direccion dada por Campero, la falta de plan, o mas bien dicho, la no ejecucion del plan acordado anticipadamente.

«En el campo han peleado nuestras fuerzas con valor heróico; pero los cuerpos bolivianos se dispersaron ántes de los diez minutos, de una manera incontenible: yo los he hecho lancear i he tratado de contenerlos a riendazos i con revólver en mano; era imposible, nos hacian fuego. A un mayor boliviano llamado Marcial despues de abofetearlo, para hacerlo regresar al combate, se arrodilló suplicándome que no lo obligara, ni lo matara; le hice arrancar las presillas que conservo en mi poder i lo boté conteniendo a los que me rodeaban de que lo mataran.

«El estupendo número de jefes muertos i heridos i el de oficiales peruanos, con el de bolivianos que casi está reducido al jeneral Perez muerto, i Camacho mui mal herido, es el mejor argumento.

«Pero hai algo mucho mas grave. Cuatro dias ántes del combate,

tador Piérola concibió el pensamiento de intimidar a Chile con la reconstruccion de la Confederacion perú-boliviana.

Por sujestiones de Piérola, en Bolivia se habia tratado esta cuestion en los consejos de gobierno, en los meses anteriores; pero parece que habia hallado grandes resistencias entre muchos miembros influyentes de la

practicó el enemigo un reconocimiento bastante atrevido i desde ese dia mandó el jeneral Campero llevar su equipaje i algunos víveres a Palca. El dia del combate, él i los suyos, la primera órden que dieron fué poner a salvo sus carpas i equipajes i hacerlos conducir en esa direccion. Terminado el combate, ha abandonado el campo ántes que yo i muchos otros; i cuando llegué a la poblacion, todo su empeño era salir en esa direccion. Designó primero el alto de Lima, luego Pocollay, cuando estuvieron allí, Pachía, i al llegar a este punto, me manifestó su resolucion de irse a Bolivia por Palca; entónces me separé de él i seguí mi camino, con la fuerza que llevaba, para Tarata.

«Dos jefes lo acompañaron: hoi han regresado de Palca i ambos me afirman que cuando llegó Campero, lo esperaban sus mozos con un magnífico equipaje i buenas provisiones.

«Las tropas bolivianas han hecho un saqueo devastador por donde han pasado, se han llevado brigadas enteras, cargadas con cuanto encontraban, i hacian fuego a los que se defendian. La segunda edicion de San Francisco, correjida i aumentada.

«La opinion unánime en el ejército i la mia, i la de todos, es no volver a pelear mas juntos con los bolivianos.

«Esta causa i la falta de disposiciones militares, i la de recursos, que es absoluta, ha hecho que no se reuna el ejército derrotado, i dificulto todavía que no sea gran cosa.

«En cuanto a mí, yo estaré en el territorio de mi jurisdiccion hasta que me sea posible, i en último caso me retiraré por Puno.

«Se ha perdido la mayor parte del armamento, casi toda la artillería i municiones, i la desmoralizacion de la oficialidad i tropa es incalculable.

«Deseo que por allá las cosas marchen en otra forma i que sus resultados correspondan a los esfuerzos de usted.

«Mis recuerdos a la señora i niños, al doctor Paniso i demas amigos, i usted mande a su amigo.—*P. A. del Solar*»

El autor de esta carta es don Pedro Alejandrino del Solar, amigo de toda la confianza de Piérola. Era prefecto de Tacna el dia de la batalla de este nombre, i despues fué nombrado por Piérola prefecto de Arequipa, uno de los puestos mas importantes de la administracion, al mismo tiempo que jefe superior militar de los departamentos del sur del Perú.

asamblea nacional. Estas resistencias, sin embargo, no tenian grande importancia para el dictador peruano que no veia en su proyecto una obra realizable, sino simplemente un fantasma con que asustar al enemigo.

En efecto, en la primera semana de junio habia llegado a Lima un nuevo ministro plenipotenciario de Bolivia mui aparente para prestarse a secundar los planes de Piérola. Era éste el doctor don Melchor Terrazas, el ministro de relaciones esteriores de Bolivia en 1873, en la época en que sin su conocimiento se firmaba en Lima el tratado secreto de alianza que ha traido tantos desastres para ambos paises (1). Dados estos antecedentes, se comprenderá que no podia ser lenta la elaboracion de las bases del proyecto. El 11 de junio todo estuvo arreglado, redactado i firmado.

Segun este plan, Bolivia i el Perú pasarian a formar una sola nacion denominada *Estados Unidos perú-bolivianos* (2). «Esta union, dice el primer artículo del proyecto de constitucion de la nueva Confederacion, descanza sobre el derecho público de América, i es formada para afianzar la independencia i la inviolabilidad, la paz interior i la seguridad esterior de los estados comprendidos en ella, i para promover el desenvolvimiento i la prosperidad de éstos.» Cada uno de los departamentos de Bolivia i del Perú pasaria a formar un estado federalizado, con un gobierno propio i con una lejislatura espe-

(1) Véase sobre este punto el tomo I, pájs. 40 i siguientes.

(2) El plenipotenciario boliviano, dando cuenta a su gobierno de esta negociacion, esplica en estos términos el oríjen del nombre dado a la proyectada república: «Se ha adoptado la denominacion de Estados Unidos Perú-Bolivianos para la nueva entidad mista, desechando la de *Confederacion*, marcada en nuestra historia *con ingratas reminiscencias.*»

cial. Pero, en este punto se suscitó una grave dificultad. Los departamentos de Tacna i de Tarapacá estaban ocupados por los chilenos; i éstos no habian de cederlos graciosamente a la proyectada Confederacion. El jenio del dictador peruano, fecundo e inventivo para esta clase de aparatosas combinaciones, discurrió un arbitrio que los interventores en esta negociacion hallaron excelente, pero que en realidad era mui poco eficaz. «Los departamentos de Tacna i de Oruro, de Potosí i de Tarapacá, formarán los estados denominados *Tacna de Oruro* i *Potosí de Tarapacá.*» De este modo se creia aminorar la importancia de los triunfos de Chile i la ocupacion por sus armas victoriosas de una estensa porcion del territorio peruano. Chile, se decia, no ocupa mas que una parte de dos estados de los Estados Unidos perú-bolivianos. La constitucion, sin embargo, a pesar de la manera sencillísima que habia hallado de destruir todos los efectos i consecuencias de la guerra, olvidó decir a cual de los estados federales pertenecian los vastos territorios que Chile ocupaba en todo el desierto de Atacama.

Pero, fuera de esta notable omision, aquél código lo habia previsto todo, i aun habia fijado la forma, color i símbolos del escudo de armas i de la bandera de la nueva Confederacion. El presidente provisorio de ella seria el del Perú, es decir, Piérola; i el vice-presidente, el jefe que gobernaba a Bolivia, es decir, Campero. Tan seguro estaba el dictador peruano del éxito de esta combinacion, que en su proclama de 14 de junio, que hemos recordado mas atras, decia arrogantemente que él estaba sostenido por seis millones de hombres.

Arreglados estos detalles, el dictador convocó el consejo de estado el 16 de junio. Se presentó en persona en la sala de sesiones a darle cuenta de «un acontecimiento de la mayor trascendencia, decia un diario de Lima *(La Patria)*, destinado a cambiar la faz de las cosas, i a establecer en la historia patria i de América una nueva i brillante era.» El discurso de Piérola, que abunda en los mismos conceptos, es un manifiesto semi-personal, semi-político que no sabriamos como calificar equitativamente. Recordando su carrera de diez años de conspirador i de revolucionario, pide que no se le confunda con «uno de tantos revoltosos de la América española,» porque él está «desnudo de toda ambicion que no sea el renacimiento de su patria». «Yo no soi ni he sido, agrega, sino el instrumento de sus aspiraciones i el bien intencionado ejecutor de sus propósitos.» En la parte política de su discurso, i en medio de frases de cuyo sentido no podemos darnos cuenta cabal, el dictador se felicita de los contrastes sufridos por los aliados en la guerra contra Chile, porque esos contrastes han dado nacimiento a los nuevos Estados Unidos. En seguida se pronuncia ardientemente por la forma de gobierno federal, como el único que ha dar buenos resultados en América, i que puede asegurar la libertad con el progreso. Previendo, sin duda, la objecion que pudiera hacerse con el ejemplo de Chile, república unitaria que de la nada se habia levantado ántes que ninguna de sus hermanas para fundar una nacion floreciente i libre, sin revoluciones ni motines, agrega esta observacion: «La república central no puede ser sino el estadío necesario del réjimen monárquico a la vida nueva de las naciones.»

Tres dias despues de esta ceremonia, el 19 de junio, tuvo lugar la solemne recepcion del plenipotenciario boliviano. «Chile sin haberlo previsto i a despecho suyo, dijo el doctor Terrazas en su belicoso discurso, va a ser el providencial resorte del nacimiento i de la grandeza de los Estados Unidos del Pacífico, a la vez que fautor predestinado de su propia espiacion.» Chile segun ese diplomático, era el perturbador del continente, porque tan apesar suyo se habia decidido a aceptar la guerra a que se le habia provocado por medio de alianzas secretas celebradas desde siete años atras; pero iba a recibir en breve un castigo tremendo e inexorable. El dictador, por su parte, le contestó anunciando los dias de efusion i de júbilo que se iban a seguir a los grandes triunfos que debian alcanzar mui pronto «bajo el estandarte victorioso de los Estados Unidos perú-boliviano.»

Aunque este pensamiento habia nacido profundamente desprestijiado, todavía se volvió a hablar de él en algunos documentos oficiales. El presidente del consejo de estado del Perú, que lo era el arzobispo de Lima, habia anunciado al dictador que ese cuerpo se ocuparia de estudiar este asunto, deliberando «lo que sea conforme a las exijencias del patriotismo, a los intereses de la alianza i al triunfo de las armas nacionales.» En efecto, el 8 de julio, tres de los consejeros de estado presentaron a esta corporacion un estenso informe, lleno de referencias mas o ménos incongruentes a la historia antigua i moderna, i de alabanzas «a las luces i al patriotismo» de Piérola. Allí se declaran ardientes partidarios del sistema federal, opinan en favor de la confederacion, sin entrar, sin embargo, a examinar las bases del

proyecto que habia sido sometido a su estudio. Finjiendo desconocer por completo la historia de esos paises, los consejeros de estado de la dictadura llegaban a esta conclusion: «El Perú i Bolivia han sido una misma cosa: tienen que serlo en adelante sino caminan al suicidio, o cuando ménos a la lánguida postracion del egoismo.»

Como en esa situacion no podia producirse en el Perú ningun documento público que no contuviese insultos a Chile, los consejeros de estado pagaban allí mismo su tributo a esta moda. Chile, decian ellos, hace la guerra porque en su posicion solitaria i de tristísimo aislamiento, tiene envidia a los pueblos que como el Perú i Bolivia «lo aventajan en cuanto engrandecer puede a una nacion.» Estos pensamientos, aunque mui del gusto del pueblo peruano, no dieron mas prestijio al proyecto de confederacion. Se le siguió mirando como una simple arma de guerra; i poco tiempo despues nadie volvió a hablar de él.

En Bolivia revivieron los recuerdos del pasado, i en jeneral fué mal recibido el proyecto de confederacion. Oigamos lo que a este respecto dijo *La Patria* de La Paz en su número de 26 de julio:

«Creer, dice, que un protocolo de confederacion, es bastante para unir dos naciones, es suponer que una tela de araña bien urdida tenga bastante consistencia para unir dos fogosos corceles. La union de dos pueblos ya constituidos independientemente, para formar una sola nacion, no está librada a la diplomacia que forma pactos mas o ménos atinados entre las cuatro paredes de un gabinete. Así como la felicidad de dos pueblos no se decreta en sus códigos, su union no se realiza por sim-

ples pactos firmados por los poderes que los rijen.» I mas adelante agregaba todavía: «La comunidad de oríjen i tradiciones del Perú i Bolivia i las condiciones topográficas de ambos territorios, no son bases seguras para levantar sobre ellas una colosal república de las dos,—tanto mas si no se deja de ver que, al traves de esas tradiciones de unidad i oríjen, corren torrentes de amargura de una i otra parte, i que sobre ese territorio silba un viento que quiera el cielo, no sea el precursor de siniestras tempestades. Para salvar el porvenir de las dos repúblicas por medio de la Confederacion perú-boliviana, preciso es correjir de antemano los vicios de ambas, destruir los elementos disolventes que las corroen, i prepararlas por medio de la educacion, a su futuro enlace. Para hacerse jigantes, no basta empinarse sobre la punta de los piés. Para formar una colosal república, no basta recostar en el lecho comun de un «protocolo» de confederacion a dos naciones enfermas.»

Estas sencillas i naturales observaciones que podia hacerse todo el mundo, fomentaban la resistencia jeneral que habia inspirado aquel proyecto. Sin embargo, se habia organizado una asociacion patriótica que tenia por presidente al doctor don Ladislao Cabrera, el mismo que habia mandado las fuerzas bolivianas en el combate de Calama (marzo de 1879), i ella pretendia dar prestijio a la confederacion en odio a Chile, creyendo que ese quimérico pensamiento iba a dar a la alianza perú-boliviana un poder maravilloso. En la convencion nacional, no se abrigaba la misma confianza, i aun existian tenaces resistencias a que se avanzase mas en esta idea que a ser realizable, habria sido funesta para Boli-

via, a juicio de muchos de sus hombres públicos. Pero no era posible desairar en aquellas circunstancias al Perú, i se prefirió adoptar otro camino. Con fecha de 13 de julio, una comision de la asamblea propuso la aprobacion jeneral del proyecto, sin pronunciarse por los detalles de organizacion, i pidió que en seguida se sometiera a la decision de los ciudadanos inscritos en los rejistros cívicos, si aceptaban o no la union federal de los estados perú-bolivianos. La convencion, se decia, vendrá mas tarde a discutir las bases orgánicas consideradas en los protocolos.

Sin embargo, el proyecto en que habia puesto tantas esperanzas el dictador del Perú, estaba tan desprestijiado que ni aun bajo esta forma mereció ser aprobado. Algunos meses mas tarde nadie hablaba en Bolivia de la anunciada confederacion; i la conducta observada por esta república en la última parte de la guerra, curó por completo de sus ilusiones a los pocos hombres que en el Perú esperaban algo de este proyecto.

La Confederacion perú-boliviana de 1836, hemos dicho mas atras, fué la decoracion pintada para un drama sangriento que se desenlazó de una manera que no esperaban sus autores i protagonistas. El proyecto de confederacion de 1880 fué una pobre comedia que ni siquiera alcanzó a representarse. Ella tenia por objeto intimidar a Chile; i Chile la recibió con una sonrisa del mas desdeñoso desprecio. «¿Qué valor, ni qué significacion puede tener para Chile, decia un diario de Santiago, ni para el desarrollo de las operaciones de la guerra, un intento de confederacion que, léjos de dar fuerza i prestijio a nuestros enemigos, seria solo una prueba mas de

la postracion moral de Bolivia i de la insensatez incurable del Perú?» I en efecto ¿qué fuerza nueva podia llevar a la alianza perú-boliviana la proyectada confederacion?

En Chile no volvió a preocuparse nadie de ella; i la historia por su parte, no tendria para que mencionarla, puesto que no dejó rastro ni huella en la marcha posterior de los sucesos, sino fuera porque meses mas tarde la diplomacia chilena recordó este proyecto en la primera ocasion en que tuvo que proponer algunas bases para llegar al desenlace de la guerra.

CAPITULO III.

Bloqueo del Callao: combates delante de esta plaza, de abril a setiembre de 1880.

Las fortificaciones del Callao.—La escuadra chilena establece el bloqueo del puerto.—Primer combate contra las fortalezas de tierra (22 de abril.)—Segundo combate (10 de mayo.)—Bloqueo de los puertos vecinos.—Combate de lanchas cañoneras (25 de mayo.)—Conducta tranquila del almirante chileno en estos combates.—Suspende los ataques a la plaza.—Un torpedo peruano echa a pique al crucero *Loa*.—Llegan al Callao los heridos peruanos de Arica.—Tercer combate contra las fortalezas (fines de agosto i principios de setiembre.)—Naufrajio de la cañonera *Covadonga* causado por un torpedo peruano (13 de setiembre.)—Los peruanos intentan un desembarco nocturno en la isla de San Lorenzo i son rechazados (16 de setiembre.)—Nuevo combate de las lanchas cañoneras (17 de setiembre.)—Bombardeo de los puertos vecinos al Callao (22 de setiembre.)—El gobierno i la prensa de Lima cantan victoria despues de cada uno de estos combates, i anuncian el aniquilamiento i la ruina de Chile.

Durante los primeros meses que se siguieron a los triunfos de los chilenos, las operaciones de la guerra estuvieron casi esclusivamente limitadas al bloqueo del Callao. Como hemos referido en otra parte (1), este puerto estaba cerrado por las naves chilenas desde el mes de abril; i este bloqueo fué mas tarde el oríjen de

(1) Tomo I, páj. 243.

una serie de peripecias mas o ménos importantes, que nos proponemos referir en este capítulo.

El puerto del Callao, con una poblacion de 35 a 40 mil habitantes, es como se sabe, la plaza marítima mas importante del Perú bajo el punto de vista comercial. Como puerto de guerra, era indudablemente el primero del Pacífico. Cerrado por la pequeña isla de San Lorenzo, la naturaleza habia favorecido estraordinariamente el trabajo de los hombres para convertirlo en una poderosa plaza militar, i bajo este respecto ha sido justamente famoso en toda la historia de las guerras civiles i esteriores de ese pais. Los reyes de España lo habian fortificado lujosamente con castillos formidables, con numerosa artillería, con almacenes i casas-matas que lo hacian intomable a viva fuerza, ya fuera por mar, ya por tierra. La república destruyó algunas de esas fortificaciones, que habian llegado a ser inútiles por los progresos alcanzados en la construccion de las modernas armas de ataque, i las habia reemplazado por nuevas baterías provistas de artillería moderna i de almacenes de municiones ricamente dotados. Las fortalezas del Callao costaron a los reyes de España incalculables tesoros durante los tres siglos de la dominacion colonial; la república habia gastado quizá mayores sumas para adaptarlas a las necesidades de la guerra de nuestros tiempos.

Al declararse la guerra entre Chile i las repúblicas aliadas del Perú i de Bolivia, el Callao era ya una plaza militar de primer órden. Ademas de las baterías, se habia construido allí por una compañía industrial, i para servir a los intereses del comercio, una costosísima obra que debia ser fácilmente aprovechada para la defensa

del puerto. Era ésta una magnífica dársena de la mas grande solidez, i capaz de contener cómodamente hasta veinticinco naves, i por lo tanto mui apta para abrigar todas las embarcaciones de guerra que formaban la escuadra del Perú (1). Desde los primeros rumores de rompimiento, en febrero de 1879, el gobierno peruano habia aumentado las defensas del puerto, i habia engrosado su armamento con las remesas considerables que recibia del estranjero por la via de Panamá (2). En abril de 1880, el Callao estaba en situacion de rechazar a una escuadra cuatro veces mas poderosa que la chilena (3).

Resuelto por el gobierno de Chile el bloqueo de aque-

(1) La dársena del Callao tiene la forma rectangular, i mide 250 metros de largo por 200 de ancho.

(2) En el tomo I, páj. 107, dijimos que segun la prensa de Bogotá, el gobernador del estado federal de Panamá habia sido comprado por el gobierno peruano para que permitiera pasar sus armamentos por la rejion del istmo con abierta violacion de la neutralidad. Mas tarde se han hallado en los archivos de Lima los documentos irrefutables que prueban este cohecho. El presidente del estado federal de Panamá, Casorla, recibió varias cantidades de dinero del gobierno peruano en recompensa «de los importantes servicios que ha prestado al Perú,» dicen los decretos de pago a que aludimos. I no fué éste el único funcionario estranjero que se vendió al Perú.

Los documentos de los archivos de Lima han demostrado este otro hecho que prueba el espíritu desmoralizador que desde años atras ha dominado en la administracion pública del Perú. La compañía inglesa de vapores del Pacífico habia declarado su neutralidad, negándose resueltamente a conducir armas o artículos de guerra para cualquiera de los belijerantes. El gobierno cohechó a alguno de los capitanes de esos vapores, i éste se prestaba a servir al gobierno del Perú en estas dilijencias, desobedeciendo las órdenes de los directores i administradores de la compañía.

(3) Segun los informes seguros que tenia el gobierno de Chile al disponer el bloqueo del Callao, esta plaza estaba defendida de la manera siguiente:

1.° *La Punta*, batería de barbeta, 2 cañones Delgreen de a 1,000.

2.° *Maipú*, fuerte armado con seis cañones Armstrong de ánima lisa de a 32.

3.° *Merced*, torre blindada jiratoria, dos cañones Armstrong rayados de a 300.

lla formidable plaza militar, el 6 de abril zarpó del puerto de Ilo el contra-almirante Riberos con una division naval compuesta de la fragata encorazada *Blanco Encalada*, el monitor *Huáscar*, la corbéta *O'Higgins*, los cruceros *Loa* i *Angamos*, dos lanchas porta-torpedos, la *Janequeo* i la *Gualcolda* (nombre de dos lejendarias heroinas araucanas), i un trasporte carbonero. En la tarde del 9 de abril se hallaba en frente del Callao, i allí dispuso que en la noche entraran al puerto las dos lanchas, i que fuesen a aplicar sus terribles máquinas de guerra a las naves peruanas que permanecian ancladas dentro de la bahía, i bastante cerca de tierra. Esta operacion fué ejecutada con toda audacia por el teniente don Luis A. Goñi, comandante de la *Gualcolda*, que penetró al puerto en

4.° *Zepita*, fuerte armado con seis cañones Armstrong de ánima lisa de a 32.
5.° *Santa Rosa*, batería con dos cañones Blakeley de a 500.
6.° *Provisional*, fuerte armado con diez cañones Armstrong, de ánima lisa de a 32.
7.° *Abtao*, fuerte armado con ocho cañones de ánima lisa de a 32.
8.° *Manco Capac*, torreon armado con cuatro cañones Vavasseur de a 300.
9.° *Independencia*, torre armada con dos cañones Blakeley de a 500.
10. *Independencia*, fuerte, con tres cañones Blakeley de a 500.
11. *Ayacucho*, batería, con dos cañones Blakeley de a 500.
12. *Pichincha*, fuerte, con cuatro cañones Blakeley de a 500.
13. *Junin*, torre blindada, con dos cañones Armstrong de a 300.

Cuando la escuadra chilena llegó al frente del Callao, encontró, en efecto, todas estas fortificaciones que estaban marcadas en sus planos, i ademas otra batería nueva de reciente construccion. Durante el bloqueo aumentaron todavía los peruanos las defensas de la plaza.

Ademas de estas baterías i fortificaciones, el Callao tenia otras defensas que aumentaban estraordinariamente su poder. Dentro del puerto estaban los buques de guerra que formaban los últimos restos de su escuadra, tres de los cuales, la *Union*, el *Oroya* i el *Rimac* estaban en condiciones de intentar una sorpresa, i otro, el monitor *Atahualpa*, aunque casi inútil para la marcha, era una poderosa batería flotante armada de dos cañones de a 500.

medio de las tinieblas de la noche, recorrió el fondeadero para buscar la naves enemigas en medio de los buques neutrales i mercantes que allí habia, i al fin llegó delante de la corbeta *Union*, en los momentos en que se daba en tierra la alarma de la presencia del enemigo, comunicada por unos pescadores. La lancha chilena aplicó el torpedo: éste hizo una terrible esplosion; pero la corbeta peruana estaba defendida detras de una espesa palizada, i el golpe se malogró. Los buques peruanos hicieron un nutrido fuego sobre la *Gualcolda*, pero ésta se retiró sin haber recibido la menor lesion.

El bloqueo del puerto fué establecido en la mañana siguiente (10 de abril) con las formalidades de estilo, i dando a los buques neutrales el plazo conveniente para que dejaran la bahía, plazo que fué jenerosamente prorogado por algunos dias mas, a peticion del cuerpo consular estranjero. Las familias acomodadas del Callao, temiendo un próximo bombardeo, abandonaron tambien sus casas i se retiraron a la vecina ciudad de Lima. El terror se habia esparcido por todas partes; i sin embargo, la prensa de Lima redoblando sus insultos a Chile los chilenos, anunciaba que el bloqueo del Callao iba a ser la tumba del poder i del orgullo de éstos. En los primeros dias, las naves bloqueadoras apresaron algunas embarcacienes que quisieron entrar al puerto, i cuyos papeles no estaban en regla.

Los buques chilenos que estaban en frente del Callao tenian el encargo de no empeñar un combate formal contra los fuertes de tierra. Se sabia perfectamente que una lucha en esas condiciones, debia serles funesta, o costarles a lo ménos la pérdida de una o dos naves sin conse-

guir una ventaja apreciable sobre las numerosas i bien artilladas baterías del puerto. El contra-almirante chileno debia encerrar al enemigo, cortarle toda comunicacion por mar, i hostigarlo con frecuentes ataques en que habia de usar sobre todo los pocos cañones de largo tiro que cargaba algunas de sus naves. En cumplimiento de este plan, Riberos colocó su escuadrilla fuera del alcance de los fuertes, i esperó doce dias ántes de acometer cosa alguna.

Por fin, el 22 de abril, habiendo espirado el segundo plazo concedido a los neutrales, i despejada la bahía de buques mercantes, el contra-almirante Riberos dispuso el reconocimiento de los fuertes enemigos i de su artillería. Tres de sus buques, armados de cañones de doble recámara, se avanzaron al puerto i rompieron los fuegos sobre las naves peruanas que habian sido colocadas dentro de la dársena. El cañoneo, contestado inmediatamente por los fuertes de tierra, se sostuvo durante tres horas; pero los fuegos de éstos quedaban cortos, de tal suerte que solo una bomba llegó cerca del *Huáscar*, que se habia adelantado mas que los otros buques chilenos. Así, miéntras éstos se retiraban sin haber sufrido daño alguno, su poderosa artillería habia causado diversas averías a las naves peruanas i la pérdida de catorce hombres.

La escuadra bloqueadora estaba espuesta a los torpedos que podia dirijírseles de tierra. Los peruanos tenian en el Callao excelentes lanchas de vapor. Las noches siempre sombrías i nebulosas durante las altas horas en aquellos mares, se prestaban admirablemente para intentar una empresa de esta clase, que solo exijia un mo-

mento de audacia. Los directores de la guerra, sin embargo, prefirieron otro espediente que no ofrecia el menor peligro. Construyeron torpedos flotantes, en forma de boyas, i los lanzaron al mar sin cuidarse de si podian estallar cerca de los buques de guerra neutrales que permanecian en el puerto. El 5 de mayo, uno de los cruceros chilenos distinguió dos de esos torpedos; i con no poco peligro, logró destruirlos sin recibir ningun daño.

Esta estratajema, aunque frustrada, provocó un nuevo ataque a la plaza, que tuvo lugar el 10 de mayo. Los buques chilenos rompieron sus fuegos sobre las baterías de tierra i sobre las naves enemigas que permanecian dentro de la dársena, i sostuvieron durante algunas horas un vivo cañoneo. El *Huáscar*, bajo las órdenes del osado comandante Condell, se acercó mas que otro alguno de los buques chilenos a las baterías enemigas, i recibió una bala bajo la línea de flotacion sin sufrir pérdida alguna de vidas. Los buques se retiraron a su apostadero sin tener otras averías. En tierra, los estragos fueron mas formidables, i causaron la muerte o las heridas de algunas personas, soldados, bomberos i paisanos.

El siguiente dia 11 de mayo, la escuadra bloqueadora que se habia engrosado con otras naves, estendió el bloqueo a los otros puertos vecinos al Callao. La corbeta *O'Higgins*, que quedó en Ancon, impidió con sus cañones, despues de algunos dias, que funcionase el ferrocarril que corre por la playa entre ese puerto i Lima. Las comunicaciones de la capital del Perú con las provincias del norte i del sur, i aun con el estranjero, se hicieron desde entónces mucho mas difíciles, por las

condiciones de los ásperos i penosos caminos de tierra.

Antes de mucho tiempo se renovaron los combates en la bahía del Callao. El 25 de mayo, notando los chilenos que se movia en actitud hostil una lancha a vapor de los enemigos, despacharon contra ella dos de sus embarcaciones menores, i le aplicaron un torpedo que la destrozó i echó a pique con pérdida de ocho marineros. Los chilenos, por su parte, perdieron tambien una de sus lanchas en ese encuentro, i tuvieron un hombre muerto; pero volvieron a reunirse a la escuadra llevando consigo siete prisioneros, uno de los cuales era el oficial que mandaba la embarcacion peruana. Estando éste herido, el jefe enemigo tuvo la jenerosidad de mandarlo a tierra para que fuera asistido por su familia.

Por un momento, los marinos peruanos se lisonjearon con la esperanza de salvar la lancha chilena que se habia ido a pique en este combate. Durante catorce dias trabajaron sus buzos en ponerla a flote; i cuando creian haber conseguido el resultado de sus afanes, i cuando la tenian amarrada a una boya para concluir de suspenderla al dia siguiente, los chilenos, entrando al interior de la bahía en la noche del 7 de junio, acabaron de destrozarla para que no cayera en manos del enemigo.

Estos frecuentes ataques interrumpian la monotonía del bloqueo, pero no podian tener un resultado medianamente decisivo desde que la escuadra chilena no pensaba en protejer un desembarco, ni siquiera en empeñar un combate formal con las fortificaciones de la plaza, que como hemos dicho, estaban preparadas para resistir con buen éxito a fuerzas cuatro veces mas considerables. Ellas no dieron otro fruto que causar algunos daños en

tierra i echar a pique tres pontones que tenian los peruanos cargados de carbon, i que mantener a la guarnicion del Callao en la mas constante alarma. La escuadra chilena, como hemos visto, no sufrió en todos ellos mas que averías insignificantes i la muerte de un solo hombre.

Sin embargo, cada uno de estos combates era seguido de una nueva recrudescencia de los insultos i provocaciones de la prensa de Lima. Se forjaban las historias mas estraordinarias de los destrozos que habian sufrido los buques chilenos. I esas noticias eran tanto mas singulares cuanto que en los mismos escritos se decia que los enemigos del Perú, abusando del alcance prodijioso de algunos de sus cañones, se mantenian cobardemente fuera del alcance de la artillería de tierra, bien seguros de que no se les podia ofender. En efecto, los cañones de doble recámara que poseian los chilenos, les permitian alcanzar con sus bombas a las fortalezas del Callao, sin que los de éstas llegaran hasta ellos. Pero esta superioridad del material de guerra de sus enemigos, enfurecia de tal suerte a los escritores peruanos que cada artículo de sus diarios era la mas insultante provocacion (1).

El contra-almirante Riberos, que en otros lances de

(1) Las provocaciones i los insultos de la prensa de Lima habian adquirido de tiempo atras una justa celebridad en toda la América i aun en Europa. El *Daily Telegraph* de Londres, en su número de 8 de julio de 1879 publicaba una correspondencia de Lima en que hallamos estas palabras: «La prensa de Lima es incorrejible. Nos ha brindado el repugnante espectáculo de la ignorancia i torpeza que caracteriza a estos diarios. Tratando de amenguar las dotes verdaderas de sus enemigos, los insulta con el lenguaje mas descomedido, i a cada paso los llama cobardes».

esta misma guerra habia probado que no economizaba su persona cuando era necesario un golpe de audacia, no perdió un momento su sangre fria. Su mision en esos momentos, no era esponer sus buques en un combate que necesariamente debia serle desastroso, sino estrechar al enemigo, cansarlo, fatigarlo i preparar así las futuras operaciones de la campaña, bajo el plan de atacar al Callao cuando lleguase el caso por las fuerzas combinadas de mar i tierra. Un gran combate contra las fortificaciones de ese puerto, habria sido una temeridad del todo innecesaria, en que los chilenos llevaban noventa i cinco probabilidades sobre ciento de ser completamente destrozados; i no puede empeñarse la lucha en esas condiciones sino cuando no queda otro recurso que pelear o dejarse matar, i no cuando no hai necesidad alguna de combatir i se obedece a grandes combinaciones que en poco tiempo mas han de llevar a una victoria segura. El contra-almirante chileno sabia perfectamente que la pérdida de una sola de sus naves de algun poder, comprometia seriamente las operaciones posteriores de la campaña. Por eso, contra las provocaciones de la prensa enemiga, i contra la impaciencia de los diarios chilenos, no abandonó un instante su calma serena, guardándose para hacer sentir el arrojo de sus marinos cuando éste fuera necesario.

Todo el mes siguiente (junio) se pasó sin que se renovaran los combates en la bahía del Callao. Los marinos chilenos, despues de los grandes triunfos de su ejército de tierra en Tacna i en Arica, habian querido conceder al Perú algunos dias de tregua a fin de que ellos le diesen la tranquilidad necesaria para apreciar su verda-

dera situacion, i lo indujesen a tomar un camino mas cuerdo que la insensata prolongacion de la guerra que ya le costaba tantos i tan inútiles sacrificios. «La faz tranquila que ha tomado el bloqueo, no ofrece material de ningun jénero que haga interesantes las cartas que de aquí dirijo al *Nacional*,» escribia a Lima el corresponsal de ese diario con fecha de 1° de julio. Pero en esos momentos, el gobierno del Perú preparaba contra los buques chilenos una de esas celadas que tienen la ventaja de no esponer a peligro alguno al que las tiende.

En la tarde del dia 3 de julio, el crucero chileno *Loa* estaba de servicio i voltejeaba en la bahía del Callao. Habiendo divisado cerca de la costa una lancha a la vela, se adelantó a ese lugar i despachó un bote a reconocerla. La lancha estaba fondeada, con sus velas izadas, cargada de comestibles i sin un solo tripulante. Esta circunstancia infundió a algunos de los oficiales chilenos la sospecha de que aquella fuese una acechanza. El comandante del *Loa*, sin embargo, mandó atracar la lancha al costado de su buque i dió órden de que la descargaran. Cuando se terminaba esta operacion, se hizo oir una terrible esplosion, i el *Loa* cuyo costado habia sido abierto, comenzó a hundirse inmediatamente, i acabó de sepultarse en el mar al cabo de cinco minutos. Fácil es suponer la confusion de sus tripulantes en esos momentos: muchos de ellos, sin embargo, consiguieron mantenerse sobre las aguas, i dar tiempo a que se les socorriese. El contra-almirante Riberos, cuyos buques estaban bastante léjos del lugar del desastre, envió inmediatamente sus lanchas a socorrer a los náufragos; pero los marinos neutrales, ingleses, franceses e italianos, que

estaban fondeados mucho mas cerca, acudieron prontamente i pudieron salvar de la muerte a cincuenta i cinco personas entre oficiales, marineros i soldados. El comandante del buque, tres guardias marina, dos injenieros i cerca de cien marineros, perecieron en el naufrajio.

El *Loa* era un exelente buque mercante que el gobierno de Chile habia tomado en arriendo i armado provisoriamente para hacerlo servir de crucero con oficiales i marineros de la marina nacional. La pérdida del buque, que fué necesario pagar, i mas que todo la de los tripulantes, causaron una profunda impresion en la escuadra, i la llenaron de dolor durante algunos dias. El contra-almirante chileno, puso luego en accion a sus buzos i trabajadores, i consiguió sacar del fondo del mar los cañones, una parte de la carga, i muchos objetos importantes del buque perdido.

La catástrofe del *Loa*, en cambio, fué durante dos dias objeto de las burlas en prosa i verso de algunos de los diarios de Lima; pero el 5 de julio un suceso de diverso carácter vino a llamar preferentemente su atencion.

Hemos contado mas atras que despues de las victorias de Tacna i de Arica, el jeneral en jefe del ejército chileno habia enviado al Callao uno de sus buques con un número considerable de heridos peruanos para que fueran atendidos por sus familias. El arzobispo de Lima, presidente de las ambulancias de la Cruz Roja en el Perú, solicitó del contra-almirante Riberos que se permitiera salir del puerto al trasporte *Limeña* para ir a traer los heridos que quedaban, i los cadáveres de los jefes que habian muerto en la defensa de esa plaza. El

permiso fué concedido inmediatamente. El 5 de julio volvia al Callao el trasporte peruano despues de haber desempeñado su comision. En Mollendo habia dejado algunos heridos i varias familias que deseaban trasladarse a Arequipa, i llegaba al Callao con 140 enfermos i con los cadáveres de Bolognesi, de Moore i de otros oficiales. El desembarco de los heridos, i los honores fúnebres tributados a los muertos, preocuparon por algunos dias a las poblaciones de Lima i el Callao, i distrajeron por un momento la atencion de los diarios de la propaganda de insultos contra Chile. Mas aun: *El Nacional* de Lima llegó a publicar estas palabras: «El jefe chileno de Arica, comandante Valdivieso, ordenó que se hiciesen los honores debidos a los restos de nuestros héroes. Ademas proporcionó todas las facilidades para el embarque de los heridos, acompañándolos en persona a bordo, i enviando dos reses para que pudiesen disfrutar de carne fresca durante el viaje. Lo valiente no quita lo cortes. La hidalguía aun entre enemigos siempre será respetada i ennoblece a aquellos que la poseen».

Estos aplausos a la jenerosidad de los vencedores, los primeros i quizá los únicos que hemos hallado en la prensa del Perú, no fueron de larga duracion. Pocos dias despues, los diarios peruanos renovaban la guerra de denuestos i de provocaciones que mantenian desde dieziocho meses atras; i ántes de dos meses la lucha sangrienta i destructora habia recomenzado. Las operaciones bélicas enfrente del Callao, suspendidas intencionalmente por la escuadra chilena durante cerca de tres meses, aun despues de ser nuevamente provocada por

los peruanos con la celada que produjo la pérdida del *Loa*, volvieron a renovarse desde que Chile se convenció de que su enemigo no creia llegada aun la hora de la cordura.

En efecto, en los dias 30 i 31 de agosto, 1 i 3 de setiembre, el crucero chileno *Angamos*, armado de un cañon de largo alcance, lanzó con calculados intervalos sobre la dársena i las baterías de la plaza, hasta noventa bombas que destruyeron un ponton, que causaron algunos daños i que mantuvieron a la guarnicion i a los habitantes del Callao en la mayor zozobra. Los fuertes de tierra no podian contestar los fuegos del crucero chileno; pero el último dia de bombardeo, los marinos de la plaza hicieron salir en contra de aquél, las lanchas cañoneras que tenian a su disposicion. Uno de los buques bloqueadores, la corbeta *O'Higgins*, se puso en movimiento sobre ellas, i las obligó a volver a guarecerse bajo el fuego de los fuertes.

Miéntras tanto, la escuadra chilena mantenia rigorosamente bloqueados los puertos vecinos al Callao. La cañonera *Covadonga*, que cerraba el de Chancay, situado un poco mas al norte, divisó en la tarde del 13 de setiembre una lancha i un bote que estaban cerca de tierra. La lancha fué echada a pique de un cañonazo; i el bote, que estaba abandonado, fué conducido al lado de la *Covadonga*. El comandante de este buque, dió la órden de izarlo; pero en el momento de ejecutar esta operacion, estalló un torpedo de dinamita. La cañonera chilena, cuyo costado habia sido abierto, comenzó a sumerjirse en el acto dando apénas tiempo a veintinueve de sus tripulantes para tomar uno de los botes del bu-

que. Remando activamente con rumbo al sur, apesar de los fuegos de rifle que se les dirijian de tierra, llegaron felizmente a Ancon, donde los tomó a su bordo la cañonera *Pilcomayo* que bloqueaba este puerto. Veinte de los náufragos, i entre ellos el comandante de la *Covadonga*, perecieron ahogados o muertos por la fusilería peruana, i los restantes, en número de 43, alcanzaron a llegar a tierra i fueron tomados prisioneros.

La pérdida de la *Covadonga* tenia poca importancia en sí misma. Era un buque viejo i pequeño, pero mui apreciado en Chile por los gloriosos recuerdos que simbolizaba. El 21 de mayo de 1879 habia sostenido combate con la fragata encorazada *Independencia*, arrastrando a ésta a los escollos en que se destrozó. La muerte de una parte de la tripulacion de la *Covadonga*, llevó nuevamente el duelo a las naves bloqueadoras. Los buzos de la escuadra, apoyados por la cañonera *Pilcomayo* que puso en fuga a las tropas de tierra que quisieron impedir esta operacion, estrajeron del fondo del mar en los dias subsiguientes los cañones, los rifles i los sables de la nave perdida.

Este trájico accidente fué celebrado en Lima i en el Callao como una victoria. «Comienza a volverse la oracion por pasiva, esclamaba *El Nacional* el 15 de se tiembre. El carro triunfal de Chile se detiene. ¡A las armas, pues, ciudadanos! ¡A las armas! La *Covadonga* está sepultada para siempre. Con ella comenzaron los triunfos pasajeros de Chile: con ella va a dar principio la gloriosa campaña que pondrá término a tantos crímenes, tanta farsa i tanta bambolla de heroismos falsificados» (1).

(1) En esos mismos dias la prensa de Lima publicaba la noticia del naufrajio del monitor *Huáscar* que a la sazon se hallaba en Val-

Tanto entusiasmo produjo el efecto de envalentonar a los marinos peruanos, i de incitarlos a acometer empresas mas atrevidas que las que habian intentado hasta entónces. Los chilenos habian desembarcado en la isla de San Lorenzo, que, como dijimos, está situada enfrente del puerto, formando entre ella i la tierra firme un canal de poco mas de dos millas de ancho. En esa isla habian establecido sus almacenes de depósito, custodiados por una pequeña guarnicion. El 16 de setiembre, algunas horas ántes de amanecer, unos doscientos soldados peruanos, embarcados en algunas lanchas cañoneras, atravesaron el canal i tomaron tierra en la isla con el mayor sijilo. La guarnicion chilena, inferior en número, se colocó inmediatamente en una altura cercana al lugar del desembarco, i desde allí rompió de improviso el fuego sobre los asaltantes. Sorprendidos éstos en su empresa, tomaron en el acto la fuga abandonando algunas de sus armas, ganaron sus embarcaciones i se dirijieron rápidamente al Callao. Las lanchas chilenas advertidas por las descargas de fusilería del proyecto del ene-

paraiso limpiando sus fondos i tomando cañones mas poderosos que los que hasta entónces cargaba. Segun *La Opinion Nacional* de Lima del 17 de setiembre, una barca sueca habia visto a la altura del puerto del Cobre unos mástiles flotantes; i como en los dias anteriores habia ocurrido allí una gran tempestad, i como el *Huáscar* habia pasado por esos lugares en su viaje a Valparaiso, era seguro que habia naufragado i que los mástiles eran los últimos restos de su arboladura. El pueblo de Lima mui propenso a dejarse engañar por esas ilusiones, creyó perfectamente la noticia del naufrajio del monitor chileno.

Un mes despues, los plenipotenciarios peruanos que habian ido a Arica para las negociaciones de que hablaremos mas adelantes, vieron entrar al puerto al monitor que creian perdido, i que sin embargo llegaba recien pintado i con nueva artillería. No acertaban a creer que fuera una realidad lo que estaban viendo, tan convencidos estaban de que el *Huáscar* habia naufragado.

migo, acudieron prontamente al sitio del peligro, pero solo alcanzaron a disparar algunos cañonazos sobre los fujitivos que corrian a colocarse bajo el amparo de sus fuertes.

En la noche siguiente, las lanchas peruanas en número considerable todavía, prepararon otra sorpresa sobre las naves bloqueadoras, sin duda para aplicarles algunos torpedos. Pero, las embarcaciones menores de los chilenos, saliéndoles al encuentro, las detuvieron en su camino, las acosaron por todos lados con sus cañones i con sus rifles i las obligaron a retroceder a toda prisa para buscar su salvacion cerca de tierra. Las baterías del puerto rompieron tambien sus fuegos sobre las lanchas chilenas; pero la oscuridad de la noche, si bien aumentaba la confusion del combate, fué causa de que éste produjera tan pocos estragos que los chilenos no tuvieron mas que un solo herido. Las pérdidas de los peruanos, que su prensa ocultó obstinadamente, debieron ser superiores. Despues de este segundo fracaso, los defensores del Callao, convencidos de que no podian burlar la vijilancia del enemigo, se abstuvieron de nuevos intentos de sorpresa de ese jénero.

La obstinada persistencia de los peruanos para prolongar esta guerra apesar de todos los desastres sufridos, la jactancia de su prensa i de sus proclamas que no hablaban mas que de los triunfos que iban a alcanzar en breve tiempo, la aplicacion de torpedos por medios reprobados en la guerra, puesto que no esponian a sus autores a ningun peligro, habian decidido al gobierno chileno a proceder mas enérjicamente contra el enemigo, como contaremos mas adelante. En esta virtud, ordenó

el bombardeo de los puertos vecinos al Callao, que estaban resguardados por tropas peruanas, i desde los cuales se organizaban esas acechanzas.

Para cumplir estas órdenes, el 22 de setiembre, la fragata *Cochrane* se apostó enfrente de Chorrillos, la cañonera *Pilcomayo* en Chancai i la fragata *Blanco Encalada* en Ancon, i comenzaron el bombardeo de estos tres puertos. Los dos últimos sufrieron averías de consideracion, pero no así el primero que era el mas importante de los tres. Situado éste sobre un alto barranco, i resguardado al sur por un morro mas elevado aun, la *Cochrane*, para precaverse contra los torpedos que se decia haber en la bahía, tuvo que colocarse a una distancia considerable de tierra, i que dirijir sus fuegos por elevacion. Por tanto, sus punterías fueron poco seguras: de las ochenta bombas disparadas, solo trece cayeron en el pueblo i causaron algunos daños. Los peruanos habian colocado en esas alturas diez cañones de campaña; pero sus fuegos, aun mejor dirijidos de lo que eran, no podian causar grandes averías en un buque de las condiciones de la encorazada chilena. Solo uno de sus tiros tocó a ésta; i ese apénas le ocasionó un daño insignificante en las obras de madera.

Así, pues, el bombardeo del 22 de setiembre, no tuvo otro resultado positivo que exaltar la vanidad nacional de los defensores de esos puertos. Creyóse firmemente que los cañones de campaña colocados en Chorrillos habian derrotado a la fragata chilena; i la prensa de Lima, tan dispuesta a convertir en grandes triunfos los mayores desastres de sus armas, lanzó entónces el grito de ¡victoria! «La marina de Chile, decia con este motivo el

diario oficial de la dictadura peruana, ha escrito ayer una pájina mas de vergüenza en su ignominiosa historia de la presente guerra.» I luego, atribuyendo a Piérola este imajinario triunfo, agregaba:

«Chorrillos debe su salvacion a la enerjía i actividad del jefe del Estado, circundado por nuestros marinos i nuestros soldados, que han vuelto a demostrar todo lo que el pais tiene que esperar de ellos para castigar en un dia mui próximo la insolencia i el crímen de nuestros tan pérfidos como gratituos enemigos.»

«Eso que el gobierno concibió i ejecutó, decia otro diario, *La Patria* de Lima, debe estimarlo el pais como una revelacion de lo que se concebirá i ejecutará en defensa suya cuando llegue el dia de la venganza.—El pais debe, pues, mantener firme su fe en la seguridad del triunfo definitivo, porque así se le ha ofrecido i porque tal será el premio que reciban los que no desconfiaron de su propio esfuerzo. No, el Perú, no puede ser vencido en la presente guerra, porque el Perú defiende la justicia, i la justicia es Dios.»

Las ilusiones del gobierno de la dictadura i del pueblo de Lima despues de este pretendido triunfo llegaron a rayar en verdadera locura. El diario oficial de Piérola en su número de 4 de octubre, profetisaba que a esas horas debia haber caido ignominiosamente el presidente de Chile, víctima de una revolucion popular, i lo que era mas cómico todavía, compadecia jenerosamente a «ese hombre infortunado.»—«La esplosion de tan justo sentimiento, decia con este motivo, ha debido ser tremenda en Chile, i el bamboleante gobierno de Pinto es mui difícil que haya podido resistirla. A esta hora, el infortu-

nado presidente Pinto habrá descendido las gradas del palacio de Santiago, llevando el remordimiento de haber desencadenado en su pais las tormentas populares de que él ha sido la primera víctima... Chile se encuentra ahora en una pendiente, en la que nada puede detenerlo ya. La hora del desengaño i del castigo han sonado ya para él...... Si el arrepentimiento i un noble propósito de reparar los daños causados por su insensata ambicion, no hacen escuchar a Chile sus advertencias, mui pronto recibirá su merecido escarmiento.» El diario oficial del Perú acababa por recomendar a Chile que aprovechase «los amistosos oficios de una nacion amiga» para implorar la clemencia de su afortunado rival.

Cuando esto se escribia en Lima en el diario oficial de la dictadura ¿debe estrañarse que los ajentes del Perú en el estranjero publicasen cada semana un triunfo fantástico de sus ejércitos? ¿Habia la menor seriedad en un gobierno que se habia trazado esta línea de conducta?. Los triunfos ilusorios de las armas peruanas, por una parte, i las esperanzas en una revolucion que segun anunciaban los diarios de Lima, debia estallar en Chile, eran el tema constante de la prensa de esa ciudad. I, lo que parece increible, el populacho i mucha jente de un rango mas elevado, se dejaban engañar con este sistema de falsas noticias, destinado, segun se decia, a «retemplar el patriotismo.» Así se comprenderá el efecto terrible que debia producir en esa poblacion cada uno de los desastres que esperimentaba el Perú.

Despues de estos combates, el bloqueo del Callao i de los puertos inmediatos, volvió a un largo periodo de monotonía i de calma, que no interrumpieron los nuevos

esfuerzos de las autoridades de tierra para aplicar torpedos a las naves chilenas. El 10 de octubre, la fragata *Cochrane* hizo estallar a 200 metros de su costado un torpedo automático lanzado contra ella. Dos dias despues, la cañonera *Pilcomayo* echaba a pique en Ancon una balandra peruana que parecia ocultar una máquina de guerra de la misma especie. La vijilancia intelijente de los marinos chilenos iba a hacer imposibles todas las acechanzas que se fraguaban contra ellos (1).

En esos momentos, las operaciones de la guerra llamaban tambien preferentemente la atencion de los belijerantes hacia otros puntos. De ellas vamos a hablar en los capítulos siguientes.

(1) Aunque la relacion de todos estos incidentes del bloqueo del Callao tenga poco interes, i aun con temor de fatigar la atencion de nuestros lectores, no hemos podido prescindir de referirlos para presentar el cuadro completo de las operaciones marítimas i militares de la guerra del Pacífico.

CAPITULO IV.

Operaciones i aprestos militares en tierra, de julio a setiembre de 1880.

Una pequeña division chilena espediciona a Tarata, i aniquila i dispersa a las montoneras peruanas.—El dictador del Perú llama a las armas a toda la poblacion de Lima i crea el ejército de reserva.—Entusiasmo con que esta idea es recibida por la prensa.—El gobierno peruano anuncia por todas partes su próxima victoria sobre los chilenos.—El arzobispo de Lima ofrece al gobierno las joyas de los templos.—Importancia real de este ofrecimiento.—Organizacion curiosa dada al ejército de reserva.—Amenazas constantes contra Chile, recargadas despues de la primera revista de la reserva.—Organizacion del ejército de Arequipa.—Aprestos de Chile para la campaña sobre Lima.—Falsas noticias que se hacian circular en Lima sobre estos aprestos.

Despues de las batallas de Tacna i de Arica, el ejército vencedor quedó acampado en estas dos ciudades, tomando algun descanso de las imponderables fatigas de la campaña anterior. Las penosas marchas al traves de los abrasadores arenales del desierto, las privaciones que habia sido preciso sufrir, i hasta el cansancio de las bestias de carga, exijian algun tiempo de reposo bajo un clima que en esa estacion (junio i julio) era bastante benigno. El enemigo habia abandonado aquella rejion, i todo hacia creer por el momento que mejor aconsejado

por sus últimos desastres, el gobierno peruano se inclinaria a poner término a una guerra que le costaba tantos i tan estériles sacrificios i tan repetidas derrotas.

Un dia se supo en el campamento de Tacna que una montonera enemiga habia asaltado de improviso a cuatro oficiales i un médico del ejército que viajaban desprevenidos en las cerranías de la cordillera vecina. Dos de los oficiales fueron hechos prisioneros; pero los que salvaron, pudieron llevar la noticia de esta inesperada sorpresa. La tropa que salió en persecucion de aquella montonera, no consiguió darle alcance. Pero luego se supo que en el pueblo de Tarata, en medio de las montañas, se habian reunido algunas fuerzas peruanas, i que preparaban otros ataques de la misma naturaleza.

El jeneral Baquedano dispuso inmediatamente que marchase una pequeña division sobre aquel lugar. Un batallon de infantería, 75 jinetes, dos cañones i dos cirujanos militares formaron esta division. El 19 de julio se puso en marcha bajo las órdenes del coronel don Orozimbo Barbosa. El viaje por aquellos caminos era sumamente penoso i ademas lleno de peligros. Las cerranías ofrecian a cada paso ásperos desfiladeros en que era mui difícil marchar con artillería, i sumamente fácil al enemigo organizar la resistencia o preparar una sorpresa. El coronel Barbosa, sin embargo, anduvo mas de dos dias sin encontrar otra cosa que los vestijios de los guerrilleros peruanos que parecian huir replegándose hácia Tarata.

El tercer dia de marcha, esto es el 21 de julio, i cuando ya se hallaba a legua i media de ese pueblo, la division chilena fué recibida por un vivo aunque desordenado fuego de fusil que se le hacia desde lo alto de un

portezuelo bastante escarpado. El enemigo ocupaba posiciones excelentes, detras de rocas que lo hacian casi invisible, i cerraba perfectamente el camino que conduce a Tarata. La artillería no podia funcionar en el lugar que ocupaba el coronel Barbosa, i fué preciso intentar otro medio de desalojar al enemigo. Una columna de 200 infantes i de 50 jinetes, hizo una fatigosa vuelta por aquellos cerros, fué a ocupar los alrededores de la ciudad, para tomar al enemigo por la retaguardia. El resto de la division comenzó en seguida a trepar por el desfiladero. Despues de un tiroteo de tres cuartos de hora, las fuerzas peruanas se desbandaron en precipitada fuga dejando en el campo 26 muertos, i 24 prisioneros, uno de los cuales era el jefe de ellos, el coronel don Leoncio Prado, hijo del ex-presidente del Perú, i un subteniente. Los restos de las fuerzas peruanas lograron sustraerse a la persecucion por lo escabroso de aquellos cerros, pero Tarata quedó abierta a los vencedores. Se juzgará de la calidad de las tropas peruanas que habia en este lugar, diciendo que apesar de las ventajosas posiciones que ellas ocupaban, los chilenos no tuvieron mas que un muerto en la refriega.

Ocupada Tarata el mismo dia, el coronel Barbosa avanzó hasta Ticaco, envió partidas en diversas direcciones sin hallar enemigos, i permaneció en esos lugares hasta que pudo convencerse de que no habia en todos los alrededores un solo hombre en estado de organizar ni de oponer la menor resistencia (1). Desde ese dia no

(1) En el cuadro que nos hemos trazado en este libro no podemos hacer entrar mas pormenores sobre esta espedicion. El lector puede hallarlos en una interesante relacion publicada en *El Ferrocarril* de Santiago de 20 de agosto de 1880.

volvieron a aparecer montoneras en muchas leguas a la redonda de los territorios que ocupaban los chilenos. Las tropas peruanas que en esos momentos trataban de reorganizarse, estaban mui léjos de esos lugares, en Lima i en Arequipa.

En efecto, en esos mismos dias el dictador Piérola desplegaba una grande actividad para organizar un ejército formidable en la capital del Perú. Habia llegado allí la noticia de que en Chile se hablaba de una próxima e inevitable espedicion a Lima, de que se formaban nuevos cuerpos de tropas con este objeto, i de que la opinion pública pedia una accion enérjica i decisiva en la marcha de las operaciones. Aunque no se daba entero crédito a estas noticias, i aunque la prensa peruana no cesaba de repetir que Chile no estaba en situacion de acometer una empresa de tamaña magnitud, el gobierno de la dictadura queria estar preparado contra todo evento.

Habia en esos momentos entre Lima, el Callao i sus alrededores un ejército disponible de nueve a diez mil hombres, que podia elevarse fácilmente al doble o mas, con nuevas levas hechas en esas ciudades o en las provincias vecinas. Indudablemente, para resistir a las tropas chilenas, que en el curso de la guerra habian desplegado a no caber duda las dotes de solidez i disciplina, se necesitaba un ejército en regla, soldados diestros en la maniobra i en el ejercicio de las armas, i oficiales competentes i animados de un verdadero espíritu militar. Pero, para esto se necesitaban recursos de dinero de que no podia disponer el gobierno del Perú. La ocupacion por los chilenos de las salitreras de Tarapacá i de casi todos los depósitos de huano por una parte, la

ocupacion o el bloqueo de los principales puertos de esa república por otra, habian cegado casi por completo sus principales fuentes de entradas. Agréguese a esto que el gobierno del Perú pagaba entónces las consecuencias de treinta años de imprevision i de desórdenes financieros. Le era imposible levantar empréstitos en el esterior. Su papel moneda habia llegado al colmo de la depreciacion, i las nuevas emisiones habrian reagravado mas aun si esto fuese posible, aquella desastrosa situacion. En el cambio sobre Europa, el peso se tasaba en 6 i 5 peniques. El comercio pasaba por una crísis horrible, aumentada por la guerra. Ante este estado de cosas, Piérola no podia aumentar indefinidamente su ejército de línea, porque aun sin pagar a los soldados, le habria ocasionado gastos que no podia satisfacer. Se limitó, pues, a aumentar hasta donde le fuera dable el número de sus tropas, i llamó a todo el mundo a las armas, creando la institucion que él llamó la reserva.

Este fué el oríjen de un famoso decreto dado el 27 de junio de 1880, que tenia por objeto llamar al servicio de las armas a todos los habitantes de Lima. Pero era menester que este llamamiento fuese acompañado de alguna pomposa declaracion del poder i de los recursos militares del Perú, i por eso fué encabezado con las siguientes líneas:

«Nicolas de Piérola, jefe supremo de la república i protector de la raza indíjena.—Considerando: Que teniendo Lima sobrados elementos para defenderse por sí sola contra cualquiera tentativa de agresion del enemigo, es conveniente colocarla en condiciones de realizarlo sin esfuerzo; a fin de ponerla a cubierto de ella i permi-

tir al gobierno emplear el ejército activo como lo aconseje la mas rápida prosecucion de la guerra; decreto etc., etc.»

Se declaraba en seguida a la ciudad i provincia de Lima en pié de defensa militar, i se mandaba que todos los peruanos habitantes de ella de 16 a 60 años, sin distincion de condicion, clase o empleo, procedieran á enrolarse en la reserva movilizada o sedentaria en el improrogable plazo de quince dias. Todos los reservistas quedaban obligados a concurrir diariamente desde las diez de la mañana hasta las dos de la tarde a los ejercicios doctrinales. Durante estas horas debian permanecer cerrados los almacenes, tiendas i casas industriales. La penalidad aplicada a los infractores de este decreto debia ser tremenda. Solo quedaban exceptos del servicio los eclesiásticos, los médicos, farmacéuticos i empleados de los hospitales, i algunos funcionarios de la administracion pública. Por el mismo decreto, el dictador exijia la entrega de todas las armas que se hallasen en poder de particulares, bajo conminacion de ser considerados traidores a la patria i de quedar sujetos a las penas de tales «los que no cumplieren con entregarlas o con no declarar su existencia en ajeno poder.» Esta última medida era del todo innecesaria, porque el Perú tenia abundantes depósitos de armas, i porque seguia recibiendo nuevas remesas por los puertos del norte.

La prensa de Lima aplaudió este decreto con el mismo entusiasmo con que habria celebrado la mas espléndida victoria de sus armas. ¡El Perú está salvado! se decia por todas partes. El diario oficial de la dictadura, dando cuenta de este entusiasmo, se espresaba en los

términos que siguen: «El llamamiento que el jefe supremo de la república ha hecho a los vecinos de la provincia de Lima para organizar la defensa de la capital, ha sido acojido con todo el patriótico entusiasmo que era de esperarse de las actuales circunstancias...... La confianza que su actitud inspira al gobierno, no solo deja espedita su libertad de accion, sino que será un motivo mas de reflexion i de duda para la realizacion de los quiméricos proyectos de nuestros invasores...... Este tierno e imponente llamamiento satisface en gran parte las aspiraciones del patriotismo, responde a las exijencias del presente i difunde el aliento allí, donde los reveses últimamente sufridos lo habian atenuado o estinguido.»

Mas léjos, todavía, fueron los otros diarios en su confianza en la victoria i en sus amenazas a Chile. «La guerra comienza hoi, decia *La Patria* de Lima, puesto que se la mira con toda la seriedad que ella reclamaba desde el principio.» «Los chilenos, decian otros, encontrarán indefectiblemente su tumba en Lima.» Esos diarios parecian olvidar que esta misma amenaza, con las mismismas palabras, habia sido hecha a los chilenos ántes de la campaña de Tarapacá, i repetida con particular insistencia ántes de la campaña de Tacna. «Nuestra firme conviccion en el próximo triunfo, decia *El Nacional* de Lima con este motivo, vale mas que todas las escuadras i cañones del enemigo.»

Desde ese dia, el gobierno de la dictadura se mostró alentado por la mas absoluta confianza en el poder de sus recursos, i en la seguridad indeclinable de su próximo triunfo. De allí se orijinó un verdadero diluvio de notas i de circulares despachadas de las oficinas de

gobierno, i destinadas a anunciar a todas partes la inevitable derrota de los chilenos en la próxima campaña (1). El ministro del culto se dirijió al arzobispo de Lima para darle estas seguridades en los términos siguientes:

«El gobierno, que tiene la indefectible conviccion de nuestro triunfo, a medida de ella está resuelto a no detenerse ante consideracion, ni estorbo de ninguna especie, para realizar la provision de elementos de combate i proseguirla sin tregua, hasta alcanzarlo, dure lo que dure i cueste lo que cueste. Cualesquiera que sean nuestros contrastes, el único límite a la resistencia puede ser la existencia de los peruanos, i, si el enemigo quiere vencernos, ha de saber, desde ahora, que para asentar su

(1) Parece que las monjas de Lima, viendo el estado de las cosas con mas claridad que el gobierno peruano, no abrigaban la misma confianza en la victoria, i que creyendo al pié de la letra todas las absurdas exajeraciones de la prensa, estaban persuadidas de que los chilenos iban a invadir i a saquear sus claustros. El sub-prefecto de Lima quiso calmar su inquietud anunciándoles la próxima i segura victoria de las armas peruanas; i al efecto dirijió a todas las abadesas de los monasterios la siguiente circular:

«A la superiona del convento de....... Reverenda madre: La maledicencia que se ensaña con la jente inocente i virtuosa, viene esparciendo noticias alarmantes que irritan e inquietan los espíritus, i éstas se propagan hasta los claustros donde hai mas campo para darle crédito, en razon de la poca facilidad de ponerse al corriente de la política. El deseo de tranquilizar el ánimo de su R i de las dignas esposas de Jesucrito que forman la comunidad de ese inviolable convento, me ha decidido a dirijirme a su R. para ensancharla manifestándole que no debe abrigar temor alguno de la profanacion de sus claustros con la guerra, pues la capital se halla perfectamente resguardada para contener al enemigo, caso que en su inícua alevosía intentara atacarla. Nuestras desgracias del sur no se repetirán en Lima; confie su R. en ello, i siga tranquila junto con sus virtuosas hermanas, en sus prácticas relijiosas, pidiendo al Todopoderoso por el rápido triunfo de nuestras armas.

«Con sentímiento de respeto i consideracion me es honroso suscribirme de su R. mui atento i seguro servidor.—*Mariano C. Bustamante.*»

triunfo, necesita no dejar en pié un solo hombre en el Perú.»

La confianza en la victoria habia llegado tambien hasta el arzobispo de Lima. En su contestacion a la nota del gobierno, se felicita del inquebrantable propósito del jefe supremo del estado, persuadido, dice, de que Dios otorgaria la victoria definitivamente al Perú. Con este motivo, ofrecia al gobierno las joyas de los templos; pero exijia tambien que las señoras se desprendieran de sus alhajas i las personas acaudaladas de una parte de su fortuna. «La iglesia ofrece las joyas de sus templos, dice con este motivo, ¿qué mucho que las señoras ofrezcan las suyas i los acaudalados una parte de su fortuna, i todos algo, por pequeño que sea, para conservar limpia la frente de la patria i circundarla de laureles al fin de la jornada?» Mas tarde veremos repetirse estas mismas exijencias en términos amenazadores. La prensa de Lima, alentando los malos instintos de la plebe, que constituia la fuerza del poder de la dictadura, llamó ladrones enriquecidos con la esplotacion del erario nacional a los capitalistas peruanos que en aquella situacion, no se desprendian de sus tesoros, i provocaba imprudentemente los crímenes i saqueos que debian seguirse a la derrota.

La misteriosa reserva con que el gobierno de la dictadura peruana dirijia todo lo relativo a la administracion de los fondos públicos, no teniendo que dar cuenta a nadie de los gastos que hacia, no nos permite apreciar la importancia del ofrecimiento de las joyas de los templos, con que, sin embargo, se hizo mucho ruido para estimular nuevos donativos i para infundir temor i des-

confianza al enemigo. Pero tenemos razones para creer que él no llevó un gran continjente de recursos al tesoro peruano. Los templos de ese pais, mui ricos en la época del coloniaje, habian caido mucho de su antigua opulencia. La guerra de la independencia, primero, i luego las constantes i prolongadas guerras civiles habian dado cuenta de una gran parte de esos tesoros; pero el despilfarro que desde muchos años atras habia invadido todos los ramos de la administracion pública, habia sido su mas formidable enemigo. Creemos, sin embargo, que los bienes de las iglesias suministraron alguna plata labrada que sirvió al dictador para intentar una complicada e infructuosa operacion financiera con que esperaba dar valor al papel moneda. Consistió ésta en hacer acuñar algunos miles de pesos en monedas de plata, del valor de veinte centavos de peso, con el nombre de *incas* i con esta inscripcion, alusiva a las circunstancias: *Prosperidad i poder por la justicia* (1).

(1) Se comprenderá mejor la deplorable situacion financiera del gobierno de la dictadura por los dos hechos que pasamos a referir.

Habia entónces en Chile cerca de 3000 prisioneros peruanos entre jefes, oficiales, soldados i marineros, a todos los cuales les debia su gobierno muchos meses de sueldo. El gobierno chileno se habia encargado de hospedarlos i de alimentarlos pagando doce pesos mensuales por soldado, 23 pesos por oficiales hasta capitan i 28 pesos por jefes de capitan para arriba, lo que le ocasionaba un desembolso considerable. En cerca de un año que duró la detencion de los prisioneros de Tacna i de Arica i en mas de un año que duró la de los que fueron tomados en la campaña de Tarapacá, no recibieron de su gobierno mas que una remesa de dos mil libras esterlinas con que no se alcanzó a pagar ni siquiera medio mes de sueldo a cada uno de ellos. El gobierno de Bolivia, por su parte, no envió jamas un solo peso a sus soldados i jefes prisioneros.

Hé aquí el otro hecho. El antiguo arzobispo de Lima don José Sebastian de Goyeneche, fallecido en 1872, habia dejado una fortuna colosal, de muchos millones i habia legado 50 mil pesos a los establecimientos de beneficencia de Lima, i 150 mil a los de Arequipa. El

El cumplimiento de los decretos del dictador respecto a la organizacion de la reserva no se hizo esperar largo tiempo. Don Juan Martin Echeñique, «coronel de infantería de ejército, prefecto del departamento de Lima i comandante en jefe del ejército de reserva,» i don Julio Tenaud, jefe de estado mayor de este mismo ejército, ordenaron con fecha de 9 de julio, que desde el domingo 11 hasta el sábado 17 de ese mismo mes se presentasen, bajo las penas mas severas, todos los peruanos habitantes de Lima a inscribirse en sus cuerpos respectivos. Debia darse principio a la inscripcion, para «revestirla de la mayor solemnidad,» con una gran fiesta militar, salvas de artillería, músicas, etc. Segun las disposiciones de este decreto, la reserva se distribuiria en diez divisiones i dos brigadas, formada cada una de ellas por hombres de profesiones u oficios análogos o semejantes (1).

dictador Piérola, por decreto de 6 de julio de 1880, i considerando, dice, que la inmensa fortuna de la familia del arzobispo se formó en el Perú, que este prelado usufructuó las dos ricas mitras de Arequipa i de Lima, que el Perú tenia comprometida en la guerra su integridad, su honra i su soberanía, i por último, que la dictadura estaba investida de facultades omnímodas, i entre ellas de las de lejislador, correspondiéndole por tanto el poder de «declarar la voluntad interpretativa de los testadores,» manda que los 200 mil pesos de estos legados «se hagan efectivos dentro de tercero dia, computándolos en metálico, segun el valor de la circulacion monetaria en la época del testamento, i se apliquen a las necesidades de la guerra, por via de préstamo,» i para pagarlos en mejores tiempos. La entrega debia hacerse en oro o plata sellada, o en buenas letras sobre Londres, por un valor igual i sin pérdida en el cambio.

(1) Para que se comprenda mejor esta curiosa distribucion de los soldados de los ejércitos de reserva del Perú, copiamos en seguida íntegros los arts. 2.° i 3.° del decreto dado por el prefecto de Lima el 9 de julio de 1880. Hélo aquí:

«Art. 2.° Los ciudadanos de la 1.ª division, comandada por el señor coronel don José Unánue, i que se formará de los señores vocales i jueces, abogados i bachilleres, empleados judiciales, procuradores i

La prensa de Lima entre tanto, no tenia palabras con que encomiar a los autores de estas disposiciones. Segun ella, esos decretos, asi como los pasos dados para reconstruir la Confederacion perú-boliviana, iban a pro-

escribanos, i amanuences de abogados i de escribanos, concurrirán al palacio de justicia.

«Los de la 2.ª division, comandada por el señor coronel don Pedro Correa i Santiago, i que se formará de los propietarios, banqueros, jefes de casas de comercio, de almacenes i empleados i dependencias de éstos, concurrirán a la plaza de San Pedro.

«Los de la 3.ª division, comandada por el señor coronel don Serapio Orbegozo, i que se formará de los profesores i estudiantes, concurrirán a los claustros de la Universidad.

«Los de la 4.ª division, comandada por el señor coronel don Juan de Aliaga i Puente, i que se formará de los arquitectos, empresarios de obras públicas, carpinteros i albañiles, concurrirán a la plaza de Santa Ana.

«Los de la 5.ª division, comandada por el señor coronel don Juan Peña i Coronel, i que se formará de los sastres, sombrereros, zapateros, talabarteros i trenzadores, concurrirán a la plazuela de San Agustin.

«Los de la 6.ª division, comandada por el señor coronel don Ramon Montero, que se formará de los plateros, hojalateros, maquinistas herreros, caldereros, fundidores i molineros, concurrirán a la plaza de Bolívar.

«Los de la 7.ª division, comandada por el señor coronel don Dionisio Derteano, que se compondrá de los empleados de la administracion pública i beneficencia, periodistas, tipógrafos, i demas dependientes de imprenta, concurriran a la plaza principal.

«Los de la 8.ª division, comandada por el señor coronel don Juan Arrieta, i que será compuesta de los dulceros, biscocheros, pasteleros, panaderos, sirvientes de casas i hoteles, i dueños de fondas i chinganas, concurrirán a la plazuela del Teatro.

«Los de la 9.ª division, comandada por el señor coronel don Bartolomé Figari, que se compondrá de los tapiceros, pintores, empapeladores, barberos, mercaderes ambulantes i los de oficios que no están especialmente determinados en esta resolucion, concurrirán a la plazuela de Santo Domingo.

«Los de la 10.ª division, comandada por el señor coronel don Antonio Bentin que se formará de los empleados i operarios i peones de ferrocarril i tranvías, de los de las empresas del gas i del agua, lo mismo que los plomeros i gasfiteros, concurrirán a inscribirse en la plazuela de Monserrate.

«Los ciudadanos de la brigada de artillería, comandada por el señor coronel don Adolfo Salmon, que se formará de la compañía de

ducir el asombro i el terror en Chile, demostrando a este pais cuán quimérico seria el pensamiento de atacar a Lima. «El Perú, decia *La Patria* de ese mismo dia, renace en cada reves, engrandeciendo su causa, a la vez que arroja los cimientos de una revolucion colosal en la constitucion internacional del continente... Pero aun pudiera atribuirse esa actitud puramente al gobierno. Para

bomberos de Lima, carroceros, compañía Cosmopolita, Cruz Roja, carreteros, i aparejeros, concurrirán a la plazuela de la Micheo.

«Los ciudadanos de la brigada de caballería, comandada por el señor coronel don Juan Francisco Elizalde, que se formará de los aguadores, dueños i peones de caballerizas, albeitares, cocheros i camaroneros, concurrirán a la plazuela de San Lázaro.

«Art. 3.° Todo ciudadano que no sea jefe u oficial de algunos de los cuerpos en organizacion, está inevitablemente obligado a inscribirse en el gremio a que pertenezca, no pudiendo hacerlo en ningun otro.»

Los datos estadísticos que apuntamos a continuacion servirán para dar a conocer el número aproximativo de soldados con que podia contar el ejército de la reserva organizado en Lima.

Segun el censo del Perú de 1876, el departamento de Lima tenia una poblacion de 226,992 habitantes. Haciendo abstraccion de los estranjeros, de las mujeres, de los niños i de los ancianos de mas de sesenta años, la poblacion viril del departamento, obligada a enrolarse en la reserva sin escusas ni escepcion de ningun jénero, habria debido dar un ejército de 40,000 hombres. Pero los decretos que recordamos solo se referian a la provincia de Lima, esto es, a una de las tres secciones en que está dividido el departamento del mismo nombre, cuya poblacion, segun el censo citado, era de 122,326 habitantes. Así se comprenderá que el ejército de reserva no alcanzó a contar mas que 18,000 individuos inscritos; i que mediante las licencias acordadas por favor, solo contó algo como la mitad de ese número en la víspera de las batallas que tuvieron lugar en los alredores de la capital.

En los diarios peruanos de esa época, se habla a veces de la poblacion de la ciudad de Lima haciéndola subir a 200,000 almas. Segun el censo citado de 1876, la ciudad no tenia mas que 100,156 habitantes, distribuidos en la forma que sigue: estranjeros 15,378; indios 19,630; negros, 9,008; mestizos, 23,120; peruanos de raza blanca, 33,020.

Al leer el decreto del prefecto Echeñique de que hemos copiado las principales disposiciones, se creeria que Lima era una especie de colmena en que todos los habitantes tenian una ocupacion. Sin embargo, la estadística revela que es mui difícil que haya en el mundo una ciudad de igual poblacion con un número mayor de vagos. El censo lo estima en 62,243.

que no quepa duda alguna respecto del verdadero sentimiento el pais, el domingo próximo presentará Lima el mas grandioso de los espectáculos acudiendo al llamamiento de la autoridad para alistarse en las filas del ejército destinado a la defensa nacional. El bando promulgado señalando lugar para el alistamiento, ha movido con un solo impulso a toda la ciudad, i no queda entre sus habitantes ninguno que no tome puesto, cualquiera que sea la escala en que se sirva. Hé ahí la repuesta mas elocuente a las ilusiones chilenas i a su jactancia pretenciosa: la organizacion del espléndido ejército de reserva que en breve será una realidad precursora de la buena fortuna que al cabo coronará la causa de la justicia, en contraposicion al acaso que hasta ahora ha dado triunfos al enemigo.»

Se habia anunciado por los diarios que la reserva se compondria de 50,000 hombres. Sin embargo, las inscripciones ejecutadas en virtud de estos decretos, alcanzaron a cerca de 18,000 hombres nominales, i a un efectivo que segun los mejores cálculos, no pasaba de 15,000. Los ejercicios del ejército denominado de la reserva comenzaron en Lima el 18 de julio. Los soldados fueron provistos de buenas armas, i algunos cuerpos llegaron a manejarlas regularmente; pero no pudo establecerse jamas la sólida disciplina a que no pueden alcanzar las tropas organizadas en esas condiciones. La asistencia a los ejercicios, que se efectuaban cada dia despues de un toque de campana en la catedral, fué exacta i formal en los primeros tiempos; pero el entusiasmo de unos i el terror de otros a las penas con que los amenazaban, comenzaron a desaparecer en breve. Las faltas fueron tan

frecuentes i numerosas, que el gobierno tuvo que conminar de nuevo a los soldados de la reserva con los mas severos castigos, sin conseguir tampoco el resultado que buscaba con sus amenazas.

Sin embargo, dos meses mas tarde la opinion pública estaba profundamente convencida de que el Perú estaba preparado i listo no ya para rechazar una invasion de los enemigos, sino para invadir a Chile i ocupar militarmente a Santiago, su capital. «Calcúlese, decia un diario de Lima el 22 de setiembre, cuál habrá sido el despecho i furia de los chilenos, al considerar que han malgastado tiempo, sangre i dinero en golpes infructuosos, i que cuando creian tener vencido al Perú, se alza éste mas altivo, mas imponente que nunca... Como cuadrilla de bandoleros que acechan el momento oportuno para lanzarse sobre la codiciada presa, los chilenos se creen a las puertas de Lima; pero como la justicia, como fuerza vengadora que persigue al criminal hasta su escondite para hacerle espiar sus crímenes, nosotros estamos mas cerca de Santiago que ellos de Lima.»

Esta confianza ciega en el poder irresistible del Perú i en el próximo triunfo de sus armas en la campaña inmediata, fué todavía mucho mayor despues del 24 de setiembre. Este dia, aniversario de la patrona de las armas nacionales, pasó el dictador una ostentosa revista que llenó de entusiasmo a la poblacion de Lima, i que, segun decia un diario, «ostentó su poder i la grandeza de su patriotismo.» «Todo ciudadano, agregaba mas adelante, es hoi un soldado que no tiene mas objetivo que la guerra a muerte a las hordas invasoras. El deseo de combatir es unánime, i solo se abriga el temor de que nuestros

alevosos contrarios no se aproximen jamas a las puertas de la capital donde está ya preparado su hundimiento. Un pueblo que así piensa es un pueblo invencible. En él se encierran todos los secretos de la victoria i todos los esplendores de la libertad. Es el Paris de 93 que manda lo mejor de sus hijos para aniquilar las aguerridas huestes del despotismo en los campos de Jenmapes i Valmy. Es Moscow que con el incendio de sus palacios detiene aterrado i estupefacto a Napoleon en medio de los triunfos. En la historia de la presente campaña, no habrá pájina mas bella ni de mas fecunda enseñanza que la ofrecida por Lima.»

De estas arrogantes seguridades en el poder de sus ejércitos, los periodistas peruanos, creciendo cada dia en entusiasmo, pasaron luego a las mas violentas amenazas. «El Perú, decia un diario el 25 de setiembre, se ha levantado como un solo hombre, i la capital de la república ha visto realizarse el mayor de los prodijios de la vida democrática: el pueblo que se defiende por sí mismo. ¿Puede Chile, en desagravio de sus crímenes, ofrecer al mundo un espectáculo semejante? ¿Podrá Chile, jamas, elevar a la alta categoría de ciudadano libre ese tipo de perversion moral, que es su molde, i que se llama el *roto*?... ¿Serian esas turbas de sacrílegos, violadores, incendiarios i asesinos, que forman la crema de sus rejimientos, las que Chile empuje hácia nosotros para ganar ese botin que pregonan sus voceros, gritando: ¡A Lima! ¡A Lima!...Que vengan, sí, los espera un castigo tremendo histórico i ejemplar.»

I reforzando el tono provocador i conminatorio, se escribia el 30 de setiembre lo que sigue: «El sentimiento

nacional quiere que la resistencia al enemigo sea sin tregua ni descanso, que no se atienda al número, ni a los elementos bélicos; que cada pueblo, cada villa, cada hombre se defienda contra Chile, como se defiende el honor i la vida, como se defiende la civilizacion contra la barbárie. El sentimiento nacional quiera que en la presente guerra, el mundo vea la enorme superioridad moral que ha existido siempre i existe del Perú a Chile.

«Es necesario castigar con mano vigorosa los atentados de Chile contra todo derecho; es necesario no prodigarle mas una jenerosidad que lo estimula a cometer crímenes mayores; es necesario desplegar todo el vigor de la justicia vilmente escarnecida para que el castigo de Chile sea histórico, tremendo i ejemplar. Para conseguir eso i mas, si fuere necesario, tenemos dos valerosos ejércitos que se han organizado en esta misma capital con los continjentes venidos de los otros departamentos; tenemos la reserva, i tenemos otro ejército en el sur, nubecilla que dentro de poco descargará sobre las huestes de Chile una tempestad de horrores (1)».

La nubecilla a que se alude en las líneas anteriores era un cuerpo de unos cinco o seis mil soldados, organizados de cualquiera manera i reunidos en Arequipa.

En esos momentos, en efecto, el Perú completaba con ménos aparato, i tambien con ménos resultado, otro ejército en el territorio de Arequipa. Temíase que éste fuera en realidad el teatro elejido por los chilenos para

(1) Aun con temor de hastiar a nuestros lectores, hemos repetido estas citaciones i fragmentos de los diarios de Lima para dar a conocer por medio de ellos el tono de arrogante amenaza, i la confianza que allí se abrigaba en el poder de sus ejércitos.

una nueva campaña, i se creia alcanzar a poner esa ciudad i su provincia en estado de resistir la invasion con las tropas salvadas de los anteriores desastres i con los continjentes que pudieran suministrar las provincias vecinas. Desde luego se acordó dar a esas tropas la denominacion «de primer ejército del sur,» nombre fatídico en todo el curso de la guerra. Lo habia llevado el que bajo las órdenes del jeneral Buendia habia sido derrotado en la campaña de Tarapacá; i mas tarde se habia dado el mismo nombre a las fuerzas aliadas perú-bolivianas que fueron destruidas en la campaña de Tacna. Pero el gobierno de la dictadura creia borrar el recuerdo de esos desastres con estas puerilidades, i en vez de llamar a las tropas de Arequipa tercer ejército del sur, se continuó designándolas con el nombre que dejamos indicado.

Desde fines de junio habian ido llegando allí los fujitivos de la derrota de Tacna, despues del viaje mas penoso que es posible imajinar, por los desfiladeros de la sierra, hasta que pudieron tomar el ferrocarril que conduce de Puno a Arequipa. Formaban unos 1,500 hombres en el mas lastimoso estado de desnudez, desmoralizados por la derrota, estenuados por la fatiga, i poco decididos a volver a entrar en combate.

La prensa de la localidad, sin embargo, imitando el tono enfático de los diaristas de Lima, tenia elojios para todos, aun para los batallones que en Tacna habian vuelto caras al comenzar el combate, i que por lo mismo eran los que llegaban mas completos a Arequipa; i a todos incitaba a volver de nuevo a la pelea. «Estas fuerzas, sagradas reliquias de nuestro primer ejército, decia con este motivo, están reparando sus quebrantos para

emprender nueva guerra, tan tremenda como lo es la sin par criminalidad chilena. Vosotros que habeis jurado al pié del lábaro nacional defender la integridad, volved luego a afrontar las balas enemigas, hasta rescatar nuestro territorio profanado por el invasor.» El jefe de las fuerzas derrotadas i cada uno de los veintitres coroneles que las acompañaban, tenian su parte en los pomposos aplausos que se les tributaban. «Capitanes como el jeneral Montero, decian, son el honor i el prestijio de nuestras lejiones.»

Antes de mucho tiempo, sin embargo, Montero i algunos de los coroneles que lo acompañaban, siguieron su viaje a Lima. Arequipa quedó con los restos del ejército derrotado, i luego con los cuerpos que formaban la llamada division del coronel Leiva, i sobre la cual habian fundado tantas esperanzas los defensores de Tacna poco ántes de su derrota. Allí se reunieron tambien otros continjentes, que completaron el número de poco mas de cinco mil hombres, si bien los diarios de la ciudad hablaban de un número casi doble. Aunque habia en Arequipa muchos jefes militares, coroneles o tenientes coroneles, el verdadero comandante era el prefecto del departamento, doctor don Pedro A. del Solar, amigo íntimo i partidario acérrimo de Piérola.

En Arequipa tambien se provocaba al ejército de Chile en los términos ardorosos i ultrajantes que empleaba la prensa de Lima. Allí tambien se decia: «Vengan cuando quieran los chilenos, i aquí encontrarán su tumba», frase tantas veces repetida, como ya dijimos, en Iquique, en Tacna, en Lima i en todas las ciudades del Perú donde se publicaba un periódico. Creíase en Arequipa que

cuando llegase el momento del peligro, el ferrocarril de Puno, que llega hasta cerca de las fronteras de Bolivia, le traeria de este pais algunos millares de soldados dispuestos a defender la alianza. Sin embargo, cuando un poco mas tarde se anunció como cosa cierta que los chilenos se proponian espedicionar sobre Arequipa, no solo no se movió un solo hombre de Bolivia, sino que la prensa de este pais acusó al gobierno del Perú de imprevision porque los dejaba a ellos (los bolivianos) espuestos a sufrir las consecuencias de una invasion.

Pero Chile no habia pensado un solo momento en semejante espedicion. Sabia perfectamente que ella, apesar de las amenazas de la prensa de esos lugares, no presentaba serias dificultades; pero no queria hacer campañas que no habrian tenido otro objeto que satisfacer una vanidad pueril. Chile buscaba en la guerra la manera de llegar a una paz sólida i estable con los ménos sacrificios posibles; i desechaba toda empresa que no condujese a ese resultado.

Dos pareceres tenian dividida la opinion pública en Chile. Querian los unos, i estos eran los mas numerosos, que se llevara resueltamente la guerra a Lima, para desbaratar de un solo golpe, tremendo i decisivo, el centro del poder i de los recursos del enemigo. La empresa, se decia, debe costar sangre i dinero; pero es menester acometerla pronto para evitar mayores sacrificios i mayores gastos.

Otros pensaban que Chile debia quedarse en las posiciones que habia conquistado en las dos campañas anteriores, hostigar al enemigo con el bloqueo de sus puertos, demostrarle su impotencia para moverse de sus

atrincheramientos i para reconquistar las provincias que habia perdido, i obligarlo al fin a pedir la paz. La dictadura peruana, decian éstos, se sostiene porque el Perú abriga la esperanza de derrotar a los ejércitos chilenos, si éstos van a buscarla en sus campos fortificados. El dia en que Chile declare que no quiere ir a atacarla, ella comprenderá que no tiene poder ni recursos para salir de sus posiciones i mucho ménos para recuperar los territorios perdidos. Este plan agregaban, será ménos brillante, ménos rápido talvez; pero es mas seguro i mas económico.

El gobierno oyó estas opiniones; pero cuando vió que la gran mayoría del pais, representada por la prensa i por las cámaras, optaba por el primer arbitrio, se decidió por él con toda resolucion, i puso manos a la obra. Para llevarlo a cabo, se necesitaba enviar a Lima un ejército de 25,000 hombres, perfectamente armados i equipados, provistos de cuanto se pudiera necesitar en la campaña, dejar entre Tarapacá, Tacna i Arica una division de 6,000 hombres para atender a cualquiera eventualidad, i tener en Chile una reserva de 10 a 12,000 soldados, listos a acudir a donde fuese necesario. Sin estrépito ni aparato, se dispuso la movilizacion de numerosos batallones de guardia nacional, poniéndoles por primeros o segundos jefes a oficiales probados en la campaña, se crearon nuevos cuerpos, i se desplegó tal actividad en su instruccion i disciplina que ántes de tres meses estaban aptos para entrar en combate. Todas las provincias rivalizaron en ardor para enviar su continjente, sobre los que habian suministrado desde el principio de la guerra. Merced a este entusiasmo i a la accion deci-

dida de la administracion pública, el personal requerido para ejecutar este plan, se completó en mui breve plazo.

No faltaban las armas ni las municiones para esta empresa; pero era necesario atender a los mil ramos del servicio de la guerra i de la administracion militar. El ministro de la guerra don José Francisco Vergara se trasladó a Tacna para dar impulso a los aprestos de la campaña, i allí fueron llegando los contingentes de tropa i de material que salian de Valparaiso. El jeneral en jefe don Manuel Baquedano adiestraba entre tanto el ejército a fin de tenerlo presto para el momento en que fuera necesario partir.

Estos trabajos emprendidos i ejecutados con tan tranquila seguridad, preocupaban como era natural, a la opinion pública, i fueron objeto de repetidas discusiones en el congreso i en los diarios. La impaciencia llevaba a muchos a hacer cargos al gobierno acusándolo de tardanza en la direccion de las operaciones i en la terminacion de los aprestos; i esas acusaciones fueron mas de una vez incómodas para el gobierno que no podia resignarse a dar publicidad a sus aprestos ni a los planes de campaña.

Todo aquello no tenia, en verdad, nada de estraordinario. Era el libre ejercicio del réjimen parlamentario que en Chile no habia sufrido la menor alteracion por causa de la guerra. La prensa i el congreso, como hemos dicho ántes de ahora, continuaban gozando de las mismas facultades i de las mismas garantías que en las épocas de la mas perfecta paz. Sin embargo, los gobernantes del Perú mecidos siempre por las mas singulares ilusiones, dieron a estos hechos, como vimos en el capítulo

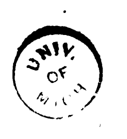
anterior, las mas estraviadas esplicaciones. Creyeron que el gobierno chileno, impotente para llevar adelante la guerra, iba a sucumbir bajo el peso de la indignacion del pais que se veia engañado por sus administradores. El mismo diario oficial de la dictadura peruana, daba pábulo a esos rumores, obedeciendo al errado sistema de mantener engañado al pais; i al fin llegó a dar crédito a las falsas noticias què él mismo propalaba. «El pueblo chileno, se escribia oficialmente en Lima en los primeros dias de octubre de 1880, se ha levantado para exijir el cumplimiento de las promesas con que se le habia pedido su sangre, i que el gobierno no puede cumplir.»

No era esto todo. El ejército chileno de Tacna estaba cansado de la vida de cuartel i de campamento, i ansiaba porque se continuaran las operaciones militares. Cuando se anunció allí que probablemente no se emprenderia la campaña sobre Lima porque se pensaba seguir otra línea de conducta, algunos jefes, muchos oficiales i muchísimos soldados, que habian entrado al servicio obedeciendo solo a la voz del patriotismo, solicitaron volver a sus hogares satisfechos de haber cumplido su deber. Sin embargo, todos ellos renunciaron a este propósito cuando supieron que la espedicion a Lima tendria lugar indefectiblemente.

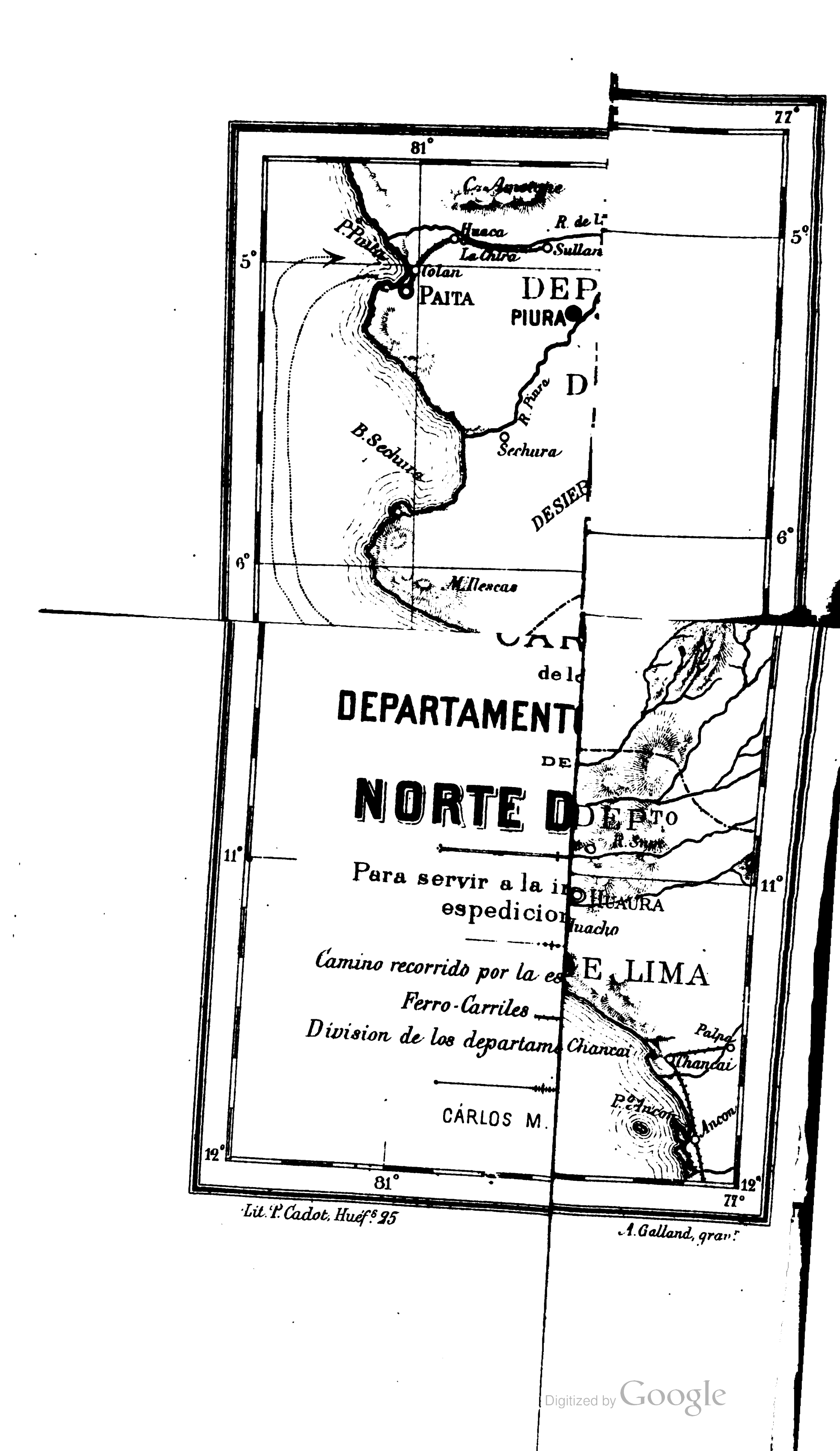
Los ajentes que el Perú mantenia en Tacna, entre los pobladores peruanos de la ciudad, comunicaron a Lima este movimiento de la opinion presentándolo bajo el prisma de sus ilusiones. «Los oficiales i soldados chilenos, se decia, no quieren hacer la campaña sobre Lima. Temen el resultado de esta empresa, i solo pien-

san en volverse a sus casas.» Así se comprenderá que poco mas tarde, cuando llegó el caso de embarcar las tropas i de emprender la marcha, se escribiese seriamente en Lima, i que se creyese jeneralmente, que una division del ejército chileno se hábia sublevado, negándose a embarcarse.

Contra las esperanzas i las ilusiones del gobierno peruano, la espedicion sobre Lima estaba resuelta en Chile desde el mes de agosto. Se hacian pacientemente los aprestos necesarios, i debia llevarse a cabo con toda regularidad, i con una precision verdaderamente matemática.


UNIV.
OF

UNIV.
OF
MICH.



81°
77°
C. Amotape
R. de la
Huaca
P. Paita
La Chira
Sullan
5°
Tolan
PAITA
DEP
PIURA
D
R. Piura
B. Sechura
Sechura
DESIER
6°
M. Ilescas
de la
DEPARTAMENT
DE
NORTE D
DEPTO
R. Supe
11°
Para servir a la i
espedicion
HUAURA
Huacho
Camino recorrido por la es
E LIMA
Ferro-Carriles
Division de los departam
Chancai
Palpa
Chancai
Pº Ancon
Ancon
CÁRLOS M.
12°
Lit. P. Cadot, Huéf. 25
A. Galland, grav.

CAPITULO V.

La espedicion Lynch, setiembre i octubre de 1880.

Alístase una division chilena para espedicionar a las provincias del norte del Perú.—Confíase su mando al capitan de navío don Patricio Lynch.—Desembarca en el puerto de Chimbote, penetra en el interior del territorio enemigo e impone una contribucion de guerra a una rica propiedad de esa rejion.—Absurdo decreto de Piérola amenazando con fuertes penas a las personas que pagasen esa contribucion.—Lynch hace destruir el establecimiento que se negaba al pago.—Marcha a Supe i se apodera de una cantidad de pertrechos del enemigo.—Los capitalistas peruanos hacen intervenir en su favor la diplomacia estranjera demostrando que sus propiedades pertenecian a neutrales.—Lynch descubre el engaño en que se habia hecho caer a los ministros diplomáticos estranjeros.—Captura siete millones de pesos en papel moneda del gobierno del Perú.—Desembarco en Paita i destruccion de las propiedades del estado.—Plan de operaciones propuesto por la prensa de Lima para destruir a la division del comandante Lynch.—Difícil desembarco en el puerto de Eten.—Proclamas i amenazas del prefecto de Lambayeque.—Apesar de ellas, los chilenos recorren todo el departamento sin encontrar resistencia en ninguna parte.—Penetran en el departamento de La Libertad, cuyos pobladores pagan puntualmente la contribucion de guerra.—Desorganizacion i fuga de las fuerzas reunidas para resistir a los chilenos.—Los espedicionarios vuelven al sur despues de una campaña de dos meses.—Resultados de esta espedicion.—Nueva espedicion a Moquegua.—Esta ciudad paga la contribucion de guerra.—¿Sobre quién pesa la responsabilidad de estas exacciones?—Violaciones del derecho de jentes cometidas por los peruanos.

Cuando el gobierno de Chile adelantaba los aprestos de que hemos hablado en el capítulo anterior, no habia perdido por completo la esperanza de hacer entender al ene-

migo que era llegado el caso de poner término a una guerra tan funesta ya para la alianza perú-boliviana. Creia entónces que todavía era posible demostrar prácticamente al enemigo la imposibilidad en que se hallaba para defender el territorio peruano no ya contra un ejército numeroso sino contra pequeñas divisiones. Este fué el objeto de una espedicion que las quejas, los insultos i las lamentaciones de los documentos oficiales del Perú, i de los escritos de su prensa, han hecho famosa. Esta misma circunstancia nos obliga a dar algunos pormenores.

A fines de agosto de 1880 estaban listas en los puertos de Iquique i de Arica las fuerzas que debian formar esta division. Componíanlas 1,900 hombres de infantería, 400 jinetes, tres cañones Krupp de montaña con su respectiva dotacion de soldados i oficiales, una seccion del cuerpo de injenieros militares i una ambulancia completa con sus médicos, cirujanos i sirvientes. Formaba toda la division un total de 2,600 hombres. Dos grandes trasportes convoyados por las corbetas de guerra *Chacabuco* i *O'Higgins*, debian conducir estas tropas. El mando de ellas fué confiado al capitan de navío don Patricio Lynch. Aparte de las indicaciones que se le hicieron sobre los puntos en que convenia operar, el comandante Lynch debia reglar su conducta a las instrucciones jenerales que constituian el código de guerra del ejército de Chile (1).

(1) El gobierno de Chile habia distribuido desde el principio de la guerra a todos sus oficiales, como dijimos en otra parte, las *Instrucciones para los ejércitos de los Estados Unidos en campaña*, a fin de que ajustaran a ella su conducta. Para que se conozca el carácter de estas reglas, nos parece conveniente reproducir aquí el juicio que acerca de ellas da Bluntschli en la introduccion de su *Derecho internacio-*

Habiendo dicho muchas veces los escritores peruanos i sus ajentes en el estranjero que el comandante Lynch es un soldado grosero i brutal, debemos, contra nuestro sistema de no distraernos con hechos estraños a la guerra, comenzar nuestra relacion haciendo una rectifica-

nal codificado. Dice así: «Aparecieron durante la guerra civil que desoló a los Estados Unidos estas instrucciones que se pueden considerar la primera codificacion de las leyes de la guerra continental. El proyecto de estas instrucciones fué preparado por el profesor Lieber, uno de los jurisconsultos i filósofos mas respetados de América. Este proyecto fué revisado por una comision de oficiales i ratificado por el presidente Lincoln. Contiene prescripciones detalladas sobre los derechos del vencedor en pais enemigo, sobre los límites de estos derechos, etc., etc., (en una paladra, sobre todo lo concerniente a la guerra...) Son mucho mas completas i desarrolladas que los reglamentos en uso en los ejércitos europeos. Como desde el principio hasta el fin contienen reglas jenerales relativas al derecho internacional en su conjunto, i como ademas guardan relacion con las ideas actuales de la humanidad i la manera de hacer la guerra entre los paises civilizados, sus efectos se estenderán mas allá de las fronteras de los Estados Unidos i contribuirán poderosamente a fijar los principios del derecho de la guerra.»

En la imposibilidad de reproducir aquí todas estas instrucciones, vamos a copiar algunos de los artículos relacionados con las operaciones de la division del comandante Lynch.

Art. 1.° Una ciudad, un distrito, un pais, ocupados por el enemigo, quedan sujetos, por el solo hecho de la ocupacion, a la lei marcial del ejército invasor su ocupante; no es necesario que se espida proclama o prevencion alguna que haga saber a los habitantes que quedan sujetos a la dicha lei.

«Art. 7.° La lei marcial se estiende a las propiedades i a las personas, sin distincion de nacionalidad.

«Art. 8.° Los cónsules de las naciones americanas i europeas no se consideran como ajentes diplomáticos; sin embargo, sus personas i cancillerías solo estarán sujetas a la lei marcial, si la necesidad lo exije; sus propiedades i funciones no quedan exentas de ella. Toda infraccion que cometan contra el gobierno militar establecido, puede castigarse como si su autor fuese un simple ciudadano, i tal infraccion no puede servir de base a reclamacion internacional alguna.

«Art. 10. La lei marcial da al ocupante el derecho de percibir las rentas públicas i los impuestos, ya sea que éstos hayan sido decretados por el gobierno espulsado o por el invasor.

«Art. 13. La guerra autoriza para destruir toda especie de propiedades; para cortar los caminos, canales u otras vias de comunicacion;

cion a este respecto. Este oficial despues de haberse incorporado casi en su niñez en la marina chilena i de haber servido en la guerra contra la Confederacion perú-boliviana en 1838, completó sus estudios, por recomendacion del gobierno de Chile, en la marina de guerra de la Gran Bretaña. Sirvió con lucimiento en la guerra contra la China, i volvió a su pais con una sólida instruccion náutica, i con el grado de teniente de la marina inglesa (1). La distincion de sus modales i de su trato, su facilidad para hablar idiomas estraños, i la franqueza

para interceptar los víveres i municiones del enemigo; para apoderarse de todo lo que pueda suministrar el pais enemigo para la subsistencia i seguridad del ejército.

«Art. 21. Todo ciudadano o nativo de un pais enemigo es, él mismo, un enemigo, por el solo hecho de que es miembro del estado enemigo; i como tal está sujeto a todas las calamidades de la guerra.

«Art. 37. El invasor victorioso tiene derecho para imponer contribuciones a los habitantes del territorio invadido o a sus propiedades, para decretar préstamos forzosos, para exijir alojamientos, para usar temporalmente en el servicio militar las propiedades.

Art. 45. Toda presa o botin pertenecen, segun las leyes modernas de la guerra, al gobierno del que ha hecho dicha presa o botin.»

(1) De la foja de servicios del capitan de navío don Patricio Lynch, ascendido a contra-almirante el 5 de abril de 1881, tomamos las palabras siguientes:

«En 1838 salió de Valparaiso en la division naval destinada a bloquear el puerto del Callao. Durante el bloqueo asistió a los ataques parciales contra las fuerzas del Callao, bajo las órdenes del comandante don Leoncio Señoret i tomó parte en el abordaje i toma de la *Socabaya* i destruccion del bergantin *Congreed*, i navegó constantemente en las aguas de la república peruana protejiendo las operaciones del ejército restaurador hasta su regreso a Valparaiso.

«En 1840 se embarcó en un buque de guerra de S. M. B. i partió a Inglaterra para instruirse en el servicio de la marina de esa nacion.

«Fué trasbordado a un buque de la escuadra que la Inglaterra mandó contra la China en la guerra que aquella nacion sostuvo durante tres años, i se halló en nueve combates i en la toma de Canton, Chusart, Nanghoo i Nankuto, llevando siempre la bandera inglesa, por lo que recibió una medalla del gobierno de S. M. B.»

Posteriormente tuvo el mando de varios buques de la marina chilena, i desempeñó el cargo de gobernador marítimo de Valparaiso.

i la tranquilidad de su carácter, le granjearon amigos entusiastas entre los estranjeros i entre los cónsules con los cuales tuvo que tratar en su espedicion, i con algunos de los cuales, por otra parte, tuvo que sostener serias discusiones. Despues de la ocupacion de Iquique, en noviembre de 1879, habia desempeñado el cargo de gobernador de esta plaza; i allí se habia hecho estimar de nacionales i estranjeros por su celo en el cumplimiento de sus obligaciones i por la suavidad i por la rectitud de su administracion.

El 4 de setiembre partió de Arica la division espedicionaria. Sabiendo que poco ántes se habian desembarcado armas para el gobierno peruano en el puerto de Chimbote, el comandante Lynch se dirijió allí, i en efecto llegó en la mañana del dia 10. Inmediatamente desembarcó una parte de sus fuerzas sin hallar resistencia, por haber huido la corta fuerza que lo guarnecia, tomó posesion del pueblo declarándolo centro de las operaciones de su division, del ferrocarril i del telegrafo; i despreciando los avisos que le dieron algunas personas de hallarse cerca tropas peruanas, se internó el mismo dia a la cabeza de unos 400 hombres hasta las haciendas del Puente i Palo Seco. Estas hermosas estancias destinadas al cultivo de la caña i a la fabricacion de azúcar, para lo cual poseia ricas maquinarias i depósitos, eran de propiedad de don Donisio Derteano, amigo personal de Piérola, i comandante, como hemos visto, de una de las divisiones de la reserva que se organizaba en Lima. Allí impuso una contribucion de guerra por valor de cien mil pesos, dando al efecto tres dias de plazo para que los administradores se procurasen el di-

nero, o a falta de éste, buenas letras sobre Londres o sobre Valparaiso.

Miéntras tanto, algunas partidas de caballería de la division chilena recorrian los campos i pueblos inmediatos, sin encontrar por ninguna parte la menor resistencia. Las autoridades peruanas huian al interior, con el pretesto de organizar la defensa. Una de esas partidas avanzó hasta Virú, a once leguas de Trujillo. Aunque esta ciudad habria podido defenderse contra los invasores, nadie pensó en otra cosa que en huir al interior, dando el primer ejemplo de ello las autoridades del departamento. El ferrocarril del estado fué puesto gratuitamente al servicio de todos los que abandonaban la ciudad en medio de la mas completa confusion. Los chilenos habrian podido entrar a Trujillo sin disparar un tiro.

La noticia de estos hechos fué trasmitida a Lima por el telégrafo. Produjo allí una honda impresion, i un despecho indescriptible en el gobierno de la dictadura. Sin vacilar un instante, dictó Piérola un decreto el 11 de setiembre cuya parte dispositiva está consignada en estos términos: «La entrega de toda suma al enemigo por el hacendado del Puente, cualquiera que sea la forma en que se verifique, será perseguida i penada como delito de traicion a la república. Declárase, ademas, *ipso facto*, de la pertenencia del estado, toda propiedad en la que se suministrase al enemigo, dinero o especies que no tomare éste a viva fuerza i por sí mismo.»

Este decreto se presta a serias observaciones. Piérola parecia desconocer por completo que segun las doctrinas mas elementales del derecho de jentes él no podia lejislar sobre el territorio de que habia tomado posesion

el enemigo, i que los habitantes de ese territorio estaban obligados a obedecer al jefe que lo ocupaba (1). El decreto de 11 de setiembre, era bajo este aspecto, la repeticion testual de los decretos de marzo de este mismo año, por los cuales habia pretendido impedir la esportacion de huano i de salitre de las provincias ocupadas por el ejército de Chile, condenando a la pena de confiscacion a las naves de cualquiera nacionalidad que esportaren ese artículo (2). Por otra parte ¿tenia el dictador peruano derecho para imponer por sí i ante sí la pena de confiscacion contra sus nacionales que pagasen la contribucion de guerra bajo la fuerza de la ocupacion estranjera? Por mucho que se quieran ampliar las facultades de la dictadura, ellas no alcanzan hasta violar el derecho de propiedad por un simple decreto. Así, veremos mas tarde que despues de las primeras operaciones practicadas por el comandante Lynch, nadie se acordó del decreto del dictador.

Parece que el propietario de las haciendas del Puente i Palo Seco no tenia ninguna fe en la eficacia de la resolucion dictatorial. Contestando sobre este asunto a su administrador, le dice que hai en esos establecimientos «valiosos intereses de terceros neutrales comprometidos bajo la fe de su palabra i por obligaciones comerciales, i que los ha impuesto de lo que pasa a fin de que

(1) Bluntschili (*Derecho internacional codificado*) dice espresamente lo que sigue: «Art. 544. Cuando el enemigo ha tomado posesion efectiva de una parte del territorio, el gobierno del otro estado deja de ejercer alli el poder. Los habitantes del territorio ocupado están eximidos de todos los deberes i obligaciones respecto del gobierno anterior, i están obligados a obedecer a los jefes del ejército de ocupacion.»

(2) Véase el tomo I, pajs. 247 i siguientes.

los resguardaran hasta donde les sea posible.» Estas palabras significaban simplemente que el propietario tenia contraidas fuertes deudas a favor de neutrales, i que esta circunstancia debia eximirlo de pagar la contribucion de guerra. Pero, este espediente fué mui luego mas latamente desarrollado por la astucia de los negociantes, de tal suerte que pocos dias mas tarde no habia en el norte del Perú una casa, una hacienda, un camino, un canal que no se dijera propiedad de ingleses, de franceses o de italianos.

Espirado el plazo que fijó el comandante Lynch para el pago de la primera contribucion que habia impuesto, recibió del administrador de aquellas haciendas, que era uno de los hijos del propietario, una carta que envolvia una negativa absoluta. En defensa de ella alegaba dos razones, el decreto de Piérola que prohibia pagar la contribucion de guerra, i las deudas que el interesado tenia a favor de neutrales. Pero, el comandante Lynch no se dejó enredar por estas resistencias. El mismo dia 13 de setiembre contestó al reclamante una breve carta que contiene estas palabras: «En vista de su comunicacion, he dado ya las órdenes del caso para que se proceda a la destruccion de la propiedad de su señor padre. No he tomado en consideracion, como una atenuacion a su resistencia al pago de la contribucion exijida, la órden del jefe supremo de la república que me comunica en su carta, porque esa órden no tiene valor alguno segun las prescripciones del derecho de la guerra. El señor jefe supremo de la república del Perú podrá disponer lo que estime conveniente en el territorio sometido a su soberanía; pero no puede

exijir obediencia en la parte del territorio ocupado por nuestras armas. Suponer lo contrario seria hacer ilusorio el derecho de la guerra. El jefe supremo del Perú no salva con su decreto los intereses de su padre. Si con él pretendió impedir a nuestras fuerzas obtener el pago de las contribuciones que tienen el derecho de exijir, para su objeto, mas acertado habria sido que protejiera con sus armas el territorio amagado por nuestras armas.»

La órden de destruccion fué inexorablemente cumplida. La tropa cargó una cantidad considerable de azúcar, de arroz i de otras especies; i en seguida se hicieron saltar los edificios con pólvora i dinamina. En uno de ellos habia encerrados unos 200 trabajadores chinos, empleados en el cultivo de la caña, algunos de ellos con grillos i cadenas en virtud de penas discrecionales aplicadas por sus patrones, sin intervencion alguna de la justicia, i segun las prácticas bárbaras ejercidas con estos trabajadores, cuya condicion era semejante sino peor que la de los antiguos esclavos (1). Esos infelices fue-

(1) Un distinguido viajero frances que recorrió el Perú durante los años de 1876 i 1877, ha consagrado dos pájinas de su libro a comparar la suerte del esclavo negro con la del trabajador chino. Permitásenos estractar algunas líneas para esplicar el levantamiento jeneral de estos últimos contra sus opresores con motivo de esta guerra.

«El negro era esclavo por toda su vida: el chino no lo es mas que por un tiempo determinado. Pero esta ventaja está contrabalanceada por un hecho innegable: el nuevo sistema suprime la sola garantía que se poseia contra la crueldad de los señores i el abuso de su autoridad. Esta garantía era el interes de prolongar las existencias útiles, de no debilitar por un exceso de trabajo las constituciones que reproducen un capital considerable. Este cálculo, por horrible que sea, era lójico i constituia una garantía en favor de la raza negra. Con los chinos esta garantía desaparece. Que el chino resista a la tarea durante ocho años, hé allí todo lo que exije el interes. I que estos ocho años se prolonguen mas allá de su límite legal, por cuentas fan-

ron restituidos a la libertad, i se declararon dispuestos a seguir a los espedicionarios. Absolutamente inútiles para manejar las armas, debian sin embargo, prestar útiles servicios como hombres conocedores de las localidades.

Antes de pasar adelante, debemos consignar un hecho que revela la poca eficacia que los hacendados del norte del Perú atribuian a los decretos del dictador Piérola. El 14 de setiembre, i por lo tanto el dia siguiente de consumada la destruccion de aquellos establecimientos, llegaba a Chimbote un buque italiano, la *Arquímedes*. A su bordo iba un comisionado con encargo de pagar la contribucion de guerra impuesta a las propiedades que acababan de ser destruidas. La actitud asumida por Piérola era causa de que aquella proposicion llegase demasiado tarde.

El arrogante decreto del dictador del Perú no habia hecho mas que agravar los males de la situacion, provocando a los espedicionarios a ejecutar otros actos en que talvez no pensaban al principio. El mismo dia 13 de se-

tásticas de herramientas quebradas, de vestidos usados, etc. etc., hé ahí la principal preocupacion del que compra i emplea chinos. La estadística prueba que apénas un tercio de estos hombres llega al fin del contrato: el resto sucumbe......El chino deja su pais i, por una triste mistificacion, firma un compromiso de ocho años durante los cuales está a la disposicion absoluta de un señor. Las estipulaciones de sueldo son ilusorias: los hacendados pagan ordinariamente a los chinos en vestidos i en alimentos avaluados en precios fantásticos. El gobierno del Celeste Imperio inpide la esportacion de mujeres, i por tanto los chinos no tienen compañera. Encerrados como rebaños, los chinos viven en galpones bajo la amenaza del látigo i de revólver. Por desgraciados que hayan sido en su pais, es imposible que ninguno de ellos haya soñado siquiera la espantosa miseria que le espera en la servidumbre peruana» CH. WIENER, *Pérou et Bolivie, récit de voyage etc, paj.* 34.

M. Wiener ha previsto en su libro el peligro que envolvia para el Perú la existencia de la esclavitud disimulada de los chinos.

tiembre, el comandante Lynch hizo sacar de la aduana de Chimbote las mercaderías depositadas, que pertenecian a neutrales, i entregó a las llamas el edificio que era de propiedad fiscal. Fuera de estos actos de duro rigor militar, no se cometió allí otra violencia. Los soldados chilenos cumplieron las órdenes de sus jefes sin ejecutar un solo desman. Los estranjeros, i entre ellos el cónsul de los Estados Unidos, felicitaron al comandante Lynch por la disciplina de su tropa, que se habia abstenido de cometer los excesos casi siempre consiguientes a la ocupacion de una ciudad.

En Chimbote supo Lynch que en Supe, puerto del departamento de Lima, situado a treinta leguas de la capital, se habia desembarcado en esos dias una partida considerable de armas i de pertrechos para el gobierno del Perú. Sin demorarse un solo instante, se embarcó en la misma tarde (13 de setiembre) con 400 hombres i se dirijió a ese puerto con un trasporte i una corbeta de guerra, dejando en Chimbote el resto de sus fuerzas. Al desembarcar en Supe el 14 de setiembre, descubrió que el dia anterior, los hacendados vecinos al puerto habian retirado empeñosamente las armas i pertrechos para dirijirlos a Lima. Lynch se adelantó en la noche hasta la hacienda de San Nicolas, i allí halló en efecto 300 cajones que contenian 200 mil tiros de rifle, últimos restos de la remesa de municiones que ya se habian remitido a la capital. No siendo posible trasportarlos por carecer de bestias de carga, los hizo destruir. Habria querido tambien imponer una contribucion de guerra a aquella propiedad, convertida así en almacen de depósito del gobierno peruano; pero no hallando con quien

tratar, por haberse ocultado los dueños o los administradores, mandó destruir rápidamente los establecimientos i edificios, i en seguida, haciendo tomar en los campos vecinos el ganado necesario para la mantencion de sus tropas, volvió a Supe, donde se embarcó de nuevo. El 16 de setiembre se hallaba otra vez en Chimbote (1).

Allí recibió el comandante Lynch dos noticias bien desagradables. La cañonera chilena *Covadonga* habia sido echada a pique en Chancay por un torpedo peruano, mediante una estratajema que no aprueban las leyes de la guerra. En la noche anterior, uno de sus soldados, que se alejó un poco del campamento, habia sido cobardemente asesinado a puñaladas i garrotazos. En el primer momento, apresó a tres individuos en quienes recaian sospechas de complicidad en este asesinato, i estaba dispuesto a hacerlos fusilar; pero temeroso de cometer una injusticia, se abstuvo de recurrir a este arbitrio estremo, i se limitó a recomendar a su tropa que evitase en adelante el caer en celadas de esa naturaleza.

Ya no tenia objeto la permanencia de la division chilena en Chimbote. Así, pues, despues de haber destruido una parte del material del ferrocarril que conduce a Huaraz, respetando, sin embargo, el muelle i la estacion, Lynch entregó al cónsul de los Estados Unidos

(1) Como hemos visto, Lynch habia ido a Supe con 400 hombres que no encontraron la menor resistencia en todo aquel distrito, i que solo lo abandonaron cuando vieron que ya no tenian nada que hacer en esos lugares, i sin que nadie los inquietara en lo menor. Dos meses despues, el 9 de noviembre, el diario oficial de la dictadura peruana, en su propósito de cantar victorias en todas partes, publicaba un largo artículo para demostrar la cobardía de los chilenos en cada una de sus operaciones, i decia estas palabras: «En Supe, los 3,000 hombres de Lynch huyen precipitadamente a solo la noticia de la aproximacion de fuerzas de esta capital.»

las llaves de los almacenes en que quedaban depositadas las mercaderías de neutrales sacadas de la aduana, encomendó a los estranjeros la policía de órden de la poblacion, abandonada, como ya dijimos, por sus autoridades, i en la mañana del 17 de setiembre se hizo al mar con todas sus fuerzas.

No se habia alejado mucho del puerto, cuando fué alcanzado por un buque de guerra norte-americano que le llevaba comunicaciones de los ministros diplomáticos de Inglaterra, de Francia i de los Estados Unidos acreditados cerca del gobierno del Perú. Eran éstas reclamaciones o mas propiamente representaciones en que se le pedia que eximiese del impuesto de guerra a tales o cuales propiedades que pertenecian a neutrales, o cuyos propietarios debian grandes sumas de dinero a tales o cuales estranjeros. Segun algunas de estas reclamaciones, varios de esos establecimientos aparecian de propiedad esclusiva de un estranjero que era simplemente el mayordomo o administrador. Al material rodante del ferrocarril de Chimbote a Huaraz, segun otras, aunque propiedad del gobierno peruano, se le daba por dueño a un norte-americano que en realidad era el usufructuario de su esplotacion. El comandate Lynch, pudo haber contestado que segun las reglas del derecho de jente, la propiedad de neutrales en un pais enemigo corre los mismos riesgos de guerra que la de los ciudadanos del pais enemigo (1), principio que reconocia fran-

(1) «Están sujetos a pagar las contribuciones de guerra, dice Bello, no solamente los ciudadanos, sino los propietarios de los bienes raices, aunque sean estranjeros; por que siendo estos bienes una parte del territorio nacional, sus dueños se deben mirar como miembros de la asociacion civil, sin embargo de que bajo otros respectos no lo

camente el ministro de los Estados Unidos en su nota de 14 de setiembre de 1880 i que no negaba ninguno de los reclamantes. Pero, empleando una gran sagacidad, habia recojido en los lugares que acababa de recorrer, todos los documentos suficientes para probar el engaño a que se habia inducido a los ajentes consulares i diplomáticos; i no quiso perder la ocacion de revelar la verdad a esos funcionarios, presentando al efecto pruebas incontestables, que no dejaban lugar al menor jénero de dudas.

Recibió tambien el comandante Lynch en ese lugar otra comunicacion del ministro de los Estados Unidos, escrita sin duda alguna a pedido del gobierno peruano. Decia en ella que se habian dado los primeros pasos para negociar la paz bajo la mediacion de su gobierno; i que en vista de estas circunstancias, «seria prudente i favorable a la pronta conclusion de la paz, evitar toda depredacion i causas de encono que no sean obligatorias por sus órdenes.» Lynch, sea que no estuviese al cabo de estos hechos, o que supiese ya bajo qué reservas el gobierno de Chile habia indicado que no rechazaria la mediacion (de que hablaremos en el capítulo siguiente), se limitó a contestar cortesmente que miéntras no recibiera otras instrucciones superiores, tenia que obedecer las únicas que hasta entónces se le habian dado.

Al salir de Chimbote, Lynch sabia, por las comunicaciones sorprendidas al enemigo, que el gobierno del Pe-

sean.» Bello, *Principios de derecho internacional*, Parte II, cap. IV, número 3—Véanse sobre esto el art. 7 de las instrucciones del gobierno de los Estados Unidos de que hemos dado cuenta en una nota anterior.

rú esperaba una valiosa carga que debia traerle de Panamá el vapor *Islai* de la compañía inglesa, que estaba para llegar a ese puerto. En esta seguridad, esperó a dicho buque no léjos de la costa, lo detuvo el dia 18 de setiembre, i sacó de sus bodegas los 28 cajones que buscaba. Cuatro de ellos contenian estampillas de franqueo postal fabricadas en los Estados Unidos por valor de 375,000 pesos, i los 24 restantes encerraban la suma considerable de 7.290,000 pesos en billetes de papel moneda de diversos valores, igualmente fabricados en los Estados Unidos. Tenian éstos todos los requisitos i contramarcas necesarios para lanzarlos inmediatamente a la circulacion. Pero esos billetes, sin embargo, no estaban destinados a servir para una nueva emision legal, puesto que tenian una fecha anterior de algunos años, i que por su dibujo i por sus señales, eran la reproduccion de los que circulaban de tiempo atras en el Perú. Todo hacia creer que se les destinaba a una operacion ilícita, a hacerlos circular como papel moneda de una emision anterior, ocultando al comercio i al pais que se habia aumentado en mas de siete millones de pesos la emision autorizada por las leyes anteriores. El comandante Lynch comprendió en el acto la importancia de la presa que acababa de hacer; i poco mas tarde tuvo motivo para confirmarse en su sospecha. Los billetes apresados circulaban en todo el Perú como moneda corriente, depreciados es verdad, como todo el papel moneda peruano, pero en las mismas condiciones que el papel entónces circulante.

La efectividad de este pensamiento financiero de la dictadura peruana se hizo evidente poco tiempo mas tarde. La prensa de Lima, sometida al réjimen dictatorial,

no daba mas noticias que las que el gobierno queria hacer publicar. Desde el primer desembarco de los chilenos en Chimbote, publicaba cada dia la noticia de todos los actos de éstos, exajerando estraordinariamente las destrucciones, i lanzando al enemigo los mayores insultos i las mas arrogantes provocaciones i amenazas. Sin embargo, esa prensa guardó la mas estudiada reserva sobre la captura de los siete millones de pesos en papel moneda; i el Perú no supo nada sobre el particular durante meses enteros, hasta que revelaron este hecho los diarios de Chile.

Efectuada esta importante presa, los espedicionarios se dirijieron a las islas de Lobos, para impedir allí todo carguío de huano por cuenta del Perú; i en la madrugada del 19 de setiembre fondeaban en el puerto de Paita. Tampoco hallaron en este lugar la menor resistencia. Las autoridades habian huido al interior llevándose el material rodante del ferrocarril. Antes de desembarcar, Lynch apresó casi en la misma bahía el vaporcito *Isluya*, que trataba empeñosamente de huir de la escuadrilla chilena. Los papeles de ese buquecillo no estaban en regla; i, aunque llevaba indebidamente la bandera norte americana, habia estado empleado en el trasporte de armas para el Perú. En seguida desembarcó en el puerto; i dejando allí sus tropas, avanzó él mismo con la caballería hasta la estacion de Huaca, donde destruyó todo el material rodante del ferrocarril que conduce a Piura, para aislar al enemigo i para hacer imposibles o difíciles sus movimientos.

En Paita, impuso a la ciudad la contribucion de guerra de diez mil pesos, nombrando al efecto una comision

de comerciantes con quien entenderse. Esta comision espuso que los vecinos se negaban a pagar el impuesto por temor a los castigos con que los habia amenazado el gobierno del dictador. Lynch hizo entónces sacar de la aduana las mercaderías que pertenecian a neutrales, cargó en sus buques una parte considerable de las que eran propiedad peruana, i mandó poner fuego al edificio así como a la prefectura i a la estacion del ferrocarril que pertenecian al estado. Se abstuvo de incendiar las propiedades particulares porque una sola que hubiera ardido habria comunicado el fuego a todo el pueblo, por ser construido de materiales fácilmente combustibles.

¿Qué hacian entre tanto las autoridades peruanas de esa rejion? Un coronel sub-prefecto de Paita, habia huido al avistarse los chilenos en el puerto. El prefecto de Piura habia hecho otro tanto, llevándose las fuerzas que allí habia, i dejando la ciudad a cargo del alcalde municipal. No hallamos en los documentos rastro alguno de que los fujitivos prepararan la menor resistencia. Por lo que toca al alcalde de Piura, el único acto suyo que hemos descubierto es una proclama de 23 de setiembre en que anunciaba que los chilenos se habian retirado de Paita. Esta noticia volvió la tranquilidad a la ciudad; pero sus habitantes que habian visto la fuga de todas las autoridades de la provincia al anunciarse que los chilenos estaban en el puerto vecino, no debieron quedar mui confiados en las palabras con que se terminaba la proclama aludida. «Piuranos, decia allí el alcalde don Manuel Antonio Arca; podeis contar siempre con el apoyo de las autoridades encargadas de velar por vuestros intereses.» ¡Qué mas amarga burla podia ha-

cerse entónces a esas poblaciones que veian huir a todas sus autoridades, al solo anuncio de que los chilenos estaban cerca!

En Lima, estos sucesos habian producido la mayor irritacion; pero a juzgar por los escritos de la prensa i por los decretos del gobierno, la opinion jeneral no queria comprender que el Perú no se hallaba en situacion de mantener la guerra, i mucho ménos de recuperar las provincias que habia perdido en el sur, ni de espulsar a los chilenos de las provincias del norte. Léjos de pensar en un avenimiento aceptable en aquellas circunstancias, la vanidad nacional seguia soñando en triunfos por todas partes, i en la inmensidad de los recursos nacionales para llevar las cosas a una victoria definitiva. Respecto de las operaciones de que eran teatro las provincias del norte, la prensa de Lima propuso un arbitrio que se consideraba excelente i eficaz. Los hacendados de esas provincias, residentes en Lima, organizarian allí un comité central, i éste otros comitées subalternos que armarian a todos sus habitantes, hombres i mujeres, para hacer a los chilenos una guerra implacable de esterminio, sin piedad, sin mirarse en medios de ningun jénero, guerra que debia destruir hasta el último soldado de las huestes invasoras (1).

(1) *La Opinion Nacional* de Lima del 19 de setiembre trazaba en los términos siguientes el plan de operaciones que debia seguirse.

«Es preciso en el dia, organizar las guerrillas i no dejar en tranquilidad a las huestes enemigas.

«La sorpresa, la astucia, el engaño, todo, todo, debe ponerse en práctica, para concluir con los asaltantes.

«Cualquiera medio debe ponerse en accion para concluir, i no dejar ni la menor huella de unas lejiones que dejan atras en perversidad a las cáfres i beduinas.

«Nuestros guerrilleros, o mejor dicho, montoneros, organizados con

Estos consejos podian ser mui patrióticos i mui varoniles; pero en aquellos momentos sobraban los consejeros i en cambio faltaban quienes ejecutasen los planes tan ardorosamente recomendados. Así, pues, los hacendados de las provincias del norte, residentes entónces

los elementos proporcionados por los agricultores, pueden prestar importantísimos servicios.

«Bien montados, regularmente armados i conocedores palmo a palmo de nuestras comarcas, tendrán no solamente en jaque a nuestros enemigos, sino que los diezmarán, sembrando en ellos el pánico.

«A favor de las sombras de la noche o de la espesura de nuestros bosques, batirán a los enemigos.

«No es posible, repetimos, reparar en los medios.

«Nuestras miras, nuestro fin único no debe ser otro que acabar con los chilenos.

«Que la bala, la lanza, el puñal, la piedra, el palo, el fuego, en fin, cuanto pueda crear nuestro odio, nuestra venganza, sirvan para estirpar a la raza maldita de la América!!...

«Que en las playas como en el desierto, que en las villas como en las ciudades i en los bosques como en los valles, no encuentren los merodeadores otra cosa que la muerte!...

«Que nuestras mujeres se conviertan en otras tantas Judith, i que nuestro odio, nuestra venganza, nuestra vista sola, sean capaz de envenenar las aguas que beban en los arroyos de nuestros valles!...

«Que los torpedos i máquinas infernales, destrocen en nuestros puertos sus naves, i que en las playas o a donde quiera que sienten su planta impura, no haya sino un laberinto de minas!!...

«Que los injenieros i mecánicos i peones de nuestras haciendas, se conviertan en otros tantos zapadores!!...

«Es necesario volarles sus parques, arrebatarles o destruirles sus armas i elementos de movilidad, degollarles sus caballos o envenenar el agua que beban, i en fin, sembrar en las huestes chilenas la muerte, la desolacion i el espanto, poniendo en juego una astucia refinada i un valor espartano!

«Es preciso que no tengan hora ni momento seguro para morir!...

«Que caminen sobre un abismo, listo a tragarlos para siempre en su negro seno.

«Que el techo que los cubre, el terreno que pisan, la luz que los rodea i el aire que respiran, se infeste, corrompa i ponga fin a su negra existencia!...

«Debemos convertirnos en una especie de dioses vengadores e inventar males i desgracias que los abrumen!...

«Que los jóvenes, las mujeres, los niños i hasta los ancianos, se conviertan en verdaderas máquinas de destruccion!»...

en Lima, en vez de apelar al peligroso arbitrio de organizar las guerrillas, que se creian tan eficaces contra la espedicion Lynch, persistieron en otro plan que juzgaban mas práctico. Consistia éste en simular transferencias de sus propiedades a nombre de algunos estranjeros, i en colocarlas de esta manera bajo el amparo i la proteccion de los ministros diplomáticos.

Miéntras tanto, el comandante Lynch habia salido de Paita el 22 de setiembre. Despues de tocar otra vez en las islas de Lobos, llegó al puerto de Eten en la mañana del dia 24. Esperaba hallar aquí una vigorosa resistencia, i creia que sus tropas tendrian al fin que trabar uno o muchos combates. Desde dias anteriores, el prefecto del departamento de Lambayeque habia publicado una belicosa proclama en que despues de insultar a los chilenos llamándolos «salvajes, ladrones, hambrientos», recordaba a sus gobernados que habiendo «jurado sacrificarlo todo en aras de la patria,» era llegado el momento de correr contra el enemigo. Su proclama se terminaba con estas enfáticas promesas:

«Fuerzas de reserva: El honor, i el deber que el patriotismo nos impone están a término de prueba. La invasion chilena se acerca; i para tan supremo instante, reglemos nuestra conducta por la que observaron nuestros hermanos del sur, que con heroismo i valor inimitables supieron llenar su consigna de morir por la patria. Para entónces i en todo caso, contad siempre que ocupará la vanguardia vuestro conciudadano i amigo.—*José Manuel Aguirre.*»

Lynch esperaba, pues, ser atacado en este puerto o en sus alrededores; i se confirmó en esta idea desde que

se acercó al fondeadero. El puerto de Eten ofrece por la marejada constante i formidable, el mas peligroso desembarcadero. Para obviar esta dificultad, se habia construido allí en años atras un estenso muelle por donde era posible llegar a tierra con comodidad. Las escalas i pescantes de ese muelle, sobre el cual flotaba la bandera inglesa, habian sido retirados con anticipacion. Las máquinas del ferrocarril que conduce al interior, comenzaron a alejarse arrastrando todo el material rodante de la línea, apesar de algunos cañonazos que le disparó la corbeta *Chacabuco*. Todo hacia creer que los espedicionarios iban a encontrar allí una vigorosa resistencia, que era mui fácil organizar en esos lugares para rechazar el desembarco.

Pero, el comandante Lynch no era hombre para arredrarse por esas dificultades ni por las amenazantes proclamas del prefecto de Lambayeque. Improvisó una escala, i con el mayor peligro de su jente, hizo trepar dos hombres al muelle, i mandó comenzar el desembarco costara lo que costara, haciendo subir uno a uno a sus soldados. Apénas habian pisado tierra los tripulantes de la primera lancha, 30 o 35 hombres, apareció por el lado del pueblo una columna de unos 200 o 300 soldados de infantería i de caballería, que rompieron sus fuegos a una gran distancia. Los chilenos se desplegaron inmediatamente en guerrilla, i se dispusieron a disputar palmo a palmo el terreno que pisaban, dando tiempo a que desembarcaran algunas otras partidas. No fué, sin embargo, necesario disparar un solo tiro. Al ver la actitud de los chilenos, la columna del prefecto de Lambayeque huyó en el mas espantoso desórden, dejando libre el

desembarcadero. La marejada era tan violenta, con todo, que cuando llegó la tarde, solo habia tomado tierra un batallon de 550 hombres, que pudo ser sorprendido i destrozado durante la noche, i que, sin embargo, permaneció en la mayor tranquilidad.

Una vez en tierra, el comandante Lynch envió una nota al prefecto de Lambayeque en la cual le decia que resuelto a no hacer daño alguno a las poblaciones de aquel departamento, esperaba que se conservaran en su puesto las autoridades civiles, i que se le pagase una con tribucion de guerra de ciento cincuenta mil pesos para no tener que ejecutar acto alguno de hostilidad. Le prevenia ademas que estaba resuelto a castigar con la mas rigorosa severidad cualquier acto de incidia, como aplicacion de dinamita o materias esplosivas a los ferrocarriles o a los lugares por donde transitaren sus tropas, para lo cual habia decidido fusilar tres peruanos por cada soldado chileno que perdiere por tales medios. El prefecto contestó negativamente, declarando al jefe chileno en los términos mas arrogantes, que estaba resuelto a resistir con toda enerjía a las pretensiones de los chilenos. Despues de esta declaracion, el prefecto Aguirre, que segun se supo despues, era mui mal querido en el departamento de su mando, se retiró al interior, alejándose mas i mas de los invasores a medida que éstos comenzaron a avanzar.

El desembarco de las tropas en esas condiciones demoró tres dias de un trabajo continuo. Fué necesario construir pescantes para levantar uno a uno a los soldados; i con este espediente se facilitó la operacion. En la tarde del 26 de setiembre, cien soldados de infantería,

llevando a su cabeza a don Federico Stuven, jefe de los injenieros de la espedicion, emprendieron la marcha en busca de las máquinas i carros del ferrocarril. Sin esperar que estos llegasen, el comandante Lynch, con otros 600 hombres, se puso resueltamente en camino para Chiclayo, la capital i la ciudad mas importante del departamento, i llegó a ella en la tarde del 27 de setiembre. Allí fué recibido por los estranjeros que formaban la guardia de propiedad, porque todas las autoridades habian huido. Sus tropas, inclusos otro batallon, la caballería i la artillería que llegaron luego a reunírsele, fueron convenientemente hospedadas. Pero cuando impuso al pueblo la contribucion de guerra de 20,000, se le objetó que en virtud de los mandatos del dictador, nadie podia pagar la menor suma en dinero. Esta negativa produjo al dia siguiente la destruccion de varios edificios públicos i particulares.

Este último escarmiento hizo desaparecer muchas resistencias. El comandante Stuven, que a la cabeza de cien hombres, se habia adelantado atrevidamente al interior en busca del material rodante del ferrocarril, atravesó varios pueblos sin que nadie se le opusiera, i por el contrario recibiendo víveres para sus tropas. Desplegando una grande actividad, fué recojiendo los carros i locomotivas; i aunque éstas se hallaban desmontadas, i sus piezas ocultas en varios lugares, supo descubrirlas i sus operarios pusieron en pocas horas las máquinas en buen estado de servicio. En ninguna parte halló la menor resistencia, que sin embargo habria sido fácil oponer a una columna tan reducida. Léjos de eso, el pueblo de Lambayeque pagó sin la menor dificultad la contribucion de

4,000 pesos que se le habia impuesto, i 1,000 el de Ferriñafe. Muchos hacendados de aquellas inmediaciones imitaron este ejemplo, o entregaron especies de un valor correspondiente.

Las fuerzas chilenas volvieron a Eten el 4 de octubre trasportadas por el ferrocarril. En los ocho dias que habian permanecido en el departamento de Lambayeque, habian esperado en vano los efectos de las hostilidades con que las habia amenazado en sus notas i en sus proclamas el prefecto Aguirre. Pequeñas partidas de tropa habian recorrido diversos puntos del territorio; i en ninguna parte habian encontrado contra quien disparar un tiro. En Eten, el comandante Lynch, al devolver los carros i locomotivas, exijió de la empresa del ferrocarril una contribucion de guerra de 3,250 libras esterlinas. El caso estaba previsto. Desde dias atras los empresarios habian arreglado las cosas para presentar el ferrocarril como propiedad de dos negociantes estranjeros, un italiano i un ingles, buscando de este modo la proteccion de las referidas legaciones. Pero Lynch se habia apoderado en Eten de los libros i papeles de la empresa, i en ellos habia hallado el oríjen de estas falsas trasferencias, el plan de hostilizar a los chilenos destruyendo los medios de desembarque, i retirando al interior el material rodante, i por último el contrato celebrado en 1867 con el gobierno del Perú para la construccion de la via, mediante el cual la compañía se habia comprometido testualmente a no «cambiar jamas su carácter permanente de sociedad nacional, ni recurrir en ningun caso a reclamaciones diplomáticas.» En vista de estas pruebas que destruian por completo todo el plan de la

empresa, tuvo ésta que pagar la contribucion exijida.

En la misma tarde del 4 de octubre, salieron de Eten por el camino de tierra las fuerzas espedicionarias con direccion al vecino departamento de La Libertad. Pasaron por Pueblo Nuevo, Guadalupe i San Pedro, deteniéndose en cada lugar para percibir las contribuciones de guerra impuestas a las ricas haciendas de aquellos alrededores. Todos pagaban las cuotas asignadas en buenas letras sobre Londres o sobre Valparaiso, en plata amonedada, en plata u oro de chafalonía, o en especies. Por fin, el 16 de octubre se emprendió la marcha sobre la ciudad de Trujillo. Un mes ántes, cuando las fuerzas espedicionarias se hallaban en Chimbote i en sus alrededores, i cuando algunas partidas chilenas avanzaron hasta Virú, las autoridades de Trujillo, i un gran número de sus vecinos, abandonaron desordenadamente la ciudad. Ahora se decia que habia allí 4,000 hombres dispuestos a hacer una heroica defensa, i aun se anunciaba que el mismo Piérola habia salido de Lima con un refuerzo de tropas para castigar ejemplarmente a los invasores. El prefecto del departamento de La Libertad, coronel don Adolfo Salmon, habia anunciado al gobierno de Lima el 7 de octubre las medidas de defensa que tomaba, i concluia con estas palabras: «El pueblo de Trujillo, enterado de lo que pasa, permanece tranquilo, lo cual me prueba la confianza que tiene en que velo por su seguridad, comprometiendo así mi gratitud personal.» La prensa de Lima habia publicado este telegrama como el anuncio de una próxima victoria.

El comandante Lynch llegó a creer que estos aprestos serian formales, sobre todo cuando al acercarse al

valle de Chicama, el 17 de octubre, fué recibida su division por seis tiros de rifle que se le dispararon de un bosque vecino. En el acto dió colocacion a sus tropas; i como divisase sobre un cerro inmediato a siete individuos armados que parecian estar de avanzada, hizo disparar un cañonazo en esa direccion. Los esploradores enemigos tomaron la fuga; i las guerrillas chilenas que salieron en su persecucion, volvieron pronto con dos prisioneros i con la noticia de que las fuerzas del prefecto Salmon se habian dispersado en todas direcciones al ver la division chilena. El camino del valle de Chicama hasta la ciudad de Trujillo, quedaba despejado. Los espedicionarios, en efecto, avanzaron tranquilamente has-Paijan, desde donde el comandante Lynch impuso las contribuciones que debian pagársele.

Apesar de que toda resistencia era imposible, algunos paisanos que estaban ocultos en un bosque de los alrededores de ese pueblo, hicieron fuego sobre un grupo de soldados chilenos que pasaban desprevenidos, sin herir a ninguno de ellos. Contestados los tiros por éstos, cayó uno de los asaltantes i los otros se dispersaron. En otra parte, algunos paisanos tomaron descuidado a un soldado chileno que se habia separado de sus compañeros, lo llevaron a un bosque, i habiéndolo amarrado a un árbol, le dieron de garrotazos, i lo dejaron mal herido. El comandante Lynch apresó a dos de los instigadores de este crímen i les hizo dar 120 azotes. Despues de este castigo, no volvió a hacerse sentir ningun acto de hostilidad.

En esos dias, la prensa de Lima estaba en espectacion de los sucesos de Trujillo a cuya probable resis-

tencia daba la mayor importancia. El 20 de octubre anunciaba que el prefecto Salmon quedaba con sus fuerzas en Ascope, i amenazaba el flanco de la division chilena que se hallaba a dos leguas de distançia. La batalla, se decia, es inminente. El hecho era cierto en cuanto a la distancia, pero toda batalla era imposible. Lynch ocupaba ese dia el pueblo de Chocope, i de allí hizo salir unos quinientos hombres para ocupar el pueblo de Ascope. Este solo movimiento decidió la dispersion completa i definitiva del enemigo. El prefecto Salmon, que habia creido poder organizar alguna resistencia, se habia visto solo i abandonado, i ya no tuvo mas arbitrio que tratar, haciendo valer al efecto la amistad personal que en otro tiempo lo habia ligado al comandante Lynch.

Desde dias atras, algunos estranjeros establecidos en esos lugares habian servido de mediadores en esos negocios, i habian conseguido que el comandante Lynch redujera la cuota de las contribuciones impuestas a esas propiedades. Agréguese a esto que en esos momentos habian llegado al puerto del Malabrigo algunos buques chilenos, i que éstos llevaban a Lynch la órden de volver inmediatamente al sur del Perú a fin de que estuviese listo para la nueva campaña que se iba a abrir. Fué necesario detener la marcha a tres leguas de Trujillo, con tanta mayor razon cuanto que esta ciudad i los hacendados de los alrededores pagaban el todo o al ménos una buena parte de la cuota impuesta como contribucion (1). Las fuerzas espedicionarias, despues de

(1) Nada demuestra mejor que el hecho siguiente el ningun caso que entónces se hacia del decreto de Piérola de 11 de setiembre contra los que pagasen la contribucion de guerra. La hacienda de Mocan,



destruir el puente del ferrocarril que habia en el valle de Chicama, para no ser molestados en su marcha, dieron la vuelta a la costa, i se embarcaron en los puertos de Malabrigo i de Pacasmayo en los dias 26 i 27 de octubre. Su escuadrilla se habia reforzado con otros buques que habia llegado de Chile, i pudieron embarcar, junto con las mercaderías tomadas como contribucion de guerra, cerca de 400 chinos que les habian servido de guias durante la campaña, i que no querian quedar en esos lugares temerosos de los castigos i venganzas que no habrian tardado en caer sobre ellos. El 1.º de noviembre, los espedicionarios llegaban al puerto de Quilca, donde debian esperar órdenes de su gobierno.

Tal es la historia de la espedicion Lynch. Una division de 2,600 hombres habia recorrido durante dos meses los departamentos mas ricos i poblados del Perú,

propiedad de don Nemesio Orbegoso, ministro de gobierno i policía del dictador, pagó la cuota que se le habia impuesto. Cuando se tuvo noticia de este hecho en Lima, los hacendados que habian sufrido perjuicios enormes por haber obedecido ese decreto, alzaron el grito contra esta conducta de un ministro de estado. Orbegoso declaró que él no tenia noticia de lo que habia ocurrido, i pidió informe al prefecto de Trujillo, el cual a su vez manifestó que tampoco él sabia nada. Pero luego se buscó una esplicacion apropiada para el caso. Un respetable hacendado aleman, don Luis G. Albrecht, habia servido de mediador en estas negociaciones entre el prefecto de Trujillo i el comandante Lynch, i, mediante su prestijio i su honorabilidad, habia conseguido de éste que rebajase el impuesto i que no ocupase la ciudad de Trujillo. Se dijo que este caballero habia pagado por él i por todos los demas la contribucion de guerra. En nota de 2 de noviembre, el ministro Orbegoso esplicaba así los hechos al dictador, agregándole que como su hacienda debia fuertes sumas a una casa alemana, era posible que Albrecht, sin comunicárselo al propietario ni a sus administradores, hubiera querido resguardar los intereses de esa casa efectuando el pago. Así, pues, los hacendados peruanos hacian servir las deudas verdaderas o falsas a favor de los estranjeros, para escusarse de pagar la contribucion de guerra; o para escusarse de haberla pagado desobedeciendo los decretos del dictador.

sin que en ninguna parte se organizara una fuerza capaz de oponerle la menor resistencia, i sin mas pérdidas que la de tres hombres, uno asesinado en Chimbote i dos que se ahogaron al embarcarse en el puerto de Pacasmayo, a consecuencia de la violenta reventazon de las olas. Como producto financiero de la espedicion, i como resultado de las contribuciones de guerra, los espedicionarios volvian con 29,050 libras esterlinas, 11,428 pesos en moneda de plata, 5,000 pesos en papel moneda del Perú, con algun oro i plata en barra i chafalonía i con una carga considerable de mercaderías i productos de aquellas provincias en que figuraban mas de 2,500 sacos de azúcar, 600 de arroz i muchos fardos de algodon, cascarilla, tabaco, etc., etc. Deben contarse ademas como producto de la espedicion, los siete millones de pesos en papel moneda capturados al gobierno peruano, i que circularon fácilmente en el resto de la guerra (1).

Las provincias del norte, aparte de aquellas pérdidas i de las destrucciones consiguientes a los decretos lanzados por el gobierno de la dictadura que no habia sabido o que no habia podido defenderlas eficazmente, tuvieron que sufrir las consecuencias de la sublevacion de los trabajadores chinos que privaban de brazos a su agricultura.

La prensa de Lima que habia estado anunciando cada dia la próxima derrota i destruccion de las fuerzas que mandaba Lynch, reconoció al fin que las correrías de una division de ménos de tres mil hombres en aquellas

(1) Al referir los sucesos concernientes a la espedicion Lynch, hemos tenido siempre a la vista, como lo hemos hecho tambien al escribir las otras partes de este libro, los documentos peruanos i los docu-

provincias era una mengua para ese pais. Entónces pidió un castigo tremendo i ejemplar para los mandatarios de esos distritos, como si ellos fuesen los responsables del abandono en que el gobierno de la dictadura habia dejado las provincias para reconcentrar todos los elementos de su poder en Lima. Un diario de esta ciudad, *La Opinion Nacional*, trazaba con este motivo el 16 de diciembre, el cuadro de esta campaña, con los insultos de siempre a Chile i los chilenos, en los términos siguientes: «La opinion pública ha devorado con el rubor de la vergüenza i el jemido de la cólera, los detalles de la espedicion chilena al norte del Perú: vergüenza i cólera que hasta hoi habia ocultado con discreta misericordia, pero que ya manifiesta en toda su fuerza, para coadyuvar a la accion represora del gobierno. Estamos en presencia de lo increible, de lo inesperado, de lo inverosímil: una cuadrilla de salteadores ha recorrido nuestro litoral desde Paita hasta Supe, ha penetrado a sus valles, ha destruido valiosas riquezas, ha llenado sus buques de ámplio botin, lleva en sus carteras gruesos tesoros, i todo ello no le cuesta ni un hombre, ni una gota de sangre, ni siquiera un amago de represalia. El espíritu tradicionalmente valeroso de esas comarcas, se ha mostrado en esta vez indigno de su historia i de su fama» (1).

mentos chilenos. Los partes oficiales del comandante Lynch i de los oficiales que operaban bajo sus órdenes, han sido publicados en Santiago en el *Boletin de la Guerra del Pacífico*, junto con la correspondencia de este jefe con las autoridades peruanas i conlos cónsules i ministros diplomáticos estranjeros. Pero he utilizado igualmente una estensa relacion de toda la campaña consignada en una carsa familiar de don Clotario Salamanca, médico de la espedicion chilena. Esta carta ocupa nueve columnas de *El Ferrocarril* de Santiago del 12 de noviembre de 1880.

(1) Para calmar la irritacion de los ánimos, Piérola mandó encau-

Otra espedicion análoga a la anterior, aunque de menores proporciones, se habia efectuado en esos dias en otra parte del territorio peruano. El teatro de operaciones fué el valle de Moquegua que los chilenos habian ocupado anteriormente.

Hemos referido en otra parte (1) que en abril de 1880, cuando el ejército chileno emprendia la campaña sobre Tacna, las tropas que debian quedar en esos lugares, evacuaron la ciudad i el valle de Moquegua a causa de la insalubridad del clima. Se instalaron en efecto en el puerto de Pacocha, i allí permanecieron meses enteros en la mas completa tranquilidad. Las fuerzas peruanas volvieron poco despues a ocupar a Moquegua, i aun apresaron a un oficial chileno que dirijia la conduccion de algunas cabezas de ganado. Pero mas tarde, esa ciudad, en comunicacion con las tropas peruanas de Arequipa, servia de objetivo de las ilusiones del dictador del Perú, que creia que por allí se podia hostilizar por varios medios al ejército chileno de Tacna. En efecto, en Moquegua se trataba entre otras cosas de fomentar la desercion en el ejército chileno, ofreciendo por carteles impresos 20 pesos a los soldadados que se presentasen con sus armas i 10 a los que

sar ante un consejo de guerra a los prefectos de Lambayeque i de La Libertad por no haber opuesto a las fuerzas invasoras la menor resistencia ni hostilidad alguna como han podido i debido hacerlo con los elementos que tenian a su disposicion i en virtud de las órdenes que habian recibido.» Este decreto, idéntico a los que se daban en el Perú despues de cada desastre, fué publicado el 13 de diciembre, pero se le puso la fecha de 18 de noviembre para que no se creyese que habia sido arrancado por la exitacion que produjo en Lima la lectura de los partes del comandante Lynch publicados en los diarios de Chile.

(1) Tomo I. páj. 257.

llegasen desarmados, asegurándoles ademas que hallarian trabajo donde les conviniera. Se creia, i la prensa de Lima lo repetia cada dia, que las tropas chilenas cansadas de la inaccion en que se hallaban desde meses atras, estaban desmoralizadas i prontas a dispersarse.

Con este motivo, se resolvió en el campamento de Tacna el hacer una nueva espedicion a Moquegua. El 1.° de octubre salió de Arica el comandante don José de la C. Salvo, i en la mañana siguiente llegaba a Pacocha, i organizaba allí una columna de cerca de 600 hombres sacados de los cuerpos que guarnecian este puerto. Pocas horas mas tarde se ponia en marcha para Moquegua. En el camino se le juntaron un escuadron de caballería, una batería de cañones de montaña i las bestias de carga para la conduccion de bagajes, que habian salido de Tacna por el camino de tierra. Las avanzadas enemigas que los espedicionarios hallaron en su marcha, huyeron precipitadamente dejando el camino completamente espedito.

El 6 de octubre, a medio dia, entraban los espedicionarios a Moquegua sin disparar un tiro. La guarnicion peruana de la ciudad habia huido rápidamente, dejando por todas partes carteles impresos destinados a fomentar la desercion en las tropas enemigas (1). Inmediatamente hizo notificar al pueblo que los propietarios i vecinos se reuniesen el siguiente dia para tratar de asuntos que interesaban a la localidad.

(1) Esos carteles decian testualmente como sigue: «*Aviso importante.*—La prefectura de la provincia litoral de Moquegua, ofrece dar a los desertores del ejército chileno que se presenten armados, una gratificacion de veinte soles, i sin armas diez; i ademas tendrán los mismos seguridad de trabajo libremente donde les convenga.»

Verificada esta reunion el 7 de octubre, nombróse allí depositario de la autoridad pública al síndico de la municipalidad. En seguida, el comandante Salvo espuso que el pueblo debia suministrar víveres a su division para ocho dias, i pagar ademas en el término de cuarenta i ocho horas una contribucion de cien mil pesos. Cediendo, sin embargo, a las peticiones de los vecinos que representaban las pérdidas que habian sufrido en sus negocios por los bloqueos i por las operaciones militares, rebajó la cuota a sesenta mil pesos. Por lo demas, tanto a esa reunion como a una comision de señoras que se le acercó despues, declaró que su tropa no cometeria acto alguno contra las personas, i en efecto castigó con la mayor severidad los desmanes de tres soldados contra los cuales se quejaron unos vecinos.

El pago de la contribucion comenzó a hacerse el dia siguiente; pero fué necesario ampliar el plazo hasta el 14 de octubre. La suma fué al fin pagada íntegramente en dinero, en plata labrada, i en algunas alhajas. Fueron entregados igualmente el ganado i especies para la mantencion de la tropa.

Entre tanto, se anunció en Moquegua que venian fuerzas peruanas de Arequipa; i fué necesario colocar avanzadas en todos los caminos, i dar aviso a Tacna. Salió de esta ciudad el coronel don Pedro Lagos con los refuerzos necesarios para rechazar cualquier ataque de los peruanos. Pero no habiendo el menor peligro, esas tropas volvieron a Tacna de la mitad del camino. Solo Lagos llegó a Moquegua en los momentos en que la columna chilena dejaba esta plaza (14 de octubre), despues de haber desempeñado su comision. Las tropas

chilenas regresaron tranquilamente unas a Pacocha, i otras a Tacna.

Moquegua tuvo todavía que pasar por nuevos sacrificios luego que se retiraron los chilenos. El prefecto de Arequipa, como hemos visto, no habia sabido defender esa ciudad en los dias que habia estado bajo el poder del enemigo, i cuando imposibilitada para toda resistencia, tenia que pagar a éste el impuesto de guerra. Cuando ya no habia chilenos a quienes combatir, envió a Moquegua algunas tropas, e impuso a la poblacion otra contribucion de 60,000 pesos en castigo de haber pagado anteriormente igual suma al enemigo. Era aquello el colmo de la injusticia.

Cuando se leen estas dolorosas pájinas de la historia de nuestros dias, se siente el corazon oprimido i amargado. Tanto Lynch en las provincias del norte del Perú como Salvo en Moquegua, encargados de duras comisiones, habian tenido empeño en evitar los ultrajes a las personas i los desmanes de sus soldados, de donde resultó que los estranjeros, i entre ellos los cónsules, informaron ventajosamente de la moralidad i disciplina de la tropa. Pero, la imposicion de estas contribuciones, recayendo muchas veces sobre personas ajenas a la política, nos hacen condenar la guerra i sus inexorables leyes.

¿Quiénes son los responsables de estos males? No es difícil dar contestacion a esta pregunta. Los gobiernos que desatendiendo los verdaderos intereses de su pais, preparan las guerras engañados por los cálculos mas erróneos, celebran alianzas secretas, i a la sombra de ellas perturban la paz de sus vecinos, por pacíficos que éstos sean. El responsable de estos daños era el mismo Perú que desde

1873 habia preparado el incendio que debia devorarlo; i que despues de los grandes desastres que habia sufrido en la campaña, se obstinaba en mantener una guerra insensata que habia de costarle nuevas derrotas i nuevos sacrificios. Cuando el vencedor suspendiendo las hostilidades durante meses enteros, habia querido darle algunos dias de calma para que pudiese meditar sobre su situacion, el Perú habia provocado de nuevo los rigores de la guerra con sus arrogantes proclamas, con sus torpedos i con sus proyectos de alianzas quiméricas. No era estraño que sufriese las consecuencias de su errada obstinacion (1).

Los escritores peruanos, tanto en Lima como en el estranjero, se han empeñado en probar que las contribuciones impuestas por los chilenos son una violacion de todas las leyes internacionales. Nos parece que esto es colocar la cuestion en mal terreno. La facultad de im-

(1) Las contribuciones impuestas al enemigo en dinero, i las requisiciones en especies, en víveres, etc., para atender a las necesidades de los ejércitos, han sido en todo tiempo uno de los males mas terribles de las guerras. Segun un informe del ministro del interior a la Asamblea Nacional de Francia poco despues de la última guerra con la Alemania (1870–1871), los treinta i cuatro departamentos de aquel pais que fueron invadidos por los alemanes, pagaron a éstos 39 millones de francos como contribuciones de guerra, impuestas en diversos lugares; 49 millones como impuestos ordinarios percibidos por las autoridades alemanas, i 327 millones como requisiciones para el sustento del enemigo, en todo 415 millones de francos; i esto aparte del enorme rescate impuesto como indemnizacion en el tratado definitivo de paz. Véase el *Journal des économistes*, noviembre 1871, pájina 324.

En la jurisprudencia internacional, la *contribucion* de guerra consiste en lo que los habitantes del pais ocupado están obligados a pagar ordinariamente en dinero, para el sostenimiento del ejército de ocupacion i segun una cuota fijada; i la *requisicion* es la peticion hecha por la autoridad de poner a su disposicion caballos, ganados, carros, forrajes u otros objetos.

poner contribuciones de guerra a los habitantes de un territorio enemigo por el jefe del ejército que lo ocupa, i de exijir su pago con toda severidad en caso de resistencia, será todo lo que se quiera, pero está autorizada por el derecho internacional moderno i por la práctica de todas las naciones. Esta lei no tiene mas que una medida, i es la que dictan la humanidad i la prudencia. Chile fué severo, quizá, con su enemigo, pero esa severidad fué provocada por los imprudentes decretos del gobierno del Perú que prohibian bajo las mas terribles penas el pagar esas contribuciones, pretendiendo así lejislar contra todo derecho, sobre un territorio que no estaba sujeto a su jurisdiccion efectiva, por hallarse ocupado por el enemigo, i que aquel gobierno no podia defender. Los jefes chilenos no podian ni debian dejarse burlar en sus operaciones, por los absurdos decretos que daba el dictador del Perú.

Pero ya que hablamos de violaciones del derecho internacional, queremos, ántes de pasar adelante en la narracion de los hechos, recapitular sumariamente las que los chilenos han sufrido de sus enemigos, algunas de las cuales merecen llamar la atencion.

El mismo dia en que Bolivia declaraba la guerra, el presidente Daza disponia por un simple decreto la confiscacion de los bienes de los chilenos, medida que se ejecutó con todo rigor, violando así los principios mas obvios del derecho de jentes (1).

(1) «Los bienes poseidos en el territorio de una de las partes belijerantes por los súbditos del otro, continúan protejidos por las leyes, i no pueden ser confiscados sin una violacion del derecho internacional.» HEFFTER, *Le droit international del'Europe* (Berlin, 1873), § 125
Los defensores de la alianza perú-boliviana han dicho que en 1865

Las estipulaciones hechas por dos estados en prevision de una guerra, i para reglar sus relaciones durante la lucha, obligan a las dos partes, i ninguna de ellas puede violarlas sin cometer una infraccion del derecho internacional (2). El Perú habia celebrado con Chile un tratado solemne en 1876; i por el artículo 17 se habia estipulado testualmente lo que sigue:

«Si llegase el caso de una guerra entre las dos Repúblicas, éstas, con el deseo de disminuir sus males estipulan desde ahora i para entónces lo siguiente:

«1.° Rotas las hostilidades, los ciudadanos de cualquiera de las partes que residan en el territorio de la otra, tendrán el privilejio de permanecer en él i continuar en su jiro i ocupaciones habituales, miéntras se conduzcan pacíficamente i no conculquen las leyes de la guerra. En caso de que su conducta los hiciere justamente sospechosos i el gobierno del pais juzgase conveniente hacerlos salir, les concederá el término de doce meses contados desde la notificacion de la órden, para que durante él puedan arreglar sus negocios i retirarse con sus familias i sus bienes, para lo cual se les dará salvo-conducto. Este favor no comprenderá a los que obrasen de un modo hostil.»

Se recordará como cumplió el Perú este compromiso. Declaró la guerra a Chile el 6 de abril de 1879, i nueve

Chile confiscó los bienes de los españoles residentes en este pais; pero el hecho es absolutamente inexacto, porque jamas se ejecutó, ni se decretó siquiera tal confiscacion.

(2) «Las convenciones hechas entre dos estados para regularizar sus relaciones en prevision de una guerra, obligan a las partes contratantes, i ninguna de ellas puede dispensarse de cumplirlas.» P. FIORE, *Neuvean droit international publié suivant le besoins de la civilisation moderne.* Part. II, liv. II, chap. III.

dias despues decretó la espulsion, sin escepcion alguna, de todos los chilenos residentes o establecidos en el Perú, dándoles para verificarlo, el plazo de ocho dias, que en algunos lugares fué reducido a dos (1).

El derecho de jentes condena en la guerra el empleo de los medios de destruccion que por procedimientos mecánicos, por decirlo así, destruyen masas enteras, sacrificando un gran número de vidas (2). Los peruanos usaron en Arica, i mas tarde en sus atrincheramientos en las inmediaciones de Lima, las minas de dinamita, algunas de las cuales eran encendidas por alambres eléctricos que partian de un hospital colocado bajo el amparo de la cruz roja, lo que importaba tambien una violacion de la lealtad con que debe hacerse la guerra.

Por último, si el derecho de jentes moderno autoriza ciertos medios de destruccion aplicados a las naves de guerra, como los torpedos, parece exijir que su aplicacion importe un acto de audacia, en que el que los maneja esponga su vida, i no proceda como el belijerante que envenena las aguas de una fuente. Cuando los chilenos fueron a bloquear el Callao, sus lanchas entraron audazmente al puerto i fueron a aplicar torpedos a las

(1) Véase el tomo I, páj. 78.—Conviene advertir que el tratado de 1876, de que hemos copiado ese fragmento, habia sido ratificado por el congreso i el gobierno del Perú en febrero de 1877; pero el congreso de Chile no le habia prestado todavía su sancion cuando estalló la guerra. Sin embargo, el gobierno chileno cumplió por su parte este compromiso, absteniéndose de tomar medida alguna contra los ciudadanos peruanos que residian en este pais, aun despues de haber sido espulsados los chilenos del Perú.

(2) «Las leyes de la humanidad proscriben el uso de los medios de destruccion que de un solo golpe, i por un medio mecánico, destruyen masas enteras de tropas, i que reduciendo al hombre al rol de ser inerte, aumentan inútilmente la efusion de sangre.»—HEFFTER, obra citada, §. 125.

naves enemigas, esponiéndose por tanto a todos los peligros que podia envolver un acto semejante. Los peruanos emplearon tambien los torpedos, pero en condiciones bien diferentes, lanzándolos al mar como boyas flotantes, o colocándolos artificiosamente en embarcaciones menores en que no habia una sola persona, i en que por tanto nadie corria el menor peligro.

Si bien es cierto que en casi todas las guerras se ejecutan, aun en las operaciones perfectamente lícitas, trasgresiones mas o ménos graves del derecho internacional, i que por lo mismo merecen alguna atenuacion, las violaciones del carácter de las que acabamos de señalar, deben condenarse absolutamente.

CAPITULO VI.

Las negociaciones de Arica, octubre de 1880.

En los primeros dias de la guerra, la Gran Bretaña ofrece su mediacion a los belijerantes: Chile la acepta, i el Perú la rechaza.—Despues de las repetidas victorias de Chile, la ofrece el gobierno de los Estados Unidos.—El ministro norte-americano cerca del gobierno del Perú, hace un viaje misterioso a Chile.—La mediacion es ofrecida a Bolivia.—El gobierno de Chile acepta extra-oficialmente la mediacion i propone las bases indeclinables bajo las cuales podia tratar.—Plan del dictador del Perú al aceptar la mediacion.—El gobierno de Chile la acepta oficialmente i nombra sus representantes —Los plenipotenciarios de los aliados se resisten a llegar a Arica—Abrense al fin las conferencias en Arica.—Los representantes de Chile presentan sus proposiciones.—Discusion a que ellas dieron lugar.—Ruptura de las negociaciones.—Actitud de la prensa de Lima durante las negociaciones.—El gobierno i la prensa del Perú apelan a la América exijiendo su ayuda contra Chile.—Repetidos manifiestos de las cacillerías peruana i boliviana para obtener nuevas alianzas.

Las potencias estranjeras que mantienen relaciones comerciales con los tres paises belijerantes, habian seguido con vivo interes el desenvolvimiento i la marcha de la guerra del Pacífico. Esta guerra, en efecto, les causaba grandes inquietudes por la paralizacion i por los perjuicios que sufria su comercio, i mas de una vez se habian sentido estimuladas a ofrecer sus buenos oficios para llevar las cosas a un avenimiento. En los primeros

dias de la guerra, la Gran Bretaña habia llegado a ofrecer su mediacion. Chile recibió favorablemente esta amistosa proposicion; pero el Perú, seguro como estaba de obtener la victoria, se negó perentoriamente a aceptar ese ofrecimiento. Parecia, pues, que solo despues del desenlace de las operaciones militares, podrian las potencias amigas hacer valer sus buenos propósitos en favor de la paz.

Cuando se supo en el estranjero el resultado de la segunda campaña de la guerra, esto es la destruccion en Tacna i Arica del segundo ejército de los aliados perubolivianos, se creyó que era posible inducir a la paz a los belijerantes. Esta vez tomó la iniciativa el gobierno de los Estados Unidos, de acuerdo segun parece con algunos gobiernos europeos. Al efecto, encargó a sus ajentes diplomáticos en Chile, en Bolivia i en el Perú que ofreciesen simultáneamente a los gobiernos de estos tres paises la mediacion amistosa, i en forma de buenos oficios, para llegar a una paz definitiva. Las instrucciones concebidas en este sentido, fueron dadas por telégrafo por el gabinete de Washington en los últimos dias de julio de 1880, es decir poco tiempo despues de tenerse en Europa i en los Estados Unidos los informes positivos de los grandes desastres sufridos por los aliados a fines de mayo i a principios de junio.

El 6 de agosto, el ministro plenipotenciario de los Estados Unidos en Chile, Mr. Tomas Osborn, comunicó al gabinete de Santiago los sentimientos de su gobierno respecto de la paz, ofreciendo su mediacion en los términos que dejamos indicados. El gobierno de Chile contestó por su parte que creia tambien que era

llegado el tiempo de poner término a la guerra, que en este sentido estaba dispuesto a aceptar la mediacion; pero que vista la actitud asumida por el Perú proclamando la guerra a todo trance, era de creerse que éste se resistiera a entrar en negociaciones, i que aun en caso de aceptar la mediacion, era posible que los aliados se resistiesen a aceptar las condiciones del pacto que naturalmente debia imponerles la victoria.

En Lima, el representante de los Estados Unidos Mr. Isaac P. Christiancy, hacia en la misma época idénticas jestiones cerca del gobierno de Piérola. Manifestó éste confidencialmente que aceptaba la mediacion; pero que ántes de declararlo oficialmente, deseaba saber lo que a este respecto pensaba el gobierno de Chile. Mr. Christiancy no vaciló un instante; i en la madrugada del 16 de agosto zarpó del Callao en la corbeta de guerra de su nacion *Wachusetts*. Nadie supo en el primer momento el objeto de este viaje, que era el tema de mil conjeturas. Las incurables ilusiones del pueblo peruano, tomaron con este motivo mayor vuelo; i por todas partes se decia alternativamente que el ministro americano venia a notificar al gobierno de Chile, que los Estados Unidos no consentian de ninguna manera que la guerra del Pacífico se convirtiese en guerra de conquista; o a exijir conminativamente a Chile reparacion inmediata i terminante por los pretendidos ultrajes que, segun los diarios peruanos, habia sufrido el consulado norte-americano en Arica. *La Opinion Nacional* de Lima del 21 de agosto, dando cuenta de estas dos versiones, se regocijaba con la idea de los conflictos en que iba a verse envuelto Chile, i concluia con estas palabras: «Sea

lo uno o lo otro, lo cierto es que Chile solo cuenta hoi con el cinismo de su petulancia, i con el desprecio de los pueblos cultos i honrados que han principiado ya a lanzar sobre él su terrible veredicto.»

El dia siguiente de la partida de Mr. Cristiancy, el 17 de agosto, el dictador Piérola celebró en Lima una larga conferencia con los ministros de Francia, de Inglaterra i de Italia, igualmente interesados en la negociacion de la paz. Esta conferencia fué tambien objeto de muchos comentarios, sin que nadie pudiera, sin embargo, esplicarse su verdadero objeto. Allí les comunicó el dictador los pasos dados para llegar a la negociacion; i como los tres ministros diplomáticos deseaban igualmente cooperar a ella, el dictador obtuvo que dos dias mas tarde (19 de agosto) saliera para Arica la corbeta de guerra francesa *Hussard* llevando comunicaciones para el gobierno de Bolivia referentes a este asunto. En efecto, el presidente de este pais, sometiéndose en todos a las indicaciones que se le hacian de Lima, aceptó en términos semejantes a los que habia usado el Perú, las propuestas de mediacion que a nombre de su gobierno le hizo el jeneral Cárlos Adams, ministro de los Estados Unidos en la Paz.

Entre tanto, Mr. Chistiancy, procediendo con la mas esmerada reserva, desempeñaba en Chile su comision en los últimos dias de agosto. Supo entónces que el gobierno chileno, por su parte, estaba dispuesto a aceptar la mediacion i a hacer proposiciones de paz bajo condiciones indeclinables. Una de ellas era la incorporacion definitiva i absoluta de los territorios de que estaba en posesion hasta el rio Camarones, esto es de las pro-

vincias de Antofagasta i Tarapacá. Pero se le manifestó tambien que, como en vista de la actitud del Perú, parecia que este pais vacilaria talvez en tratar bajo estas condiciones, Chile estaba resuelto a continuar la guerra hasta llegar a este resultado. Mr. Cristiancy quiso saber si el gobierno de Chile estaria inclinado a suspender las hostilidades miéntras se negociaba la paz, o al ménos hasta que el Perú declarase si aceptaba o no estas bases de tratado, i se le contestó negativamente. Chile temia que la negociacion fuese un espediente de los políticos peruanos para ganar tiempo, i estaba resuelto a permanecer invariable en su plan de operaciones. En virtud de esta franca declaracion, casi en los mismos dias de la partida de Valparaiso del ministro norte americano Cristiancy, salia de Arica la espedicion chilena que llevaba el comandante Lynch a los puertos del norte del Perú.

Aunque Mr. Cristiancy habia visitado al presidente de Chile i tratado a sus ministros, sus conversaciones no tuvieron nada de estrictamente oficial. Pero por el órgano del mismo presidente de Chile, don Aníbal Pinto, quedó impuesto de la resolucion de este gobierno. Supo ademas que en caso de entrar en negociaciones, Chile convenia en que las conferencias de los plenipotenciarios se celebrasen a bordo de un buque de guerra norte americano, i en presencia de los ministros de los Estados Unidos en Chile, en Bolivia i en el Perú, pero que exijia que ese buque estuviese fondeado en el puerto de Arica, i que los plenipotenciarios del Perú i de Bolivia fuesen allí precisamente en un trasporte desarmado, con un pase libre que les daria el contra-almirante chileno

que bloqueaba el Callao. Antes de pasar adelante, debemos advertir que esta exijencia del gobierno de Chile no era dictada por un simple sentimiento de orgullo para obligar al enemigo a tratar delante de un puerto en que flameaba la bandera chilena. Arica estaba unida a Santiago por el telégrafo; i el gobierno chileno no queria desprenderse de esta ventaja de estar al corriente dia a dia i casi hora a hora, de la marcha de las negociaciones, i de dar a sus representantes todas las advertencias que pudieran convenirles.

El diplomático norte americano estaba de vuelta en Lima el 11 de setiembre. El dia siguiente, *La Opinion Nacional*, dando cuenta del viaje a Chile de ese alto funcionario, decia lo que sigue: «Chile ha aceptado la mediacion con el carácter de buenos oficios; no sabemos si ha propuesto o nó bases concretas de paz.» Pero, lo que no sabia la prensa de Lima, lo sabia el dictador Piérola. No podia dejar de conocer las bases indeclinables que Chile habia propuesto para aceptar la paz; i aunque estaba resuelto a rechazar esas bases perentoriamente, quiso aceptar la mediacion i adelantar las negociaciones, obedeciendo a un plan que no carecia de habilidad, pero que no tuvo mucha eficacia.

Vivian entónces los estadistas i diplomáticos peruanos soñando con alianzas en todas partes. El tesoro del Perú pagaba diarios en Buenos Aires, en Guayaquil, en Panamá; i esos diarios disertaban en cada número sobre la necesidad imprescindible en que se hallaba la América toda de aliarse con el Perú. La causa de esta república, se decia, es la causa de América. Chile hace guerra de conquista, i la América no puede tolerar que

se viole así el derecho público americano que, segun las doctrinas de Piérola, no reconoce el derecho de conquista (1). Los ajentes del Perú en el estranjero, dejándose engañar por los mismos escritos que ellos estimulaban i pagaban, mantenian las ilusiones del gobierno de la dictadura. Llegó a creer éste que el dia en que Chile pronunciase oficialmente las palabras de anexion o de conquista, la América se levantaria como un solo hombre para ir a colocarse al lado del Perú.

Seguro de llegar a este resultado, el dictador Piérola

(1) Este horror a la conquista habia nacido en el Perú solo despues de sus derrotas. En los principios de la guerra, la prensa de Lima i todos sus hombres públicos no hablaban mas que de la desmembracion i reparticion del territorio chileno. El 16 de abril de 1879 se celebró en esa capital un gran meeting a que concurrieron las autoridades civiles, militares i eclesiásticas; i allí se declaró que el fin de la guerra debia ser reducir a Chile a la porcion territorial comprendida entre los paralelos 27 i 47 de latitud sur, «territorio suficiente, se decia, para la escasa poblacion de dos millones i medio escasos con que cuenta esa republiquilla.» Segun esas declaraciones, el Perú debia tomar posesion de los territorios que se estienden al sur del paralelo 47. «El Perú, se decia con este motivo, encargado de rejir los destinos continentales, debe poseer el Estrecho de Magallanes para mantener a Chile constantemente sometido a su vijilancia.»

Mas tarde todavía, el Perú persistia siempre en sus proyectos de quitar a Chile una parte de su territorio. Uno de los primeros actos de la dictadura de Piérola fué el enviar un nuevo ministro plenipotenciario del Perú a la República Arjentina, a quien dió sus instrucciones con fecha de 21 de enero de 1880. Esas instrucciones tomadas en Lima por los soldados chilenos, han sido publicadas como lo hemos dicho mas atras. El primer deber del nuevo plenipotenciario seria «el conseguir la alianza de la República Arjentina en la actual guerra que Bolivia i el Perú sostienen contra Chile.» Para interesar en esta empresa a aquella República, el Perú le ofrecia apoyarla para que resolviese segun su conveniencia la cuestion de límites que tiene pendiente con Chile, i en caso necesario le ofrecia en cesion perpetua una porcion del territorio del norte de Chile (desde el paralelo 24 hasta el 27) para que tuviera costas i puertos en el Pacífico. Esta negociacion estaba pendiente, es decir todavía se esperaba que la República Arjentina entrase en la alianza bajo esas condiciones, cuando la dictadura peruana mostraba tanto horror por el derecho de conquista.

aceptó oficialmente la mediacion con fecha de 16 de setiembre. En la nota que dirijió con este motivo al representante de los Estados Unidos, le decia que apesar «de la completa seguridad del Perú en el éxito final de la guerra, aceptaba la mediacion» solo por deferencia a aquel gobierno amigo, i por haber sido ya aceptada por Chile. En este documento, como en todos los que emanaban del gobierno peruano, el ministro de relaciones esteriores de la dictadura, se habia empeñado en agrupar todos los ultrajes posibles contra su enemigo. Mr. Christiancy cometió el error de no devolver una nota de esa naturaleza, tan contraria a los usos diplomáticos i al objeto pacífico de la negociacion, i a la cual se le daba una lujosa publicidad en los diarios de Lima. El gobierno de Chile pudo, i talvez debió, suspender allí las negociaciones. No lo hizo, sin embargo, creyendo, contra todas las apariencias de las cosas, que no debia desesperarse de llegar a la paz.

El 6 de octubre supo oficialmente el gobierno de Chile que los del Perú i de Bolivia habian aceptado la mediacion en debida forma. El siguiente dia, contestó al representante de los Estados Unidos en Santiago que habiéndose llenado este requisito previo, Chile la aceptaba tambien por su parte, con el carácter de buenos oficios, i sin que esto importase suspension de hostilidades. Inmediatamente dió el cargo de representantes a don Eusebio Lillo, que desempeñaba el cargo de gobernador civil de Tacna i Arica, al intendente de Valparaiso don Eulojio Altamirano, i al ministro de la guerra don José Francisco Vergara, que, como hemos dicho mas atras, se hallaba en el campamento del ejér-

cito chileno del norte en representacion del gobierno. Segun estaba pactado de antemano, los tres se hallaron reunidos en Arica a mediados de octubre, reunidos con Mr. Osborn, el ministro de los Estados Unidos en Chile, que debia asistir a las conferencias.

El presidente de Bolivia, movido tambien por un sentimiento de orgullo nacional, se habia resistido a aceptar oficialmente la mediacion, temiendo que ésta fuese rechazada por Chile. Pero cuando supo por la legacion norte-americana que el gobierno de este pais convenia en concurrir a las conferencias, se habia apresurado a nombrar sus plenipotenciarios. Encargó su representacion a don Juan C. Carrillo, ministro de relaciones esteriores, i a don Mariano Baptista, antiguo ministro de estado. Ambos tomaron el ferrocarril de Puno, en compaña de Mr. Adams, el ministro de los Estados Unidos en La Paz, i llegaron a Mollendo en tiempo oportuno. Allí debian juntarse con los plenipotenciarios peruanos que venian del Callao. Aunque el presidente Campero continuaba cultivando frecuentes relaciones con el dictador del Perú, éste le ocultó cuidadosamente las bases propuestas por Chile para negociar la paz. El gobierno de Bolivia estaba entónces persuadido de que la mediacion de los Estados Unidos era casi una verdadera intervencion, i de que las negociaciones se resolverian sometiendo a arbitraje todas las dificultades que mantenian el estado de guerra. Los plenipotenciarios bolivianos fueron, pues, a las conferencias bajo un engaño, pero de buena fe.

Con fecha de 29 de setiembre habia nombrado tambien el Perú sus representantes. Eran éstos don Anto-

nio Arenas, miembro de la corte suprema de justicia de Lima, i el capitan de navío don Aurelio García i García (1). El 1.° de octubre salió del Callao la corbeta de guerra norte-americana *Lackawanna*, llevando a su bordo al ministro Christiancy; i a su lado, i con el competente permiso del contra-almirante que bloqueaba el puerto, salió tambien el trasporte peruano *Chalaco*, conduciendo a los plenipotenciarios peruanos. Dando cuenta de estos hechos, *El Nacional* de Lima decia lo que sigue: «Las conferencias tendrán lugar a bordo del buque de guerra de los Estados Unidos que sale tambien hoi, llevando al honorable Christiancy, i en un lugar de la costa entre Pacocha i Callao, que designen los representantes de Norte América. Los plenipotenciarios de los belijerantes acudirán al lugar que se designe, en traspor-

(1) El nombramiento de este último ofrecia alguna dificultad que el dictador allanó con su fecunda inventiva para este jénero de detalles. El capitan de navío García i García habia figurado en toda la guerra con poco lucimiento. En Chipana (el 12 de abril de 1879), mandando dos buques de guerra i montando él mismo la corbeta *Union*, habia huido delante de la cañonera chilena *Magallanes*. Enviado en seguida a los mares del sur en busca de dos buques que venian de Europa con armas para el gobierno de Chile, se habia vuelto sin conseguir su objeto. En Angamos (el 8 de octubre de 1879) habia abandonado al *Huáscar*, huyendo a toda prisa a Arica. Por último, el 18 de noviembre del mismo año, marchando en convoi con la *Pilcomayo*, abandonó igualmente a este buque, que tambien cayó en poder de los chilenos, i él huyó al Callao. Por esta serie de fugas i aun parece que por otras en las guerras civiles, en el Perú se le llamaba comunmente *Corria i Corria*. Como habia sido en tiempos anteriores enemigo político de Piérola, éste, poco despues de subir al poder, lo mandó encausar para que diera cuenta de sus actos durante la guerra. García i García se hallaba, pues, procesado; pero el 1.° octubre publicaba *El Nacional* de Lima un decreto del dictador al cual se le habia puesto la fecha de 30 de julio, i por el cual se le absolvia «definititamente de todo cargo i responsabilidad, sin que el presente proceso pueda en ningun tiempo ni circunstancia serle de nota en su carrera ni en su nombre.»

tes de guerra de sus respectivos paises, desarmados. Los ministros de los Estados Unidos en Lima, La Paz i Sango asistirán a las conferencias. El gobierno del Perú ha declarado que, puesto que Chile no ha suspendido como debió las hostilidades al aceptar la mediacion, el Perú las entiende continuadas, sin perjuicio de las negociaciones.»

En estas líneas es fácil ver el propósito de eludir hasta en sus mas mínimos detalles las condiciones bajo las cuales Chile habia aceptado la mediacion. Habia exijido que las conferencias tuvieran lugar en la bahía de Arica. La circunstancia de ir allí en un trasporte desarmado, no rejia mas que con los plenipotenciarios de Bolivia i del Perú. El dictador peruano se resistia tenazmente a someterse a esta condicion, haciendo de ella una cuestion de dignidad nacional (1).

Los plenipotenciarios del Perú salieron de Lima sin conocer los planes de Piérola. No tenian siquiera noti-

(1) El dictador Piérola, perfectamente al cabo de todas las condiciones exijidas por el gobierno chileno al aceptar la mediacion, anunciaba que éste no habia querido suspender las hostilidades durante las negociaciones; pero guardaba la mas profunda reserva tobre las bases que con el carácter de inamovibles, habia propuesto Chile para tratar. Al mismo tiempo, Piérola se empeñaba, como se vé por los documentos publicados mas tarde, en eludir el cumplimiento de las condiciones fijadas por Chile para celebrar las conferencias. En nota de 29 de setiembre, el gobierno dictatorial decia lo que sigue al ministro plenipotenciario de los Estados Unidos: «Mi gobierno entiende que las conferencias deben tener lugar en un punto de la costa entre el Callao i Pacocha, que será designado por los plenipotenciarios de los Estados Unidos i al cual concurrirán los plenipotenciarios de los estados belijerantes en trasportes desarmados.» Mr. Cristiancy le objetó el dia siguiente que no era eso lo convenido con el gobierno de Chile, el cual entendia que las conferencias debian verificarse en Arica, i le preguntaba qué deberia hacerse en el caso en que los representantes chilenos exijiesen el cumplimiento de esta condicion. El gobierno de Piérola contestó el mismo dia 30 de setiembre las pala-

cia cierta de los arreglos en que habian intervenido los diplomáticos norte-americanos para fijar el lugar en que debian verificarse las conferencias. El gobierno peruano les habia entregado un pliego de instrucciones completadas por algunas notas suplementarias; pero ellas estaban concebidas con una gran vaguedad i en un espíritu tal que parecia que el Perú fuese el vencedor en la guerra. Se limitaban a recomendar a los plenipotenciarios que sometiesen a arbitraje todas las dificultades pendientes; i que en caso de tratarse del pago de indemnizacion de guerra, se autorizase al árbitro para que él designase quien debia pagarla, si Chile o el Perú, i a cuanto debia montar. En ningun caso, decian las instrucciones, se someterá a arbitraje por parte del Perú la menor cesion de territorio. Por lo demas, allí no se indicaban siquiera los otros puntos que debian ser resueltos en un tratatado de paz. Como los plenipotenciarios peruanos comprendiesen que sobre aquellas bases no podrian llegar a resultado alguno en las negociaciones, Piérola les dió ademas otras instrucciones de carácter reservado que hasta ahora no han visto la luz pública.

En el puerto de Mollendo se reunieron con los representantes de Bolivia, i se detuvieron allí algunos dias, esperando, decian, a los plenipotenciarios chilenos. Estos, miéntras tanto, permanecian en Arica, persuadidos de que en este puerto tendrian lugar las conferencias, como estaba convenido. En esta cuestion de

bras siguientes: «Mi gobierno da tal importancia a este asunto que en la hipótesis remotísima de exijir Chile que las negociaciones se celebren en Arica, el Perú se veria privado de asistir a esas conferencias.» Sin embargo, Piérola tuvo que desistir mas tarde de este propósito.

amor propio, en que, como se vé, la razon no estaba de parte del Perú, se perdió cerca de una semana. El ministro Osborn, que como decano por antigüedad sobre sus otros dos colegas, los ministros norte-americanos en Lima i en La Paz, debia presidir las conferencias, resolvió al fin terminantemente que se cumpliese lo acordado, es decir, que las conferencias se celebrasen en Arica. El gobierno del Perú se vió forzado a ceder; pero aun entónces encubrió este contraste de sus pretensiones por medio de un espediente. Pasó una nota a los representantes del Perú en que los autorizaba para que fuesen a Arica, por cuanto, agregaba, se habia comprometido a ello el gobierno de Bolivia.

Esta cuestion de simple vanidad nacional fué causa de que se retardara algunos dias la apertura de las conferencias. Los representantes de Chile aprouecharon esta leccion, comprendiendo que para luchar contra los artificios de sus adversarios, debian adoptar una línea de conducta franca i resuelta, i encaminar las cosas a una solucion inmediata i definitiva.

En efecto, en la primera conferencia, celebrada el 22 de octubre, a bordo de la corbeta norte-americana *Lackawanna*, despues de los discursos de estilo en que Mr. Osborn hizo oir en un lenguaje honrado i sincero el el anhelo de los Estados Unidos por el restablecimiento de la paz en estos paises, el representante de Chile don Eulojio Altamirano espuso que para facilitar i para acelerar el debate, habia apuntado en una minuta las principales condiciones de la paz, convencido de que aprobadas éstas, las restantes no ofrecerian la menor dificultad. Ese documento decia testualmente como sigue:

«1.ª Cesion a Chile de los territorios del Perú i Bolivia que se estienden al sur de la quebrada de Camarones i al oeste de la línea que en la cordillera de los Andes separa al Perú i Bolivia hasta la quebrada de la Chacarilla, i al oeste tambien de una línea que desde este punto se prolongaria hasta tocar en la frontera Arjentina, pasando por el centro del lago de Ascotan.

«2.ª Pago a Chile por el Perú i Bolivia, solidariamente, de la suma de veinte millones de pesos, de los cuales cuatro millones serán cubiertos al contado.

«3.ª Devolucion de las propiedades de que han sido despojadas las empresas i ciudadanos chilenos en el Perú i Bolivia.

«4.ª Devolucion del trasporte *Rimac*.

«5.ª Abrogacion del tratado secreto celebrado entre el Perú i Bolivia el año 1873, dejando al mismo tiempo sin efecto ni valor alguno las jestiones practicadas para procurar una confederacion entre ambas naciones.

«6.ª Retencion por parte de Chile de los territorios de Moquegua, Tacna i Arica, que ocupan las armas chilenas, hasta tanto se haya dado cumplimiento a las obligaciones a que se refieren las condiciones anteriores.

«7.ª Obligacion de parte del Perú de no artillar el puerto de Arica cuando le sea entregado, ni en ningun tiempo, i compromiso de que en lo sucesivo será puerto esclusivamente comercial.»

Los diplomáticos de la alianza no estaban autorizados para aceptar estas condiciones. La política artificiosa del dictador Piérola los habia tenido a ciegas de las bases que Chile habia indicado de antemano para tratar. En vista de las proposiciones que los plenipotenciarios

chilenos presentaban como indeclinables, habrian podido terminarse allí mismo las conferencias de Arica. Pero los representantes de las repúblicas aliadas, pidieron tiempo para estudiar esas proposiciones, i se separaron quedando convenidos en celebrar una segunda reunion.

Tuvo ésta lugar el 25 de octubre. Todo el debate versó sobre la primera de las bases que dejamos copiadas. Los representantes del Perú i de Bolivia, en largos i estudiados discursos, la rechazaron resuelta i terminantemente. Aunque hicieron oir en su apoyo diversas razones, i entre ellas la de que el Perú, si bien habia «sufrido algunas contrariedades en la guerra», todavía no habia sido vencido, el principal argumento de su defensa fué la condenacion del derecho de conquista. Para ello invocaban las teorías de derecho público americano inventadas por el Perú despues de sus recientes derrotas, teorías segun las cuales todas las repúblicas del mismo oríjen, debian garantizarse mutuamente su integridad territorial (1). Los plenipotenciarios de Chile no sabian entónces, que en esos mismos dias, miéntras dos representantes del Perú ostentaban en Arica

(1) Uno de los plenipotenciarios peruanos, don Aurelio García i García, sostuvo con grande aplomo que el Perú no habia intentado nunca apoderarse de territorios estraños, porque siempre habia querido respetar lo que él llamaba el derecho público americano. Su aseveracion no fué aceptada por los representantes de Chile; pero no quisieron éstos entrar en esta discusion histórica. Un mes despues, *El Fénix*, periódico de Quito, en su número de 27 de noviembre de 1880, escribia las palabras siguientes juzgando las conferencias de Arica:

«Una de las cosas mas notables de estas conferencias es la aseveracion que hace el señor García i García, ministro peruano, de que su gobierno ha respetado, posponiendo sus propios intereses, la integridad del territorio ecuatoriano; sin embargo de que hasta ahora retiene sin título ni derecho alguno la estensa i rica provincia de

su horror por la conquista, i su respeto por la integridad territorial de los estados americanos, se hallaba en Buenos Aires otro plenipotenciario del Perú solicitando infructuosamente la alianza arjentina contra Chile, i ofreciendo en pago de esa alianza la desmembracion i mutilacion del territorio chileno. El gobierno de la dictadura, habia, tenido, como se vé, mui buenas razones para mantener rodeado del mas impenetrable secreto todo cuanto se referia a los infructuosos trabajos de su legacion en Buenos Aires.

Pero ya que no pudieron hacer valer este argumento, que habria venido a echar por tierra todo él sistema del derecho público americano construido por los estadistas del Perú i de Bolivia, los representantes de Chile defendieron con tanta moderacion como firmeza las proposiciones que habian presentado. Sería largo i hasta inoficioso el reproducir aquí los discursos que fueron

Jaen, de que se ha apoderado de Iquitus i de que ha avanzado hasta Andoas. En 1858 el jeneral Castilla declaró la guerra al Ecuador con el pretesto de reparar las injurias que dijo se habian irrogado al representante del Perú; mas sin haber alcanzado victorias en ningun combate, negoció con el jeneral Franco los ricos territorios de Canelos, invocando una cédula rota por las armas de Colombia en los campos de Tarqui. El pueblo ecuatoriano se levantó como un solo hombre contra esa inicua negociacion, i el ejército i la escuadra peruana regresaron a sus playas sin haber conseguido otro resultado que la pérdida de grandes capitales en una campaña tan injusta como desatentada. Ha olvidado, por otra parte, el señor García la conducta que observó el Perú con la gran República de Colombia, los manejos que empleó para que Guayaquil se anexara al Perú, i la agresion a mano armada que terminó con el tratado de Tarqui, en el cual dió el jeneral Sucre, vencedor, un claro testimonio de su jenerosidad i de los sentimientos fraternales de Colombia en favor del Perú. Se fijaron las bases de la demarcacion entre ambas repúblicas; mas el Perú no pensó nunca en el cumplimiento de lo estipulado; por lo que Bolívar dijo una ocasion, que Sucre sabia vencer, pero no aprovechar de la victoria.»

pronunciados, i que rejistran los protocolos de las conferencias tantas veces publicados.

Los plenipotenciarios chilenos, sin salir de la mas estricta moderacion, recordaron los hechos que habia traido la guerra, i esos hechos demostraban segun ellos que la contienda no podia tener mas que la solucion propuesta. Chile habia llevado ántes que nadie la industria de sus hijos a los territorios disputados, i ella habia descubierto riquezas que nadie imajinaba. Léjos de auxiliar esas industrias dando paz i seguridad a los trabajadores chilenos, en uno i otro pais, en el Perú i en Bolivia, se habia establecido un réjimen de mala voluntad contra ellos que les habia causado los mayores perjuicios i que al fin habia llegado hasta despojarlos de sus propiedades. Chile habia creido por largo tiempo vencer estas dificultades por medio de tratados solemnes; pero esos pactos no habian sido cumplidos por sus contendores. Léjos de eso, cuando mas interesado se mostraba en favor de la paz i en vencer esas resistencias por la discusion tranquila, Bolivia i el Perú habian celebrado en 1873 una alianza secreta contra Chile. Persuadidos de que éste no podria resistirles, consumaron nuevas violencias, i pusieron a Chile en la dura necesidad de tomar las armas apesar de sus inveterados instintos de evitar toda guerra i de mantener la paz a todo trance. Fuerte sobre todo por la justicia de su causa, Chile habia aceptado la guerra seriamente; i haciendo sacrificios sin cuento de dinero i de sangre, habia alcanzado la victoria i estaba en el deber ineludible de indemnizarse de esos sacrificios i de colocarse en una situacion que lo pusiera a cubierto de nuevas dificultades i complicacio-

nes como las que lo habian rodeado desde el primer dia en que la industria chilena comenzó a esplotar la riqueza de esos territorios. Uno i otro objeto, la indemnizacion de los enormes gastos de la guerra, i el afianzamiento de la tranquilidad i de la paz para el porvenir, no podian alcanzarse mas que por un solo medio, entrando Chile en posesion definitiva i absoluta de esos territorios que poblaban sus hijos desde muchos años ántes que sus soldados hubieran ido a plantar allí su bandera. Esta era la resolucion fija e invariable del gobierno i del pueblo de Chile; i si no podía conseguir este resultado por medio de las negociaciones pacíficas, estaban determinados a seguir la guerra hasta alcanzarlo. Aunque tal era la esencia de los discursos de los representantes de Chile, guardaron éstos las formas convenientes para no envenenar la discusion.

Los representantes de Bolivia i del Perú habian previsto esta respuesta, i aun habian intentado la defensa del tratado secreto de 1873. Pero llevaban a la reunion otro plan con que habian esperado envolver a los representantes de Chile en serias dificultades. Consistió éste en proponer que todas las dificultades pendientes se sometiesen a la resolucion de un árbitro, i que éste fuera el gobierno de los Estados Unidos. Como hemos dicho mas atras, asistian a las conferencias de Arica los plenipotenciarios de esta república en Chile, en Bolivia i en el Perú, i aun el primero de ellos presidia la discusion; pero los tres habian declarado que segun las instrucciones de su gobierno, ellos debian limitarse a ejercitar sus buenos oficios sin tomar parte alguna en el debate. El rechazo de la proposicion de arbitraje ofrecia,

pues, algun embarazo; pero los representantes de Chile combatieron esa proposicion con razones oportunas. Chile habia invocado el arbitraje ántes de la guerra: lo habia estipulado por pactos anteriores, i apeló a él cuando vió venir el peligro de una ruptura. Entónces no se le hizo caso; i a sus jestiones para que un árbitro resolviera las dificultades pendientes con Bolivia, en 1879, el gobierno de este pais habia contestado decretando la confiscacion de las propiedades de la compañía chilena de Antofagasta (1). Recordando lijeramente estos hechos, los plenipotenciarios de Chile dijeron que el arbitraje que entónces no se quiso aceptar, habria servido en esa época para impedir la guerra; pero que era mal medio para ponerle término cuando la justicia i la victoria habian robustecido i confirmado los derechos

(1) Todos estos hechos, a que se hizo alusion con la mayor templanza en las conferencias de Arica, han sido referidos detenidamente en los capítulos que forman la primera parte de este libro.

Debemos consignar aquí que los plenipotenciarios peruanos no tenian ninguna fe en la proposicion de arbitraje, que la hacian por mera fórmula; i que si hubiese sido aceptada por Chile, habria nacido la gravísima cuestion de fijar la materia sobre la cual debia recaer el arbitraje. En las instrucciones que Piérola les habia dado con fecha 29 de setiembre de 1880, i que han sido publicadas mas tarde, se encuentran estas palabras: «Es entendido que, en el caso de arbitramento, no será jamas por nuestra parte materia de él, ni en forma alguna, la adquisicion de Chile de territorio nacional.»

I en una nota complementaria de esas instrucciones escritas el mismo dia 29 de setiembre, el ministro de relaciones esteriores del Perú, fijaba las bases del arbitraje en los términos siguientes: «V. V. S. S. tendrán mui particular cuidado al redactar el acta de compromiso, si a tal punto fuera dado arribar, de que en lo relativo a indemnizacion quede categoricamente espresado que se somete al árbitro la decision de si debe o no haber indemnizacion entre los aliados i Chile, i en el supuesto de haberlas quien debe pagarlas.»

Se comprenderá, pues, que los plenipotenciarios peruanos tuvieron razon sobrada para manifestar a Piérola, como contamos mas atras, que con tales instrucciones era imposible llegar a la paz.

de una de las partes. Chile, por mas respeto que le mereciera el gobierno de los Estados Unidos, no podia someter a arbitraje el valor de los sacrificios que le costaba la guerra, ni la sangre de sus hijos.

Todavía se propuso otro arbitrio para arribar a la paz. Uno de los plenipotenciarios bolivianos, reconociendo lealmente que la victoria daba derecho a Chile para reclamar la indemnizacion correspondiente por los sacrificios que le costaba la guerra, indicó que éste quedase en posesion de los territorios ocupados miéntras sus productos le pagasen todos los gastos hechos hasta entónces. Este arbitrio habria dado lugar a un semillero de nuevas i complicadísimas cuestiones para el porvenir, que Chile queria evitar a todo trance. La esperiencia de muchos años le habia enseñado que con los políticos de las repúblicas aliadas no se podian mantener situaciones transitorias, ni tratados que dejasen nada pendiente o por resolver. El recuerdo de la conducta observada por Bolivia con los pactos de 1866 i de 1874, le servia de leccion para normar su conducta futura. Pero, los plenipotenciarios chilenos no tuvieron siquiera necesidad de discutir esta base. Los representantes peruanos, cuyas instrucciones no les permitian aceptarla, guardaron sobre ella el mas estuadiado silencio, dejando entender así que no estaban de acuerdo con sus aliados sobre este punto.

La proposicion de arbitraje dió lugar a una franca declaracion de parte del ministro norte-americano que presidia la conferencia. Dijo éste que el gobierno de los Estados Unidos no pretendia hacerse árbitro de la contienda, i que su mediacion se habia reducido a acer-

car a las partes para que pudieran entenderse en una discusion templada i conveniente. La conferencia estaba, pues, terminada, i las negociaciones no podian seguir adelante. Los plenipotenciarios se reunieron nuevamente el 27 de octubre, pero casi no hicieron otra cosa que firmar los protocolos de las conferencias anteriores, i declararlas terminadas. En la misma tarde recibia el gobierno de Chile el siguiente telegrama:

«Arica, octubre 27 de 1880.—Señor ministro de relaciones esteriores: Todo ha concluido en la conferencia de hoi. Los plenipotenciarios del Perú i de Bolivia han insistido en el rechazo absoluto de nuestra primera base. En consecuencia, las conferencias han terminado. Mañana parte el *Chalaco* con los plenipotenciarios del Perú i de Bolivia, i en el próximo vapor partirá nuestro secretario llevando todos los documentos.—*Altamirano.*»

Este resultado no causó gran sorpresa en Chile, donde la opinion pública no esperaba que las negociaciones condujesen a la paz. El gobierno, por su parte, habia creido un momento que al enviar los aliados sus plenipotenciarios, el Perú i Bolivia estaban resueltos a aceptar las condiciones trasmitidas por el ministro norte-americano. Pero, desde que vió a los plenipotenciarios del Perú detenerse en Mollendo, i buscar medios de eludir la condicion de negociar en Arica, comprendió que se habia tratado de engañarlo burlando al mismo tiempo la buena fe de la mediacion de los Estados Unidos. Si pudo abrigar todavía alguna ilusion sobre la lealtad de sus enemigos, el tono de la prensa de Lima en esos mismos dias debió convencerlo de que habia poco que esperar.

En efecto, desde que se iniciaron las negociaciones, los diarios de Lima, que eran la espresion del gobierno dictatorial del Perú, se mostraron mas ardientes i exaltados contra Chile. Recrudeció la guerra de insultos i de provocaciones, llevándola a un tono mas alto todavía del que se habia empleado hasta entónces. «Miéntras nuestros plenipotenciarios hacen el sacrificio de escuchar las impertinencias de los de Chile, en relacion con una paz fementida, decia el 6 de octubre *La Patria* de Lima, cumplamos con la obligacion de aguardar resueltos al enemigo de nuestra fortuna. ¡Para qué hacernos ilusiones! Las negociaciones de paz en las aguas de Islay, serán solo una quimera. Chile será siempre lo que fué desde su oríjen.—La paz no es posible con la emulacion dejenerada en envidia. Chile no ha podido ver con ojo indiferente, ya que no de estimacion, la preponderancia, ni ménos la prosperidad positiva del Perú. Una pasion de la peor lei le ha venido ajitando hasta hoi, i le ajitará miéntras exista como pueblo en América: Chile ha sido siempre envidioso: el Perú fué siempre la causa de su desesperacion. Chile juró ante la borrascosa ajitacion de su espíritu envidioso, que esterminaria al Perú: Cain no tuvo un discípulo mas aventajado. Para conseguir su propósito, Chile se hizo mendigo del Perú; aparentó la mas cordial fraternidad con él; esplotó hasta donde quiso la jenerosidad del Perú. El mismo se redujo a la miseria, para conseguir los medios de realizar su sueño de envilecimiento; en una palabra, como su porvenir dependia de la ruina del Perú, nada omitió de abominable con ese intento... El gran dia se acerca. El dia destinado por la providencia para hacer sentir a Chile, una vez

por todas, toda la enormidad de su crímen. Tal es nuestra fe i nuestra conviccion.» En medio de este tejido de insultos i de amenazas, inspirado por el gobierno de la dictadura, i envuelto en frases cuyo sentido no es fácil comprender, habia un hecho claro i manifiesto. El gobierno del Perú estaba perfectamente seguro de que las negociaciones no conducirian a la paz.

Al fin, el 29 de octubre llegó a Lima la noticia de que las negociaciones quedaban rotas; pero que Chile habia declarado oficialmente sus propósitos respecto de los territorios disputados. Fué aquel un dia de alborozo para el gobierno i para los periodistas del Perú, que creian ver alianzas por todas partes contra los planes de Chile. «Las repúblicas sud-americanas, decia ese mismo dia *La Patria* de Lima, quedan notificadas por Chile de que la guerra de conquista, verdadera herejía en el derecho público de América, es un hecho i amenaza para todos. El equilibrio sud-americano ha sido roto por Chile con pérfida mano, i el precedente histórico que su política usurpadora proclama, no tardará mucho en volverse contra su mismo autor.»

La prensa de Lima habria debido declarar francamente que en la presente crísis, el Perú estaba pagando las consecuencias del desgobierno de sesenta años, de las revueltas de cada dia, de las camorras i guerras insensatas con todos sus vecinos, i de una política turbulenta i pendenciera que lo habia llevado hasta celebrar la alianza secreta de 1873. Sin embargo, con la esperanza de alcanzar el apoyo de las otras repúblicas americanas del nuevo mundo, llevó su locura hasta proclamar que en la guerra del Pacífico defendia los intereses americanos.

«Ya no se trata de una cuestion de honra, decia *El Nacional* el 30 de octubre. Se trata de salvar los intereses americanos de la vorájine espantosa en que están espuestos a zozobrar, si llegaran a lejitimarse i a codificarse con el triunfo de Chile, los principios que éste ha defendido en las conferencias de Arica. El Perú que siempre ha sido el mas celoso i avanzado defensor de los intereses sud-americanos, cuando estuvieron comprometidos, tiene un nuevo motivo para no rendir su espada a un enemigo mas baladron que osado, si no para seguir defendiendo con brío los sagrados derechos de la alianza, los trascendentales intereses de la América del sur i los principios del derecho internacional moderno que Chile ha intentado profanar.»

No se detuvo aquí la prensa peruana en esta proclamacion de la guerra americana. El 3 de noviembre otro diario de Lima declaraba cómplices de Chile a los estados americanos que no acudiesen a auxiliar al Perú i a Bolivia en la contienda. Se nos permitirá copiar todavía algunas líneas de este escrito. «El Perú, decia, ha sido siempre el centinela avanzado del derecho público americano, el obrero infatigable, el sostenedor tenaz del equilibrio americano. El Perú ha sido inflexiblemente celoso de la integridad territorial de las otras repúblicas; el Perú ha sido el propagandista del derecho americano. Es, pues, indispensablemente necesario que la América se levante para protestar airada contra la perversidad de Chile.—El Perú lo exije, no para reprimir materialmente a Chile, que cuenta para ello con los elementos necesarios, sino para que caiga sobre él la sancion moral de América....... No vencerá Chile, pero es

indispensable que ántes sea juzgado, vencido i condenado por la sancion espotánea i colectiva de las secciones de América. Si Chile, amparado por la fuerza bruta, amenaza hoi la existencia del Perú, i hai espectadores inertes que presencian el sacrificio de la víctima por bandidos que hacen el oficio del salteador, esa misma fuerza es una amenaza contra ellos, contra los que se hacen cómplices por omision (1).»

El gobierno dictatorial participando de estas ilusiones de su prensa, llegó a creer que habia conseguido el objeto que tuvo en vista al aceptar la mediacion de los Estados Unidos. El diario oficial de la dictadura, en su número de 4 de noviembre, se felicitaba del resultado de esas combinaciones en los términos que siguen: «Las exorbitantes pretensiones de Chile, que llevarán el escándalo i la alarma a todos los Estados de América, no habian revestido, sin embargo, una forma oficial; i ésta es una de las ventajas de las negociaciones celebradas en Arica. Hoi ya nadie se podrá engañar sobre los fines perseguidos por Chile en esta larga i sangrienta guerra.»

Temiendo que estas ardorosas proclamaciones de la prensa de Lima contra Chile no circulasen en toda la América, el gobierno de la dictadura peruana recurrió a las comunicaciones diplomáticas. Con fecha de 5 de noviembre, lanzó dos circulares que merecen recordarse, la una dirijida a los representantes de las

(1) Como si no bastaran por sí solas todas las palabras insultantes que contiene el diccionario de la lengua, los diaristas de Lima se empeñaban en reforzarlas con los recursos de la tipografía, i hacian imprimir con itálica o con mayúsculas aquellas voces o frases que tenian un significado mas duro i destemplado.

potencias estranjeras en Lima i la otra a los ministros i cónsules peruanos en el estranjero. El estilo descomedido e inconveniente de los escritos de la prensa diaria, habia comunicado su contajio a todos los documentos públicos del Perú, ya fueran decretos, comunicaciones i proclamas, i habia penetrado hasta la correspondencia diplomática que el gobierno dirijia a los ministros estranjeros. En esta ocasion, el ministro de relaciones esteriores de la dictadura, don Pedro José Calderon, se empeñó en esforzar un poco ese tono. La circular a los representantes de las naciones amigas, tenia por objeto, segun sus palabras, el «denunciar a Chile ante la comunidad de las naciones civilizadas, porque ya era tiempo de refrenarlo ejemplarmente.» La «temeraria i fementida» conducta de Chile, añadia, hija del «enfermizo i febril delirio de sus pasiones» lo ha precipitado a «esta guerra fratricida con afrenta de la civilizacion i de la humanidad», atropellando «el derecho público americano» que sostiene el Perú; pero «el mundo i principalmente la América juzgará definitivamente» de las pretensiones de Chile. Probablemente, los ministros estranjeros se limitaron a acusar recibo de esta comunicacion; pero el de Bolivia, don Melchor Terrazas, contestaba pocos dias despues mostrándose mui satisfecho de las esplicaciones dadas por el gobierno del Perú, i esperando tambien que la América entera se pronunciaria en poco tiempo mas en contra de Chile.

En su nota a los representantes del Perú en el estranjero, el ministro Calderon hacia nuevamente la historia, poco fiel es verdad, de las causas de la guerra; i formaba un paralelo entre «el Perú que se glorifica, dice, de haber

iniciado, casi desde su nacimiento a la vida independiente, con las mas amplias i elevadas miras, la fraternidad real i efectiva de las repúblicas americanas,» i Chile, «repleto de odio i de envidia contra el Perú, cuya superioridad no puede desconocer sin borrar la historia i sin ahogar la voz de una fama que ha pasado a proverbio universal; ebrio de sangre i devorado por la hidrópica sed de nuestras fabulosas riquezas, que proclama el asalto a esta capital, considerándola el último baluarte de la defensa del Perú.»

Segun el encargo espreso consignado en esa circular, los representantes del Perú en el estranjero, debian dar lectura de ella a las cancillerías ante las cuales estaban acreditados, i aun dejarles copia de este tejido de insultos groseros contra la república de Chile. El plenipotenciario peruano en Buenos Aires, don Evaristo Gomez Sanchez, creyó sin embargo, que ese documento no era tan conducente como convenia, i quiso reforzarlo con otro manifiesto absolutamente suyo. A pretesto de impugnar la circular en que el gobierno de Chile daba cuenta del fracaso de las negociaciones de Arica, Gomez Sanchez escribió con fecha de 15 de diciembre un largo despacho en que amontonaba contra Chile las mas vehementes acusaciones.

El plenipotenciario peruano residia en un pais en que una gran parte de los habitantes no podia estar al corriente de los hechos que habian producido la guerra del Pacífico. Se creyó por esto autorizado para presentar esos hechos bajo una luz que no era por cierto la de la verdad. Segun él, la industria i el capital de los chilenos no habia tenido parte alguna en la esplotacion de las sa-

litreras de Tarapacá. El Perú, añadia, no se hallaba en estado de insolvencia, porque mui léjos de eso siempre habia pagado puntualmente sus obligaciones, aseveracion que el diplomático pudo corroborar con el hecho de que desde 1872 el Perú habia suspendido el pago de los intereses i de la amortizacion de su inmensa deuda esterior Pero la parte mas trascendental de su nota, era aquella en que defendia el derecho público americano inventado por el Perú despues de sus derrotas. Como se sabe, desde un año atras, el diplomático peruano se hallaba empeñado en solicitar para su patria la alianza arjentina bajo la base de despojar a Chile de una porcion de su territorio; i sin arredrarse por el constante rechazo de sus pretensiones, insistia aun con la mayor obstinacion por llegar a este resultado. Sin embargo, en la nota a que nos referimos consagraba los mejores pasajes de su elocuencia diplomática a condenar con toda enerjía el principio «bárbaro i absurdo» de que la victoria da derechos al vencedor (1), i a implorar de nuevo que la República

(1) Segun esta teoría, Chile, que habia sido arrastrado a la guerra por todo jénero de maquinaciones, habia hecho grandes sacrificios de sangre i de dinero hasta obtener las mas brillantes victorias para dejar las cosas como estaban ántes de la guerra, para dejar a sus enemigos en situacion de volver a ofenderlo al dia siguiente de firmada la paz, i sin poder ni aun reclamar de ellos la indemnizacion de los sacrificios a que lo habian obligado. Esta teoría, hemos dicho, fué inventada por el Perú cuando sus constantes derrotas no le permitian hacer valer las que habia proclamado en el principio de la guerra, en los dias en que pensaba mutilar a Chile por el norte i por el sur, para que «el Perú, encargado de rejir los destinos continentales, lo mantuviera constantemente sometido a su vijilancia,» como se escribia en Lima en abril de 1879. Un diario mui serio i prestijioso de Buenos Aires, *La Nacion*, en su número de 25 de enero de 1881, juzgaba esta teoría peruana en los términos siguientes:

«Igualmente son insensatos i criminales los gobiernos que, despues de comprometida la guerra i de haber alcanzado la costosa victoria,

Arjentina se pusiera de pié para ausiliar al Perú, cuya causa, segun él, habia llegado a ser la causa americana.

Todo esto era elocuencia i papel perdidos. Algunos diarios apoyaban las pretensiones del ministro del Perú; pero los hombres mas notables de la República Arjentina sabian demasiado bien lo que valia este americanismo invocado tan a destiempo, i se negaron a comprometer a su pais en una lucha que no era suya. Así, pues, apesar de tantos esfuerzos para hallar nuevos aliados, el Perú debia encontrarse solo el dia del peligro, i lo que era mas doloroso, abandonado por el mismo aliado antiguo que lo precipitó a la guerra.

En efecto, el gobierno de Bolivia, desde la derrota de su ejército en Tacna, parecia desligado de todas las obligaciones de la guerra. No habia dado otro signo de continuar en su alianza con el Perú, que el haber enviado sus representantes a las conferencias de Arica. Se creyó tambien en deber de dirijirse en esta ocasion a las naciones americanas. Este fué el objeto de una larga circular firmada por el ministro de relaciones esteriores don Juan C. Carrillo el 1.° de diciembre de 1880. En ella desarrollaba latamente las teorías del derecho público americano inventado por el Perú, i proclamaba que la América debia acudir prontamente en ayuda de la alianza perú-boliviana para destruir los planes de Chile (1).

declaran a la faz del pueblo que han hecho sacrificar, que esa victoria no da derechos, porque esto importa lo mismo que condenar la razon de la guerra, ofreciendo en espiacion al vencido la sangre i el oro de los vencedores. Para eso no se hace la guerra.»

(1) Esta larga circular es curiosa por mas de un motivo. Ella es un testimonio del desconocimiento de los usos diplomáticos de la

Pero, si tal era, a juicio de los estadistas de la Paz, el deber de todas las repúblicas americanas ¿cuál seria el deber de Bolivia, aliada al Perú por el tratado secreto desde 1873, i directamente provocadora de la guerra de 1879, en que el Perú habia tenido que sufrir tantos i tan abrumadores desastres? El ministro Carrillo se guardaba bien de decirlo; pero el gobierno de Bolivia se encargó de demostrar con el hecho de que manera comprendia su mision de nacion americana i de aliada del Perú. En los momentos en que la cancillería de la Paz firmaba esa circular, la guerra habia tomado proporciones colosales: 25,000 soldados de Chile marchaban sobre Lima, i la América entera se obstinaba en no ver en la guerra del Pacífico mas que una contienda provocada por las maquinaciones imprudentes de dos repúblicas que no pueden vivir sin revueltas i enredos en el interior i en el esterior. Bolivia se quedó encerrada en sus montañas, sin enviar un solo soldado al teatro de las operaciones militares, sin hacer un solo esfuerzo por socorrer a un aliado que a esas horas imploraba ausilios de cualquiera parte. Asi era como Bolivia comprendia el deber de defensor de la que llamaba «causa americana.»

---

cancillería boliviana. El ministro Carrillo consignaba allí algunos recuerdos históricos ultrajantes para la Gran Bretaña, i se permitia pronunciar una ardiente censura contra la Alemania por su conducta en la guerra de 1870–1871, diciendo sin qué ni para qué, las palabras siguientes: «La Prusia, llevada no obstante, por sus excesos, se atrajo sobre sí, la reprobacion universal»... Probablemente, no habrá otro pais de la tierra donde la secretaría de relaciones esteriores sea capaz de cometer inconveniencias de este calibre.

CAPITULO VII

Marcha de la espedicion chilena sobre Lima, noviembre i diciembre de 1880.

El ejército chileno se aumenta con nuevos cuerpos de tropas.—Organizacion dada al ejército de operaciones.—Auméntase la escuadra con nuevos trasportes.—Actividad de los aprestos de la espedicion en Arica.—Partida de la primera division del ejército chileno.—Su desembarco en Paracas.—Apesar de las amenazas del jefe peruano de Pisco, los chilenos se apoderan de esta ciudad sin disparar un tiro.—Ocupacion de Ica i su valle.—Ocupacion de Chincha i de Tambo de Mora.—En Lima se anuncia el desembarco de los chilenos en Pisco como una victoria del Perú.—Arrogantes amenazas de la prensa peruana.—Zarpa de Arica el resto del ejército chileno.—Toca en Pisco i va a desembarcar en Curayaco.—Una division chilena avanza hasta Lurin, i ocupa un campamento apropiado para operar la reunion de todo el ejército.—El ejército peruano, fortificado en los alrededores de Lima, no opone ningun embarazo a estos movimientos.—Marcha atrevida i feliz del comandante Lynch al traves del territorio enemigo.—Reconcentracion de todo el ejército chileno.—Poder i enerjía desplegados por Chile en estas circunstancias.—El ejército peruano de Arequipa.

En la tarde del 27 de octubre de 1880, cuando los representantes de Chile volvian de la última conferencia que habia tenido lugar en la bahía de Arica, don Eulojio Altamirano comunicó por el telégrafo al jefe del ejército chileno de Tacna que las negociaciones diplomáticas quedaban rotas. «¡Está bien! contestó lacó-

nicamente el jeneral Baquedano; iremos a Lima a buscar la paz.» En esos momentos estaban reunidos en Tacna i sus alrededores 20,000 soldados chilenos que con frecuentes ejercicios i revistas, perfeccionaban su instruccion militar.

En efecto, las negociaciones de Arica no habian suspendido un instante los aprestos bélicos de Chile. Léjos de eso, en todas las provincias seguian organizándose nuevos cuerpos de tropa, especialmente de infantería, elevándose a rejimientos algunos batallones, i completando la dotacion de los otros. Cuando estos cuerpos, despues de dos o tres meses del mas empeñoso trabajo de toda hora, habian adquirido una regular práctica militar, se les enviaba al norte, a Tacna i a Arica, para que a la vista de los cuerpos perfectamente disciplinados que habian hecho la campaña anterior, completaran su instruccion i se adiestraran en grandes ejercicios i revistas, i aprendieran las maniobras combinadas por divisiones. Estos trabajos, ejecutados con un tezon incansable, i bajo la direccion de oficiales intelijentes i activos, moralizaban al soldado i lo preparaban para las fatigas de la nueva campaña.

El jeneral Baquedano no habia abandonado un solo dia el campamento del norte. Despues de las grandes victorias de Tacna i Arica, en los meses de suspension de hostilidades que se siguieron a esos sucesos, le habria sido fácil volver a Chile a tomar algunos dias de descanso en el seno de sus amigos i relaciones. Sin embargo, se mantuvo invariablemente al frente de sus soldados, velando sin cesar por su disciplina i por su organizacion a fin de estar siempre prevenido para las futuras even-

tualidades de la guerra. Desde que comenzaron a llegar allí los nuevos cuerpos de tropas en los meses de setiembre i de octubre, redobló su actividad. Los constantes ejercicios militares los pusieron pronto en el pié de verdaderos cuerpos veteranos.

Elevado de esta manera el ejército de operaciones a un efectivo de mas de 25,000 hombres, sin contar con las reservas que debian quedar en Tacna i en Chile, el ministerio de la guerra decretó, con fecha de 29 de setiembre, su distribucion en tres grandes divisiones de las tres armas que debian mandar los jenerales don José Antonio Villagran i don Emilio Sotomayor i el coronel don Pedro Lagos. Cada una de estas divisiones, era formada de dos brigadas bajo el mando de un jefe especial. Las tres divisiones tenian su estado mayor i sus injenieros particulares; pero todas ellas quedaban colocadas bajo el mando del jeneral en jefe don Manuel Baquedano, i del estado mayor jeneral del ejército. Púsose éste bajo la direccion del jeneral de brigada don Márcos Maturana que hasta entónces habia permanecido en Santiago como director de las maestranzas militares, prestando en este carácter los servicios mas constantes e intelijentes en el equipo de las tropas.

Aumentado así el ejército, se aumentó tambien por decreto de 23 de setiembre el cuerpo médico del ejército, dándole una nueva organizacion. Formáronse cuatro grandes ambulancias, cada una de las cuales tendria para su servicio cuatro médicos, seis practicantes, dos farmacéuticos, i la dotacion correspondiente de administradores i sirvientes. Se organizó ademas un hospital volante con el mismo número de empleados.

Con igual actividad se atendia a las necesidades de la provision i equipo del ejército. La intendencia jeneral establecida en Valparaiso remitia al norte los caballos, las bestias de carga i de tiro, el vestuario, los víveres, los forrajes i todos los artículos necesarios para una campaña emprendida en las condiciones bajo las cuales era preciso espedicionar. El soldado debia llevarlo todo desde su fusil i sus municiones hasta el agua para él i sus animales. La prevision se llevó hasta los mas pequeños detalles para que el ejército no careciera de nada.

Aunque Chile estaba ya provisto de un abundante material de guerra, continuaban llegando de Europa nuevas remesas de armamento i de municiones elaboradas en las mejores fábricas i segun los últimos inventos. Eran trasportadas de Inglaterra i de Alemania en buques de vapor fletados ex-profeso. Como llegaban a los puertos de Chile en los dias en que se organizaba la nueva espedicion, el gobierno los tomó en arriendo, i los convirtió en trasportes, como lo habia hecho con todos los vapores que pudo procurarse en el Pacífico. Algunos de éstos eran buques excelentes i espaciosos, capaces de llevar mas de mil hombres. Pero no bastaban para la conduccion del ejército i para el carguío de los bagajes. Fué necesario comprar o alquilar naves de vela que debian ser conducidas por los buques de vapor i por todos los vaporcitos remolcadores que fué posible proporcionarse en la costa de Chile. Los marineros chilenos de la marina mercante que se hallaban en los diversos puertos, acudieron llenos de ardor i de entusiasmo a completar las tripulaciones de estos nuevos trasportes.

Para facilitar el desembarco de las tropas i el carguío

del material de guerra i de los bagajes, se habia construido un número considerable de lanchas, de muelles portátiles, de pescantes i de gruas, de carros de carga i de toneles para la conduccion del agua. Todos estos artículos, que se trabajaron con una actividad incansable, se iban reuniendo gradualmente en el puerto de Arica, punto designado para la partida de la espedicion.

La ruptura de las negociaciones de paz el 27 de octubre, dió nuevo impulso a todos estos trabajos. En los primeros dias de noviembre, ya estaba reunido en Tacna casi todo el ejército espedicionario; i en el vecino puerto se hacian los aprestos para la partida. «El aspecto de la ciudad de Arica i de su puerto, escribia el corresponsal de uno de los diarios chilenos, forma en estos dias profundo contraste con el aire de inaccion que reinaba poco ántes, cuando las negociaciones de paz i el fastidio de un largo i monótono acuartelamiento habian principiado a enervar algunos corazones. Ahora renace el entusiasmo, porque al fin se vé aproximarse la deseada espedicion a Lima. Las tropas de la primera division, que están designadas para marchar a vanguardia del ejército, llegaban desde el 11 de noviembre a Arica en largos convoyes de carros i en medio de la entusiasta algazara de los alegres soldados. Las bandas de música llenaban los aires con los acordes del himno nacional; las calles se veian sembradas de afanosos militares que se dirijian a distintos puntos a completar sus preparativos o a desempeñar sus comisiones. En los sitios de embarque se apiñaban los soldados, los caballos, los bagajes i la artillería, miéntras el ministro de la guerra, dando el ejemplo de la celeridad i del trabajo, presidia per-

sonalmente las engorrosas tareas del embarque. La rada ofrece tambien un espectáculo de fiesta i de alegría. Los numerosos vapores lanzan al cielo espesas columnas de humo con el trabajo de sus pescantes i condensadoras. Los trasportes de vela se ven rodeadosde embarcaciones menores; i los remolcadores, arrastrando largos rosarios de lanchas llenas de soldados, de caballos i de toda clase de arreos, circulan por entre los claros de los treinta i tantos buques que pueblan la bahía.»

Al fin, en la mañana del 15 de noviembre zarpaba de Arica la primera division compuesta de 8,600 hombres de desembarco i trasportada por diez buques de vapor i siete de vela. Aunque algunos de los trasportes habian sido provistos de buena artillería para resistir cualquier ataque inesperado durante la navegacion, el convoi iba ademas defendido por las corbetas de guerra *Chacabuco* i *O'Higgins*. Se temia entónces fundadamente que aprovechándose los peruanos de la rapidez de algunos de los buques que tenian en el Callao, i de las neblinas que en las altas horas de la noche envuelven este puerto, burlasen el bloqueo i fuesen a hostilizar a los trasportes chilenos. De allí habian nacido estas precauciones del estado mayor chileno.

Despues de cuatro dias de la mas tranquila navegacion, en la mañana del 19 de noviembre comenzaron a entrar los buques de la escuadrilla espedicionaria al puerto de Paracas, situado a diez millas al sur de Pisco, i separado de él por una pequeña península que se interna en el mar. Era aquel dia el primer aniversario de la victoria de Dolores o San Francisco, i los soldados consideraban esta circunstancia como un augurio de

triunfo en la nueva campaña. Era tambien ese el lugar en que el jeneral San Martin, partido de Chile a la cabeza de poco mas de cuatro mil hombres, habia desembarcado el 8 de setiembre de 1820 para dar la libertad al Perú.

La escuadra largó sus anclas en la bahía de Paracas a las diez de la mañana. Inmediatamente comenzó el desembarco de las tropas. Desde allí se divisaba un estraordinario movimiento de los trenes del ferrocarril en el vecino puerto de Pisco, i el estallido de una mina de dinamita con que se habia pretendido cortar el muelle que hai en él. Se decia ademas que habia allí muchos torpedos, i que los alrededores del pueblo estaban sembrados de minas esplosivas. Apesar de todo, uno de los buques de la escuadra, llevando a su bordo al comandante Lynch, se trasladó en el acto a Pisco a intimarle rendicion, i una pequeña columna mandada por el teniente coronel don Roberto Souper, avanzó resueltamente por el camino de tierra, cortó el telégrafo e interrumpió toda comunicacion por el ferrocarril. En un cerrito vecino a la costa se divisaba un cuerpo compacto de tropas peruanas de infantería i de caballería; pero algunos cañonazos dirijidos por la corbeta *Chacabuco*, las dispersaron en pocos minutos.

Sin embargo, el jefe militar de Pisco, coronel don Manuel A. Zamudio, parecia determinado a resistir resueltamente. A la intimacion verbal que le hizo el comandante Lynch desde el puerto, contestó por escrito las palabras siguientes: «Puede V. S. proceder a tomar la plaza a viva fuerza: un solo peruano no arriará el pabellon a las huestes invasoras.» Una respuesta semejante

dió a otro parlamentario que por la via de tierra envió el comandante Souper sin conocer el resultado de la primera intimacion. Apesar de esto, este jefe, dotado de ese ardor que no conoce nunca el peligro, queria ocupar a Pisco esa misma tarde; pero el estado mayor de la division, creyendo que en realidad se hallaria allí una resistencia seria, le dió la órden de suspender el ataque hasta el dia siguiente cuando estuviesen en tierra todas las tropas. Souper pasó la noche con sus fuerzas a corta distancia del pueblo. Aunque por varios conductos se anunciaba que el coronel Zamudio tenia a sus órdenes cerca de 2,000 hombres, Souper no fué inquietado por nadie.

En la mañana siguiente avanzó el comandante don Patricio Lynch a la cabeza de la primera brigada de la division, resuelto a ocupar a Pisco a viva fuerza. No habia andado mucho, cuando se presentaron algunos estranjeros que le hicieron saber que durante la noche el coronel Zamudio habia huido con todos sus soldados, que Pisco estaba abandonado, i que si bien los fujitivos habian dejado algunas minas en la ciudad i sus alrededores, era fácil desmontarlas. Las tropas chilenas entraron, pues, a la ciudad sin disparar un tiro, se hospedaron en las espaciosas bodegas del ferrocarril o en los caseríos de las haciendas inmediatas, i recorrieron los campos de los alrededores, donde hallaron ganado, aves domésticas para el alimento del soldado, i potreros de alfalfa para los animales. De todas partes acudian los trabajadores chinos que a la vista del abandono de los campos por los propietarios i por sus administradores, creian que era llegado el momento de recobrar su libertad. Algunos

de ellos comenzaron el saqueo de varias casas, i fué necesario que los jefes chilenos los reprimiesen con toda enerjía. Así, pues, la ocupacion de Pisco i sus inmediaciones, apesar de las enfáticas amenazas del gobernador Zamudio, no habia costado una sola gota de sangre.

El dia siguiente, 20 de noviembre, salia de Paracas para el interior el jefe de la segunda brigada de la division, coronel don Domingo Amunátegui, a la cabeza de un rejimiento de infantería i de un escuadron de caballería. El objeto de esta espedicion era ocupar a Ica i sus alrededores, donde, segun se suponia, podian reunirse tropas peruanas. Aunque esta ciudad estaba unida a Pisco por un ferrocarril, el enemigo habia retirado al interior el material rodante, i fué necesario hacer la marcha a pié. Despues de dos dias i medio de penosa marcha por el árido desierto llamado pampa de Chunchaga, las tropas chilenas penetraron en Ica sin disparar un tiro. Las autoridades habian huido con anterioridad hácia la sierra, i los estranjeros residentes en el pueblo se habian encargado de conservar el órden. Allí se hallaron las locomotivas i los carros del ferrocarril; pero los fujitivos las habian desarmado, ocultando algunas de sus piezas en lugares apartados, llevándose al mismo tiempo los aparatos telegráficos. Los maquinista que llevaba la espedicion hicieron prodijios de actividad, montaron las locomotivas, repusieron la via férrea que habia sido cortada en tres partes, i el 25 de noviembre quedaron establecidas las líneas del ferrocarril i del telégrafo. La division que ocupaba a Pisco, pudo asi contar para el caso necesario con la abundancia de provisiones que podia suministrarle el rico valle de Ica. En todos aque-

llos contornos no se hallaba nadie que quisiera oponer la menor resistencia. Todos los soldados peruanos habian tomado la fuga.

Miéntras el coronel Amunátegui ejecutaba esta operacion, otro cuerpo chileno de solo 500 hombres bajo las órdenes del comandante de caballería don Tomas Yávar, se habia dirijido al norte, a poca distancia de la costa, para ocupar las poblaciones de Chincha alta, Chincha baja i Tambo de Mora, cuyos alrededores ofrecen abundantes recursos. Un buque de la escuadra siguió tambien hácia este último puerto con unos doscientos hombres de desembarco para socorrer a aquellas fuerzas si fuere necesario. Tampoco encontró resistencia alguna esta espedicion; ni costó mas sangre que la del subprefecto de Tambo de Mora, don Agustin Matuti, que, segun parece habia sido el terror de aquellos lugares. Apresado cuando huia, se sintió dominado por el miedo, i acabó por perder el juicio i por suicidarse degollándose con una navaja, dentro de una casa que se le habia dado por lugar de detencion (1).

En estos lugares se hallaron tambien víveres i ganado en regular abundancia. Tanto allí como en Pisco i en

(1) Segun se descubrió mas tarde por la correspondencia interceptada, este funcionario estaba comprometido en un proyecto de envenenar las aguas donde debian beber los soldados i los caballos del ejército chileno. Creyendo que este plan estaba en conocimiento de los oficiales chilenos, Matuti no cesaba de pedirles perdon i de protestar su inocencia de todo acto de hostilidad. Apesar de que se le dijo que no tenia nada que temer por su vida, él no cesaba de demostrar sus recelos de que lo fusilasen, i acabó por suicidarse.

Por lo demas, i aunque se sabia que por el interior habia fuerzas peruanas, los vecinos de aquellas localidades no ejercieron acto alguno de hostilidad. Léjos de eso, suministraron víveres, vino i forrajes para las tropas chilenas, ofreciendo esos artículos muchas veces gratuitamente, o pidiendo por ellos precios mui moderados.

Ica, los jefes chilenos compraban estos artículos a precios convenientes, i los pagaban con los billetes capturados por Lynch a bordo del vapor *Islai*. Ese papel moneda circulaba por todas partes en las mismas condiciones que el que habia emitido en años atras el gobierno del Perú.

La noticia del desembarco de los chilenos llegó a Lima el mismo dia 19 de noviembre trasmitida por el telégrafo. El público de la capital se imponia hora a hora de todas las ocurrencias de Pisco; pero no se le contaba la verdad de lo que estaba pasando. El coronel Zamudio anunciaba a las dos de la tarde que se habia resistido a capitular con el enemigo; i poco despues agregaba estas palabras: «Ha comenzado el bombardeo. Todas las fuerzas están en sus puestos. Resistiremos hasta morir.» Los diarios publicaban estos telegramas, acompañados de comentarios destinados a probar que los chilenos serian rechazados. Permítasenos copiar en seguida lo que decia ese dia un boletin de *La Patria* de Lima:

«Al fin cumplen su promesa los vándalos de Sud-América: nosotros cumpliremos tambien la nuestra. La resistencia de Pisco será solo la voz de ¡atras! que los defensores de la patria den a sus enemigos; i esa resistencia será tan enérjica i sangrienta como lo exije el patriotismo. No dudamos que los defensores de Pisco cumplirán con su deber. Hai allí las fuerzas necesarias para rechazar los ataques, i esas fuerzas irán aumentando sucesivamente con los continjentes de soldados i de armas que llegarán en momento oportuno. De pié ciudadanos! El dia que aguardábamos impacientes se acerca: la América, el mundo esperan que el Pe-

rú será digno de la justa i noble causa que defiende.»

Al fin, el dia siguiente ya no era posible ocultar la verdad. Los chilenos habian ocupado a Pisco i se hacian dueños de toda la comarca sin hallar la menor resistencia. Pero, era necesario retemplar el patriotismo de la capital, i esplicar las cosas de otra manera. Zamudio, decian los diarios de Lima, se ha retirado batiéndose palmo a palmo i causando los mayores estragos en las filas de los invasores. Estas noticias se comunicaron inmediatamente a Panamá, i de allí se trasmitieron a Europa i a los Estados Unidos, presentando como una señalada victoria de las armas peruanas el desembarco de los chilenos en Pisco (1). La entrega a discrecion de ese puerto, donde casi no se habia disparado un solo tiro contra los invasores, donde la guarnicion i las autoridades habian huido al menor amago de peligro, fué preconizada como una resistencia heroica i noble, i sirvió durante muchos dias de tema a los diarios de Lima para proclamar la resolucion en que estaban de sucumbir ántes que tolerar que los chilenos pisasen el suelo sagrado de la patria.

Las versiones que se daban del desembarco de los chilenos en Pisco, i que tanto se diferenciaban de la verdad, tenian por objeto, levantar el espíritu público, «retemplar el patriotismo», como entónces se decia. «No

(1) En el mes de diciembre *Le Journal des Débats* de Paris publicaba las líneas siguientes: «Segun un despacho recibido de Panamá por la legacion del Perú, los peruanos se han opuesto al desembarco de los chilenos en Pisco. Ellos han perdido 150 hombres i los chilenos 450.» Volvemos a repetir lo que hemos dicho en el testo. El desembarco i la ocupacion de Pisco no costó la vida a una sola persona en ninguno de los dos ejércitos, porque no hubo combate ni resistencia.

tenemos conocimiento de los pormenores del desembarque de los chilenos en Paracas i del combate que han tenido necesidad de librar, con una parte reducida de nuestras fuerzas, para tomar posesion de Pisco, decia *El Nacional* de Lima el 22 de noviembre. Pero hai un hecho cierto e incontestable: un hecho que debe revelar al enemigo cuan erizado de dificultades i peligros está el camino que conduce a Lima. Ese hecho es que en Pisco, el patriotismo peruano, ha formulado, con las armas en la mano, la mas vigorosa protesta contra la invasion chilena. Pisco sabia demasiado que su resistencia seria infructuosa por la inmensa superioridad de los invasores. Sin embargo, les ha librado combate desigual i heroico. Les ha hecho comprender que no impunemente se profana el suelo patrio cuando su custodia está encomendada a ciudadanos de gran espíritu, de alma templada i resueltos a llevar la guerra a la última estremidad ántes de consentir en la desmembracion del territorio nacional. Despues de la impunidad con que las huestes chilenas se habian paseado en Moquegua, en Quilca, en los departamentos de Huaraz, Lambayeque i Libertad, era necesaria la resistencia en Pisco para que se viera que aun el Perú está en pié, defendiendo con brio sus derechos autonómicos i el equilibrio continental de la América del Sur. La resistencia de Pisco ha venido, por otra parte, a dar razon al sentimiento público. Todos han deseado que, desde los primeros momentos del desembarque de las fuerzas chilenas, se hiciese sentir sobre ellos todo el peso de nuestra indignacion i la fuerza de voluntad de que estamos poseidos para disputarles todos los pasos que conducen a Lima.

La pérdida de Pisco no debe sorprendernos en manera alguna. Por otra parte, en la defensa de esa ciudad no han faltado los corazones. Ha faltado el número simplemente. El alma del Perú no está vencida. Sus facultades se han reconcentrado en Lima para castigar ejemplarmente a los que han pisoteado con escándalo los fueros sagrados de la humanidad. Siguiendo el ejemplo de Pisco, los pueblos, los caseríos i las haciendas diseminadas en el trayecto de sesenta leguas que nos separan de aquel puerto, deben convertir en un via-crucis todas las jornadas del ejército chileno. Nada de contemplaciones con el enemigo, aun en el caso de que éste ofrezca garantías a las personas pacíficas» (1).

(1) Los otros diarios de Lima fueron todavía mas ardorosos en sus arrogantes amenazas contra los chilenos. En la imposibilidad de reproducir íntegros los largos escritos que entónces se dieron a luz, nos limitaremos a copiar algunos fragmentos.

La Patria del 20 de noviembre decia lo que sigue: «El pérfido enemigo que pretende justificar sus crímenes con el éxito de sus armas, pisa ya con su inmunda planta el departamento vecino a nuestra capital. Sesenta leguas nos separan de él; sesenta leguas que deberá regar con su sangre ántes que reciba el ejemplar castigo que merece. Vienen azuzados por la codicia, vienen repletos de envidia, vienen con el alma saturada de todos los apetitos inmundos que forman su delicia... Vengan, pues; ahogaremos en su sangre los estímulos de sus torpezas i de sus infamias. Importa sobremanera reconcentrar en una sola todas nuestras voluntades... La guerra debe ser desde este dia nuestra única i constante preocupacion. Urje ya que empuñemos todos el arma del soldado i que el aspecto marcial de la ciudad, a toda hora i en todo momento, sea la manifestacion auténtica de lo que preocupa nuestro espíritu i de la firme resolucion que hemos adoptado. A otros toca el deber de organizar la defensa para obtener la victoria; a nosotros corresponde el deber de ejecutar obedientes, lo que se nos mande, para hacernos dignos del triunfo que esperamos. El rifle, el ejercicio, el cuartel; hé ahí, desde ahora, nuestro ídolo, nuestro culto, nuestro templo.»

La Opinion Nacional del mismo dia no era ménos belicosa: «La deseada espedicion chilena sobre Lima es ya un hecho, decia. El patriotismo va, pues, a tener su suspirada hora de prueba i de venganza: va a traducir en plomo i en metralla todo el odio, toda la indigna-

Pasada la primera exitacion del momento, el diario oficial de la dictadura, comenzó a examinar, en su número de 24 de noviembre, la situacion del Perú. «Chile, decia con este motivo, ha hecho esfuerzos desesperados, i solo ha conseguido reunir las pocas fuerzas con que pretende atacar a uno de los ejércitos del Perú, sin acordarse que este pais tiene todavía dos ejércitos mas.

«Chile, añadia, es demasiado pequeño para sojuzgar, por dos o tres victorias, a naciones como el Perú i Bolivia, que disponen de inmensos elementos i del suficiente patriotismo para defender su integridad i su honra. Si para alcanzar su triunfo sobre sus invasores es preciso que corran todavía torrentes de sangre, el Perú está resuelto a esos sacrificios, señalando al anatema del mundo i de la historia a la pérfida e ingrata nacion chilena. Si Chile está unido por el vil sentimiento de la codicia, creyendo tener en esta vergonzosa union un elemento de triunfo, Bolivia i el Perú lo están por el noble i je-

cion, toda la cólera que la desgracia nos ha obligado hasta hoi a guardar en el alma, hasta que se ofreciera la oportunidad de esteriorizarla con la altivez de la victoria. Ha llegado esa oportunidad i nos encuentra, felizmente, retemplados en el fuego sagrado de esa noble consigna: la cumpliremos como la hemos cumplido en todas partes. Pero Lima debe pensar mas en el triunfo que en el sacrificio. El triunfo es la promesa de su fuerza, de su valor, de su lejendario espíritu: el sacrificio seria la estremidad improbable, inesperada, hasta inverosímil. I no hai en ello jactancia: hai conviccion.... La perla del Rimac no ha sido, no es solo la rica joya de Sud-América: se ha sabido trasformar en la Judit de la Escritura. De su seno ha partido contra Chile el primer grito de guerra i de aquí saldrá tambien el último grito de castigo.... Nadie quedará atras en tal demanda: todos querrán el primer puesto. I cuando a eso estamos decididos ¿podrá Chile penetrar en nuestros dominios? Nó: nunca, nunca! Al ménos no lo presenciará, no puede presenciarlo ningun peruano: ántes la muerte!»

Debe advertirse que en las sangrientas batallas que tuvieron lugar cerca de Lima no sucumbió ninguno de estos vocingleros periodistas que habian sido los principales provocadores de la guerra.

neroso sentimiento del amor a la patria i a la independencia, que eleva a los hombres a la altura del heroismo.»

Miéntras tanto, en Chile se escribian muchas ménos amenazas i aun se dejaban sin contestacion las que publicaban los diarios de Lima o solo se reproducian en son de burla en Santiago i Valparaiso; pero se marchaba directamente a la realizacion de los planes militares. Así, pues, en esos mismos dias, en vez de perder el tiempo en escribir i en leer arrogantes proclamas, la primera division del ejército ocupaba, sin disparar un tiro, todo el valle de Pisco i los distritos vecinos, i el resto del ejército se preparaba para salir de Arica.

En este puerto se ejecutaban en esos momentos grandes trabajos con la mayor actividad. Bajo la direccion de los injenieros del ejército, se hicieron nuevas construcciones en el muelle para facilitar el embarco de la tropa i el carguío de los cañones i demas bagajes pesados del ejército, se construyeron para la conduccion de los animales grandes balsas con capacidad para cien caballos cada una, i se hicieron modificaciones en los trasportes a fin de darles mas espacio para los hombres i las bestias. Mediante estos esfuerzos, el 27 de noviembre, aun sin esperar la vuelta de los trasportes que llevaron la primera division, estaba embarcada i zarpaba del puerto la primera brigada de la segunda division compuesta de 3,400 hombres. Este nuevo convoi era formado de seis naves, escoltadas por dos buques de guerra, las cañoneras *Magallanes* i *Abtao*. Esas tropas desembarcaron tambien en Pisco, esperando allí la otra mitad del ejército que debia partir en breve del puerto de Arica.

Pero, por mas actividad que desplegara el estado mayor para hacer salir el resto del ejército espedicionario, fué necesario esperar algunos dias mas para concluir los grandes aprestos i reunir todas las fuerzas i las naves que debian trasportarlas. Algunos de los cuerpos del ejército llegaban en esos momentos de Valparaiso; al mismo tiempo que se terminaban las reparaciones en los trasportes, i que se embarcaba el parque de artillería i el inmenso tren de bagajes. Antes de mediados de diciembre, todos estos aprestos estaban terminados, i la segunda mitad del ejército lista para zarpar al norte.

El plan del jeneral Baquedano era desembarcar en Chilca, a 45 quilómetros al sur de Lima, con la segunda i la tercera division de su ejército, miéntras la primera, a las órdenes del jeneral Villagran, como ya hemos dicho, se dirijia por tierra desde Pisco. Esta combinacion tenia el doble objeto de facilitar el trasporte del ejército que por la escasez de naves no podia ir todo embarcado desde Pisco, i de desembarazar los alrededores del puerto de Chilca de cualquiera fuerza peruana que intentara oponerse al desembarco de la segunda i de la tercera division. En esta virtud, el jeneral en jefe impartió sus instrucciones a Villagran el 7 de diciembre, recomendándole que se pusiera en marcha ántes del 14 para que el movimiento se ejecutase con toda regularidad. En Pisco no debia quedar mas que la artillería de campaña i la primera brigada de la segunda division para ser trasportadas por mar.

En la tarde del 14 de diciembre zarpaba de Arica la segunda mitad del ejército con todo el tren de bagajes i el estado mayor del ejército. El convoi era compuesto

de cinco naves de guerra, las fragatas encorazadas *Blanco* i *Cochrane*, la corbeta *O'Higgins* i las cañoneras *Abtao* i *Magallanes*, i veintiocho trasportes de vapor i de vela. La marcha de esta escuadra se hizo con toda regularidad, apesar del embarazo que producia el remolque de los quince buques de vela que acompañaban al convoi. Despues de cuatro dias de navegacion, 18 de diciembre, entraba la escuadra en el puerto de Pisco para embarcar la artillería i la brigada de la segunda division, que segun las instrucciones del jeneral en jefe debian hallarse allí.

En este lugar, esperimentó el jeneral Baquedano una gran contrariedad. La primera division, que segun sus órdenes debia haber marchado a Chilca por tierra, habia salido con esa direccion el 13 de diciembre, i su primera brigada mandada por el capitan de navío don Patricio Lynch, avanzaba resueltamente con ese rumbo. Pero una parte de esa division, con el jeneral Villagran a su cabeza, se hallaba todavía en Tambo de Mora. El jeneral Baquedano, contrariado por esta tardanza, i sin querer buscar esplicaciones que la disculpasen, dispuso en el acto que esas fuerzas volviesen a Pisco para ser reembarcadas, i poco despues dió órden a su jefe de regresar a Chile. Parece que la causa principal de esta determinacion, era el haber objetado el jeneral Villagran el movimiento que se le ordenaba, declarando que lo ejecutaria dejando a salvo su responsabilidad por las consecuencias. «Responsable de una órden, decia Baquedano en una de sus notas, es únicamente el jeneral en jefe que la imparte, sin que tenga el ejecutor el derecho de calificarla, puesto que cumple con su deber limitándose a obedecerla.»

Miéntras tanto, se ejecutaba en Pisco el embarco de las tropas que estaban allí listas para marchar al norte. El 20 de diciembre zarpaba de nuevo la escuadra, i el dia siguiente entraba en la bahía de Chilca. Nada hacia presumir que el desembarco del ejército encontraria en este puerto la menor dificultad. La costa estaba desierta; i las primeras noticias que se recibieron, revelaron que no habia fuerzas enemigas en los alrededores. Estos primeros informes que fueron confirmados por una descubierta de 25 hombres que bajó a tierra, ocupó el pequeño pueblo de Chilca i cortó el telégrafo que comunicaba con Lima. Dado este estado de cosas, el estado mayor chileno creyó que convenia desembarcar algunas leguas mas al norte todavía, para ahorrar a la tropa el cansancio consiguiente a la marcha por los abrasadores arenales de aquella costa, que por otra parte ofrecian mucha dificultad para el trasporte de la artillería.

Para realizar esta operacion, una lancha a vapor, apoyada por la fragata encorazada *Cochrane*, emprendió el reconocimiento de la costa del norte en busca de un desembarcadero cómodo. Halló en efecto una pequeña caleta llamada Curayaco, enteramente desierta, en donde la tropa podia bajar a tierra sin dificultad, si bien no se prestaba para la descarga del parque i de los bagajes. En efecto, en la mañana del siguiente dia 22 de diciembre, comenzaba el desembarco del ejército con todo órden, i sin hallar la menor resistencia. El hilo telegráfico que comunicaba esos lugares con la capital del Perú, fué cortado ántes de medio dia por las primeras tropas que llegaban a tierra.

El desembarco, ejecutado con gran rapidez, se conti-

nuó todavía el dia siguiente con toda felicidad. La primera brigada de la segunda division, que fué la primera en llegar a tierra, habia avanzado hácia el norte el mismo dia 22 de diciembre bajo las órdenes del coronel don José Francisco Gana. Despues de un corto tiroteo de avanzadas en que los peruanos abandonaron su puesto casi sin combatir, ocupó el 23 las márjenes del rio Lurin. Con este movimiento quedaba asegurada la provision de agua para el ejército, i establecido un campamento cómodo para operar la reunion de todas las divisiones i para efectuar en la costa vecina, libre ya de enemigos al sur de aquel rio, el desembarco de la artillería de campaña i de los bagajes, víveres i municiones. El plan estrictamente defensivo que se habia impuesto el dictador Piérola, sin querer sacar el ejército de sus trincheras i fortificaciones, habia permitido, pues, a los chilenos colocarse en una buena situacion para terminar sus aprestos en aquellas localidades.

Faltaba todavía que llegase la primera division. Se recordará que una parte de ella habia seguido el camino de tierra bajo las órdenes del comandante Lynch. La otra porcion se embarcó en Pisco el 25 de diciembre, en dos buques de la escuadra, i llegó a Curayaco el dia siguiente. Eran éstas las fuerzas que con el coronel Amunátegui habian hecho la espedicion a Ica, de que hemos hablado mas atras, i que bajo el mando del jeneral Villagran habian avanzado hácia el norte hasta Tambo de Mora, de donde las habia hecho retroceder el jeneral en jefe. En Pisco quedaron solo un batallon de infantería i algunas partidas de jinetes.

La marcha de la brigada del comandante Lynch a tra-

ves del territorio enemigo, forma uno de los episodios mas interesantes i mas audaces de toda esta campaña. Habia salido de Pisco el 13 de diciembre con fuerza de cinco mil hombres. Hasta Chincha i Tambo de Mora, la marcha no ofreció dificultad, porque no solo no habia enemigos que combatir, sino porque el pais ofrecia agua, víveres i forrajes para los hombres i los animales. Pasados estos lugares, las fuerzas chilenas se dividieron en dos cuerpos porque los pozos que debian hallar no ofrecian agua para toda la tropa. Aun así, fué necesario que se adelantase con una corta partida el injeniero don Arturo Villarroel para ir abriendo nuevos pozos con que surtir de agua a las tropas. Al acercarse al valle de Cañete, las avanzadas chilenas fueron acometidas por fuerzas enemigas, i aun perdieron un hombre que cayó prisionero por haberle muerto su caballo. El comandante Lynch avanzó entónces con algunas tropas i dispersó fácilmente esas fuerzas; pero supo entónces que el dictador Piérola habia hecho salir tropas de caballería de Lima a las órdenes del coronel don Pedro José Sevilla, i que éste tenia encargo de armar montoneras de paisanos i de hostilizar sin descanso a los invasores (1). El gobierno de Lima, que sabia perfectamente que desde el

(1) Se formará idea de las instrucciones del coronel Sevilla por los telegramas siguientes firmados por el director jeneral de telégrafos del Perú, i que cayeron en manos de los chilenos.

«(Recibido en Cañete el 18 de diciembre de 1880).—Telegrama de Lima.—«Señor Romero: ¿Es positivo el avance del enemigo? Dile a Sevilla que lo que ha perdido a todos en la opinion pública i del gobierno ha sido las retiradas vergonzosas, sin disparar un solo tiro. Que resista, que hostilice al enemigo, aunque solo le queden diez hombres i se limite a hacer guerra de montonero si no puede mas. Todos acá tenemos confianza en su conocida intelijencia, valor i prudencia. Que sé que el gobierno está decidido a premiar a todo el que se ma-

desembarco de los chilenos en Pisco no se les habia opuesto en ninguna parte la menor resistencia, se lisonjeaba con la esperanza de que el coronel Sevilla, que en las frecuentes guerras civiles habia adquirido la reputacion de héroe, defenderia en esta ocasion la honra del Perú.

En efecto, en todo el curso de su marcha la brigada del comandante Lynch halló las señales del plan de hostilidades del enemigo. En los valles en que habia agua, los caminos estaban empantanados e intransitables. En todos los bosques habia montoneras que hacian fuego sobre sus soldados. Pero estas resistencias estaban tan léjos del heroismo que exijia el gobierno del Perú, que en los diversos tiroteos que los chilenos tuvieron que sostener contra enemigos ocultos detras de los árboles, i que con frecuencia atacaban en la noche, solo perdieron dos hombres muertos i tres lijeramente heridos (1).

neje con heroismo, para que esto sirva de estímulo a oficiales i tropas.—*Paz Soldan.*

«(Recibido en Cañete el 18 de diciembre).—«Señor Romero: Dile a Sevilla a mi nombre que todo el mundo tiene acá fijada su atencion en él, i que esperan saldrá con honor nuestro pabellon i que procederá con la prudencia i tino que todos se complacen en reconocer en él. Ojalá se les hostilice ahora eficazmente.—*Paz Soldan.*

«(Recibido en Cañete el 18 de diciembre).—«Señor Romero: Me alegro de resolucion de coronel Sevilla; hazle presente que nadie espera combates campales, ni triunfos, sino resistencia ántes de retirarse, i que si logra tomar prisioneros i mandarlos a Lima, se hará héroe i retemplará el entusiasmo que hoi está en aumento en Lima.—*Paz Soldan.*»

(1) Conviene advertir que si la resistencia encomendada al coronel Sevilla no tuvo el heroismo que se le exijia, él no perdió oportunidad de comunicar a Lima las noticias mas curiosas de las hazañas que estaba ejecutando. A cada paso hacia retroceder i ponia en fuga vergonzosa a los chilenos. Leyendo en los diarios de Lima los telegramas que publicaban con la firma de Sevilla, i en que están consignados estos repetidos combates, terminados siempre por el triunfo de los peruanos, que en algunas ocasiones segun decian, habrian quitado

En cambio, el comandante Lynch no solo escarmentó resueltamente a los montoneros, sino que castigó ejemplarmente a los pueblos i haciendas en que aquellos se organizaban, les impuso contribuciones de guerra, sacó ganados para sus tropas i para llevar al ejército, i acojió en sus filas a todos los agricultores chinos que se sublevaban contra sus opresores.

Teniendo que marchar con mucha prudencia para evitar las acechanzas del enemigo, que atravesar llanuras arenosas i ardientes, laderas escarpadas, o terrenos intencionalmente empantanados, que arrastrar su artillería i los bagajes, i sin poder andar jamas sino al paso de sus infantes, la brigada del comandante Lynch siguió avanzando con toda regularidad, sin dejar un solo rezagado, i al amanecer del 25 de diciembre llegaba a Curayaco. El jeneral Baquedano le dió allí mismo el mando de toda la primera division, honor a que se habia hecho particularmente acreedor por esta última operacion. En esta marcha de treinta leguas del territorio enemigo, i apesar de la aparatosa resistencia decretada por el gobierno del Perú, solo habia perdido, como dijimos, tres hombres. En cambio, llevaba consigo 200 bueyes, algunos caballos, 600 burros i mas de 1,000 chinos, todos los cuales fueron mui útiles en el resto de la campaña para el carguío i conduccion de los bagajes del ejército.

Con la reunion de esta primera division, el ejército chileno acampado en Lurin contó 25,800 hombres de

sus banderas al enemigo, hemos creido que al darlos a luz, los periodistas se complacian en adornarlos con rasgos de heroismo de su invencion para «retemplar el patriotismo» de la capital.

las tres armas, con 80 cañones i 8 ametralladoras, i 361 empleados civiles, médicos, cirujanos, proveedores, farmacéuticos i sirvientes de ambulancias. Ya hemos dicho que en Pisco habian quedado otros 800 hombres, de manera que el ejército espedicionario sobre Lima i sus inmediaciones se puede avaluar en una cifra aproximativa de 26,500 soldados.

Al emprender esta campaña, la república de Chile no habia llevado, como se ha dicho, todo su poder i todos sus recursos para esponerlos en un solo combate. Léjos de eso, si el ejército de operaciones hubiera sufrido cualquier contraste en los alrededores de Lima, ántes de quince dias habria recibido refuerzos considerables para recomenzar las operaciones. En esos momentos existia en Chile con el nombre de ejército del centro, un cuerpo de cerca de diez mil hombres que bajo las órdenes de jefes i oficiales entendidos i empeñosos, completaban su instruccion militar. Componíanlo tres rejimientos i doce batallones de infantería con un efectivo de 9,200 soldados, una brigada de artillería i dos escuadrones de caballería. Chile, por otra parte, no habia abandonado los territorios que ocupó despues de sus victorias anteriores. En Tacna, Arica, Pisagua, Iquique i Antofagasta, quedaban tambien, bajo las órdenes del coronel don Luis Arteaga, mas de cinco mil soldados, que se consideraban mas que suficientes para defender esos territorios de cualquier ataque que pudiera prepararse en Bolivia o en Arequipa.

Los enemigos de Chile habian creido que por haber vivido este pais constantemente en paz, por no haber tenido cada dia revoluciones i motines militares, no tendria

poder ni elementos para defenderse de la coalicion de peruanos i bolivianos. Sin embargo, Chile, cuyo ejército permanente ántes de la guerra se elevaba a 2,440 hombres, habia desplegado recursos abundantes para tener sobre las armas mas de cuarenta mil soldados perfectamente vestidos i equipados, los habia disciplinado con el mayor esmero i habia enviado al mayor número de ellos al traves de los mares a defender su honra i su bandera a cerca de quinientas leguas de distancia.

Esta empresa, incomprensible para los pueblos que viven sumidos en las borrascas de la guerra civil, juzgada imposible por los enemigos de Chile, era sin embargo el fruto natural de la paz, de la organizacion interior del pais, de la seriedad i honradez de la administracion. Estas condiciones habian creado el verdadero patriotismo, no el que consiste en proclamas i amenazas, en insultos i en provocaciones grotescas, sino el que se funda en la abnegacion para aceptar todos los sacrificios en el nombre sagrado de la patria. Este patriotismo, mui diferente por cierto del de los enemigos de Chile, habia permitido al gobierno acometer esta empresa sin solicitar empréstitos esteriores, sin suspender el pago de los intereses de su deuda estranjera, pagando al contado todo lo que compraba, i lo que parece casi incomprensible sobre todo en los pueblos hispano-americanos, manteniendo incólume el réjimen constitucional, con prensa i con cámaras libres, sin ajitarse ni conmoverse por la exaltacion de algunos oradores, ni por la intemperancia de algunos periodistas, porque todos los chilenos, todos los oradores del congreso, todos los escritores de la prensa, diverjentes en muchos detalles de po-

lítica interior o sobre el modo de dirijir la guerra, no tenian mas que un móvil, el triunfo i la prosperidad de la patria.

Hemos dicho que los territorios ocupados por Chile despues de sus anteriores victorias, quedaban defendidos por mas de cinco mil soldados. En un principio se habia creido que esas fuerzas serian insuficientes para ponerlos a cubierto de un ataque combinado de las tropas que podian llegar de Bolivia i del ejército peruano de Arequipa con que hacia tanto ruido la prensa de Lima. El gobierno chileno habia recojido las mejores noticias i sabia perfectamente que no tenia nada que temer ni de uno ni de otro lado.

Bolivia no se hallaba en situacion de acometer empresa alguna. Faltaban soldados i armas; i la escasez de recursos pecuniarios habia llegado a los últimos límites de la miseria. Se pronunciaban muchos discursos, se escribian numerosas proclamas, se hacian circular en el interior i en el esterior frecuentes manifiestos en que se sostenia la necesidad de mantener la alianza perú-boliviana i de seguir haciendo la guerra a Chile; pero se conservaba intacto el desbarajuste i el desgobierno. Así se comprenderá que al paso que el gobierno de Bolivia llamaba a las armas a todos los pueblos americanos para que acudiesen a defender el Perú, él no le envió un solo soldado, ni otro socorro que un torrente de escritos i de amenazas contra Chile.

El ejército de Arequipa, organizado segun la táctica creada por las guerras civiles del Perú, no podia infundir muchos temores. Habia allí diez i siete coroneles, pero faltaban los soldados, o el número i la disciplina

de éstos eran mui deficientes, si bien formaban trece batallones nominales de infantería, cinco escuadrones de caballería i un rejimiento de artillería. El jefe de todas estas fuerzas era el coronel don Segundo Leiva, el mismo que en mayo anterior habia hecho concebir tantas esperanzas a los jenerales aliados del campamento de Tacna.

A imitacion de lo que entónces se hacia en Lima, en Arequipa se trató de organizar las reservas, llamando al servicio militar a todos los hombres en estado de cargar las armas. Esta medida produjo gran resistencia en algunos puntos del departamento. En Quilca, segun los telegramas sorprendidos por los chilenos, hubo a mediados de octubre un levantamiento que casi costó la vida al gobernador local, apellidado Briseño, que se empeñaba en dar cumplimiento a esas órdenes. Miéntras tanto, urjia organizar la resistencia porque en esa época se creia, segun un falso rumor esparcido por los ajentes de Chile, que una division del ejército de este pais se proponia operar sobre Arequipa.

Piérola dió entónces el cargo de jefe superior, político i militar de los departamentos del sur al doctor don Pedro Alejandrino del Solar, hombre de toda su confianza; i éste volvió a Arequipa a organizar la defensa de esas provincias. Leiva fué separado ignominiosamente del mando de las tropas i reemplazado por el coronel don José de La Torre. Solar distribuyó sus fuerzas en cinco divisiones, organizó i reunió de las provincias vecinas nuevas fuerzas de caballería i de artillería, creó una columna de guerrilleros que puso a las órdenes de un oficial cubano, dispuso que en todas las escuelas i cole-

jios se enseñase a los niños la jimnástica militar, i dió principio a las fortificaciones de la ciudad, comenzando por hacer abrir un ancho foso que, segun se decia, iba a ser «la tumba de los chilenos,» palabras repetidas hasta el cansancio en todos los lugares que amenazaba el ejército enemigo. De Arequipa salieron en todas direcciones partidas de descubierta para anunciar la aproximacion del invasor.

Todas estas medidas que la prensa de la localidad i las correspondencias que se enviaban a los diarios de Lima, señalaban como la obra de un gran jenio militar, no habrian bastado para poner a Arequipa a cubierto del ataque de una sola division del ejército chileno. Pero éste no pretendia ejecutar una operacion enteramente inútil, que le habria impuesto el sacrificio de marchas penosas al traves de ásperas montañas o de arenales abrasadores, i que le habria hecho perder un tiempo precioso que debia aprovechar en otra campaña mas importante. Le bastaba al jeneral chileno saber que el llamado ejército de Arequipa, compuesto de cinco a seis mil hombres mal armados i peor vestidos, i que no recibian pago alguno, no podria salir de sus atrincheramientos i mucho ménos intentar una campaña contra Tacna. El ejército chileno marchaba, pues, a Lima en la seguridad completa de que no dejaba peligro alguno a sus espaldas.

CAPITULO VIII

Los aprestos de resistencia en Lima i el Callao, noviembre i diciembre de 1880.

Infructuosas dilijencias del gobierno peruano para aumentar su escuadra.—Un inventor norte-americano propone al Perú la construccion de buques aereos.—El dictador Piérola mantiene encerrados en el Callao los buques que quedaban al Perú, permitiendo asi a los trasportes chilenos recorrer el mar sin el menor peligro. —Cañoneo del 3 de noviembre.—Nuevo combate de las lanchas cañoneras en el Callao (6 de diciembre).—Bombardeo de la plaza los dias 9, 10, i 11 de diciembre: se rompe el cañon del *Angamos*. —El gobierno del Perú se atribuye la victoria en cada uno de estos combates.—Organizacion del ejército de Lima.—El ejército de reserva queda reducido a la mitad de su número por las licencias acordadas por el gobierno.—Plan defensivo de Piérola.—Fabricacion de cañones, de minas i de bombas automáticas.—Construccion de fortalezas en los contornos de Lima.—Suntuosa inauguracion de la ciudadela Piérola.—Bendicion de la espada de Piérola.—Proclama singular del dictador del Perú.—El nuevo bombardeo del Callao viene a turbar la fiesta.—Llega a Lima la noticia del desembarco de los chilenos en Curayaco.—Piérola asume el mando del ejército peruano i dicta numerosas providencias militares.—Descripcion de las líneas de fortificaciones peruanas de Chorrillos i Miraflores.—Confianza que éstas fortificaciones inspiran al gobierno del Perú.—Perturbacion producida en Lima por el estado de guerra.—La prensa se desencadena contra los ricos acusándolos de ladrones.—Da consejos militares para derrotar infaliblemente a los chilenos.

En esos momentos, la dictadura peruana habia terminado tambien sus aprestos para defender a Lima, i creia estar perfectamente segura de la victoria. Vamos a dar cuenta de estos trabajos.

Durante muchos meses, el gobierno del Perú se habia alhagado con la esperanza de comprar buques en el estranjero i de formar una escuadra respetable con que resistir a la de Chile. Con este fin mantenia numerosos ajentes en Europa i en América; i éstos ajentes que costaban al tesoro del Perú un desembolso considerable, mantenian las ilusiones del gobierno. Piérola habia creido que podria organizar una escuadra con naves de guerra compradas en Portugal, en Italia, en España, en Turquia, en Dinamarca i hasta en la China. Sin duda, la empresa en que estaban empeñados los ajentes de la dictadura, era de mui difícil realizacion, i apénas habrian podido llevarla a cabo con el desembolso inmediato de fondos mui considerables, de que el Perú no podia disponer. La fama de mal pagador que se habia conquistado por la suspension del servicio de su deuda, era causa de que en ninguna parte se quisiera venderle nada a plazo.

Aunque los afanes de los ajentes del Perú hubieran conseguido otro resultado, siempre habria existido la dificultad de sacar esos buques de los puertos europeos. Don Francisco Canevaro, comisionado con este objeto en Inglaterra, habia creido en meses atras poder salvar este inconveniente usando para el caso la bandera arjentina. Al efecto, en enero de 1880 solicitó del ministro arjentino en Londres, don Manuel R. García, que prestase el nombre oficial de su legacion a fin de que las naves de guerra que saliesen para el Perú de los puertos europeos, llevasen la bandera de aquella nacion. El ajente peruano se comprometia a manejar este negocio con la mas esmerada reserva. Su pretension, sin

embargo, fué perentoriamente rechazada por el ministro arjentino, segun aparece en las propias comunicaciones de Canevaro (de 16 de enero de ese año) que cayeron en poder de los chilenos. El gobierno peruano se imajinó entónces que su representante en Buenos Aires podria conseguir este resultado. Fueron tales sus ilusiones a este respecto, que la prensa de Lima llegó a anunciar, como dijimos en otra parte, que en el mes de mayo siguiente, el Perú tendria una poderosa escuadra, capaz, se decia, de reconquistar el dominio del Pacífico. El gobierno arjentino, sin embargo, confirmó lo que habia hecho su ministro, esto es, desechó redondamente la pretension peruana.

Cuando el dictador Piérola habia perdido toda esperanza de crear una nueva escuadra, recibió de los Estados Unidos una curiosa propuesta que era la mas amarga burla de su situacion. Un ciudadano norte-americano, Mr. Blackmann, del estado de Tennesee, se ofrecia a construir un buque aéreo, especie de globo de guerra que navegando por la rejion de las nubes, marcharia con la rapidez de 25 millas por hora, i llegaria a destruir la escuadra chilena. El proyecto tenia la ventaja de que el inventor no exijia anticipos de dinero. El gobierno del Perú tramitó este asunto en los últimos dias de junio de 1880; pero ignoramos si aceptó la proposicion.

Es verdad que el Perú no tenia una escuadra capaz de recomenzar la guerra marítima; pero conservaba en la bahía del Callao once buques, tres de los cuales habrian podido, por su lijereza i por sus condiciones, ser fácilmente aprovechados para hostilizar a los chilenos. Mandados por oficiales entendidos i resueltos, habrian

burlado el bloqueo favorecidos por las neblinas frecuentes en esos lugares en las altas horas de la noche, i habrian podido embarazar la accion de los trasportes enemigos, que se ocupaban entónces en conducir tropas sin hallar jamas la menor dificultad en esta operacion. Piérola, sin embargo, no quiso arriesgar una sola de sus naves. Las mantuvo constantemente encerradas en el muelle dársena, i por tanto espuestas a los fuegos de la escuadra chilena en los frecuentes cañoneos de que era teatro la bahía.

En los primeros dias de noviembre, uno de los trasportes chilenos encalló accidentalmente en la isla de San Lorenzo. Las lanchas de la escuadra comenzaron a trabajar para ponerlo a flote; i las baterías del puerto mas inmediatas a ese lugar, rompieron sus fuegos el 3 de noviembre sobre las embarcaciones chilenas para impedir aquella operacion. Esta fué la señal de un pequeño combate. El monitor chileno *Huáscar* se adelantó a las otras naves de la escuadra; i con los cañones de largo alcance con que habia sido dotado últimamente, hizo algunos disparos sobre las fortificaciones, que fueron contestados inmediatamente. Este cañoneo, sin embargo, no causó daño alguno a los buques chilenos; i entre tanto pudieron adelantarse los trabajos hasta sacar el trasporte del lugar en que estaba varado.

Despues de este insignificante combate, se pasó un mes entero sin accidente alguno en la bahía. Cada noche, las lanchas cañoneras de los chilenos rondaban escrupulosamente el puerto para impedir que las naves peruanas intentasen romper el bloqueo, e iban a colocarse cerca del muelle dársena para vijilar a los buques

que allí habia. Al amanecer del 6 de diciembre, dos lanchas peruanas preparadas de antemano, salieron de improviso del dique, i protejidas por los fuegos de tierra, trabaron el combate contra las dos lanchas chilenas que estaban de servicio. Reforzados pronto los peruanos por otras dos embarcaciones, salieron tambien de la escuadra chilena otras dos lanchas. Se sostuvo la pelea encarnizadamente con los fuegos de rifle i de los pequeños cañones, sin ventajas apreciables para ninguno de los combatientes, apesar de que los peruanos estaban apoyados por la artillería i por las ametralladoras de tierra. Pero en esas condiciones, la desventaja de los chilenos era mui grande; i fué necesario que avanzasen algunos buques de la escuadra para romper el fuego contra las fortificaciones de la plaza i para favorecer la retirada de sus lanchas. Este pequeño combate, que sin embargo habia durado dos horas, costó la vida a dos chilenos, uno de ellos aspirante de marina, i a un número mayor de soldados peruanos que perecieron en las lanchas i en uno de los buques estacionados dentro del dique. Una de las lanchas chilenas, que habia recibido una bala de cañon, se fué a pique al llegar a la isla de San Lorenzo; pero luego se la puso nuevamente a flote. Convenientemente reparada, siguió sirviendo en el bloqueo del puerto.

El combate se renovó en la bahía del Callao el 9 de diciembre. Ese dia los fuertes de tierra celebraban la inauguracion de una ciudadela en los alrededores de Lima. Los marinos chilenos creyeron que las repetidas salvas de artillería eran una provocacion a combate. El crucero *Angamos*, aprovechando su cañon de largo al-

cance, mantuvo sus fuegos sobre los buques peruanos que permanecian guardados en el muelle dársena, i en dos de los cuales causó algunas averías. El cañoneo se renovó el 10 i el 11 de diciembre. El último de esos dias, el monitor peruano *Atahualpa* dejó su fondeadero acompañado por cuatro lanchas cañoneras, como si quisiera presentar combate, pero con el verdadero propósito de atraer hácia otro punto los tiros del crucero chileno. Algunos de los buques bloqueadores, avanzaron tambien por su parte a la bahía i sostuvieron el fuego contra esas embarcaciones i contra los fuertes de tierra sin recibir daño alguno. El combate no tuvo otras consecuencias; pero cuando el *Angamos* hacia el último disparo, su cañon se partió por el medio, ocasionando la muerte del teniente don Tomas Perez, e hiriendo a tres individuos. «El cañon, dice un escrito técnico que tenemos a la vista, se dividió en el tubo interior de acero i en la medianía del anillo que sostiene a los muñones, lanzando hácia el mar, por el lado de estribor, la parte anterior del cañon, i tambien por babor la parte posterior o culata» (1). Hasta el momento en que escribimos, no se ha podido saber con fijeza la causa de esta avería, si bien se ha hecho de ella el objeto de un serio estudio.

Como es fácil comprender, estos combates no tenian una grande importancia, ni podian dar un resultado

(1) El cañon del *Angamos*, construido en Inglaterra en las célebres maestranzas de Armstrong, se cargaba con 90 libras de pólvora, i era el primer ensayo de un descubrimiento reciente. En Inglaterra se le habia probado cincuenta veces; i en la guerra del Pacífico hizo 271 disparos, inutilizándose en el último. Los injenieros se encargaron de estudiar estos hechos para aprovechar las lecciones de la esperiencia en la construccion de las piezas de artillería del mismo sistema.

de mediano valer. Su único objeto era ocupar constantemente a la guarnicion del Callao, e impedir que los buques peruanos intentasen salir del puerto, como se decia que pensaban hacerlo un dia u otro. Sin embargo, la prensa de Lima daba cuenta de estos sucesos como de otros tantos triunfos de sus armas. Contábase que en cada cañoneo tales o cuales buques chilenos, que no habian sufrido el menor daño, llevaban rotos sus cascos, o desmontados sus cañones i con un número considerable de muertos i de heridos. Para que fuera mayor todavía el entusiasmo que producian estas falsas noticias, despues de algunos de esos combates, el dictador Piérola decretaba premios i promociones para los oficiales i soldados que habian tomado parte en ellos. I en seguida, se comunicaban al estranjero las noticias mas fantásticas acerca de estos pretendidos triunfos.

Refiriéndose al último combate, una correspondencia escrita en Lima el 19 de diciembre, i remitida a un diario de Panamá que recibia una fuerte subvencion del gobierno del Perú, contaba que la cañonera *Pilcomayo* habia sido agujereada por una bomba que mató a varias personas, que uno de los cañones del *Huáscar* habia reventado causando la muerte de mucha jente, i que el *Angamos* quedaba mui destrozado. «Dos lanchas peruanas que juntas apénas podrian cargar dos toneladas, añadia resumiendo estas noticias, han puesto en retirada a seis naves poderosas, una de ellas monitor.» No es, pues, estraño que el populacho de Lima que creia firmemente estas noticias mandadas publicar por el gobierno, estuviese persuadido de que cada uno de estos pequeños encuentros en la bahía del Callao era un triunfo

espléndido de las armas peruanas; i que adquiriese la conviccion de que el enemigo, dominado ya por el miedo, se desbandaria cobardemente en el primer combate serio que tuviese lugar en tierra o en mar. Esto era lo que anunciaba cada dia la prensa de Lima.

En esos mismos dias, Piérola hacia los últimos aprestos para la defensa de la capital. Con los continjentes de tropa reunidos empeñosamente en toda la república, el ejército de línea del Perú llegó a contar en noviembre de 1880 poco mas de veintiseis mil hombres. Piérola los habia distribuido en tres cuerpos bautizados con los nombres de ejército del sur, del centro i del norte. El primero de ellos era formado por los cinco o seis mil hombres que, segun dijimos en el capítulo anterior, quedaban en Arequipa bajo las órdenes del coronel don José de la Torre. El ejército del norte, mandado por el jeneral don Ramon Vargas Machuca, no habia sido destinado, como parecia indicarlo su nombre, a la defensa de las provincias setentrionales del Perú, que habia recorrido una division chilena sin encontrar la menor resistencia. Léjos de eso, permanecia en Lima junto con el denominado ejército del centro que mandaba el coronel don Juan Nepomuceno Vargas. Aunque cada uno de estos cuerpos no pasaba de un efectivo de diez mil hombres, estaba distribuido en cinco divisiones compuestas de tropas de las tres armas. Solo la abundancia de jefes que tenia el estado mayor del Perú i el deseo de darles a todos colocaciones de honor, esplica el hecho de fraccionar en diez divisiones un ejército de poco mas de veinte mil hombres. Este ejército, aunque en jeneral mal vestido, contaba con armas excelentes, i tenia una regular instruccion militar.

Al lado de éste se hallaba el ejército llamado de reserva, bajo las órdenes del coronel don Juan Martin Echeñique. Formábanlo los cuerpos organizados en Lima con grande aparato en el mes de julio. Su número, que habia alcanzado a cerca de diez i ocho mil hombres, no pasaba ahora de diez a doce mil, pero distribuidos igualmente en diez divisiones. La instruccion de estos cuerpos no correspondia a las esperanzas que en ellos fundaba el gobierno de la dictadura. Aunque todos los individuos de la reserva estaban obligados a concurrir diariamente a los ejercicios doctrinales, i aunque los decretos que organizaron estos cuerpos establecian que no habria escepcion para nadie, se introdujo desde los primeros dias de su creacion, el mismo desórden que existia en todos los ramos de la administracion pública del Perú. El gobierno consintió en que muchos reservistas abandonaran el pais, i los jefes de los cuerpos dieron numerosas licencias para dejar de asistir a los ejercicios. Resultaba de aquí que el mayor número de los hombres de fortuna o de valimiento, quedó eximido del servicio militar, i que éste fué obligatorio solo para las personas que no podian hacer valer influencias cerca del gobierno. Esta irritante desigualdad llegó a producir un serio descontento que se dejó traslucir hasta en la prensa, apesar de estar ésta sometida al réjimen dictatorial (1). Todo esto habia influido grandemente en la demoralizacion de la reserva, i en la estraordinaria disminucion de su número.

(1) Véase lo que a este respecto decia *El Nacional* de Lima en su número de 2 de diciembre de 1880 en un estenso artículo de que estractamos el fragmento siguiente:

«Una de las causas de no poco disgusto jeneral, ha sido la injusta

El ejército con que podia contar Piérola para la defensa de Lima, montaba, pues, a poco mas de treinta mil hombres, fuera de otros dos mil que guarnecian el Callao. Pero la prensa de la capital i la de las provincias, asi como los diarios que el gobierno del Perú tenia subvencionados en el estranjero, hablaban de cuarenta

concesion de permisos con pretestos chicaneros para eludir el servicio militar en las presentes circunstancias.

«Todo el mundo ha reprobado semejante hecho, porque todo el mundo comprende estas dos verdades: que *nadie* se halla escluido para no prestar el continjente de su fuerza; que *necesitamos* oponer *toda* la resistencia posible, todo el mayor número posible para tener seguro el triunfo.

«¿Cuántas licencias han sido concedidas?

«Al saber los demas que sacrificando todo jénero de comodidades, que teniendo familia ni mas ni ménos que los fujitivos, que siendo tan peruanos como éstos, se hallan todos los dias con el fusil al hombro, sufriendo los rigores del sol, las nubes de polvo, i en fin, todo jénero de fatigas, al saberlo, decimos, i ver que otros mui a sus anchas se iban cargando sus fortunas, sus familas, ni mas ni ménos que si ellos fueran los amos i los que quedaban los criados, ¿qué se ha debido esperimentar en el espíritu?

«¿Qué clase de sentimiento, qué juicio se ha debido formar en el alma de los que agachando la cabeza eran testigos de semejante cosa?

«Unos a la fiesta i otros a la raspa; unos todos los dias al trabajo i otros todos los dias acostados al sol.

«Unos sin poder faltar un solo dia al ejercicio, i otros pudiendo largarse a Guayaquil, a Europa, al interior, etc., etc.

«¿Cuál es el privilejio que tiene nadie sobre nadie?

«Su fortuna.

«Si se fueran i nunca mas regresaran a este Perú, mui en buena hora; pero los primeros que han de venir i por bandadas a la noche buena del triunfo; los primeros que han de tener el cinismo de regresar a pedir las plazas vacantes en los puestos públicos, plazas vacantes por los que morirán en el combate; los primeros que han de regresar a especular con los que desnudos o hambrientos hubiésemos quedado, han de ser aquellos que mediante influencias obtuvieron, so pretesto de pocos dias, su licencia definitiva para no asistir a la defensa de Lima.

«¿Quiénes son ellos para no servir a la patria?

«¿Cuáles sus privilejios?

«Mas tarde querrán tener derecho como los que espusieron su vida.

«Necesitamos saber cuantos fuimos los justos entre los doscientos mil habitantes que tiene Lima.»

a cincuenta mil soldados. Esas tropas tenian, como ya hemos dicho, un buen armamento; i si su temple i su disciplina hubieran sido mejores, habrian podido medirse con buen éxito en campo raso con el ejército que iba a atacarlos. Pero el dictador del Perú estaba resuelto a aprovecharse de todas las ventajas de su posicion, i queria mantenerse a la defensiva, i batirse detras de parapetos i trincheras formidables para no dejar al enemigo ninguna probabilidad de triunfo.

Al efecto, hizo estudiar por hombres competentes todo el terreno de los alrededores de Lima para utilizar las alturas, los canales, los cercados de los campos, con el objeto de convertir en defensas militares todos los accidentes naturales i todas las construcciones de los hombres. Aunque contaba con una buena provision de cañones i de ametralladoras, mandó desembarcar la artillería de los buques de su escuadra, e hizo construir nuevas piezas en un establecimiento industrial de Lima. Los cañones fundidos allí, aunque de bronce, i faltos de esa seguridad i precision de movimientos de la artillería de las grandes fábricas, dieron buen resultado, i permitieron al gobierno peruano contar con mas de 300 piezas de todos calibres para la defensa de la ciudad.

Lima tenia desde tiempo atras magníficas maestranzas para la elaboracion de bombas, granadas, i cartuchos de fusil i de ametralladoras. En ellas se fabricó un material de guerra que unido al que se habia hecho venir del estranjero, habria servido para satisfacer las necesidades de un ejército dos veces superior al que iba a entrar en campaña. Fabricáronse igualmente allí bombas automáticas para sembrar con ellas los caminos que debia re-

correr el enemigo. Por su construccion, estas bombas debian hacer esplosion al primer choque, a la simple presion del paso del hombre o de las patas de los caballos. Ellas i las minas de dinamita, preparadas tambien para estallar bajo los piés de los soldados que pasasen sobre ellas, eran los medios de defensa que inspiraban mas confianza al gobierno del Perú.

Al disponer la fortificacion de los alrededores de Lima, Piérola esperó conocer a punto fijo el rumbo que llevarian los chilenos para reconcentrar allí el mayor número de sus elementos de defensa. Pero desde luego, dispuso la construccion de varias fortalezas que segun sus cálculos debian servirle irremediablemente, cualquiera que fuese el punto por donde atacasen los chilenos, i que sin embargo, fueron completamente inútiles en los dias de prueba i de combate. Dos de esas fortalezas fueron construidas en dos cerros que se alzan uno al noreste de la ciudad, con el nombre de San Cristóbal, i otro al oriente con el de San Bartolomé. El primero, sobre todo, con una altura de 420 metros i con laderas escarpadas, fué convertido en una formidable fortificacion a la cual se dió el nombre de «ciudadela Piérola.» La prensa de Lima, guardándose escrupulosamente de dar noticia de sus elementos de defensa, no trepidó en anunciar que ella seria el fundamento de la rejeneracion del Perú i la tumba de los chilenos, pueblo desgraciado, decian los diarios, que marcha irresistiblemente a su ruina (1).

(1) El entusiasmo de los periodistas de Lima por la ciudadela Piérola, que al fin no prestó ningun servicio, rayó en el delirio, e inspiró los escritos mas singulares en alabanza del dictador. Se nos permiti-

La inauguracion de cada uno de estos trabajos, así como cada revista de alguno de los cuerpos del ejército, era motivo de una gran fiesta militar en que el dictador lanzaba a sus soldados las mas ardorosas proclamas, llenas de amenazas contra Chile. Desde que se

rá reproducir un fragmento de un artículo del diario *La Patria* de 13 de diciembre. Hélo aquí:

«La rejeneracion no es la obra de un dia, ciertamente, pero en solo un año se han colocado los colosales cimientos de granito que con asombrado entusiasmo hemos todos contemplado (La ciudadela Piérola).

«Esa colosal obra es, realmente, una esperanza; porque la rejeneracion es intelijencia, actividad i moralidad: i lo grande, lo atrevido de la concepcion, i la increible rapidez con que se ha ejecutado, i la admirable economía con que se ha realizado, exceden las mayores exijencias, i marcan el verdadero deslinde, entre la antigua era de indolencia, descuido i derroches, i la nueva era de rejeneracion.

«Ese espléndido monumento es, tambien, una revelacion, altamente consoladora para el patriotismo; porque es la medida visible, tanjible, i concentrada en un solo punto, de lo que no se puede ver, ni tocar, ni concentrar en un lugar dado.

«Es verdad que no todo está hecho, que entre el Perú de medio siglo i la era nueva, hai un abismo de sangre i lágrimas, no colmado aun, pero podemos esperar que ese abismo se colmará con la sangre de 20 o 30 mil culpables (los chilenos), e instrumentos ciegos del crímen, i con las lágrimas de un pueblo desgraciado, del Cain de Sud-América (Chile).

«El edificio del mal puede subsistir durante algun tiempo, pero llega un momento en que la ola avanza i derriba todo lo que no se funda en la verdad i en la moral, porque hai una lei de justicia que tiene que cumplirse, i esta lei es el castigo de la iniquidad, en todas sus formas.

«Los flancos de la montaña de granito están, ya, encargados de conservar a los pósteros el nombre de Piérola; i, en los siglos venideros, la locomotora partirá de ésta i atravesará la otra montaña, la del Amazonas, impulsada, no por los millones del derroche de la vieja era, sino por el sudor del trabajo de la era nueva.

«I, cuando dentro de quinientos años, un ejército de un millon de enemigos marche sobre la capital del nuevo Perú, ese ejército será detenido i sofocado por los cien jigantes de granito que circundan la ciudad de los reyes, desde la Punta Pancha hasta el morro Solar; i los ecos de la montaña llevarán de una a otra América un nombre victorioso, el nombre victoriado por un pueblo agradecido, el nombre de Piérola.»

tuvo noticia del desembarco de los chilenos en Pisco, este movimiento de los espíritus fué mas intenso todavía. Por fin, el 1.° de diciembre, los diarios publicaban un decreto espedido por Piérola el dia anterior en el cual mandaba que en seis dias mas quedasen acuartelados todos los cuerpos de la reserva, bajo las mas severas penas para los refractarios. Este fué el motivo de otra ostentosa parada militar que se verificó el mismo dia 1.° de diciembre para dar lectura al mandato del jefe supremo. «Todo el mundo, decia *El Nacional* de Lima, recibió esta noticia con manifiesto regocijo i todos espresaron la idea de ver llevado a cabo el acuartelamiento. La reserva de Lima está llamada a ser como la famosa guardia imperial de Napoleon, mucho mas que esa guardia imperial, i lo será siempre que a ello los encargados de dirijirla con el ejemplo, la constancia i la asiduidad invencible contribuyan.»

Pero la mas solemne fiesta de esta naturaleza tuvo lugar el 9 de diciembre con motivo de la bendicion de la ciudadela Piérola, i de la espada que iba a desenvainar el dictador. «Nunca vió la capital peruana, decia *La Patria* de Lima, en los tres siglos i medio que cuenta de existencia, un espectáculo tan grandioso como éste, cuya realidad excede a cuanto pudiera imajinarse de estraordinario; nos oprime la majestuosa solemnidad del acto que hemos visto ejecutarse. Ajita nuestro espíritu el patriótico entusiasmo que la augusta ceremonia ha hecho revivir en todos los peruanos: la palabra es impotente para espresar lo que sentimos. Cien mil espectadores, Lima entero que ha sido actor i testigo a la vez en esta grandiosa escena, ha esperimen

tado las indecibles emociones de este memorable dia que fijará una pájina en los anales de su historia.»

En efecto, desde el amanecer la ciudad estaba engalanada de banderas, como si se celebrara una gran victoria. Todas las tropas estaban sobre las armas, i formaban calle desde el palacio de gobierno hasta la ciudadela Piérola. A las ocho de la mañana todas las corporaciones eclesiásticas, civiles i militares salieron de los salones de palacio formando séquito al dictador. Marchaba éste rodeado de un numeroso cuerpo de edecanes, jenerales i coroneles, i se dirijia al cerro de San Cristóbal. Al pié de él se habia construido una espaciosa galería donde tomaron asiento los funcionarios civiles i eclesiásticos, miéntras Piérola i su estado mayor subian el cerro para llegar a las fortalezas de la cumbre. Las bandas de música atronaban los aires junto con las salvas de artillería, que contestaban las lejanas baterías del Callao, de Chorrillos i de Miraflores. En la cumbre del cerro estaban todos los estandartes del ejército con sus escoltas respectivas. Allí, el vicario jeneral castrense, doctor don Antonio García, abrió la ceremonia con un largo i belicoso discurso en que en nombre del cielo anunciaba la derrota inevitable de los chilenos.

La fiesta comenzó por la bendicion de las banderas i de las armas del ejército. El doctor García tomó despues en sus manos la espada de Piérola, i la bendijo con el mayor recojimiento. Una vez bendita, la devolvió al dictador con toda la solemnidad que la ceremonia requeria. Pasóse de allí a la bendicion de los fuertes i del estandarte de la ciudadela Piérola, i entónces resonaron de nuevo las salvas de artillería i las músicas militares.

«No pueden espresarse en toda su estension i sublimidad, decia un diario de Lima, las emociones que esperimentaron en aquellos solemnes momentos, cuantos presenciaban tan grandioso espectáculo.» «La bendicion de la espada de Píérola, decia una correspondencia escrita en Lima en esos dias, ha llenado de confianza a esta ciudad que ve en el jefe supremo al unjido del Señor, encargado de defenderla contra sus perversos enemigos.»

La ceremonia no se terminó con esto solo. Tuvo lugar allí mismo una misa solemne durante la cual el vicario castrense, con la hostia consagrada en la mano, bendijo de nuevo a los ejércitos del Perú, en medio de otra salva de artillería. Terminada la misa, el jefe supremo don Nicolas de Piérola pronunció una proclama que conviene conocer íntegra. Héla aquí:

«Conciudadanos: El renacimiento de los pueblos está siempre marcado por períodos de durísima prueba, tanto mas dura cuanto mas radical i completa es la transformacion a que dan paso.

«Año i medio há que soportamos los dolores i las heridas de esa prueba, a cuyo término se hallan la rejeneracion dentro i la victoria mas completa fuera.

«Entre el Perú de medio siglo i la era nueva abierta delante de nosotros, hai un abismo de lágrimas i sangre no colmado aun. ¡Atras el viejo réjimen! la vida vieja, que nos ha traido hasta mirar hollado nuestro suelo, bloqueados nuestros puertos, saqueadas nuestras indefensas poblaciones, profanado nuestro hogar por quien bebiera temblar a nuestro enojo solo. ¡Adelante! el Perú que soñaron nuestros padres, el Perú que alzaron sobre

el soberbio pedestal de Ayacucho, dando la libertad a un continente.

«Os hablo desde la improvisada ciudadela, levantada sobre el coloso de granito a cuyas plantas se asienta la capital de la República: coloso de granito que será de hoi mas el centinela imperturbable de nuestros derechos soberanos: cifra ciclopea del inmenso porvenir que nos aguarda, como el deslinde jigantesco de la era nueva.

«Os lo he dicho varias veces i no me cansaré de repetirlo porque es mi conviccion de toda hora:—el Perú para ser grande en el continente i en la historia, no ha menester sino adquirir la conciencia de su propia fuerza.

«Puede i debe serlo.

«Es preciso que lo sea. I lo será.

«Este mismo sol que alumbra la afanosa i sangrienta tarea de hoi, es el que alumbró la lejendaria epopeya de Ayacucho. I como entónces sellamos la emancipacion de un continente; como entónces consagraremos ahora el imperio de la justicia i del derecho en América.

«Un pueblo fratricida; pueblo rebelde a la civilizacion cristiana, pueblo sin la conciencia de los destinos del mundo de Colon, aprovechó de nuestro descuido para apoderarse de parte de nuestro suelo i de nuestros tesoros, llamando conquista a lo que no es sino la cuitada ocupacion del salteador, juzgando duradera la criminal fortuna de una hora.

«En la ebriedad de un efímero éxito para nadie mas sorprendente que para él mismo, entregándose a atentados i desmanes que afrentarán al siglo en que vivimos, ha caido en la ceguedad del que corre en pos de su castigo.

«Ese pueblo está loco.

«Ha soñado ocupar la ciudad de Pizarro, la ciudad de los titanes del año veintiuno e imponer desde ella la lei al Perú i a la América del Sur.

«Ha soñado venir a Lima. I vendrá. Porque hai una lei de justicia que tiene que cumplirse; porque es preciso que reciba el escarmiento que merecen los que asaltan al indefenso i pacífico labriego, los que arrancan como botin de un triunfo no obtenido, las joyas de la prometida i la secular reliquia a la anciana matrona que la guarda como recuerdo de familia. Las lágrimas de nuestras matronas i de nuestras vírjenes reclaman castigo, i la sangre de nuestros mártires está clamando venganza i escarmiento.

«Camaradas del ejército movilizado i de la reserva:

«A vosotros os toca ser los ejecutores de esa justicia; instrumentos escojidos i benditos del renacimiento de un pueblo i del escarmiento de los que le ultrajan por robarle.

«El Perú i la América os tienen confiados sus destinos. El cielo acaba de bendecir vuestras armas, i los flancos de esta montaña de granito están esperando vuestros nombres para conservarlos, con esa memoria que no pesa ni muere, al atónito respeto de nuestros pósteros.

«Mostraos dignos de ellas; de la patria que os las ha confiado, de los que en Ayacucho la hicieron libre, para que vosotros la hiciéseis grande, respetada i feliz.

«Peruanos todos:

«Chile puede faltar a todas las leyes i a todos los respetos, porque no tiene ayer ni tendrá mañana.

«Dice que va a llamarnos al combate. Corramos a él, como acuden los leales i los buenos; como acuden los que guardan las gloriosas tradiciones de tres imperios; los que se han sentado en el trono de Manco Capac, de Pizarro, de los libertadores de su continente.

«En la cima de esta montaña acabamos de enarbolar el glorioso pabellon de la república. Jurad conmigo aquí que me acompañareis, sin escepciones, a sacarle triunfante en la pelea o a sucumbir defendiéndola (1).—*N. de Piérola.*—Lima, diciembre 9 de 1880.»

(1) Esta curiosa proclama se presta a observaciones que solo nos es dado indicar lijeramente en esta nota. Piérola, como la mayor parte de los caudillejos que han escalado el poder despues de un motin de cuartel, se creia seriamente el rejenerador del Perú. En éste, como en muchos otros documentos de su gobierno, habla solemnemente de la nueva era inagurada por él, i que viene a poner término al abismo de lágrimas i sangre. Pero esta conciencia de su importancia política, casi no merece fijar nuestra atencion.

No sucede lo mismo en lo que respecta a las alusiones históricas que contiene su proclama. En este punto es indispensable detenerse un momento.

Dice Piérola que Chile, el pueblo rebelde a la civilizacion, se habia aprovechado del descuido del Perú para apoderarse de una parte del territorio de este último pais. No es posible concebir una adulteracion mas audaz de los hechos. Chile habia entrado en posesion de las provincias peruanas de Tarapacá i de Tacna, no por una sorpresa sino despues de dos penosas campañas en que destrozó en numerosas batallas, i en su propio territorio, a dos ejércitos peruanos cuyos jefes habian provocado desde muchos meses atras a los soldados chilenos con los mismos insultos i las mismas amenazas que ahora les dirijia Piérola. La ocupacion de esas provincias despues de un año de guerra, no podia ser el resultado de una sorpresa.

Cualquiera persona que sin conocimiento de la historia americana, lea la proclama de Piérola, creerá al ver la historia de los titanes del año 21, i las demas alusiones a la época de la independencia hispanoamericana, que el Perú fué el vencedor de Ayacucho, i el libertador del nuevo mundo. En el curso de esta proclama, Piérola repite tres veces esto mismo; sin embargo, nada está mas distante de la verdad.

En 1810 casi todas las colonias españolas que hoi constituyen las repúblicas americanas, se dieron gobiernos propios separándose de la metrópoli. El Perú, sin embargo, no solo no trató de segregarse de

Despues de pronunciar este discurso, el dictador bajó del cerro, i acompañado por toda su comitiva, volvió al palacio donde lo esperaba un suntuoso banquete. Cuando se brindaba allí con un entusiasmo loco por los triunfos futuros del Perú, llegó la noticia de que la escuadra chilena, creyendo tal vez que las salvas de ese dia eran una nueva provocacion a combate, habia recomenzado el bombardeo del Callao. Los cañonazos que venian a turbar la fiesta de ese dia, sirvieron para recordar al gobierno de la dictadura peruana que se habia adelantado mucho para celebrar victorias que no habia alcanzado todavia.

No pasaron muchos dias sin que las nuevas noticias que llegaban del sur fueran a revelar al gobierno del Perú que se aproximaba el momento de la prueba. Una

España, sino que hasta 1820 quedó siendo centro de los recursos i del poder de los opresores. Fué necesario que la independencia estuviese afianzada en las otras colonias, para que éstas llevasen allá el fuego revolucionario.

En ese año llegó al Perú una espedicion libertadora de poco mas de 4,000 hombres de desembarco. Habia sido organizada en Chile por la enerjía vigorosa e incansable del director supremo de este pais, el jeneral don Bernardo O'Higgins, i mandada por el almirante Cochrane, jefe de la escuadra chilena, i por el ilustre San Martin, jeneral en jefe del ejército de tierra. Estos son los titanes que en 1821 tomaron posesion de Lima i proclamaron la independencia del Perú. Ninguno de esos titanes era peruano.

La admirable victoria de Ayacucho no es tampoco una gloria peruana. Fué ganada el 9 de diciembre de 1824 por el ejército colombiano que mandaba el jeneral venezolano don José Antonio Sucre sobre las tropas realistas que, aunque dirijidas por jefes i oficiales españoles, eran compuestas casi en su totalidad de soldados peruanos. Es cierto que en el ejército de Sucre habia una columna peruana; pero fué ella la única que vaciló en el combate i que comprometió la victoria.

El lector encontará la confirmacion de estos hechos en cualquier compendio de historia de América; i si desea conocerlos en sus detalles puede consultar las importantes *Memorias del jeneral Miller*, testigo i actor en estos grandes sucesos.

parte de la division chilena que habia desembarcado en Pisco, avanzaba resueltamente hácia el norte recorriendo el territorio peruano sin hallar en ninguna parte una resistencia formal. Aunque la prensa de Lima publicaba cada dia las noticias de los triunfos que sobre esa division alcanzaban las columnas de montoneros peruanos, el gobierno sabia que esos triunfos eran simples invenciones de sus ajentes, destinadas a «retemplar el patriotismo,» como entónces se decia.

Por fin, en la tarde del 21 de diciembre, el telégrafo anunció a Lima que la escuadra chilena estaba en la bahía de Chilca, que reconocia la costa vecina i que se preparaba a comenzar el desembarco. Por un momento, se creyó todavía que todo aquello no pasaria de un simple ardid de guerra destinado a distraer la atencion del enemigo; pero a la mañana siguiente ya no hubo lugar a duda posible. Las tropas chilenas, decia el telégrafo, han comenzado a desembarcar su jente en Curayaco sin hallar la menor resistencia. Antes de medio dia se suspendió la trasmision de noticias. Los chilenos se habian apoderado del telégrafo i dejaban incomunicada a la capital del Perú.

Piérola desplegó inmediatamente una grande actividad. El mismo dia 22 de diciembre espidió nueve decretos, relativos todos a la organizacion de la defensa. El primero de ellos estaba concebido en los términos siguientes:

«Nicolas de Piérola, jefe supremo de la república i protector de la raza indíjena.—Por cuanto ha llegado el caso de verificarlo, decreto:

«Asumo en la fecha el inmediato mando del ejército acantonado en el departamento de Lima.

«Las órdenes en todo lo relativo al servicio militar serán trasmitidas directamente por el estado mayor jeneral.

«Dado en la casa de gobierno en Lima, a los veintidos dias del mes de diciembre de mil ochocientos ochenta.—NICOLAS DE PIÉROLA.—*Miguel Iglesias.*»

Por el segundo decreto dispuso el dictador que los dos ejércitos llamados del norte i del centro, en vez de las diez divisiones en que estaban distribuidos, formaran solo cuatro grandes cuerpos a cargo de los coroneles don Miguel Iglesias, ministro de la guerra, don Belisario Suarez, don Justo Pastor Dávila i don Andres A. Cáceres. Al mismo tiempo nombró ayudantes de campo al jeneral Buendia, que aun estaba procesado desde un año atras por su conducta en la campaña de Tarapacá, al coronel Leiva, que acababa de ser separado del mando del ejército de Arequipa, i al ministro de gobierno, coronel Orbegoso. Los otros decretos tenian por objeto movilizar el ejército de la reserva, reunir todos los caballos que se encontrasen en la ciudad i sus inmediaciones, limitar a solo dos trenes diarios el tráfico público de los ferrocarriles para que las vías estuviesen a disposicion del gobierno, i a suspender el tráfico de los trenvías a fin de que sus caballadas sirviesen para el uso de la reserva. Todas estas medidas debian ejecutarse dictatorialmente, sin dar lugar a reclamaciones de ninguna clase. La defensa de la capital servia de razon para justificar todas estas violencias.

Desde dias atras estaba anunciada en Lima otra fiesta militar. El 24 de diciembre debia tener lugar una gran revista del ejército de reserva. En vista del desembarco

i de la marcha de los chilenos hácia la capital, el dictador Piérola dió contra-órden, i mandó que la reserva saliese de la ciudad a tomar las posiciones que le estaban asignadas. Una correspondencia enviada esos dias de Lima a un diario de Panamá, daba cuenta de este movimiento en los términos siguientes: «El entusiasmo en Lima es intenso. Por la primera vez he oido aquí vítores espontáneos cuando salieron a su campamento los batallones de reserva el 26 de diciembre. En él figuran casi todos los jueces, abogados, médicos, banqueros, comerciantes, dependientes i artesanos de la ciudad. A los miembros de ese ejército de reserva pertenecen la mitad de las propiedades del pais: por consiguiente saben por qué pelean, i aunque bisoños, podrán auxiliar mui eficazmente al ejército activo (1). Es posible que nunca llegue a oler la pólvora. El ejército de línea se encuentra en condiciones excelentes i deseoso de pelear. Es tan numeroso o mas que los invasores, i ha podido escojer sus posiciones, concurrencia de circunstancias que debe asegurarle la victoria si el enemigo pretende entrar a Lima inmediatamente.»

Entónces, ya no cabia duda de que los chilenos atacarian por el sur a la capital del Perú. Piérola, sin descuidar enteramente las trincheras i baterias que habia hecho construir al norte de la ciudad, contrajo su atencion a las del lado opuesto. Aceleráronse con este

(1) En un diario de Arequipa, *La Bolsa*, de 7 de enero de 1881, leemos las palabras siguientes: «En el batallon de los majistrados, abogados i doctores de la reserva de Lima, se cuentan 32 ex-ministros de Estado.» Este hecho, revelaria solo la rapidez con que se cambiaban en el Perú los gobiernos. Creemos que son pocos los paises de la tierra en que se cuentan 32 individuos que hayan sido ministros de Estado, i que estén en edad de cargar las armas.

motivo los trabajos de fortificacion por aquella parte, terminando rápidamente las obras comenzadas. En ellas fueron colocadas casi toda la artillería, las ametralladoras, las minas de dinamita i las bombas automáticas que se tenian preparadas.

Las fortificaciones peruanas en la rejion del sur de la capital, formaban dos magníficas líneas de defensa que debian inspirar, como inspiraban en efecto, la mas absoluta confianza en que no podrian ser tomadas por los invasores. Se habian aprovechado con rara habilidad todos los accidentes del terreno, i se habian ejecutado allí grandes trabajos que hacian casi inatacables esas posiciones. Como no es posible formarse una idea cabal de ellas por una mera descripcion, vamos solo a dar algunas noticias que servirán para completar la luz que arroja el plano que acompaña a nuestro libro.

La primera de esas líneas, situada a unos doce quilómetros de Lima, tenia una forma casi semi-circular, cuyo centro estaria al norte. Estaba formada por el coronamiento de una cadena de cerros bajos, de terreno suelto i movedizo, que rodea por el sur al valle de Chorrillos. Partiendo del morro Solar que se levanta al sur del pueblo de Chorrillos, se estiende al este, formando una curba, i luego se inclina bruscamente al norte, sin ofrecer en toda su estension, mas que tres pasos estrechos i por tanto de mui fácil defensa. En la cresta de esta cadena de cerros, se habia abierto un ancho foso que la recorria en toda su estension. Las tierras sueltas estraidas de ese foso, formaban a espaldas de él un espeso parapeto, detras del cual debia situarse la infantería para que pudiera hacer fuego de mampuesto i sin

presentar el cuerpo de los soldados. De trecho en trecho, i sobre las eminencias mas elevadas, se habian construido diversos reductos formados de espesos murallones de sacos de arena. Allí estaban colocados cerca de 120 cañones de todos calibres, algunos de ellos de a 500 libras, cuyos artilleros se hallaban suficientemente defendidos contra los fuegos del enemigo. Como si estas obras no bastasen para la defensa de esas posiciones, delante de ellas, i casi en la falda de esos cerros i sobre todo en las abras que dan paso al traves de ellos, se habia abierto otro ancho foso que embarazaria estraordinariamente el asalto. Se habia ademas sembrado todo el terreno vecino de minas i de bombas automáticas ocultas con una lijera capa de tierra, para hacer volar a los cuerpos enemigos que intentaran acercarse a las fortificaciones.

Para que los enemigos no encontrasen ningun punto en que repararse, los zapadores peruanos habian destruido todas las tapias i cercados del campo vecino. De este modo, para acercarse a aquellas posiciones, tendrian los chilenos que recibir desde léjos el fuego de cañon i de fusil que les dirijiese un enemigo al cual no podrian ofender en manera alguna. En cambio, detras de la línea de fortificaciones, en los alrededores de las casas de la hacienda de San Juan, situadas a espaldas del centro de esa línea, habia bosques tupidos, i se habian dejado en pié los cercados i tapias para que, aun en el caso de tener que abandonar sus trincheras i bastiones, los soldados peruanos pudieran continuar batiéndose en esos lugares, o retirarse cómodamente casi sin poder ser perseguidos por la caballería chilena.

En esta línea de fortificaciones, que medía una estension de doce a trece quilómetros de largo, se colocaron las cuatro divisiones del ejército de línea del Perú. Aunque muchos documentos chilenos, engañados por las mismas exajeraciones de los diarios i de los documentos peruanos anteriores a las batallas, hacen subir su número a 25 mil hombres, nosotros creemos que en realidad no pasaba de 22 mil soldados, aun contando los cuerpos llegados a Lima en los últimos dias (1).

La segunda línea de defensas estaba situada seis quilómetros mas al norte, i por lo tanto en la mitad del camino que media entre la primera línea i la capital. Estendíase en una direccion de noroeste a sureste, mas o ménos en una línea recta de seis a siete quilómetros de prolongacion. Las trincheras eran formadas de sólidas tapias, construidas en otro tiempo para deslindar las propiedades rurales, i aspilleradas ahora convenientemente

(1) Una correspondencia peruana, fechada en Lima el 21 de enero de 1881, i publicada por *La Estrella* de Panamá, describe prolijamente las fortificaciones de San Juan i Chorrillos, «detras de las cuales, dice, habia 24 o 26 mil hombres.»—«Nadie de cuantos habian visto estas fortificaciones ántes de la lucha, agrega, se imajinaba que hubiese en Sud-América ejército capaz de tomarlas en pocas horas. Nadie creia que con semejantes obstáculos pudieran los chilenos llegar a Lima.» Esta correspondencia, aunque mui hostil a los chilenos, es mui noticiosa, i constituye un importante documento histórico para conocer los combates subsiguientes por parte del Perú.

Hemos dicho arriba que la línea de fortificaciones peruanas tenia una estension de trece a catorce quilómetros (mas de dos leguas i media). Esta circunstancia habria sido un motivo de debilidad, si esa estension hubiera formado una línea mas o ménos recta, de tal suerte que las divisiones hubieran tenido que recorrer una gran distancia para ausiliarse mutuamente; pero formaba una especie de semicírculo, cuyo esterior estaba presentado al enemigo, de manera que aun sus puntos estremos no distaban uno de otro mas de cinco quilómetros. Todo, pues, favorecia al ejército peruano en aquellas ventajosas posiciones.

para convertirlas en bastiones, detras de los cuales debia colocarse la infantería. En el curso de esta línea se habian construido seis reductos para la artillería. Eran formados éstos por anchos i profundos fosos llenos de agua, i por parapetos levantados con la misma tierra suelta i movediza que se habia sacado de los fosos. En ellos podian funcionar cómodamente 70 cañones, casi sin peligro para los artilleros.

El campo situado enfrente de esta línea, en una estension de mas de un quilómetro, habia sido despejado de árboles i de cercados, para que el enemigo no pudiera encontrar abrigo alguno. Estaba tambien cubierto de minas i de bombas automáticas, que reventarian bajo los piés de los que se atreviesen a marchar al asalto. A espaldas de las fortificaciones, como se habia hecho en la primera línea de defensa, se habian dejado en pié las tapias, para que en el caso poco probable de tener que replegarse a Lima, fuese posible embarazar todavía la marcha de los chilenos. En esta segunda serie de fortificaciones fué colocado todo el ejército de reserva. Su efectivo no pasaba de diez mil hombres, si bien la prensa peruana lo hacia subir a un número mas de doble (1).

(1) Las exajeraciones de la prensa peruana i aun de los documentos oficiales, sobre el número de los soldados con que se contaba para la defensa de Lima, son capaces de estraviar el criterio del mas prolijo i circunspecto historiador. Así, en una estensa correspondencia enviada de Lima el 19 de diciembre a la *Estrella* de Panamá, diario subvencionado por el gobierno del Perú, se da cuenta prolija de la parada militar que tuvo lugar el dia de la bendicion de la ciudadela Piérola, i agrega lo que sigue: «Terminadas las ceremonias en el fuerte, el dictador regresó a palacio, i desde uno de sus balcones presenció el desfile del ejército. Dicen los militares que solo 25,000 hombres tomaron parte en la revista, pero creo que habia lo

Estas dos líneas de defensas, aunque separadas por una distancia que puede llamarse considerable, i destinadas a servir una en pos de otra, podian auxiliarse en pocos minutos. Estaban unidas entre sí i tambien con la capital, por el ferrocarril que conduce de Chorrillos a Lima. Para el trasporte de armas, de municiones i de soldados en las horas de la batalla, se habian construido carros blindados, especie de fortalezas rodantes, desde las cuales la tropa podria ir haciendo fuego de fusil i de ametralladoras, casi sin peligro alguno.

La sumaria descripcion que acabamos de hacer de las líneas de defensa en que tendria que estrellarse el ejército invasor, justifican la confianza absoluta que abrigaba el gobierno peruano en el éxito de la resistencia. Las correspondencias oficiales i particulares que en esos dias salian de Lima para el estranjero confirmaban esto mismo en los términos mas enfáticos i solemnes. «El jefe supremo del Perú, decia una de ellas, ha jurado que Lima será la tumba de los chilenos que no entren a ella en clase de prisioneros, i, a la verdad, juzgando por el estado de las defensas i por la clase de armas i per-

ménos 30,000. Como en ella faltaron divisiones enteras del ejército de línea i solo concurrió una tercera parte de las reservas, puede deducirse que en la batalla decisiva tomarán parte de 50 a 60,000 hombres.»

Sin embargo, despues de las batallas que se dieron en aquellas líneas fortificadas, los peruanos han disminuido considerablemente el número de soldados que tenian en cada una de ellas. Así, Piérola, en una carta escrita en Jauja el 3 de febrero de 1881 al jefe de estado mayor de la reserva don Julio Tenaud, dice que en la primera de ellas habia 19 mil hombres, i en la segunda estaba la reserva compuesta de 4 mil. Por nuestra parte creemos que en uno i otro caso ha habido exajeracion; ántes de las batallas aumentando el número, i disminuyéndolo despues de ellas, como se habia hecho respecto de la campaña de Tacna.

trechos que aquí existen, deben necesitarse lo ménos 200,000 hombres para tomar la ciudad.»

Miéntras tanto, la capital del Perú iba quedando casi desierta. Las familias acomodadas salian al estranjero, o se habian retirado a los pueblos de la sierra, a Tarma i a Jauja principalmente. Otras habian buscado asilo en los monasterios de monjas o en los buques neutrales. Lima no tenia mas autoridad que el alcalde municipal, ni mas guardia de propiedad que la que voluntariamente hacian los estranjeros. El comercio permanecia cerrado, apesar de las órdenes repetidas del dictador para que los pequeños negociantes, italianos i chinos casi en su totalidad, abriesen al público sus despachos. Los diarios mismos se públicaban con mucha irregularidad, o estaban reducidos a pequeños boletines de noticias, llenos de las mas estravagantes invenciones de triunfos parciales sobre el enemigo, o de amenazas furibundas contra los chilenos. Agréguese a todo esto que los víveres, poco abundantes desde tiempo atras a causa del bloqueo de los puertos, se habian hecho mas escasos todavía en el último tiempo.

La guerra habia producido, pues, en aquella ciudad una horrible perturbacion. Pero lo que se veia i se palpaba, no era mas que una parte del mal que existia en realidad, i de las amarguras que aguardaban al Perú. A la sombra de aquel triste estado de cosas, habian jerminado las peores pasiones; i el gobierno que sacaba su fuerza del apoyo del populacho, parecia interesado en estimularlas i en fomentarlas.

En efecto, desde dias atras, la prensa se habia desencadenado contra las personas pudientes del Perú, a

quienes hacia las mas tremendas acusaciones. Hemos dicho ya que los diarios acusaban con una gran violencia a los individuos que habian salido del pais, o que alegando enfermedades u otras causas, habian obtenido permiso para no formar en el ejército de la reserva. La prensa siguió repitiendo esas acusaciones en términos que debian producir mas tarde las mas funestas consecuencias. «Los pobres, decia *La Patria* de Lima, han contribuido con el todo, sacrificando gustosos hasta la existencia. Los ricos han encontrado en su posicion social, en sus enfermedades, en el favor i hasta en su cobardía indecente, razones que les impiden tomar parte en los ejercicios de la reserva.»—«Hai individuos, decia en otra ocasion el mismo diario, quizás los mas obligados, aquellos a quienes la república ha favorecido en otros tiempos con jenerosidad talvez inmerecida, que en prevision de la suprema angustia, huyen desde ahora, procuran poner en salvo sus personas i sus bienes, quitándole a la patria eso mismo que le deben i de lo que necesita para asegurar la victoria... I bien ¿qué podrá decirse de los que ante ese espectáculo grandioso i digno de la patria, abandonan su puesto, desertan cobardemente de las filas ciudadanas, i huyen como reos a quienes persigue la justicia...? Nada puede salvarlos de la reprobacion; porque ellos no son dueños de sus vidas, ni de sus fortunas, pues todo lo que son i lo que valen se lo deben a la patria, i es crímen horrendo negarle a ella lo que necesita para salvarse. Réprobos son, i llevan sobre su frente la marca de Cain. Como a Cain les perseguirá siempre el remordimiento, i esta sancion justa i terrible la heredarán sus hijos i los hijos de sus hijos. La patria

que ellos abandonaron en tan solemnes momentos, a su vez los abandonará tambien para que, como los hijos de la raza maldita, vayan errantes sin Dios, sin patria i sin hogar.»

Y *El Nacional* de Lima, haciéndose órgano de los mismos sentimientos, decia lo que sigue el 30 de noviembre: «Desgraciados los que huyen del peligro, porque ellos arrastrarán por toda su vida el desprecio de sus compatriotas, como el infamante sambenito que merece su cobarde apostasía. Vosotros que vais a morir, dejad escritos los nombres de los que os abandonan en las postreras tribulaciones; ellos son los que orgullosos ántes, os salpicaban de lodo con las ruedas i caballos de sus lujosos carruajes, i hoi se marchan en vergonzosa retirada: quieren vivir para gozar de nuestros despojos. Malditos sean ellos!»

Una vez en este camino, la prensa de Lima llegó a los últimos excesos. Habia exijido donativos de dinero para atender a la defensa nacional. «Urje ya, decia un diario con este motivo, que demos a la patria cada cual lo que tiene, el pobre su óbolo i el rico su riqueza, sus dineros i sus joyas. I urje mas, porque es una gran vergüenza que no haya cobre para la patria i haya oro i plata para el chileno.» I cuando se vió que las personas acaudaladas no acudian con sus fortunas a socorrer el tesoro del gobierno de la dictadura, la prensa los llamó ladrones, enriquecidos por los negocios fraudulentos con el Estado, i pidió en alta voz que se les despojase de sus bienes. La razon inmediata de esta rabia era porque los capitalistas se resistian a admitir el papel moneda de una nueva emision.

Este era el tema de un estenso artículo de *El Nacional* de Lima, de que vamos a estractar el fragmento que sigue: «Necesita dinero la movilizacion de la gran masa de los ejércitos; con dinero se da rancho a los soldados; dinero necesita el gobierno, i en Lima hai todavía muchos ricos que guardan sus caudales, quizá para pagar su rescate en vil moneda al enemigo, cuando con noble honor no supieron ofrecerlos a la patria. Esos grandes negociadores fiscales, esos judíos de las ferias financieras, aquellos que de las arcas nacionales hicieron su caja de Pandora, llevándose los bienes i dejándonos solo la... esperanza de morir de hambre, esos son los que ahora deben *reintegrar* los valores que tomaron a *crédito;* i si esperan que la policía les notifique, los peruanos ya tendremos el derecho de apuntarles con el dedo con que se señala a los traidores. Aquellos egoistas, hombres de capitales i propiedades, no podrán *sacrificar* una cuarta parte de sus bienes para salvar de la ruina el total? ¡Ah, pobre patria! Cubre tu frente i oculta tu rubor. Quizá los que te prostituyeron en las horas de insensata bacanal, hoi en el dia de la honra i de la reparacion, se arrellenan con cinismo en sus butacas i te echan una sonrisa de desden, como única limosna de su espiacion. ¡Miserables; la justicia será tremenda para ellos, i entónces será el crujir de los dientes i el temblor del cuerpo i el frio de la muerte! La patria, i el gobierno en su representacion, tiene el derecho i la necesidad de exijirles la cuota proporcional que les corresponde. Como ciudadanos deben ofrecer su vida, como negociantes sus caudales»...

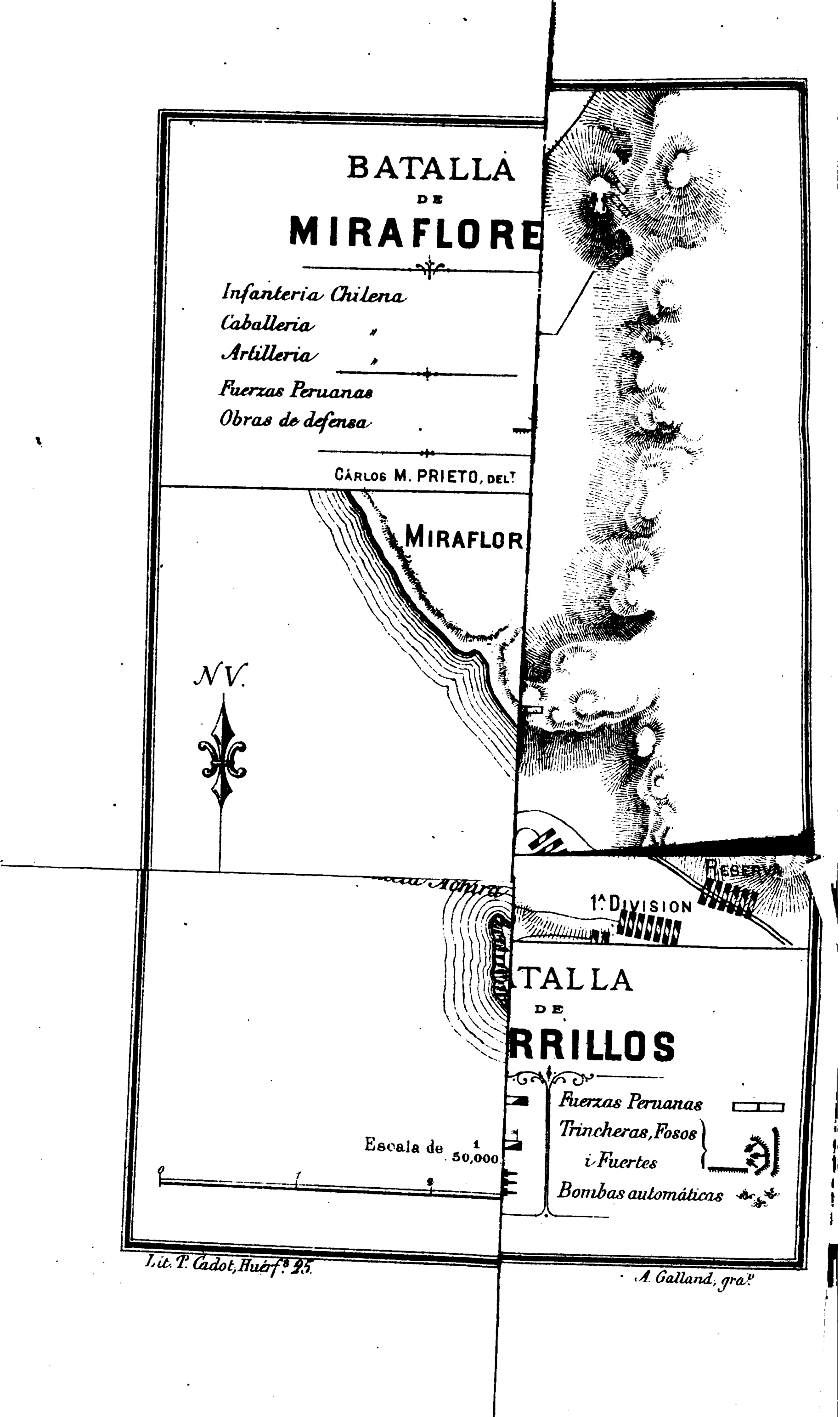
Estas provocaciones imprudentes, repetidas en tér-

minos mas o ménos apasionados por los otros diarios, excitaban las pasiones de la plebe, i preparaban a la ciudad de Lima dias de luto i de vergüenza. Pero este ardor de los periodistas peruanos contra los hombres acaudalados de su propio pais, no habia paralizado un solo instante su propaganda de odios i de amenazas contra Chile. Mui léjos de eso, nunca la prensa de Lima habia lanzado mas dicterios i provocaciones a su enemigo, ni nunca habia mostrado mas confianza en el triunfo seguro e inevitable. El diario *La Patria* hacia la revista de todos los elementos que poseia el Perú para alcanzar la victoria. «Tenemos, decia, todo lo que se necesita para escarmentar esas bandas de salteadores. Tenemos la *fuerza* necesaria para esterminarlos; tenemos rifles que los diezmen, cañones que los destrocen, minas esplosivas que esparzan al viento sus despojos, i zanjas profundas que inundaremos con su sangre i colmaremos con sus cadáveres. Tenemos eso i mas que eso: el secreto de nuestra *fuerza*.»

Sin embargo, parece que no todo el mundo abrigaban en Lima la misma confianza en la disciplina i en la solidez del soldado peruano. Se sabia por la esperiencia de Tacna i de Arica que los parapetos i las trincheras servian de poca cosa si faltaba la resolucion de defenderlos bien. De aquí nació el que en esos dias aparecieran muchos escritores que desde las columnas de los diarios daban reglas seguras e infalibles para derrotar a los chilenos. «Hagamos de cuenta que acudimos a una gran cacería de tigres, decia el redactor militar de *La Patria*. Los araucanos (los chilenos) tienen la ajilidad nerviosa, la ferocidad i la cobardía de

estos animales. La salvacion del cazador depende únicamente de su serenidad. Que no le aturda el tremendo rujido ni la violencia del salto de la fiera; que no cierre los ojos al dispararle el rifle o al clavarle el cuchillo en las entrañas. Si retrocede un paso, si vuelve el rostro, está perdido. I en trance tan infeliz, valdria mas que lo mataran sus propios compañeros para ahorrarle una muerte lenta i terrible bajo las garras del enemigo o su eterna agonía bajo el desprecio de su patria. Los soldados chilenos vienen a Lima aguijoneados por la codicia del saqueo, por la salvaje lubricidad de las bestias i por el odio a nuestra raza: los fáciles triunfos que han alcanzado hasta ahora, los alientan en la nueva campaña; i esperan intimidarnos i vencernos con la impetuosidad de sus ataques. Pero vienen con el inevitable susto que se ampara del ladron i del asesino ántes de la ejecucion de un crímen: vienen temblando con la idea de nuestra fuerza i de nuestro coraje; vienen soñando con la esplosion de nuestras minas. Una hora, una sola hora de valor reflexivo i de firme i ordenada resistencia, i la victoria es nuestra. Pendientes de nuestro valor i de nuestra serenidad están los laureles de la victoria i la admiracion del mundo.»

En los capítulos siguientes veremos como se cumplieron estas reglas para derrotar infaliblemente a los chilenos.



Lit. T. Cadot, Huérf.s 25.

A. Galland, gra.r

CAPITULO IX

San Juan i Chorrillos, 13 de enero de 1881

Desembarco del parque i bagajes del ejército chileno.—El jeneral Baquedano hace reconocer las posiciones enemigas.—Combate de Pachacamac: un rejimiento peruano es cortado i dispersado.—Una pequeña division chilena reconoce con toda felicidad las fortificaciones situadas al oriente de Lima.—El jeneral chileno resuelve el ataque de las posiciones enemigas.—Estado de la opinion en el campamento peruano.—Se celebran como victorias de sus armas todos los reconocimientos que practicaban los chilenos.—En Lima i en el campamento peruano se anuncia que el ejército chileno, acobardado i desmoralizado, se retiraba para reembarcarse.—Proclama del jeneral Baquedano para anunciar a su ejército el próximo ataque de las posiciones enemigas.—Marcha del ejército chileno.—Plan de asalto de las fortificaciones peruanas denominadas de San Juan.—Reñida batalla en aquellas posiciones.—Victoria completa de los chilenos.—Ataque de morro Solar i de Chorrillos.—Derrota i destruccion de las divisiones peruanas que defendian estas posiciones.—Desórden i perturbacion que estas derrotas producen en la segunda línea de fortificaciones peruanas.—Consecuencias inmediatas de aquellas batallas.

Al terminarse el año de 1880 los ejércitos belijerantes de Chile i del Perú estaban casi a la vista. No los separaba mas que la distancia de catorce o quince quilómetros que median entre Lurin i Chorrillos. Por una i otra parte se hacian los últimos aprestos para el próximo combate.

Pero la situacion de esos ejércitos era mui diferente. El del Perú, acampado desde dias atras delante de un valle fértil i ameno, estaba colocado en excelentes posiciones, resguardado por fortificaciones i parapetos formidables, i comunicado con Lima por el ferrocarril. El de Chile, por el contrario, acampaba recientemente en las márjenes del rio de Lurin, en campo abierto i no tenia mas provisiones i forrajes que los que habia podido llevar consigo despues de un largo viaje. En esos momentos no habia desembarcado mas que una parte de su material de guerra, de sus víveres i de sus municiones; de tal suerte que si el enemigo hubiera tenido la audacia de abandonar sus trincheras, i de llevar un ataque resuelto sobre los chilenos, las probabilidades de victoria, a lo ménos en apariencia, habrian estado de parte del Perú. El dictador Piérola, jeneralísimo de los ejércitos de esta república, no quiso salir un solo instante de la mas estricta defensiva, firmemente convencido de que este sistema conduciria a un triunfo seguro e inevitable.

El desembarco del parque del ejército chileno, de sus caballos, de sus bestias de tiro i de carga, de la artillería de campaña, de las municiones i de los víveres, se efectuaba en la caleta de Curayaco i en la playa de Lurin, con la mas ordenada regularidad, apesar de carecer esa costa de aparatos de descarga. El trasporte de esos artículos desde la playa hasta los lugares en que estaban acampadas las diferentes divisiones, no sufrió tampoco entorpecimiento alguno, gracias al órden con que todo se hacia, i a las medidas que se habian tomado de antemano para regularizar este servicio. Pero tratándose del

material completo para un ejército de 25,000 hombres, esta operacion no podia dejar de ocupar algunos dias (1).

El estado mayor chileno habia cuidado de desembarcar en los primeros momentos el material mas indispensable para poner al ejército en estado de rechazar cualquier ataque, i de satisfacer a las necesidades mas urjentes de su alimentacion. Pero ántes de haber completado el equipo de sus tropas, no se hallaba en situacion de tomar la ofensiva. El jeneral Baquedano ocupó este tiempo de forzosa inmovilidad, en reconocer las posiciones enemigas, desplegando en este trabajo tanta actividad como intelijencia. Su propósito no era solo el de estudiar el terreno i conocer por qué punto habia de atacar las fortificaciones peruanas, sino ahuyentar a las avanzadas esploradoras del enemigo para tener a éste completamente a ciegas de los movimientos del ejército chileno. Las diversas espediciones que hizo partir de su campamento, consiguieron por entero este resultado. Líneas telegráficas tendidas con grande actividad, servian para mantener al cuartel jeneral chileno al corriente de lo que se hacia en todos los alrededores.

En efecto, el 24 de diciembre una columna de 500 hombres de infantería i de caballería, mandada por el te-

(1) Se formará una idea aproximativa de este trabajo por las cifras siguientes. Los bagajes del ejército chileno, sin contar los cañones ni los arreos de los animales, formaban un total de mas de 24 mil bultos o cajones. Solo las municiones de la infanteria ocupaban 10,026 cajones, la harina 2,530 sacos, los frejoles 1,664 sacos, el charqui 1,415 lios, el material de ambulancias 1,400 bultos, el pan i galletas 1,387 sacos. Todo esto, así como los cañones, los caballos i las mulas, fué desembarcado en lugares que carecian de muelles de descarga, i que solo eran frecuentados por los contrabandistas. Los muelles portátiles, los pescantes i las gruas construidos en Chile, sirvieron para facilitar esta operacion que sin embargo tardó algunos dias.

niente coronel don Baldomero Dublé Almeida, siguiendo las orillas del rio de Lurin hácia el oriente, ocupó el pueblo de Pachacamac i avanzó hasta Manchay, desalojando, despues de un sostenido tiroteo, a las avanzadas peruanas que ocupaban buenas posiciones, i tomándoles cuatro prisioneros. Desde ese dia, el flanco derecho del ejército chileno quedó despejado de enemigos esploradores, o éstos no volvieron a dejarse ver sino a una gran distancia.

El siguiente dia (25 de diciembre), el comandante don Ambrosio Letelier con un escuadron de caballería, siguiendo el camino de la playa, avanzó hácia el norte hasta ponerse a la vista de las fortificaciones peruanas que empezó a reconocer. Sostuvo allí un corto tiroteo con las avanzadas enemigas, i se retiró despues de haber desempeñado su comision.

Miéntras tanto, en el campamento chileno se tuvo noticia de que un rejimiento de caballería peruana venia del sur a incorporarse al ejército de Lima. Sabiendo que los caminos de la costa estaban ocupados por los invasores, las fuerzas peruanas se dirijian a la capital por el camino de Pachacamac, situado mucho mas al oriente. El coronel Barbosa, jefe de una de las brigadas del ejército chileno, recibió el encargo de cerrarles el paso; i en efecto, este jefe tomó tan acertadas medidas, que en la noche del 27 de diciembre el enemigo desprevenido se encontró delante de algunas compañías de infantería chilena, i tuvo que aceptar el combate. Era la columna peruana que bajo las órdenes del coronel Sevilla habia estado encargada de hostilizar en su marcha a la division chilena del comandante

Lynch, i que volvia a Lima sin haber conseguido su objeto. El combate, sostenido en la oscuridad de la noche, fué fatal a las fuerzas peruanas. Perdieron éstas un jefe i quince soldados. El coronel Sevilla, catorce oficiales i 97 soldados cayeron prisioneros. El resto de su tropa se dispersó en los bosques vecinos para no volver a reunirse mas. De parte de los chilenos solo hubo un jefe muerto, el comandante don José Olano, i cuatro soldados heridos.

Los reconocimientos de las posiciones peruanas se continuaron sin descanso en los dias subsiguientes. Las columnas esploradoras, mandadas siempre por oficiales intelijentes, avanzaban ya por un lado, ya por otro, i completaban el estudio cabal del terreno donde tendrian que empeñar la lucha. Dos de los jefes de division, don Patricio Lynch i don Pedro Lagos, embarcados en la cañonera *Magallanes*, examinaron prolijamente por el lado del mar la porcion de aquellas fortificaciones que estaba allegada a la costa. El mismo jeneral en jefe, acompañado por su estado mayor i por una fuerte columna de las tres armas, practicó el 6 de enero de 1881 un gran reconocimiento en medio de un sostenido cañoneo que, sin embargo, no produjo daño alguno entre sus soldados.

Una vez reconocida en toda su estension la primera línea de defensa de los peruanos, i apreciándose perfectamente las dificultades del ataque de frente de esas posiciones, quiso saber el jeneral Baquedano si seria posible embestir la ciudad de Lima por el oriente, dando al efecto un gran rodeo para inutilizar así las fortificaciones enemigas. El coronel Barbosa recibió el

encargo de hacer una esploracion por aquel lado, a la cabeza de 2,000 hombres de las tres armas. Debia hacer su viaje por el camino llamado de la Cieneguilla, caer al valle de Lima por el pueblo de Ate i acercarse hasta el fuerte de San Bartolomé, situado al sureste de la capital. En cumplimiento de esta comision, el coronel Barbosa salió de Pachacamac en la tarde del 8 de enero, dió un corto descanso a su tropa en Machay, i a la una de la mañana emprendió la marcha, favorecido por la luz de la luna, para llegar al amanecer a los lugares que debia reconocer.

Hé aquí como refiere esta esploracion el jefe de estado mayor del ejército chileno en su prolijo parte oficial de toda esta campaña: «Antes de bajar al valle (de Lima), aquella fuerza encontró obstruido el camino por un considerable número de minas automáticas que cubrian el campo i que estallaban bajo los piés de la tropa, al mismo tiempo que algunas guerrillas enemigas hacian fuego parapetadas tras de una triple trinchera de fosos que cortaban en toda su anchura el abra por donde jira el camino, miéntras que otras coronaban las alturas de uno i otro lado. La caballería enemiga aparecia en el valle por retaguardia de la infantería; i los cañones de los fuertes del sur de Lima (mas propiamente del sureste, esto es del cerro de San Bartolomé) disparaba granadas sobre nuestras filas. El coronel Barbosa ordenó inmediatamente el ataque, haciendo avanzar por derecha e izquierda algunas guerrillas de infantería para desalojar a las del enemigo que ocupaban las alturas, i cargando a los que se ocultaban tras de los fosos del frente con un peloton de granaderos a caballo, que en

un momento las dispersó a filo de sable, matándoles 23 hombres, entre ellos tres oficiales. Rechazado el enemigo de todas sus posiciones i puesto en completa fuga, el coronel Barbosa desembocó en el valle i cumplió el objeto de su mision, retirándose en seguida sin ser molestado. En aquel encuentro el enemigo tuvo muchas bajas entre muertos i heridos; por nuestra parte hubo 15 heridos por las balas i los polvorazos de las minas, de los cuales murió solo un soldado» (1).

Este importante reconocimiento, ejecutado con toda felicidad, reveló que el ataque i la ocupacion de Lima por el lado del oriente, era posible como operacion militar. Aquella parte de los alrededores de la capital estaba mal defendida. La pequeña division del coronel Barbosa, apesar de las minas automáticas i del fuego de los fuertes, habia arrollado todas las resistencias; i si sus instrucciones se lo hubiesen permitido, habria podi-

(1) No existen, o a lo ménos no se han publicado partes oficiales referentes a esta campaña por el lado del Perú. Para recojer las noticias de lo que pasaba en el campamento de Piérola, hemos tenido que limitarnos a la correspondencia de *La Estrella* de Panamá de que hemos hablado en una nota anterior, que aunque mui apasionada e inexacta en muchos detalles, contiene noticias que no se hallan en otra parte; i a una serie de artículos publicados en marzo de 1881 en *El Orden*, diario de Lima, con el título siguiente: *Lo que yo vi. Apuntes de un reservista sobre las jornadas del* 13 *i* 15 *de enero de* 1881. Constituyen una relacion interesante i nutrida de hechos, contados sin grandes exajeraciones i sin baladronadas. Hablando del reconocimiento practicado por el coronel Barbosa, que los boletines de Piérola presentaban como un triunfo espléndido de las armas peruanas, dice simplemente lo que sigue: «El 9 hizo el enemigo un fuerte reconocimiento sobre nuestra estrema izquierda. El batallon peruano de Pachacamac fué destrozado. Las bombas del fuerte de San Bartolomé contuvieron la marcha del enemigo; pero habia éste conseguido su propósito.» Debemos advertir que lo que contuvo a la division del coronel Barbosa fué únicamente el cumplimiento de sus instrucciones que lo autorizaban solo para reconocer las posiciones enemigas i no para empeñar combate contra esas fortalezas.

do entrar a la ciudad. Pero el ataque de Lima por aquel lado, ofrecia graves inconvenientes que fueron perfectamente reconocidos en el cuartel jeneral. La marcha de todo el ejército por aquellos caminos, no podia hacerse con la misma rapidez con que los habia recorrido la pequeña division del coronel Barbosa. Ese movimiento habria exijido a lo ménos cuatro o cinco dias; i en toda la estension de ese camino, desde las orillas del rio Lurin hasta las del rio Surco, pequeño afluente del Rimac, no se hallaba una sola gota de agua. El ejército chileno habria necesitado ejecutar esta operacion llevando consigo todo su parque i todo sus bagajes, porque de no hacerlo así, habrian caido éstos indefectiblemente en poder del enemigo. Por otra parte, esa operacion dejaba al ejército chileno separado de la escuadra, cuya cooperacion le era indispensable, e iba a encerrarlo en Lima, incomunicándolo con la costa por una porcion de territorio en que estaba acampado i fortificado todo el ejército enemigo. En vista de estas dificultades, el jeneral Baquedano desechó resueltamente este plan, i se determinó a atacar de frente las posiciones peruanas. La confianza que le inspiraban el vigor de sus soldados i la decision de sus jefes, lo alentaron para acometer esta empresa que un pecho ménos animoso que el suyo habria considerado quimérica. «Aunque mi resolucion a este respecto era inquebrantable, despues de hechos los estudios necesarios, dice él mismo, comuniqué mi plan a todos los jefes superiores del ejército, i tuve la satisfaccion de obtener su unánime aprobacion.»

Resuelto ya este plan de ataque, el jeneral Baquedano, acompañado por el jefe de estado mayor i por los co-

mandantes de division, hizo en la mañana del 10 de enero un último reconocimiento de las posiciones que estaba dispuesto a tomar por asalto. A la vista del terreno, señaló con toda fijeza, el camino que debia seguir cada division i los puntos que debia atacar. De vuelta a su campamento, dió todas las órdenes necesarias para que el ejército estuviera listo para emprender su marcha en la tarde del dia 12, a fin de que al amanecer del 13 de enero cayese de improviso sobre las líneas fortificadas del enemigo. Este aplazamiento de dos dias para efectuar el ataque, estaba perfectamente calculado i correspondia a un doble objeto. Servia a la vez para hacer cómodamente todos los preparativos para el ataque, i para acabar de desorientar al enemigo, que, como se sabia en el campamento chileno, estaba mecido por las mas singulares ilusiones.

En efecto, en esos instantes supremos para el Perú, el gobierno i el pueblo de Lima se creian mas seguros que nunca de la victoria. Pensaban que ni aun seria necesaria una batalla, porque el ejército de Chile estaba acobardado i solo queria tomar la fuga i dispersarse miserablemente. La prensa de Lima contaba con la mayor seriedad que la tercera division del ejército chileno se habia sublevado en Arica, negándose a embarcarse para no hacer una campaña de que no se esperaba mas que un gran desastre. «Fué necesario, se decia, toda la enérjica actividad del ministro de la guerra de Chile para someter esa division i para hacerla salir de su campamento.» I esta absurda invencion se hacia circular por todas partes para retemplar el ardor i el patriotismo de los defensores de la capital, i para hacerles creer que

el ejército chileno no se hallaba en estado de presentar una batalla.

Por fin, se supo en Lima que todo el ejército chileno, unido i compacto, avanzaba resueltamente, que ocupaba a Lurin i que establecia allí su campamento sin que nadie lo inquietara. El diario *La Patria* contó al público de la capital estas graves ocurrencias en los términos siguientes: «Los enemigos se encuentran ya a dos jornadas de Lima: la tentativa de invasion ha dado principio; los lobos araucanos, con las fauces dilatadas, parecen percibir ya el olor de un festin próximo, que les lleva desde aquí la brisa primaveral. Como el insecto que percibe el fruto que ha de saciar su hambre, se arrastra hácia nosotros la víbora chilena; pero aquí se encuentra la poderosa planta que ha de aplastarla; aquí está el azote que ha de escarmentarla; aquí está el cuchillo que ha de rasgar de una vez la grosera venda que cubre sus ojos..... No estamos desprevenidos, no nos faltan elementos, tenemos buenos directores, el entusiasmo invade nuestras almas; adelante, pues, i esperemos ansiosos el momento de la victoria..... Gobierno: guiad al pueblo con tino i sagacidad..... Pueblo: marchad sumiso, varonil i resuelto a defender vuestros derechos..... Jefes i soldados del ejército: cumplid con vuestro deber..... Matronas de Lima: preparad elementos para enjugar la sangre de vuestros esposos, hijos, hermanos..... Judíos sin conciencia (los capitalistas), hijos espúreos del Perú, fuera del templo.»

En Lima se publicaban cada dia boletines de noticias acerca de los reconocimientos practicados por las avanzadas chilenas. Pero léjos de atribuir a estas operacio

nes su verdadera importancia, se los pintaba como ataques proyectados i frustrados, i por lo tanto como victorias de las armas peruanas. Contábase al efecto que en cada una de esas pequeñas escaramusas, el ejército chileno habia sufrido pérdidas considerables, i que se habia visto obligado a retirarse apresuradamente. La opinion jeneral en Lima era que los jefes chilenos estaban desalentados, que no sabian por donde atacar, i que comenzaban a considerarse perdidos. El 4 de enero, uno de los buques de la escuadra chilena bombardeó el puerto de Ancon, situado al norte de Lima, echó a pique una lancha peruana, hizo grandes destrozos en la poblacion i ocasionó algunas pérdidas en las tropas que la guarnecian. Este ataque contribuyó a perturbar mas la opinion de la capital. Sobraron jentes que creyesen que los chilenos, convencidos de que no podrian hacer nada por el sur, pensaban talvez en cambiar su plan de operaciones, i en ir a efectuar su desembarco por el lado del norte.

El reconocimiento practicado el 9 de enero por el coronel Barbosa, fué motivo de preocupaciones mayores todavía. Se creyó firmemente en Lima que aquel habia sido un ataque formal acometido por una gran division chilena; i aunque los jefes peruanos que defendian la ciudad por el lado del oriente, sabian mui bien que aquella division habia destrozado las fuerzas que encontró delante, los boletines de noticias publicaron que los invasores habian sufrido un gran desastre con pérdida de 1,400 hombres, i con la desorganizacion completa de su division. Estas noticias fueron comunicadas al estranjero i publicadas con las apariencias de una

gran victoria del Perú, en los diarios que el gobierno de este pais subvencionaba en Guayaquil i en Panamá (1).

Los dias 11 i 12 de enero fueron de completa quietud en el campo peruano. No se vieron por ninguna parte las avanzadas esploradoras de los chilenos, i aun se lle-

(1) *La Nacion* de Guayaquil, diario al servicio del Perú, publicó sobre esos pequeños combates, las noticias siguientes, fechadas en Lima el 12 de enero:

«*Batalla del puente de Verrugas.*—Una fuerte division chilena se destacó del grueso del ejército para tomar la direccion del ferrocarril de la Oroya, i destruir los principales puentes de esta obra.

«El movimiento de esta division fué conocido por los peruanos. Se destacó en su seguimiento unos cuantos batallones al mando del coronel Negron, los cuales alcanzaron a los chilenos cerca del puente de Verrugas, donde tuvo lugar un terrible choque, que puso fuera de combate 1,400 chilenos.

«El éxito mas completo coronó la bravura de las tropas peruanas en la accion del Puente de Verrugas.»

«*Batalla de San Bartolomé.*—El cañoneo del 9 dió lugar a una batalla formal. Mui temprano una division chilena compuesta de 4,000 hombres atacó a una avanzada peruana compuesta de 150 hombres: despues de un combate de hora i media, i cuando iba a ceder el campo la corta fuerza peruana, apareció el jefe supremo Piérola, con una division, tomando posiciones en los contornos i cerros de San Bartolomé, i consiguiendo despues de un largo i bien librado combate, una completa victoria. El batallon Piura es uno de los cuerpos que mas se han distinguido en la jornada. Los chilenos, sin embargo, tuvieron tiempo para dejar desnudo a uno de sus jefes que quedó en el campo de batalla.»

I *La Estrella* de Panamá, con fecha de 22 de enero publicaba las siguientes noticias que se le habia trasmitido de Lima con fecha de diez dias atras:

«El domingo 9 del corriente, avanzó una parte del ejército chileno, que fué derrotado con pérdidas grandes. Otros combates ha habido, favorables al ejército peruano. El número de los derrotados chilenos pasa de 7,000 hombres; i esto al par que ha fortalecido el entusiasmo i la confianza en el ejército peruano, ha causado el abatimiento en las filas contrarias.

«Sin embargo del terror que se ha apoderado de los chilenos; sin embargo de su indecision, fruto de ese sentimiento, la hora de las grandes soluciones está próxima. Así lo quieren el patriotismo i el honor de los peruanos; así lo tiene ya resuelto la enerjía indomable del jefe supremo.

«En prueba de aquel terror, basta citar un hecho. El jeneral chi-

gó a creer que estos desistian de todo proyecto de ataque. Un diario de Lima publicó las líneas siguientes:

«Mas que satisfactorio, motivo de lejítimo orgullo para el patriotismo es el entusiasmo que reina, así en las filas del ejército activo como en la de los ciudadanos que forman la reserva.

«Hemos decretado la victoria i venceremos; porque tal es la decision de todos los peruanos, porque el éxito no puede abandonar a los que abrigan la firme decision de no ceder sino con la vida una pulgada de terreno al invasor, cuyo amilanamiento crece de hora en hora.

«Chile está arrepentido de la aventura a que se ha lanzado. Dios ha permitido en su justicia, que la fatuidad ofusque a nuestros adversarios hasta traerles a las puertas de Lima.

«Aquí los espera el castigo de todas sus iniquidades i vandalaje.

«Ellos tiemblan acobardados tras de sus parapetos de Lurin, i si no se reembarcan para regresar a Chile o consagrarse esclusivamente a empresas de fácil merodeo, como las realizadas por Lynch, es por miedo a la universal rechifla.

leno Villagran se ha marchado para Santiago, a demostrar que es imposible que el actual ejército de Chile pueda, no ya tomar a Lima, no ya alcanzar ventanjas siquiera precarias, pero ni aun salvar su honor militar en una batalla.

«Un ciudadano neutral, recien llegado a Lima, escribe a un comerciante de Panamá.

«Los chilenos están perdidos i sin esperanzas. Para tomar a Lima seria necesario un ejército de 80,000 de los mejores cuerpos europeos.»

Por mas que ello parezca increible, debemos decir que estas falsas noticias eran las mismas que Piérola hacia circular en Lima i en todo su campamento para «retemplar el patriotismo» de sus soldados.

«Vengan cuanto ántes a estrellarse en las bayonetas de los que defienden la integridad i la honra de la América republicana.»

Por momentos crecia entre los defensores de Lima la confianza de que los chilenos se retiraban, convencidos de que su situacion era insostenible. «El 12 de enero, dice una de las relaciones peruanas que hemos citado anteriormente, reinó en el campamento la mas grande tranquilidad; no hubo falsa alarma: llegó, por el contrario, la noticia de que el enemigo, despues de varias correrías, se habia retirado mui adentro. No faltaba quien asegurase que se habian vuelto a embarcar.» Parece casi inconcebible que estando los dos ejércitos separados por una corta distancia, i hallándose el jeneralísimo peruano en su propio territorio, no tuviese medios de cerciorarse de la verdadera posicion del enemigo, llegando a creer que éste se retiraba, i volvia a embarcarse, en los momentos en que preparaba un ataque audaz i definitivo. Los jefes peruanos demostraron en esa ocasion la misma ineptitud que habian desplegado en toda la campaña. Habituados a la desorganizacion i al desórden de las contiendas civiles, no podian comprender todavía que estaban obligados a luchar contra un enemigo serio que en todas partes habia probado que sabia hacer la guerra.

Miéntras tanto, en el campo chileno se tomaban tranquila i reflexivamente todas las disposiciones del caso para el asalto de las fortificaciones enemigas. El estado mayor contó las tropas disponibles para el ataque. Formaban éstas 23,129 hombres útiles (1), distribuidos en

(1) Hemos dicho mas atras que el ejército espedicionario que par-

tres divisiones, de las cuales se sacó un cuerpo de reserva de tres mil infantes. A las doce del dia 12 de enero, cuando todos los cuerpos del ejército estaban competentemente amunicionados i listos para marchar a la primera órden, el jeneral Baquedano anunció la partida en la siguiente proclama dirijida a sus oficiales i soldados:

«Vuestras largas fatigas tocan ya a su fin. En cerca de dos años de guerra cruda, mas contra el desierto que contra los hombres, habeis sabido resignaros a esperar tranquilos la hora de los combates, sometidos a la rigorosa disciplina de los campamentos i a todas sus privaciones. En los ejercicios diarios i en las penosas marchas a traves de arenas quemadas por el sol, donde os torturaba la sed, os habeis endurecido para la lucha i aprendido a vencer.

«Por eso habeis podido recorrer con el arma al brazo casi todo el inmenso territorio de esta república, que ni siquiera procuraba embarazar vuestro camino. I cuando habeis encontrado ejércitos preparados para la resistencia detras de fosos i de trincheras, albergados en altu-

tió de Arica, era compuesto de cerca de 26,500 hombres. De ellos habian quedado cerca de 800 en Pisco. Descontando los enfermos, i las guarniciones encargadas de la custodia de los depósitos de víveres i municiones que fué preciso dejar en Lurin, las fuerzas destinadas al ataque de las fortificaciones peruanas, componian 23,129 oficiales i soldados de las tres armas.

Seguian tambien al ejército chileno unos 1,000 chinos que habian recobrado su libertad i que estaban dispuestos a acompañar i a servir a sus libertadores. Fueron, en efecto, mui útiles para recojer i trasportar heridos, distribuir víveres i municiones, dar indicaciones sobre las localidades, i para atender a las mil necesidades del servicio del campamento. En Lurin, donde habia un templo chino, celebraron una fiesta relijiosa segun sus ritos para pedir la proteccion del cielo en favor de los chilenos.

ras inaccesibles, o protejidos por minas traidoras, habeis marchado al asalto, firmes, imperturbables i resueltos, con paso de vencedores.

«Ahora el Perú se encuentra reducido a su capital, donde está dando desde hace muchos meses el triste espectáculo de la agonía de un pueblo. I como se ha negado a aceptar en hora oportuna su condicion de vencido, venimos a buscarlo en sus últimos atrincheramientos para darle en la cabeza el golpe de gracia i matar allí, humillándolo para siempre, el jérmen de aquella orgullosa envidia que ha sido la única pasion de los eternos vencidos por el valor i la jenerosidad de Chile.

«Pues bien: que se haga lo que ha querido: si no lo han aleccionado bastante sus derrotas sucesivas en el mar i en la tierra, donde quiera que sus soldados i marinos se han encontrado con los nuestros, que se resigne con su suerte i sufra el último i supremo castigo.

«Vencedores de Pisagua, de San Francisco i de Tarapacá, de Anjeles, de Tacna i de Arica: adelante!

«El enemigo que os aguarda es el mismo que los hijos de Chile aprendieron a vencer en 1839, i que vosotros, los herederos de sus grandes tradiciones, habeis vencido tambien en tantas gloriosas jornadas.

«Adelante! A cumplir la sagrada mision que nos ha impuesto la patria! Allí, detras de esas trincheras, débil obstáculo para vuestros brazos armados de bayonetas, os esperan el triunfo i el descanso; i allá, en el suelo querido de Chile, os aguardan vuestros hogares, donde vivireis perpetuamente protejidos por vuestra gloria i por el amor i el respeto de vuestros conciudadanos.

«Mañana, al aclarar el alba, caereis sobre el enemigo;

i al plantar sobre sus trincheras el hermoso tricolor chileno, hallareis a vuestro lado a vuestro jeneral en jefe, que os acompañará a enviar a la patria ausente el saludo del triunfo, diciendo con vosotros:—¡Viva Chile!—*Manuel Baquedano.*»

A las cuatro i media de la tarde, todo el ejército chileno, como movido por un solo resorte, estaba formado en divisiones a las márjenes del rio de Lurin, i pronto para partir. Media hora mas tarde rompia la marcha la primera division, i luego la seguian las otras en su órden numérico, llevando caminos separados, pero paralelos. La caballería, sin embargo, no debia salir hasta media noche a fin de evitar que las nubes de polvo que levantan los caballos, sirviesen para indicar al enemigo la proximidad del ataque. Despues de mas de cinco horas de marcha, favorecida por la luna llena, todo el ejército tomó ordenadamente las posiciones que se le habian señalado de antemano, en las faldas de unas cerranías bajas denominadas La Tablada, que se alzan al sureste de las fortificaciones enemigas, i a una distancia de cuatro quilómetros de ellas. Allí las tropas tomaron algunas horas de descanso sin ser inquietadas un solo instante. El ejército peruano, tranquilo en la confianza de que los chilenos no pensaban mas que en retirarse i en ganar de nuevo sus buques, no tenia partidas esploradoras, ni centinelas avanzadas, i pasó la noche ignorando que el enemigo se encontraba casi a tiro de rifle de sus posiciones.

Despues de media noche, el cielo se cubrió completamente con la espesa neblina que se levanta cada mañana en la costa del Perú. A las tres i media de la

mañana, todo el ejército se ponia nuevamente en marpara tomar el órden de ataque. La primera division, mandada por el capitan de navío don Patricio Lynch, i compuesta de poco mas de siete mil hombres, se dirijió a atacar la derecha del enemigo. La segunda division, mandada por el jeneral don Emilio Sotomayor, i compuesta de seis mil hombres, debia asaltar el centro de las posiciones peruanas. La tercera division, mandada por el coronel don Pedro Lagos, i compuesta de poco mas de cinco mil hombres, estaba encargada de situarse enfrente de la izquierda enemiga, i de impedir que las fuerzas de este flanco pudieran socorrer al centro de los peruanos. La reserva, apoyada por un rejimiento de artillería de campaña, quedó cerca del estado mayor jeneral, para acudir a donde fuese necesario.

La oscuridad de la mañana facilitó en los primeros instantes este movimiento; pero luego vino a embarazarlo. La segunda division, que tuvo que hacer una marcha mas larga, se atrasó en su camino. Un sirviente de las ambulancias, perdido en la oscuridad, cayó en manos de un piquete de soldados peruanos que no estaba léjos de su línea fortificada; i este accidente inesperado les hizo comprender que el enemigo estaba cerca. En el momento se hicieron en las trincheras peruanas las señales de alarma, i los soldados rompieron un vivo fuego de fusil, de cañon i de ametralladoras.

Avanzaba entre tanto la primera division en un órden imperturbable, con sus guerrillas al frente, sin hacer caso de los fuegos del enemigo. Cuando se halló a una distancia aproximativa de cuatrocientos metros de la línea de fortificaciones peruanas, i cuando comenzó a

trepar las alturas en que éstas estaban colocadas, el comandante Lynch, mandó romper los fuegos de fusil, marchando al paso de carga al asalto de las trincheras. Las primeras luces del alba comenzaban a alumbrar el campo de batalla, cuando los chilenos llegaban a los fosos i bastiones del enemigo. Nada podia contener su ímpetu: saltan los fosos, asaltan los bastiones, i calando la bayoneta sobre los defensores de las fortificaciones, destrozan sus filas i les quitan una a una las posiciones que creian inespugnables. La escuadra chilena rompia tambien sus fuegos sobre las fortificaciones del flanco derecho de los peruanos, i la artillería de tierra disparando por elevacion para no ofender a los asaltantes, contribuia a aumentar la confusion del enemigo. Pero éste ocupaba aun otras alturas i otros parapetos, i allí seguia oponiendo una tenaz resistencia. Del centro de la línea peruana, que todavía no habia sido atacada, comenzaban a llegar refuerzos, robusteciendo considerablemente la resistencia. La primera division pudo hallarse seriamente comprometida ante la superioridad numérica del enemigo; pero ni el comandante Lynch ni sus soldados vacilaron un instante. Léjos de eso, sostuvieron el combate con el mismo ardor con que iniciaron el asalto.

Queriendo evitar que el enemigo pudiera rehacerse en aquel punto de sus primeros quebrantos, el jeneral Baquedano mandó avanzar inmediatamente los cuerpos de reserva. El teniente coronel don Aristides Martinez, que los capitaneaba, los hace marchar a paso de carga, llega al teatro del combate, i se reune en momento oportuno a la primera division. Salvando entónces fosos i trincheras, Lynch i Martinez se apoderan despues de

reñida pelea, de las posiciones en que la resistencia habia sido mas porfiada, i concluyen en dos horas la dispersion del enemigo en esa parte de su línea de defensa.

Casi en los mismos momentos en que llegaba la reserva (las seis de la mañana) entraba tambien en combate la segunda division. Estaba un poco atrasada por las dificultades del camino; pero sus jefes i soldados querian indemnizarse de este forzoso retardo embistiendo con todo ardor a las fortificaciones que se les habia ordenado asaltar. La primera brigada de esta division, mandada personalmente por el coronel don José Francisco Gana, i protejida por los fuegos de la artillería que quedaba a sus espaldas, cargó resueltamente en columna, por rejimientos desplegados, sobre las fuertes posiciones del centro del enemigo. Esa columna llegó a las alturas que ocupaban las trincheras i parapetos peruanos sin dispar un solo tiro. Rompiéndolos entónces con un empuje irresistible, penetra en el campo enemigo. Por medio de un movimiento audaz i bien ejecutado, pasando sobre las minas i las bombas automáticas de que estaba sembrado el suelo, envuelve a los batallones peruanos que estaban al lado izquierdo, los arrolla i los destroza completamente. La segunda brigada de esta misma division, mandada por el coronel Barbosa, llega tambien a tiempo para acabar de dispersar a los batallones que defendian esas formidables posiciones.

La tercera division habia desempeñado puntualmente el encargo que se le dió de caer sobre las posiciones del flanco izquierdo de los peruanos si sus defensores trataban de socorrer al centro en el momento del combate. Las guerrillas de esta division, dirijidas por el co-

ronel don Martiniano Urriola, habian mantenido el fuego por aquel lado, amagando al enemigo i obligándolo a no salir de sus trincheras.

Cuando el jeneral en jefe vió a las siete i media de la mañana que el centro de la línea enemiga estaba roto, dió órden al comandante jeneral de caballería, coronel don Emeterio Letelier, que a la cabeza de dos rejimientos marchase en persecucion de los fujitivos, e impidiese que éstos pudieran rehacerse. Aquella carga fué decisiva. Apesar de los obstáculos del terreno, la caballería chilena cayó como un rayo sobre los destrozados batallones que se retiraban a refujiarse en la segunda línea de defensa, i los sableó sin darles un instante de descanso hasta dispersarlos completamente, dejando el terreno cubierto de cadáveres. El enemigo habia sembrado de bombas automáticas aquella parte del campo; i sus esplosiones hicieron daños considerables a los soldados chilenos. Pero estas hostilidades no produjeron otro resultado que exaltar su ardor, i estimularlos a continuar la persecucion de los fujitivos con mayor encarnizamiento.

A las nueve de la mañana, la batalla estaba terminada. Los chilenos ocupaban toda la línea de fortificaciones peruanas, cuyo centro eran las casas de la hacienda de San Juan, que dió su nombre a esta jornada. Solo en su estremidad derecha quedaba en pié la division que bajo las órdenes del coronel Iglesias, ministro de la guerra de Piérola, defendia a Chorrillos i el morro Solar, cerro escarpado que se levanta al sur de aquella poblacion. Los soldados chilenos, estenuados de fatiga despues de aquel penoso combate, i de una noche de

marcha, en que no habian podido tomar mas que dos o tres horas de descanso, necesitaban algunos momentos de reposo. Sin embargo, era necesario llevarlos al nuevo ataque para consumar la victoria de aquel dia.

El dictador Piérola habia pasado la noche en Chorrillos. Al oir por la mañana los primeros tiros, se trasladó a San Juan, i llegó a tiempo para presenciar a la distancia la pérdida de sus posiciones. Entónces se replegó de nuevo a Chorrillos con los pelotones de fujitivos; i desde allí disponia la resistencia de las poderosas fortificaciones vecinas a esa ciudad.

Al sur del pueblo de Chorrillos, corre una cadena de cerros ásperos i cubiertos de tierra blanda i movediza, cuyo punto culminante es el morro Solar, con una altura de 270 metros. Esas alturas habian sido fortificadas con seis reductos armados de ametralladoras i de gruesa artillería, i defendidas ademas por un ancho foso de cerca de dos quilómetros de largo. Esas posiciones se hallaban guarnecidas por la division del coronel Iglesias, compuesta de 5,000 hombres, que todavía no habian entrado en combate; i allí habia acudido un número considerable de los dispersos i fujitivos de las otras trincheras, que no habian podido tomar el camino de la capital.

El comandante Lynch, con una parte de la primera division, se acercó a ellas, i las reconoció por el lado por donde no habian podido ser esploradas anteriormente. Apesar de la superioridad numérica del enemigo i de las ventajas de las posiciones en que éste se defendia, se mantuvo en ese lugar, pidiendo al cuartel jeneral los refuerzos que consideraba indispensables para dar

el asalto definitivo. La division peruana del coronel Iglesias hacia allí supremos esfuerzos de resistencia. La gruesa artillería de que disponia i sus ametralladoras, diezmaban desde las alturas las tropas de Lynch, i contenian su empuje.

Pero no tardaron en llegar los refuerzos. Reuniéronse primero todos los cuerpos de la primera division, luego los de la reserva con su comandante Martinez. El jefe de la tercera division, coronel don Pedro Lagos, acudió con una de sus brigadas, que mandaba inmediatamente el teniente coronel don Francisco Barceló, i ésta comenzó a trepar esas cerranías en apoyo de las primeras fuerzas que habian empeñado el combate. Otra brigada de la segunda division, mandada por el coronel Gana, emprendia resueltamente el ataque del pueblo de Chorrillos. La escuadra chilena no podia ya batir con sus cañones esas alturas por temor de herir a los soldados que las escalaban; pero colocó ametralladoras en sus embarcaciones menores, i pudiendo éstas acercarse a tierra, favorecieron cuanto era dable el asalto.

Allí fué el combate mas tenaz i encarnizado de lo que habia sido en las primeras horas de la mañana. La subida de aquellas empinadas crestas, bajo el fuego destructor que se hacia de las alturas, presentaba dificultades casi insuperables. Sin embargo, los soldados chilenos, alentados por sus jefes i oficiales, i auxiliados por el fuego de la artillería de montaña que habia sido convenientemente colocada, trepaban aquellas ásperas laderas dejando montones de muertos i de heridos. Pero desde que llegaron a las cumbres de los cerros, cayeron sobre el enemigo con un ímpetu irresistible. Arrollán-

dolo de posicion en posicion, i de fuerte en fuerte, lo arrojaron a las lomas del norte, las mas inmediatas a Chorrillos. Este punto estaba dominado por la artillería de campaña del ejército de tierra, que perfectamente situada en el llano, hacia un fuego certero i tremendo sobre esas alturas. Rodeados de todas partes por las tropas de infantería, los últimos restos de la division peruana con el coronel Iglesias a su cabeza, hicieron todavía allí una corta resistencia, pero tuvieron que rendirse algunos minutos despues de medio dia.

Miéntras tanto, la lucha se sostenia con igual encarnizamiento en el pueblo de Chorrillos. Esta pequeña ciudad, de cerca de cuatro mil habitantes, se levantaba a orillas del mar, i servia de residencia de verano a las familas acomodadas de Lima. Sus calles eran estrechas i mas o ménos tortuosas, pero sus casas eran casi en su totalidad edificios suntuosos, construidos con solidez i elegancia i amueblados con lujo. El dictador Piérola habia convertido en plaza militar aquella ciudad de recreo, apoyando en ella la estrema derecha de su línea de fortificaciones, i convirtiéndola en depósito de pertrechos de guerra, i por fin en centro de la última i mas tenaz resistencia de aquella larga i encarnizada batalla. Piérola, cuyo papel en toda la jornada habia sido meramente pasivo, se habia replegado, a ese pueblo, como ya dijimos, i organizaba allí apresuradamente la defensa, convirtiendo las casas de la ciudad en otras tantas fortalezas. Las ventanas, los balcones, las azoteas estaban cuajadas de fusileros que debian romper sus fuegos sobre los chilenos tan pronto como éstos asomaran por las calles. El suelo estaba sembrado de bombas automáticas encubiertas con tierra,

que debian hacer esplosion al primer choque de las pisadas del enemigo. Cuando hubo tomado estas disposiciones, i cuando vió que los chilenos avanzaban resueltamente a la ciudad, el dictador bajó a la playa con sus adecanes; i, por los despeñaderos de la ribera, se dirijió a Miraflores a reunirse con la reserva que quedaba en la segunda línea de defensa. Al partir, encargó a sus subalternos que se mantuvieran firmes en esa posicion, prometiéndoles que él mismo volveria pronto con los refuerzos que iba a buscar.

El ataque de la ciudad de Chorrillos fué quizá el episodio mas sangriento i terrible de los combates de aquel dia. Desde que las columnas chilenas comenzaron a penetrar en las calles de la poblacion, fueron recibidas por un diluvio de balas que caian de todas partes, de las azoteas, de las ventanas i de los balcones. Era necesario asaltar casa por casa, i cargar a la bayoneta sobre sus defensores. En algunas de ellas habia bombas automáticas que hacian esplosion al querer forzar las puertas: en otras habian sido cortadas o destruidas las escaleras, i los que intentaban asaltarlas sufrian el fuego contínuo que se les dirijia desde arriba. Pero la artillería chilena rompió el fuego sobre esos edificios, i las granadas, produciendo el incendio, venian a favorecer la accion de los asaltantes. Los chilenos avanzaban siempre, arrollando por todas partes a los enemigos i dejando montones de cadáveres en cada casa de que se apoderaban por asalto. El incendio, que nadie trataba de cortar o de apagar, tomaba tambien grandes proporciones i quemaba junto con los edificios a los soldados que los defendian.

A las dos de la tarde ya los chilenos no tenian enemi

gos que combatir. La pelea habia durado en aquel lugar cerca de cinco horas. El pueblo, tanto en las calles como en las casas, estaba sembrado de cadáveres i de escombros, en medio de los cuales hacian de cuando en cuando esplosion las bombas automáticas de los peruanos. El incendio seguia su camino destructor; i los que hubieran intentado detenerlo, habrian corrido riesgo de perecer heridos por los cascos de las bombas que reventaban. Por otra parte, los soldados chilenos, enfurecidos por aquellas hostilidades, no querian hacer nada para contener el fuego, i aun parecian empeñados en que concluyese su obra de destruccion. La poblacion de Chorrillos ardió toda la tarde i toda la noche. La rojiza luz del incendio alumbraba hasta la mañana siguiente aquel cuadro de muerte, de horror i de desolacion. Solo tres casas del interior de la ciudad se salvaron de las llamas.

¿Qué pasaba entre tanto en la segunda línea de fortificaciones peruanas, es decir, a seis quilómetros del campo de batalla, donde estaba acampado el ejército de reserva del Perú? A falta de documentos oficiales, vamos a referirlo con la ayuda de la relacion de un ayudante de la reserva que con manifiesta sinceridad ha contado cuanto vió. Trascribimos fielmente su relato, suprimiendo solo algunos pormenores o accidentes que carecen de importancia.

«Amanecia apénas el dia 13 de enero, dice, cuando el tendido galope de los caballos, el paso precipitado de los transeuntes, las carretas que se alejaban, i los gritos nos despertaron bruscamente.

«Un rumor sordo nos zumbaba al oido, a veces interrumpido por un ruido mas pronunciado—¡la batalla ha

comenzado! gritamos todos. En un minuto estuvimos vestidos. Eran las cinco i media de la mañana. Recorrimos los cuatro reductos. Todos hacian preparativos para la marcha, la manta repleta de cartuchos, los oficiales revólver a la cintura, algunas carretas con municiones en movimiento. No se oian sino los gritos de ¡viva el Perú! ¡viva el comandante jeneral! a Surco! gritaban los oficiales, i repetian mil frenéticas voces. Esperábamos la órden para emprender la marcha. Pero la órden no llegaba i eran las siete i media de la mañana. El fuego del lado de San Juan se hacia mas violento cada vez.

«Sobre todo en la izquierda de nuestra línea, dos baterías se hacian un fuego de los mas nutridos. La una cede, sin embargo; al presente el combate arrecia en la derecha. De pronto, a nuestro frente, como a una legua, vemos levantarse la columna de un humo denso i negro: San Juan estaba en llamas. No se disputan ya sino a Chorrillos, pensamos todos a un mismo tiempo. En efecto, los cuerpos de Dávila, Cáceres i parte del de Suarez habian cedido el terreno. Iglesias, abandonado, se sostiene heróicamente en las posiciones de Chorrillos.

«El primer fujitivo que encontramos en el pueblo de Miraflores fué un soldado raso; «vamos bien», nos contestó con voz desfalleciente, cuando le pedimos noticias del combate. Tres o cuatro heridos llegaron despues. No tardamos en conocer la triste realidad. El camino estaba sembrado de dispersos que huian en el mas espantoso desórden, unos heridos arrastrándose, otros pidiendo ausilio; unos con armas, otros sin ellas, llenos de

sangre i la ropa hecha pedazos, presentando el espectáculo mas desgarrador.

«Por el terraplen de la via férrea avanzaba un largo cordon de jente; por el medio de los potreros corrian soldados en grupos. Se les llamaba, pero no hacian caso; no respetaban las amenazas, sino los balazos. No era esa la actitud de un ejército victorioso. Un amargo desaliento se apoderó de nosotros. Varias compañías de los batallones se desplegaron en guerrilla i pequeñas fuerzas de caballería se escalonaron para cortar el camino de Lima a los fujitivos.

«Pero, a medida que el tiempo trascurria, se hacia mas doloroso el cuadro de esa multitud que huia despavorida por todas partes; la caballería llegaba a bandadas, las mulas cargadas de cajas de municiones, los cañones i ametralladoras rodados; caballos sin jinete a galope tendido; artilleros, coroneles, jefes de toda graduacion inundaban las avenidas del ferrocarril, formando una espantosa confusion. No era una division desbandada, como habíamos oido decir; era todo un ejército en fuga. Algunos batallones entraron íntegros en nuestra línea, i gran parte de una division quedó formada a la izquierda de la línea férrea.

«Serian las diez de la mañana cuando llegó Piérola con un reducido estado mayor, en el que se notaba a los jenerales Buendia i Segura i al coronel Suarez. Pasó a caballo por en medio de los batallones que lo vivaban frenéticamente. Mandó que desfilaran hácia los reductos i se parapetasen detras de las tapias intermediarias entre cada uno de ellos. Estos refuerzos vinieron a aumentar considerablemente nuestra línea. Mas de cinco

mil dispersos habian sido recojidos a las doce del dia ya por la caballeria, ya por los batallones de la reserva; otros se habian presentado voluntariamente. Veíanse, sin embargo, muchos que se escapaban. Se les hacia tiros de rifle, pero se escondian en las zanjas i seguian huyendo.

«Atravesaba Piérola los rieles del tren cuando un soldado, que suponemos ébrio, se adelantó hácia él i prorrumpió en imprecaciones contra los jefes. «No me formen barullo,» se limitó a contestar Piérola. I se alejó apresuradamente.»

En medio de aquel espantoso desórden, todos se disputaban sobre las causas del desastre, acusando unos a un jefe, otros a otro, aquellos a la tropa; pero pocos se resignaban a creer que la batalla estuviese completamente perdida. Llegóse a contar que las posiciones de San Juan habian sido recuperadas por los peruanos; i todo el mundo creia estas absurdas noticias. «No sabian los que de buena fe esparcian estas nuevas, dice el mismo testigo, que los chilenos acababan de plantar su bandera en el Morro de Chorrillos. Sin embargo, quién lo hubiera dicho, habria pasado por un visionario. ¿Cómo podria creerse que nuestra línea tan preparada de antemano habia podido ser rota fácilmente, i que ocupando tan buenas posiciones, hubiera sido arrollado i destrozado nuestro ejército? No pudiendo cerrar ya los ojos a la realidad del resultado, unos esclamaban: «ha habido descuido: ha habido sorpresa.»

Piérola i sus ayudantes se empeñaron en reunir los dispersos; i en darles colocacion en las trincheras i reductos de la segunda línea. Con gran trabajo pudo reor-

ganizar un cuerpo de dos mil hombres, para hacerlo volver al combate. Poco despues de medio dia lo hizo marchar a Chorrillos en un tren de carros blindados, desde los cuales los soldados hacian fuego de cañon i de fusil. Eran los refuerzos que Piérola habia ofrecido a los defensores de esa plaza; pero cuando se dirijian a ella, vieron de léjos que el ejército chileno estaba vencedor en todas partes, i se volvieron apresuradamente a sus atrincheramientos. Solo entónces desaparecieron por completo las ilusiones de victoria que aun a la vista de tan gran desastre, se habian alimentado en el campamento de la reserva peruana.

Tal fué el resultado de la batalla de Chorrillos, o mas propiamente de la serie de batallas que tuvieron lugar el 13 de enero. Despues de ocho horas de combate, el ejército chileno se habia apoderado a viva fuerza de aquellas poderosas posiciones que el enemigo consideraba intomables. La esplosion de las minas i de las bombas automáticas, aunque causó algunos estragos, no correspondió a las esperanzas que en ellas se cifraban. El asalto de aquella línea de fosos i fortificaciones, defendidas por mas de cien cañones i mas de 22 mil hombres, costaba a los chilenos pérdidas dolorosas i considerables, 797 muertos i 2,512 heridos, i entre ellos se contaban algunos jefes de alto mérito, los tenientes coroneles don Baldomero Dublé Almeida, don Belisario Zañartu i don Tomas Yávar, muertos o mortalmente heridos enfrente de sus soldados, i el ayudante de estado mayor teniente coronel don Roberto Souper que habia hecho la campaña desde sus primeros dias, desplegando en todos los combates el carácter de un héroe, i que

cayó herido en el asalto de una de las trincheras peruanas en los primeros momentos de la batalla.

Pero las pérdidas del ejército peruano fueron incalculables. Sus muertos pasaban de cinco mil hombres, en su mayor parte caidos en el morro Solar i en Chorrillos; i sus heridos, al ménos los que quedaban en el campo de batalla, formaban un número poco menor. Habian perdido cerca de dos mil prisioneros, i entre ellos once coroneles, ocho teniente-coroneles i un gran número de oficiales. La dispersion de sus tropas fué tan considerable, que de todo el ejército de veintidos mil peruanos que entraron en combate, solo alcanzaron a reunirse, en la línea de defensa de Miraflores unos cinco o seis mil hombres, de tal manera aterrorizados, que costó, como hemos visto, un gran trabajo para contenerlos al pié de las fortificaciones. El material de guerra perdido en la batalla era verdaderamente enorme. Un oficial peruano, de cuya relacion hemos copiado algunas líneas poco mas atras, dice que el ejército perdió ese dia cerca de 120 cañones de todos calibres o ametralladoras.

Si en los momentos en que terminaba la batalla, es decir, a las dos de la tarde, hubiera sido posible hacer avanzar una parte del ejército chileno sobre la segunda línea fortificada de los peruanos, la campaña se habria concluido ese dia sin grandes dificultades. El desórden que reinaba en aquella línea no habria permitido oponer una resistencia formal. Este habia sido el plan del jeneral Baquedano; pero apesar del empeño puesto por el estado mayor, i por causas estrañas a toda prevision, no pudo lograrse ese objeto. El combate no pudo ser

empeñado en la mañana por todas las divisiones a la vez, lo que permitió que algunas fuerzas peruanas alcanzaran a replegarse al pueblo de Chorrillos, donde opusieron una resistencia que duró hasta la tarde. A esas horas, los soldados chilenos, que apénas habian tomado un corto descanso en la noche anterior, i que habian peleado durante ocho horas consecutivas, trepando cerros i asaltando trincheras, estaban estenuados de fatiga i no podian dar un paso mas. Fué necesario darles tiempo a que repusieran sus fuerzas ántes de llevarlos a nuevos combates i nuevos asaltos. Este momentáneo aplazamiento iba a dar algunas horas mas de vida a los últimos restos del poder militar del Perú.

CAPITULO X

Batalla de Miraflores: ocupacion de Lima, del 14 al 17 de enero de 1881.

Situacion de Lima el dia de las batallas de San Juan i de Chorrillos. —Espectativas de paz en la poblacion.—Los boletines de la dictadura tratan de engañar a los habitantes de Lima sobre el resultado de las batallas.—El jeneral Baquedano envia a Piérola un parlamentario que no es recibido.—El estado mayor chileno se dispone para empeñar una nueva batalla.—Negociaciones amistosas del cuerpo diplomático de Lima.—El jeneral Baquedano concede un armisticio que debia durar todo el dia (15 de enero), para que el enemigo resolviese sobre sus proposiciones.—Pérfido plan de Piérola.—Empeña la batalla violando el armisticio.—Perturbacion producida por este ataque en el ejército chileno.—La division del coronel Lagos, apoyada por los cañones de la escuadra, resiste firmemente al ejército peruano.—Acuden otras divisiones chilenas i obtienen la victoria decisiva de Miraflores.—Confusion i desórden en Lima.—Fuga de Piérola.—El alcalde municipal de Lima estipula la entrega incondicional de la ciudad.—El populacho se entrega al saqueo en la noche del 16 de enero, e incendia algunos barrios de la capital.—Se repiten los mismos crímenes en el Callao. —El populacho incendia los buques peruanos.—Una division chilena ocupa a Lima i restablece la tranquilidad.—Otra division ocupa la ciudad del Callao.—Vuelven a Lima muchas de las familias que habian abandonado la ciudad.—Dispersion definitiva i completa del ejército peruano.—El órden queda afianzado en Lima i en el Callao.—Resultado jeneral de la campaña sobre Lima.

La capital del Perú pasaba en esos momentos por horas de angustia i de amargura. Habian abandonado la ciudad casi todas las familias que tenian recursos i relaciones para salir al estranjero, para trasladarse al inte-

rior, o para asilarse a los buques neutrales en el Callao o en Ancon, pero quedaban muchas personas destinadas a presenciar el cuadro mas desgarrador que es posible concebir.

A las ocho de la mañana del dia 13, comenzaron a llegar a Lima los heridos de la batalla, i algunos grupos de dispersos que no habian podido ser detenidos en la segunda línea de fortificaciones peruanas. Estos últimos, soldados i oficiales, anunciaban la derrota de su ejército en los momentos en que el frecuente estampido del cañon anunciaba que la batalla no habia terminado todavía. Centenares de personas buscaban asilo en las legaciones estranjeras, que se encontraron repletas de jente, o salian apresuradamente de la ciudad para refujiarse en los pueblos o aldeas inmediatos. Cuando se tuvo la noticia cierta de la derrota, «la exitacion en Lima llegó a ser intensa, dice la correspondencia que hemos citado en el capítulo anterior; pero no hubo disturbios, aunque el populacho queria apedrear a las chilenas. Una murió de este modo.» Eran infelices mujeres, que estaban domiciliadas en Lima desde años atras, algunas de ellas casadas con ciudadanos peruanos.

El populacho no podia esplicarse la derrota sino como un efecto de traicion, i acusaba de ella a los individuos afiliados en el partido opuesto a Piérola. Segun la correspondencia referida, las autoridades locales participaron de esta opinion, i decretaron la prision de algunos individuos, allanando al efecto la legacion francesa donde se decia que estaba asilado uno de ellos. El jeneral Gonzalez de La Cotera, antiguo ministro del presidente Prado durante los primeros meses de la guerra,

fué acusado ahora sin razon ni fundamento, de querer derrocar el gobierno de la dictadura en medio de la perturbacion producida por la derrota, i tuvo que trasladarse al Callao i que buscar asilo en un buque de guerra ingles para sustraerse a la furia del populacho. Fuera de estos incidentes, la tranquilidad pública no estuvo seriamente comprometida, si bien no fué difícil prever desde entónces que se esperaban a la capital pruebas mas amargas i dolorosas.

Muchas personas hubieran querido evitar que se llegase a estos estremos. La derrota del ejército peruano que defendia las líneas fortificadas de San Juan i de Chorrillos, derrota que no entraba en las previsiones de nadie, habia hecho comprender que era llegado el momento de tratar, i de someterse a la lei del vencido. Se creia que todo conato de resistencia era una insensatez que traeria indudablemente al Perú la vergüenza de una nueva derrota, i las mas funestas consecuencias para la ciudad de Lima. «Las mujeres, que ántes querian la continuacion de la guerra hasta el último trance, dice la correspondencia citada, perdieron de improviso toda su confianza, i cambiaron de actitud, a causa sin duda de la conducta que los desertores habian observado en el campo. De su nueva manera de pensar, i de su deseo de que se arreglara la paz a costa de cualquier sacrificio, participaban casi todos los estranjeros.»

Los que así pensaban, sufrieron luego un doloroso desengaño. En la tarde del 13 de enero i en la mañana del 14, se publicaban en Lima boletines de noticias, en que, contra lo que todo el mundo veia i sabia, se trataba de presentar el espantoso desastre, como una batalla

de resultado indeciso, en la cual el jefe supremo del Perú habia desplegado el mas sublime heroismo. Los chilenos, se decia, no han tomado por asalto las líneas fortificadas de San Juan i de Chorrillos. Como medida estratéjica, se añadia, Piérola mandó replegar sus tropas a las fortificaciones de Miraflores. Los defensores de Morro Solar i de Chorrillos, de los cuales no habia logrado escapar uno solo, quedando todos muertos o prisioneros, habian roto a la bayoneta, segun se contaba en Lima, las filas chilenas abriéndose paso por en medio de ellas (1). Segun algunos de esos boletines, las pérdidas

(1) Como muestra de estas audaces patrañas con que todavía se pretendia engañar a la poblacion de Lima, que conocia a esas horas la espantosa derrota del ejército peruano, copiamos en seguida uno de aquellos boletines.

«Lima, juéves 13 de enero.—Hemos abandonado el campamento por un corto tiempo con el objeto de satisfacer, hasta donde sea posible, la justa ansiedad en que está Lima, dando el presente número.

«A las cuatro i media de la mañana de hoi, grandes masas del ejército chileno de las tres armas, atacaron nuestras posiciones de San Juan con un fuego nutrido de artillería.

«El combate duró hasta las 10.30 A. M.

«A esa hora S. E. el jefe supremo, ordenó que nuestras fuerzas se replegaran sobre las fortificaciones de Miraflores.

«Así se hizo, quedando una parte en el morro de Chorrillos.

«S. E., acompañado de su secretario señor capitan de navío don Aurelio García i García, del cuerpo de ayudantes de campo i de varios jenerales, jefes i oficiales, cuyos nombres no mencionamos por no resentir aquellos que pudiéramos omitir, S. E. decimos, quiso ver por sí mismo el repliegue, i estuvo por algun rato bajo los fuegos enemigos.

«Corrió peligro de ser tomado, pues al dirijirse al cuartel, un batallon chileno le hizo fuego, i al tomar la direccion opuesta, sucedió lo mismo.

«Felizmente su serenidad lo salvó, con dos ayudantes heridos; habiendo caido un casco de bomba a su caballo i otro al de su señor hijo, subteniente Nicolas de Piérola.

«Los batallones Cajamarca, Guardia Peruana i Ayacucho, se han batido desde el morro Salto del Fraile, contra todo el ejército chileno

«Han alfombrado el malecon de Chorrillos con cadáveres del enemigo.

de los chilenos eran superiores a la de los peruanos. Estos últimos habian tomado un número considerable de prisioneros al enemigo, i le habian quitado muchas armas. Los boletines concluian, como siempre, anunciando una próxima i definitiva victoria sobre los chilenos, que se presentaban como mui quebrantados i desmoralizados. «Ya el enemigo acerca su planta aleve, decia uno de esos boletines. Mucho tiempo hemos estado esperando estos momentos, i nuestra enerjía debe retemplarse al aproximarse la hora de la venganza.»

«A eso de las cinco, viéndose completamente cercados, dieron una carga a la bayoneta i se abrieron paso por entre todo el ejército enemigo, llegando hasta Miraflores, diezmados es verdad, pero despues de haber hecho horroroso estrago en las huestes chilenas.

«Un ¡hurra! a esos valientes.

«La patria tiene que deplorar la pérdida de muchas i mui preciosas vidas.

«No nos es posible, sin embargo, dar una relacion de los muertos i heridos.

«Nuestros ejércitos esperan tranquilos al enemigo en los recintos fortificados que se estienden desde Miraflores hasta Vasquez.

«Nuestro intrépido e intelijente jefe supremo está a la cabeza i él nos llevará a la victoria.—*Ernesto J. Casanave.*»

Estas falsas noticias con que se pretendia engañar al pueblo sobre el resultado de las batallas de San Juan i de Chorrillos, no eran, como podria creerse, la obra esclusiva de los periodistas de Lima. En la tarde del 14 de enero, el sub-secretario del ministerio de la guerra don Francisco J. Secada, comunicaba desde el palacio de gobierno el siguiente telegrama al prefecto del Callao.

«Señor prefecto: Nuestra línea continúa sin novedad de Miraflores a Vasquez. Nuestra segunda línea intacta. El enemigo impotente para atacar. Esto lo prueba el haber solicitado la suspension de hostilidades. Las pérdidas del enemigo mayores que las nuestras. Su fuerza de caballería i parque, todo ha volado con las minas. Se sabe positivamente que el número de muertos de ellos pasa de 9,000 hombres. (Firmado).—*Secada.*»

Como hemos dicho mas atras, las batallas de San Juan i de Chorrillos solo costaban al ejército chileno la pérdida de 797 muertos i de 2,512 heridos. Su parque estaba intacto, i engrosado ademas con mas de cien cañones quitados al enemigo. El gobierno de la dictadura peruana sabia perfectamente todo esto cuando daba estas falsas noticias para «retemplar el patriotismo.»

El ejército chileno, aunque habia sufrido dolorosas pérdidas, i aunque tenia sus ambulancias casi repletas de heridos, se hallaba en la mañana del 14 de enero en estado de empeñar inmediatamente un nuevo combate. Se sabia perfectamente en el campamento chileno que las tropas que guarnecian la segunda línea de fortificaciones peruanas, eran en jeneral mui inferiores en número i en calidad a las que habian sido derrotadas el dia anterior; i aunque las partidas esploradoras que fueron a reconocer esas posiciones, las describian como mui favorables para resistir a un nuevo ataque, se tenia la certidumbre de que los defensores no estaban en situacion de oponer una seria resistencia. Todas las noticias que llegaban al cuartel jeneral chileno, demostraban que la derrota del enemigo habia sido completa, i hacian presumir que en el campo de éste se queria la paz.

«Deseosos los vencedores de allanar el camino de las negociaciones, i de evitar demoras peligrosísimas, se despachó en la mañana del 14 al secretario del ministro de la guerra, don Isidoro Errázuriz, en compañía del coronel Iglesias, ex-ministro de la guerra de Piérola, hecho prisionero el dia anterior, con el encargo de declarar al jefe supremo del Perú que el ejército de Chile reconocia la bravura de la resistencia que se le habia opuesto en la batalla, i de invitarle a enviar al campo de los vencedores personas autorizadas para negociar la paz. El parlamentario chileno debia al mismo tiempo llamar la atencion del gobernante peruano al peligro en que la prosecucion de las hostilidades a las puertas de Lima iba a colocar a esta interesante ciudad, que pe-

ruanos i chilenos se hallaban empeñados en salvar de suerte igual a la de Chorrillos.

«El coronel Iglesias debia preparar i facilitar la entrevista del secretario del ministro chileno con el presidente del Perú.

«La entrevista no tuvo, sin embargo, lugar. El dictador peruano, que se encontraba en esa hora de la mañana visitando la línea de Miraflores, segunda i formidable posicion del ejército peruano, desconocida todavía para los chilenos, declaró que no recibiria el parlamentario miéntras éste no se presentase con poderes para negociar. I habiéndole sido trasmitido por el órgano de uno de sus principales jefes, el mensaje de que era portador el secretario del ministro chileno, contestó que deseaba la paz i que el ministro o cualquiera otra persona, autorizadas por el gobierno de Chile para tratar, podian pasar al campamento peruano o iniciar por medio de una nota las negociaciones.

«Esta contestacion, que revelaba completo desconocimiento de la situacion militar, o pueril empecinamiento, destruia de un golpe toda esperanza de paz i preparaba el camino a nuevas trajedias i nuevos desastres. Colocado entre el campo de una tremenda derrota, i su capital en peligro i bajo la influencia del terror, el jefe supremo del Perú no podia usar ese lenguaje altivo sin faltar a su pais, sin faltar a su dignidad de gobernante i sin faltar a la verdad de las cosas (1).»

(1) Copio este fragmento de una relacion publicada en Lima pocos dias despues, con el título de *La campaña del ejército chileno en Lima*, dada a luz en cinco idiomas diferentes. Aunque mui compendiosa, contiene un resúmen claro i bien hecho de las operaciones de la campaña.

Despues de este desenlace de aquella tentativa de negociacion, no quedaba a los chilenos que hacer otra cosa que prepararse para un nuevo combate. En efecto, el mismo dia se adelantó el reconocimiento de las líneas enemigas, i el estado mayor tomó todas las disposiciones para ejecutar su asalto el dia siguiente. El plan adoptado para el ataque se reducia a amagar al enemigo de frente con la primera division del ejército, apoyada por la artillería; miéntras la tercera division, que habia sufrido mui pocas pérdidas en la batalla del 13, iria a atacarlo resueltamente por el flanco izquierdo, al mismo tiempo que los cañones de la escuadra lo batian por su derecha. El jeneral Baquedano, i su jefe de estado mayor, jeneral Maturana, dieron las órdenes del caso, poniéndose de acuerdo con el contra-almirante Riberos, jefe de la escuadra. El coronel Velazquez, comandante jeneral de artillería, fué a colocar sus cañones enfrente de la línea enemiga, en las posiciones ménos desventajosas, «ya que era imposible encontrarlas buenas en un terreno plano i cortado a cada paso por arboledas i tapias.» El ataque formal i definitivo tendria lugar a las doce del dia siguiente.

Las tropas chilenas quedaron acampadas esa noche en San Juan, i al norte de Chorrillos. Una parte de la tercera division avanzó hasta los alrededores de Barranco, aldea de unos 150 o 200 habitantes, situada a medio camino de Chorrillos a Miraflores, i lugar de baños concurrido en los meses de verano por algunas familias de Lima, pero completamente desierta en esos momentos. Se sabia que esa aldea estaba sembrada de minas i de bombas automáticas, de tal suerte que constituia un pe-

ligro inminente para los soldados desprevenidos que quisieran entrar al pueblo, i mayor todavía en el caso probable de un nuevo combate. En la imposibilidad de desmontar esas minas, los soldados chilenos, tomando todas las precauciones del caso, allegaron fuego a los edificios poco ántes de amanecer, i el incendio hizo desaparecer en poco tiempo esa pequeña poblacion que el dictador peruano habia convertido en máquina esplosiva.

Habia, sin embargo, motivos para creer que no tendria lugar un segundo combate. Era verdad que Piérola no habia recibido al parlamentario enviado por el jeneral Baquedano, pero tampoco se habia negado a tratar. Léjos de eso, habia declarado que estaba dispuesto a oir proposiciones de paz. Pero se habia pasado el dia entero sin que el dictador peruano quisiese manifestar que comprendia la verdad de su situacion.

A media noche se presentó en el campamento chileno un emisario con pliegos para el jeneral Baquedano. Lo enviaba el ministro plenipotenciario de la república de Salvador, decano del cuerpo diplomático de Lima. Decia en ellos que él i los ministros de Francia i de Inglaterra tenian encargo de sus colegas de pasar al cuartel jeneral a tratar un asunto urjente e importante, i que, en consecuencia, pedian que se les señalara la hora en que pudiesen pasar al campamento chileno a desempeñar aquella comision. Siendo mui avanzada la noche, el jeneral Baquedano contestó que la conferencia podria tener lugar a las siete de la mañana siguiente.

Como se ve, los ministros diplomáticos iniciaban esta

negociacion, al parecer, por su propia cuenta i como si obraran por su sola inspiracion. Las cosas, sin embargo, habian pasado de mui distinta manera, como vamos a referirlo con la ayuda de las primeras revelaciones que se han hecho sobre estos sucesos.

En el campamento peruano de Miraflores se habia pasado la tarde del 13 de enero i todo el dia 14 en preparativos militares, distribuyendo las tropas salvadas de la derrota al lado de los cuerpos de la reserva, colocando mas artillería en los bastiones, i tomando otras medidas para la resistencia. Se sabia que el dictador se habia negado a recibir al parlamentario chileno, pero en los corrillos de los oficiales no se hablaba mas que de la necesidad de capitular. «Lo cierto es, escribe un oficial de la reserva peruana, en la relacion que hemos citado en el capítulo anterior, que la voz jeneral estaba porque se llegase lo mas pronto a una solucion pacífica, que debiamos someternos a nuestra suerte de vencidos, que bastante sangre habia corrido i que era locura sacrificar tan preciosas vidas.

«Oíanse en cada grupo estas consideraciones poco mas o ménos, cuando se esparció la noticia de que iba a reunirse junta de comandantes jenerales esta tarde misma, para decidir si se podia o no resistir con probabilidades de buen éxito. Exitaba la curiosidad de todos, los juicios que de nuestra situacion iba a espresar cada uno de los jefes que habian en parte contribuido a ella. Nos prometimos, pues, hacer lo posible para presenciar la sesion, o por lo ménos no perder nada de lo que en ella se dijese.

«En efecto, no tardaron en llegar de sus divisiones i

reunirse los jenerales Montero, Buendia i Segura; los coroneles Dávila, Montero, Cáceres, Suarez, Iglesias, Noriega, Figari, Pereira, Derteano, Correa i Santiago, La Fuente, Echeñique i muchos otros cuyos nombres se me escapan. (La conferencia tuvo lugar en una casa del pueblo de Miraflores en que estaba hospedado el dictador). Se formó en el salon un gran círculo. Se mandó despejar los corredores i cerrar herméticamente las puertas. De nuestro escondite, oíamos claramente la voz de S. E.

«Comenzó por esponerles, que los habia reunido no para conocer sus ideas personales sobre la situacion, ni si estaban listos para dar su vida si necesario fuera, de lo que no dudaba, sino para que le manifestaran el espíritu que animaba a las tropas i si podian éstas hacer una séria resistencia; añadiendo que, como condicion previa para entrar en negociaciones de paz, exijia el jeneral chileno la entrega inmediata de la línea de Miraflores, con todos sus reductos i defensas, pero que él rechazaba tan humillante proposicion. Tres o cuatro de los jefes opinaron porque la tropa estaba mui desalentada e incapaz de sostener diez minutos de combate.»

Un coronel, entre otros, espresó con grande enerjía que todo intento de resistencia seria dar un dia mas de vergüenza a las armas peruanas, i al vencedor una fácil victoria. El testigo que ha hecho estas importantes revelaciones, no pudo saber el resultado de aquella deliberacion. La junta de guerra se terminó a las siete de la noche. A esa hora habian llegado a Miraflores algunos miembros del cuerpo diplomático de Lima. Comieron éstos en la mesa del dictador, i quedaron conferencian-

do con él sobre la situacion de la capital. Es indudable que ellos se ofrecieron para interponer sus buenos oficios cerca del vencedor para evitar al Perú otro dia de sangre i de derrota, i es tambien indudable que Piérola aceptó su jeneroso ofrecimiento a condicion de que el enemigo no supiese que él habia solitado la mediacion. Aun en medio de aquel espantoso desastre, el dictador peruano queria conservar las apariencias de altanero orgullo que habia caracterizado su desgraciada administracion. Aunque no se conocen los pormenores de aquella conferencia, se sabe que de allí salió la nota que en esa misma noche dirijió al jeneral Baquedano el decano del cuerpo diplomático de Lima.

En la mañana siguiente (15 de enero), precisamente a la hora convenida, llegaba al campamento del estado mayor chileno, situado en las inmediaciones de Chorrillos, un tren estraordinario llevando bandera blanca. Bajaron de él los ministros plenipotenciarios del Salvador, de Francia i de Inglaterra. El jeneral Baquedano los recibió en conferencia particular, teniendo a su lado al ministro de la guerra don José Francisco Vergara, al secretario jeneral de ejército don Eulojio Altamirano, a don Joaquin Godoy i a don Máximo R. Lira, que desempeñaban cargos de confianza cerca del jeneral en jefe.

Durante los primeros momentos, la conferencia versó sobre asuntos estraños al verdadero objeto que la habia provocado. Los diplomáticos estranjeros tenian el honroso propósito de evitar mayor efusion de sangre, i de salvar al Perú de una nueva i mas innecesaria derrota; pero querian tambien evitar todo paso que pudiera las-

timar la vanidad nacional de los vencidos. Comenzaron por manifestar que el propósito que los llevaba allí, era pedir garantías para los muchos i valiosos intereses estranjeros radicados en Lima, así como para las personas de los neutrales. El jeneral Baquedano contestó que estaba dispuesto a respetar los intereses i personas de los neutrales, en cuanto fuese conciliable con las necesidades de las operaciones militares i con el lejítimo ejercicio de los derechos de belijerante. «Así, dijo el jeneral chileno, si el gobierno del Perú se obstina en hacer de la capital un centro de resistencia, yo estoi autorizado i resuelto a romper sobre ella las hostilidades sin conceder plazo alguno.»

Pero este no era el objeto verdadero de la conferencia. Cuando se hubo tratado este asunto, los plenipotenciarios estranjeros indicaron que talvez les seria fácil inducir al gobierno peruano a abrir negociaciones. Al dar un paso de esta naturaleza, ellos deseaban saber cuales eran las condiciones que exijiria Chile, para comunicarlas al dictador. A fin de hacer provechosas i prácticas estas negociaciones, convendria estipular un armisticio. En todo caso, se agregó, se podria negociar bajo la mediacion de la diplomacia estranjera.

Pero los chilenos no podian ni debian tratar en otro carácter que él de vencedores. El jeneral Baquedano contestó inmediatamente a este ofrecimiento, con la rectitud i la entereza que habia demostrado en toda la campaña, sin apelar a ambigüedades ni a disimular sus intenciones. Declaró de todo punto inaceptable en aquellas circunstancias la mediacion de los diplomáticos de Lima. Manifestó que en ningun caso entraria a tratar

con el enemigo si en el mismo dia no se le entregaba incondicionalmente la plaza del Callao, i que no acordaba mas plazo para recomenzar las hostilidades, que hasta las dos de la tarde de ese mismo dia, tiempo suficiente para que el dictador del Perú resolviese si queria aceptar o no la condicion anterior. Instado nuevamente por los diplomáticos estranjeros, el jeneral, por un acto de deferencia hácia ellos, accedió a ampliar ese plazo hasta las doce de la noche. Su compromiso se redujo a no romper los fuegos ántes de esa hora; pero esta simple suspension de hostilidades no obligaria a los ejércitos belijerantes a permanecer inmóviles en los puntos que ocupaban. Léjos de eso, el jeneral Baquedano declaró qne cada uno de ellos podria efectuar los movimientos de tropas que creyere convenientes. Los tres ministros diplomáticos volvieron a Miraflores a las diez de la mañana, despues de prometer que trasmitirian a Piérola las condiciones que exijia el jeneral chileno para entrar en negociaciones.

El dictador peruano seguia, entre tanto, tomando todas las medidas convenientes para robustecer su línea de fortificaciones. A las tropas que formaban la reserva, se habian unido, como hemos dicho, los cinco o seis mil hombres salvados de la derrota del dia 13. Piérola, ademas, hizo salir del Callao en esa mañana unos dos mil hombres de su guarnicion, i parecia resuelto a presentar una segunda batalla apesar del desaliento de algunos de los jefes que estaban bajo sus órdenes. Fuera de un corto tiroteo de avanzadas, provocado por las tropas peruanas durante la conferencia que ya hemos referido, no hubo ningun acto de hostilidad; i en los dos campos se

creia jeneralmente que las negociaciones entabladas llevarian las cosas a un arreglo pacífico.

Cuando los ministros estranjeros llegaron al campamento de Miraflores, encontraron a Piérola acompañado por los almirantes Sterling i Du Petit Thouars, jefes de las estaciones navales de Inglaterra i de Francia, que parecian igualmente interesados en recomendar que se evitara una nueva batalla. Al saber la contestacion que daba el jeneral chileno a las proposiciones de los diplomáticos, Piérola se abstuvo de dar una respuesta definitiva, pero siguió dictando sus órdenes militares. «Lo positivo es, dice el oficial peruano que ha referido estos hechos, que si Piérola se hubiese dejado arrastrar por consejos i opiniones que pocos tenian circunspeccion para silenciar delante de él, se habria hecho la paz en ese dia.» Dos horas despues, Piérola se retiraba a almorzar en compañía de aquellos altos funcionarios estranjeros.

El jeneral Baquedano estaba persuadido de que sus proposiciones serian aceptadas por el gobierno peruano. No podia imajinarse que éste quisiera esponer sus reservas al peligro inminente de un seguro desastre, empeñando un nuevo combate con el ejército vencedor, repuesto ya de sus fatigas anteriores, i ademas engrosado con un pequeño continjente de tropas de refresco (1). Sin embargo, queriendo estar prevenido para todo evento, poco despues de terminada su conferencia con los

(1) El 14 de enero llegaron por mar al campamento chileno las tropas de infantería i de caballería que en número de 800 hombres habia dejado en Pisco el jeneral Baquedano. Estas fuerzas, amenazadas a principios de enero por las montoneras que el prefecto Zamudio habia reunido en Humay, al interior del valle de Pisco, salieron en su perse-

diplomáticos estranjeros, se adelantó con el jefe de estado mayor a reconocer las posiciones enemigas i a observar el terreno en que deberia estender la línea de batalla del ejército chileno (2). Mandó en seguida que sus divisiones se preparasen para tomar las nuevas posiciones; pero como en virtud del armisticio concedido al enemigo, las hostilidades no se podian romper sino despues de las doce de la noche, se dejó ese movimiento para mas tarde, pensando sin duda ocultar a los peruanos la situacion definitiva que ocuparia el ejército de Chile. Solo unos 4,500 hombres de la tercera division, avanzaron algo mas, i fueron a colocarse en línea enfrente de la derecha de las posiciones peruanas. La artillería de campaña se habia situado un poco mas a retaguardia.

cucion i las destrozaron i dispersaron, escarmentándolas severamente para que no volvieran a reunirse. Pocos dias despues, recibieron órden de marchar al norte a juntarse con el ejército que operaba sobre Lima, pero no alcanzaron a llegar a tiempo para tomar parte en la batalla del dia 13.

(2) Aunque en el capítulo VIII de este libro hemos hecho una descripcion sumaria de las posiciones de Miraflores, que el lector comprenderá mejor a la vista del mapa que acompaña nuestra relacion, queremos reproducir aquí, para la mas completa intelijencia, las líneas en que las describe con toda claridad el parte oficial del jefe de estado mayor chileno don Márcos 2.° Maturana. Dice así:

«El ejército peruano se encontraba fuertemente establecido en el campo atrincherado de Miraflores, apoyando su derecha al mar i estendiéndose hácia su izquierda como cinco a seis quilómetros en direccion a Monterrico Chico, donde tenia posiciones artilladas con cañones de grueso calibre. Toda la línea formaba un cordon no interrumpido de trincheras hechas de los tapiales de cierro del campo, aspillerados en toda su estension para que la infantería pudiese disparar sin ser vista, i apoyados fuertemente por formidables reductos guarnecidos por artillería e infantería i situados de distancia endistancia, a mil metros mas o ménos uno de otro de derecha a izquierda. Estos atrincheramientos estaban ademas defendidos por anchas i profundas zanjas que impedian el acceso a las trincheras, sin contar todavía con las minas automáticas que aquí, como en el campo de Chorrillos, cubrian el frente, flancos i retaguardia de la posicion. Finalmente, apo-

Desde el lugar que ocupaba el jeneral Baquedano, se distinguia perfectamente un gran movimiento de tropas en el campamento peruano. Llegaban de Lima trenes cargados de soldados, que componian la guarnicion del Callao, i éstos acudian a los bastiones i reductos a formar una línea de batalla sólida i espesa. A la una del dia, el ejército peruano estaba perfectamente preparado para el combate. De Lima se comunicaba a esas horas al prefecto del Callao el siguiente despacho telegráfico: «Del ferrocarril de Miraflores participan que dentro de pocos momentos comenzará el combate. La línea tendida solo espera la órden de hacer fuego. Mucho entusiasmo.—*Velasco.*» Piérola habia querido equilibrar sus fuerzas con las del enemigo atacando a éste de sorpresa, durante un armisticio, i cuando creia que estando diseminadas las divisiones del ejército chileno, seria fácil destrozarlas aisladamente.

El jeneral Baquedano observaba impasible todos los movimientos del enemigo. Su alma honrada i leal no acertaba a comprender que Piérola pudiera cometer la felonía de violar un armisticio. Algunos de los jefes que acompañaban a Baquedano, no cesaban de representarle el peligro que envolvian aquellos aprestos; pero él contestaba a todos comunicándoles su confianza. «Los peruanos, decia a unos, toman sus posiciones para la batalla de mañana. Mañana se las quitaremos.» «Es posible, decia a otros, que el enemigo quiera hacer ostentacion

yaban tambien aquel campo atrincherado la batería de costa de Miraflores, situada un poco a vanguardia de la poblacion del lado del mar, i las baterías altas de los cerros de Monterrico, Valdivieso, San Bartolomé i San Cristóbal, todos armados de gruesos cañones de largo alcance, cuyos fuegos dominaban la campiña en toda su estension.»

de sus fuerzas para arrancarnos condiciones mas favorables en la capitulacion que de un momento a otro tendrá que celebrar.» I en esta confianza honorable, pero de que era indigno el enemigo poco escrupuloso que tenia delante, se limitó a seguir disponiendo lo conveniente para la marcha de las otras divisiones de su ejército, a fin de tenerlas listas para el dia siguiente.

Hallábase el jeneral chileno a la derecha de la línea que formaba la tercera division, cuando poco despues de las dos de la tarde, de repente, i sin que nada anunciase la proximidad del combate, cayó sobre esta línea una lluvia de balas de rifle i de proyectiles de cañon lanzados de los bastiones i reductos de los peruanos. Creyendo que aquel fuego de las posiciones enemigas fuese solo el efecto de una equivocacion momentánea, el jeneral Baquedano i los jefes que estaban a su lado, dieron órden de no contestarlo, i aun hicieron cesar él de algunas compañías que ya lo habian comenzado. Al cabo de pocos minutos ya no cupo duda sobre la verdad de la situacion. Las tropas peruanas que acababan de llegar del Callao, emprendian un combate en regla, i las seguia toda la línea. Era aquella una verdadera batalla que se iniciaba para los chilenos bajo las condiciones mas desfavorables i terribles, la batalla de una division de 4,500 hombres escasos, contra un ejército de quince mil soldados que ocupaban sólidos bastiones i reductos (1).

(1) Algunos dias despues de la batalla, Piérola trató de justificar su conducta sosteniendo en una nota dirijida a los diplomáticos de Lima, que fueron los chilenos quienes rompieron los fuegos en la batalla. Para no aceptar esta aseveracion, que no descanza mas que en su propio testimonio, he tenido en cuenta algunas graves consideraciones

En efecto, hubo un momento en que las tropas que formaban esa division, debieron creerse definitivamente perdidas por aquel ataque tan desigual e inesperado. Pero el coronel don Pedro Lagos, que mandaba allí, desplegó en el peligro la misma resolucion i la misma

que pesarán sin duda en el ánimo del lector. 1.ª A la una del dia, es decir una hora ántes del ataque, la línea peruana estaba tendida i esperaba la órden de romper los fuegos, como se ve por el despacho telegráfico dirijido al prefecto del Callao, i que hemos insertado mas atras. 2.ª El jeneral Baquedano, sobre todo despues de su triunfo del dia 13, tenia tanta confianza en la superioridad de sus tropas, que creia fundadamente que los restos del ejército del Perú no podrian ni siquiera presentarle una nueva batalla, i esperaba que éstos se rindieran sin combatir. No es, pues, admisible que en esas condiciones hubiese querido violar el armisticio que él mismo habia concedido al enemigo. 3.ª Aun dado el caso de que hubiera querido violar el armisticio, habria elejido para ello un momento favorable, en que hubiese tenido reunido todo su ejército, i no aquel en que solo podia disponer de poco mas de cuatro mil hombres, es decir el momento único en que el enemigo podia obtener una victoria, como estuvo a punto de obtenerla por la sorpresa del ataque.

Conviene ademas advertir que la aseveracion de Piérola atribuyendo al ejército chileno la violacion del armisticio, solo consta de su nota al cuerpo diplomático de Lima, fechada en Canta el 20 de enero. Las relaciones peruanas que se han publicado hasta la fecha no contienen tal afirmacion. Pero hai mas todavía. Se han dado a luz dos cartas de Piérola en que refiere las batallas que tuvieron lugar alrededor de Lima, i otros documentos en que hace referencia a estos sucesos, i en ninguno de ellos atribuye a los chilenos la violacion del armisticio. Permítasenos reproducir aquí un fragmento de una carta escrita por Piérola el 21 de enero, i publicada por *La Estrella* de Panamá. Dice asi:

«A pesar de haber reunido yo, de nuestro lado, cuantos elementos puede, i a pesar de que juzgué con ellos asegurado el triunfo, buena parte de nuestras tropas se vió envuelta en las colinas de Villa i San Juan, posiciones oportunamente elejidas, i el 13 del presente fuimos batidos allí con enormes pérdidas.

«Yo logré escapar milagrosamente, i, como fué posible, detener los restos de nuestras desbandadas tropas en la línea de atrincheramientos de Miraflores a Ate. Con ellos i con la reserva de Lima, al mismo tiempo que cerrábamos el paso a las fuerzas chilenas destacadas por la Rinconada, dimos el 15 una segunda batalla, entre Miraflores i la Calera, que duró desde poco ántes de las dos de la tarde hasta las seis.»

sangre fria que habia demostrado en toda la campaña. Desde el primer momento, i apesar del vivo fuego que recibian sus soldados, tendió perfectamente su línea, i organizó la resistencia, dispuesto a mantenerse en ese lugar, sin retroceder un solo paso, i costara lo que costase, hasta el arribo de las otras divisiones del ejército chileno. El combate se empeñó, pues, resueltamente para impedir todo avance del enemigo fuera de sus posiciones fortificadas.

La noticia del armisticio se habia comunicado a la escuadra, i su jefe, el contra-almirante Riberos, habia bajado a tierra, en la confianza de que ese dia no tendrian nada que hacer los cañones de sus buques. Pero al saber que el armisticio habia sido violado por los peruanos, volvió apresuradamente a bordo, i mandó que la artillería de mar batiese sin descanso el flanco derecho de los agresores. Gracias a esta eficaz ayuda, la batalla pudo equilibrarse un poco, i sostenerse por mas de una hora.

Miéntras tanto, el jeneral Baquedano redoblaba sus órdenes para que avanzasen las otras divisiones de su ejército i para que acudieran en ausilio de las fuerzas empeñadas en el combate. El enemigo salia de sus parapetos por la izquierda de su línea, con intencion de envolver por el flanco derecho a la division chilena. Algunas compañías de tiradores de esta division, mandadas por el coronel don Martiniano Urriola, lograron contener este ataque, dando tiempo a que ese flanco fuera reforzado. Al fin, llegaron los cuerpos de la reserva, mandados por el teniente coronel don Arístides Martinez, i luego algunos batallones de la primera divi-

sion, que, bajo las órdenes de Lynch, avanzaban de Chorrillos a paso de carga. La defensa de la línea chilena se hizo desde entónces sólida i resistente. Un rejimiento de caballería, mandado por el teniente coronel don Manuel Búlnes, hizo retroceder las fuerzas peruanas que amagaban el flanco derecho de los chilenos.

Pero no bastaba rechazar el desleal ataque del ejército peruano: era tambien necesario dar a éste el golpe mortal i definitivo. El coronel Lagos reune algunos de sus destrozados batallones, i los lanza resueltamente al asalto de las fortificaciones enemigas. Hasta entónces era la estrema derecha de la línea peruana la que mas habia sufrido en las primeras horas de la refriega. Batida de frente por la division chilena, i de flanco por los fuegos de la escuadra, esa ala parecia vacilar. La impetuosa carga ordenada por el coronel Lagos i ejecutada resueltamente por los comandantes Barceló i Fuenzalida, obligó al enemigo a ceder la primera línea de sus posiciones. Pero a espaldas de éstas quedaba todavía otra línea de fortificaciones mas formidables aun, i que puso una resistencia mucho mas tenaz. A una señal de Lagos, la escuadra suspende sus fuegos para no dañar a los soldados chilenos; i los infantes se lanzan a la bayoneta destruyendo todos los obstáculos que encuentran a su paso i barriendo las fuerzas peruanas que comenzaban a desmoralizarse. Ocupadas esas importantes posiciones, los batallones de Lagos avanzan hasta el pueblo de Miraflores, donde habia estado el cuartel jeneral del enemigo, i arrollan a su paso toda resistencia. Temiendo fundadamente que este pueblo pudiese convertirse en lugar de retirada de los dispersos peruanos en las peripe-

cias subsiguientes del combate, i que llegase en la noche a ser el teatro de una resistencia análoga a la de Chorrillos, los soldados chilenos le prendieron fuego por varias partes; i, sin darse un momento de descanso despues de tantas fatigas, marchan resueltamente a atacar por el flanco derecho el centro del enemigo.

Eran las cuatro i media de la tarde, i la faz de la batalla habia cambiado casi por completo. Lagos, sin embargo, iba a encontrarse en este segundo ataque con tropas que habian sufrido ménos, i que por su número habrian podido envolver a la esquilmada division que los acometia. Pero los cuerpos de la reserva i los que formaban la primera division chilena, viendo que se acercaba el momento decisivo de la jornada, se lanzan por el frente al ataque de las posiciones del centro enemigo, con el empuje que sabian imprimirles los comandantes Martinez i Lynch. Estas fuerzas, ántes de llegar a los parapetos de los peruanos, tenian que atravesar un terreno sembrado de minas i de bombas automáticas. Muchas de ellas, en efecto, estallan bajo sus piés; pero nada las detiene un instante; i saltando sobre las trincheras peruanas, arrollan en pocos momentos a bala i bayoneta toda resistencia, i se apoderan de aquella parte de la línea. Las tropas enemigas, acometidas por el flanco por la division de Lagos, i de frente por los cuerpos de Martinez i de Lynch, no pudieron resistir largo tiempo, i se vieron forzadas a abandonar sus parapetos i bastiones dejando en ellos setenta cañones de todos calibres, i un crecido número de fusiles. Dos rejimientos de caballería chilena lanzados al ataque, terminaron la dispersion del enemigo hasta donde les permitieron avanzar las

tapias que cerraban los campos vecinos. A las seis de la tarde, todo el campo de batalla estaba en poder de los chilenos.

En esta jornada, el dictador Piérola demostró la misma incapacidad militar que habia probado en Chorrillos. Al iniciarse el combate, salió apresuradamente del pueblo de Miraflores; i dejando a los jefes que estaban a sus órdenes el cuidado de sostener la pelea en la derecha, fué a colocarse a la izquierda de su línea de defensa, donde su persona no corria peligro. Sus subalternos lo han acusado mas tarde de haber permanecido allí turbado i confundido, sin acertar a dar una sola órden. En efecto, los esfuerzos hechos por los cuerpos peruanos de esa ala para envolver al ejército chileno, fueron débiles i mal dirijidos, dando tiempo a que entrasen en batalla las divisiones de Lynch i de Martinez, que decidieron la victoria.

Las fuerzas peruanas que habian sostenido el combate, eran en su mayor parte las tropas de línea, que habian llegado esa mañana del Callao, i los cinco o seis mil hombres que salvaron de los desastres de San Juan i de Chorrillos. En esas fuerzas estaban enrolados muchos jóvenes estraños ántes de ahora al servicio militar, i que en el peligro demostraron gran valor. Los cuerpos de la reserva de Lima con que se habia hecho tanto ruido desde seis meses atras, estaban formados en la estrema izquierda de las posiciones peruanas bajo las órdenes del coronel Echeñique. Solo unos dos mil hombres de esa reserva entraron en la pelea, i se batieron con el mismo denuedo que el ejército de línea. El dictador Piérola habia creido notar ese dia que aquellos cuerpos

tenian mas deseos de volver a Lima que de combatir, i se abstuvo de hacerlos marchar a la pelea, prefiriendo que guarneciesen aquella ala de su línea, a una distancia considerable del teatro de la lucha. El mismo dictador ha asumido la responsabilidad de esta determinacion, justificando así la conducta de los jefes de esas fuerzas, a quienes se acusaba en Lima de cobardía i casi de traicion. Aquellos cuerpos, sin embargo, habrian tardado mucho para llegar al lugar de la batalla, i probablemente no habrian servido para otra cosa que para acelerar la dispersion del ejército, desmoralizado i quebrantado por el vigoroso ataque de las divisiones chilenas, que seguian engrosándose con las tropas que llegaban de San Juan i de Chorrillos. Así, pues, la mayor parte de la reserva se replegó sobre Lima sin disparar un tiro.

Cuando la batalla estaba a punto de terminarse, i cuando desaparecia la luz del dia, llegaba de Lima por la vía férrea un tren de carros blindados. Conducian éstos tropas de refresco con cañones i ametralladoras que hacian fuego desde las plataformas. Este refuerzo alcanzó a llegar hasta cerca del pueblo de Miraflores; pero el coronel Lagos, que se encontraba allí, tomó en el acto sus disposiciones para rechazar este último i desesperado ataque. Algunos de sus cañones rompieron de frente el fuego sobre el tren. Al mismo tiempo mandó que unas cuantas compañías de infantería corrieran a colocarse por sus flancos para impedir que los asaltantes pudieran bajar de los carros que ocupaban. A la vista de esta resistencia, el tren de carros blindados se volvió precipitadamente a Lima, como lo habia hecho en la batalla

de Chorrillos. Así, pues, esta máquina de guerra, en que se habian fundado tantas esperanzas, no sirvió de nada en toda la campaña.

La victoria de Miraflores costaba al ejército chileno dolorosas pérdidas, 499 muertos i 1,625 heridos, pertenecientes casi en su totalidad a las divisiones tercera i primera, que eran las que habian tomado la parte principal en la batalla. Figuraban entre los muertos algunos oficiales de distincion, el coronel don Juan Martinez, que habia hecho con gran lustre toda la campaña al mando del rejimiento movilizado de Atacama, i el comandante don José María Marchant, que cayó peleando valientemente al frente de sus soldados.

Pero estas pérdidas, por dolorosas que fuesen, estaban indemnizadas de sobra con el resultado de la jornada. El ejército de Chile, atacado por sorpresa i durante un armisticio, habia revelado mas que en ninguna otra ocasion, su solidez i su disciplina, i convirtió en la mas espléndida victoria una batalla que segun todos los antecedentes, debió haber sido una desastroza derrota. Aun puede decirse que jamas victoria alguna fué mas absoluta i decisiva. El ejército derrotado, como vamos a verlo, desapareció por completo, i para no volver a juntarse mas. Dejaba en el campo de batalla mas de dos mil muertos i heridos (1), un considerable número de prisioneros, toda

(1) No sabemos que circunstancia dió oríjen a que en los dias subsiguientes a estas batallas se contara que en el ejército peruano servia un batallon de voluntarios italianos, i que este cuerpo habia sido pasado a cuchillo por los soldados chilenos durante el combate, segun unos, despues de la victoria, segun otros. Esta noticia fué publicada en alguno de los diarios de Chile, i trasmitida por el telégrafo a Buenos Aires donde los residentes italianos son mui numerosos. Indignados éstos por la matanza de sus compatriotas, celebraron una reu-

su artillería i gran parte de sus fusiles. Los fujitivos que salvaron de la derrota, aunque formaban la mayoría del ejército, i aunque la oscuridad de la noche, i las tapias que cerraban el campo en diversos sentidos no habian permitido perseguirlos tenazmente, corrian penetrados de que no habia posibilidad de oponer una nueva resistencia al ejército vencedor.

En Lima se esperaban con la mayor ansiedad las noticias de la batalla empeñada a las puertas de la ciudad. Los boletines que se repartian cada hora anunciaban los accidentes del combate, o mas bien de un combate imajinario, en que los chilenos perdian terreno i debian sufrir la mas espantosa derrota. A las tres de la tarde se publicaban como telegrama llegado de Miraflores las palabras siguientes: «Jeneral Baquedano prisionero. Todo va espléndidamente.» Dos horas mas tarde se anunciaban con la firma de don Aurelio García i García, secretario jeneral de Piérola, los progresos de la imajinaria victoria en estos términos: «El batallon de marina rompió la línea enemiga. Paseó victorioso la quebrada de Barranco i volvió a su puesto. Triunfamos. Tres veces rechazado el enemigo, i la tercera en completo desórden, para no volver. Reserva espléndida.»

Cuando se apagaban los fuegos del combate, muchas jentes que habian creido esos boletines de victoria, sa-

nion para protestar contra la supuesta barbárie de los chilenos. El ministro plenipotenciario del Perú aprovechó esta ocasion para pronunciar un discurso lleno de los insultos mas atrabiliarios contra Chile i los chilenos. Luego se supo que no habia habido tal cuerpo de voluntarios italianos, i que por tanto la matanza de que se hablaba, i con que se habia hecho tanto ruido en la prenta i en los meetings, era una pura invencion esplotada por los ajentes del Perú para buscar simpatias a su causa.

lieron de la capital a saludar a los vencedores, i a gozar de la satisfaccion del triunfo. Momentos mas tarde volvian envueltos en el desordenado torbellino de los fujitivos, i corrian a asilarse en las legaciones estranjeras, en los conventos i en otros lugares que, segun pensaban, respetaria el vencedor. Las tropas salvadas del desastre no obedecian a nadie. Dominadas por el terror, no pensaban mas que en buscar su salvacion en la fuga. No habria habido poder humano capaz de darles aliento i cohesion, ni siquiera para retirarse en cuerpos ordenados.

Piérola llegó tambien a Lima a las siete de la noche. Abandonaba el campo de batalla en la mas espantosa confusion, en medio del desordenado tropel de fujitivos que no reconocian a sus jefes ni obedecian a la voz de nadie. Aunque el jefe supremo del Perú hubiese estado dotado de talentos militares, de que carecia por completo, habria tenido que renunciar a todo proyecto de una tercera resistencia. El mismo ha referido en el documento que hemos citado anteriormente, la imposibilidad en que se halló de organizar la defensa de la capital.

«Preparada tenia yo ciertamente i mui de antemano, dice allí, una tercera línea de combate con el apoyo de San Cristóbal, San Bartolomé, el Pino i la plaza del Callao. Pero tal propósito se fundaba en el natural supuesto de que en las dos anteriores líneas de Chorrillos i Miraflores (en el desgraciado, aunque de todo punto inesperado caso, de ser en ellas vencidos) nos quedasen fuerzas suficientes para obrar con ellas sobre los restos del ejército vencedor, sea que éste se decidiese a cometer el Callao, sea que prefiriese estacionar en el llano su arti-

llería para bombardear la capital. Semejante caso se hizo evidentemente impracticable por la calidad i estado de nuestras tropas... La dolorosa esperiencia de las batallas del 13 i del 15, batallas que no se perderian en parte alguna del mundo, i el estado de las fuerzas que quedaban en la noche del 15, no permitian pensar en una nueva resistencia.» Para ser completamente exacto, Piérola debió decir que si él o algun otro jefe hubiera querido defender a Lima, no habria encontrado oficiales ni soldados que le obedeciesen, tan grandes eran el desórden i el desaliento que reinaban en la ciudad, i tan espantosa i absoluta la desorganizacion de su ejército.

Refiere ademas Piérola en aquella carta que esa misma noche tomó muchas medidas para el desarme de sus tropas, para la destruccion de los buques que estaban en el Callao, i de las fortificaciones de esta plaza i de Lima, i para la conduccion de armas al interior. La verdad es que el dictador solo permaneció cuatro horas en la capital; i que era tal el desórden i el desbarajuste que existia alrededor de él, que ni siquiera pudo recojer su correspondencia, ni los archivos públicos llenos de documentos secretos i mui compromitentes, que dejó abandonados i que cayeron en manos del vencedor. A las once de la noche salia de la capital acompañado por mas de doscientas personas, casi todos empleados civiles i militares, i se dirijia a caballo a Canta para buscar un asilo en la sierra. Detras de él quedaban Lima i el Callao abandonados al enemigo, i mas aun que al enemigo, a un populacho desenfrenado cuyas malas pasiones exitadas por la prensa de la dictadura, iban a dar al Perú dias de lágrimas i de vergüenza.

Esa misma noche, i a las mismas horas, el jeneral Baquedano despachaba a Lima un emisario con pliegos para el decano del cuerpo diplomático. Anunciábale que la ruptura del armisticio por el ejército peruano lo desligaba de todo compromiso contraido en favor de la capital, i le devolvia su libertad de accion para proceder rigorosamente contra ella. En esta virtud, principiaria en poco tiempo mas el bombardeo de la ciudad hasta obtener su rendicion incondicional. Pero ántes que esta comunicacion llegara a su destino, el cuerpo diplomático residente en Lima pedia al jeneral chileno una nueva conferencia para tratar de la suerte de la capital. Accediendo a esta peticion, el jeneral Baquedano acordó que la entrevista tuviera lugar el 16 de enero a las doce del dia, en el cuartel jeneral del ejército chileno, situado en los alrededores de Chorrillos.

Poco mas tarde de la hora fijada, se presentaron en el campamento los ministros plenipotenciarios de Francia i de Inglaterra, los almirantes de esas dos naciones, i el jefe de la estacion naval italiana, todos los cuales acompañaban a don Rufino Torrico, alcalde de la municipalidad de Lima. El jeneral Baquedano, por su parte, tenia a su lado al ministro de la guerra don José Francisco Vergara i al secretario jeneral de ejército don Eulojio Altamirano. La conferencia, celebrada con toda dignidad, sin cargos ni recriminaciones de ninguna clase, condujo en poco tiempo a una solucion definitiva.

El alcalde Torrico comenzó por esponer que la ciudad de Lima no se hallaba en estado de defenderse, que sus habitantes estaban convencidos de la inutilidad de cualquiera resistencia, i que en representacion de ellos venia

a tratar de su entrega al jeneral vencedor. Pedia solo el plazo de veinticuatro horas para efectuar el desarme de los últimos restos del ejército peruano. El jeneral Baquedano concedió ese plazo, declarando que tomaria posesion de la ciudad sin someterse a ninguna condicion, pero que cuidaria de hacer conservar el órden por medio de las tropas que la ocupasen. Esta estipulacion fué consignada en el acta que se levantó en el mismo dia (1). El alcalde Torrico, ademas, ofreció interponer su influencia personal cerca de la autoridad militar del Callao, a fin de impedir una resistencia que no podria conducir a otro resultado que a una inútil efusion de sangre.

Pero, desgraciadamente la entrega de aquellas dos ciudades no pudo efectuarse sin que desórdenes mucho mas terribles que los mismos combates hubieran

(1) Hé aquí el acta en que se estipuló la entrega incondicional de Lima:

«En el cuartel jeneral del ejército chileno en Chorrillos, se presentaron el 16 de enero de 1881, a las dos de la tarde, el señor don Rufino Torrico, alcalde municipal de Lima; su S. E. el señor de Vorges, enviado estraordinario i ministro plenipotenciario de Francia; S. E. el señor Spencer St. John, ministro residente de su Majestad Británica; el señor Stirling, almirante británico; el señor Du Petit Thouars, almirante frances, i el señor Sabrano, comandante de las fuerzas navales italianas.

«El señor Torrico hizo presente que el vecindario de Lima, convencido de la inutilidad de la resistencia de la plaza, le habia comisionado para entenderse con el señor jeneral en jefe del ejército chileno respecto de su entrega.

«El señor jeneral Baquedano manifestó que dicha entrega debia ser incondicional en el plazo de 24 horas pedido por el señor Torrico para desarmar las fuerzas que aun quedaban organizadas. Agregó que la ciudad seria ocupada por fuerzas escojidas para conservar el órden.—(Firmados.)—*Manuel Baquedano.—R. Torrico.—E. de Vorges.—J. F. Vergara.—B. du Petit Thouars.—Spencer St. John.—E. Altamirano.—J. Sabrano.—J. H. Stirling.—M. R. Lira*, secretario.»

ensangrentado sus calles. Despues de la derrota, algunos cuerpos del ejército peruano habian depuesto las armas; pero otros se habian dispersado con sus fusiles, en Lima i en sus alrededores, cometiendo en todas partes algunas depredaciones. En la capital i en el Callao, los soldados se quejaban de sus jefes acusándolos de cobardía; i repitiendo en todas partes que en esta desastrosa guerra solo el pueblo pobre se habia mostrado resuelto a sacrificarlo todo por la defensa de la patria. Las personas acaudaladas, se decia, se habian sustraido al servicio militar, habian huido cobardemente, i habian negado a la causa de la defensa nacional el concurso de sus tesoros mal habidos. Era aquel el fruto natural de la propaganda insensata que los escritores de la dictadura peruana habian hecho contra las jentes de fortuna que, como hemos dicho ántes, no formaban en las filas del partido que apoyaba a Piérola.

«Al caer la tarde del 16 de enero, pudo presajiarse la tormenta que iba a desatarse sobre Lima. Grupos siniestros comenzaban a recorrer las calles, amenazando a los transeuntes i enrostrando a todos, los sacrificios que habian hecho por el Perú.

«Alentados mas tarde por el licor que les daban sus cabecillas, i sobre todo por la seguridad de quedar impunes, pues las autoridades habian desaparecido dejando a la ciudad abandonada a sus propios esfuerzos, el desórden no tuvo ya barrera alguna durante toda esa noche del 16 al 17.

«Pretestando tener hambre, se lanzaron sobre las tiendas de víveres de los inermes asiáticos: las puertas fueron violadas a disparos de rifle o despedazadas a ha-

chazos, saqueadas i por último entregadas al fuego.

«De ahí pasaron a los grandes i valiosos almacenes que acumulaban las joyas, telas i demas obras primorosas de manufactura china, los cuales fueron robados i quemados como aquellos.

«Del numeroso comercio de esta nacion no han quedado en Lima mas que rastros humeantes i ensangrentados, porque al robo i al incendio se agregó necesariamente el asesinato de los infelices que intentaron salvar sus propiedades. Calcúlase que no ménos de trescientos asiáticos fueron inmolados en las calles de la ciudad i en las chacras circunvecinas.

«Uno de los mas acaudalados comerciantes chinos, cuando vió que sus almacenes ardian, hizo sellar sus libros de negocio en la legacion inglesa, i hoi prueba que ha sido víctima de una pérdida de ciento cuarenta mil libras esterlinas.

«Las calles de Bodegones, Melchormalo, Palacio, Polvos Azules, Zavala, Capon, Albaquitas, Hoyos i casi todas las que quedan abajo del Puente, fueron otros tantos teatros de estas escenas de horror i desolacion.

«En esta última parte de la ciudad, no solo fueron asaltados i saqueados los almacenes asiáticos, sino tambien los de algunos italianos. En uno de ellos, perteneciente a súbdito de esta última nacionalidad, se encontró el cadáver de su dueño en la puerta del almacen.

«La luz del sol del dia 17 vino a alumbrar tantos i tan funestos cuadros.

«La cuadra de Palacio se hallaba sembrada de cadáveres, lo mismo que la de Polvos Azules, i las demas invadidas; pero en donde habia campeado el crímen bajo

todas sus faces, habia sido en Hoyos, Albaquitas i abajo del Puente, en donde las turbas habian destrozado lo que no podian poseer.

«A las primeras horas del dia acudieron las bombas a los lugares incendiados con el fin de estinguir el fuego; pero las turbas comunistas, se oponian a viva fuerza a permitir que las bombas funcionasen.

«Tan nutrido era el fuego que hacian sobre el cuerpo de bomberos, que éste tuvo que abandonar el campo para salvar la vida, i entónces trataron de incendiar las bombas, logrando su intento con algunos carros.

«Un bombero fué herido por bala de rifle.

«Las colonias estranjeras que constituyen la guardia urbana de bomberos i salvadores neutrales, en vista de tantos crímenes i de que sus autores trataban de continuar su infame tarea de desolacion, asumieron en la mañana del 17 una actitud enérjica. Solicitaron armas i municiones, que el señor alcalde municipal don Rufino Torrico se encargó de proporcionarlas, e inmediatamente formaron algunas patrullas, que partieron a los lugares invadidos a disipar los grupos apostados en las calles, logrando contener la sangrienta bacanal que declinaba tambien por la fatiga del sueño i la embriaguez.

«Las colonias francesa, norte-americana, inglesa, española, suiza, colombiana i ecuatoriana, se distinguieron en este servicio, trabajando desde las cinco de la mañana, especialmente en el lugar mas peligroso, la calle de Hoyos, en donde las turbas se habian reconcentrado, tanto por ser éste el lugar mas apartado del centro de la ciudad como por existir allí muchos establecimientos de asiáticos.

«Se calcula en cerca de un millon de soles el valor de los edificios destruidos, i en mas de cinco las especies robadas; pues solo del almacen del asiático Kin-Ton han desaparecido mas de dos millones en joyas i otros valores (1).»

A la misma hora tenian lugar en el Callao escenas semejantes o talvez mas deplorables. Despues de la salida de las tropas que guarnecian este puerto, para concurrir al campamento de Miraflores, el Callao no tenia casi soldados para su defensa, i apénas habian vuelto unos pocos despues de la derrota. Pero el populacho, devorado por los mismos odios que los tumultuosos de Lima, estaba listo para ejecutar actos análogos.

En la tarde del 16 de enero, centenares de hombres, mujeres i niños, «armados hasta los dientes», segun la espresion de un periódico ingles de Lima, recorria las calles a los gritos de ¡viva el Perú! desarrajando con hachas i con sus fusiles las puertas de las tiendas i almacenes, i dejándolos enteramente vacíos. En medio de este desórden, se oia el estampido de las esplosiones de las minas con que se pretendia hacer saltar los fuertes i las baterías. El populacho prendió fuego a los buques peruanos que estaban dentro del muelle dársena, i el incendio duró toda la noche alumbrando aquel cuadro de horror (2). Algunos marinos de esos buques se apoderaron de las embarcaciones menores, i pretendieron sa-

(1) Copio esta relacion del impreso titulado *La campaña del ejército chileno en Lima*, citado anteriormente. No conozco ninguna descripcion mas completa de estos sangrientos disturbios en la capital del Perú.

(2) Piérola ha contado, en la carta que hemos citado mas arriba, que ántes de partir de Lima en la noche del 15 de enero, él dió órden

lir del puerto; pero atajados por las naves chilenas que lo bloqueaban, se entregaron prisioneros, prefiriendo sin duda esta suerte a las que podia caberles en tierra.

En efecto, las turbas amotinadas no se detenian ante ningun crímen; i del saqueo de los almacenes i pulperías habian pasado al asesinato de sus propietarios, chinos e italianos, en su mayor parte. Las calles i plazas mas comerciales de la ciudad fueron el teatro de estos atentados que se continuaron toda la noche i todo el dia siguiente, sin que nadie pudiera refrenarlos. Muchos estranjeros habian logrado huir de la poblacion para poner a salvo sus personas. Otros se habian ocultado felizmente; pero cuando vieron que el desórden tomaba mayores proporciones todavía, que los muertos se contaban por centenares, i que los asesinos, enajenados por la ebriedad, se preparaban para cometer nuevos atentados, se reunieron i formaron un cuerpo de guardia urbana para la proteccion de la vida i de las propiedades «puesto peligroso a la verdad, dice el periódico citado, i que desgraciadamente le costó la pérdida de un gran número de vidas; pero ese cuerpo produjo el efecto deseado de reprimir los robos i asesinatos que aun se cometian en la noche del dia 17 (1).» Aunque hasta ahora no se

de quemar los buques de guerra que quedaban al Perú, si no era posible hacerlos salir del puerto. Creemos que esta aseveracion es, como ya dijimos, completamente falsa, i que los buques fueron quemados por el populacho del Callao sin órden alguna.

(1) Los desórdenes de Lima i el Callao, i sobre todo estos últimos, no han sido prolijamente referidos en todos sus pormenores, así es que ni siquiera se puede decir a cuánto ascendió el número de las víctimas de esos vergonzosos motines. El periódico ingles de Lima *The South Pacific Times* de 26 de enero, publicó una rápida reseña de las ocurrencias del Callao, i de allí hemos tomado las pocas noticias que consignamos en el testo.

han referido los pormenores de estos motines, se sabe que el del Callao fué mas sangriento i desastroso que el de Lima.

El jeneral Baquedano tuvo el 17 de enero noticia, por una nota del alcalde Torrico, de las tristes ocurrencias de esta última ciudad. «A mi llegada ayer a esta capital, decia ese funcionario, encontré que gran parte de las tropas se habian disuelto, i que habia un gran número de dispersos que conservaban sus armas, las que no habia sido posible recojer. La guardia urbana no estaba organizada todavía i no se ha organizado ni armado hasta este momento. La consecuencia, pues, ha sido que en la noche los soldados, desmoralizados i armados, han atacado las propiedades i vidas de gran número de ciudadanos, causando pérdidas sensibles con motivo de los incendios i robos consumados. En estas condiciones, creo de mi deber hacerlo presente a V. E. para que, apreciando la situacion, se digne disponer lo que juzgue conveniente.»

No fué posible demorar por mas tiempo la ocupacion de Lima. En el momento mismo, el jeneral Baquedano organizó una division de cuatro mil hombres, que puso bajo las órdenes del inspector jeneral de ejército don Cornelio Saavedra, con encargo de marchar inmediatamente sobre la capital. A las cuatro de la tarde del 17 de enero, la division del jeneral Saavedra penetraba en columna por las calles de Lima, en medio del mas profundo silencio. Millares de espectadores contemplaban desde los balcones i ventanas, desde las bocas calles i portales, el desfile de las tropas chilenas. Muchas personas temian que despues de haber salva-

do sus vidas i propiedades de la ferocidad de las turbas insurreccionadas, iban a ser víctimas de las matanzas i del saqueo por una soldadesca que la prensa de Lima habia pintado desde veinte meses atras como rebelde a toda disciplina, al mismo tiempo que rapaz i sanguinaria. Un gran número de vecinos de la capital habia puesto en el frente de sus casas grandes inscripciones para espresar que eran propiedades de neutrales, creyendo salvarlas así del anunciado saqueo de las tropas invasoras.

Sin embargo, la division chilena avanzaba en el mayor órden, i llegó a la plaza central de la ciudad sin lanzar un solo grito de victoria. Allí desfiló delante del jeneral Saavedra; i en seguida, cada cuerpo fué tranquilamente a hospedarse en el cuartel que se le habia designado. Un batallon de infantería, compuesto de antiguos policiales de Santiago, tomó a su cargo la custodia de la ciudad; i desde esa noche mantuvo el órden mas imperturbable en toda ella. Los revolucionarios del dia anterior, que en medio del desenfreno, del saqueo i de los asesinatos, gritaban ¡guerra sin cuartel a los chilenos! habian desaparecido. Lima, bajo la proteccion de las armas estranjeras, pudo gozar de una tranquilidad de que no habia disfrutado desde muchos meses atras.

Uno de los primeros cuidados del nuevo jefe de policía fué recojer en cuanto era posible las especies robadas en las horas de saqueo del dia 16. Esas especies fueron depositadas cuidadosamente; i el 19 de enero se publicaba por órden de la autoridad el siguiente aviso.

«En el cuartel que ocupa el batallon «Búlnes» (edificio de la Prefectura), se encuentran las especies que se están recojiendo, i que proceden de los robos perpe-

trados ántes que el ejército chileno tomara posesion de esta capital. Las personas interesadas pueden reclamar ante el señor comandante de dicho cuerpo don José Echeverría.» La poblacion de Lima pudo comprender desde entónces que los soldados chilenos no eran los bandidos de que hablaba la prensa peruana.

El pueblo del Callao necesitaba igualmente la proteccion de los soldados chilenos para recobrar su paz perdida. El 18 de enero entró allí la primera division del ejército vencedor. El coronel Lynch tomó el mando de la ciudad sin hallar la menor resistencia. Los habitantes que en los dias anteriores habian huido de la poblacion para salvarse del cuchillo de las turbas amotinadas, volvieron a sus casas, i contribuyeron al restablecimiento del órden. El coronel Lynch, al paso que aseguraba la confianza de las personas honradas, hizo apresar a los malhechores mas comprometidos en los asesinatos que habian ensangrentado esa ciudad, estableció fuerzas de policía i afianzó definitivamente la tranquilidad en la poblacion.

Los alrededores de Lima estaban llenos de jentes que habian abandonado sus casas en los dias anteriores, i que no querian volver a ellas aun despues de la ocupacion chilena, temiendo los atropellos i ultrajes de las tropas que se les habian pintado animadas por las peores pasiones. El pueblo de Ancon servia de asilo a mas de cinco mil personas, mujeres i niños casi en su totalidad, que vivian hacinadas en estrechas habitaciones, o en los arenales de la playa. De los buques de guerra neutrales fondeados en el puerto, se les suministraban algunos alimentos, i habian bajado varios piquetes de

tropa para servir de salvaguardia de esas infelices familias, contra las turbas amotinadas de Lima, que, segun se temia, podian llegar a esos lugares. El ministro de la guerra don José Francisco Vergara llegó allí el 19 de enero, colocó una corta guarnicion de soldados chilenos, e hizo demostrar a los fujitivos la conveniencia de volver a la ciudad, donde seguirian viviendo en la mas completa tranquilidad. En el mismo dia comenzaron a regresar a Lima. Allí encontraron que el órden estaba restablecido, i que los comerciantes abrian sus almacenes i sus tiendas como en los tiempos de la mas perfecta paz.

Miéntras tanto, el numeroso ejército peruano que se habia organizado para la defensa de Lima habia desaparecido por completo. El 18 de enero no habrian podido reunirse cien hombres armados en ninguna parte de aquellos alrededores. Los reservistas habian vuelto a sus ocupaciones ordinarias, i los soldados del ejército activo se habian dispersado para no reunirse mas. Muchos de ellos habian tomado el camino de las provincias de donde los habia sacado la guerra; i las noticias que llegaban a Lima dejaban ver los robos i depredaciones que esos dispersos iban cometiendo por los lugares de su tránsito.

Quedaban tambien muchas armas en manos de particulares. Ellas podian ser no la base de una resistencia, que ya habia llegado a ser imposible, sino la causa de algunos desórdenes. El jeneral Saavedra en Lima, i el coronel Lynch en el Callao dispusieron que en el término de dos dias se entregaran esas armas a las autoridades chilenas, i conminaron con la

pena de muerte a todos los individuos que cometiesen actos de depredacion o de violencia. En Lima i en el Callao residian muchos oficiales i soldados que habian servido en el ejército del Perú i que habian tomado parte en la última campaña. Las autoridades chilenas, dejaron salir libremente al estranjero a los pocos individuos que solicitaron este permiso. Los restantes debian quedar en completa libertad despues de firmar en la prefectura el compromiso de «no volver a tomar las armas contra Chile en la presente guerra.» Todo el mundo creia entónces que era ya imposible organizar el menor conato de resistencia en todo el Perú. Así se comprenderá que el rejistro abierto en la prefectura se cubrió ántes de doce dias con la firma de cinco jenerales, de noventa i cuatro coroneles, de sesenta i cinco tenientes coroneles, de cerca de quinientos oficiales i de un número casi incalculable de soldados. El gobierno de Chile, por su parte, devolvió la libertad a todos los prisioneros que querian hacer igual declaracion, o que solo pretendian volver al Perú a residir en las ciudades o provincias ocupadas por el ejército chileno.

Al mismo tiempo, los injenieros militares fueron encargados de desarmar las minas de dinamita i de recojer las bombas automáticas que quedaban enterradas cerca de las fortificaciones, sin haber hecho esplosion durante las batallas. Esas máquinas de guerra eran un peligro para los transeuntes. Así, una de esas bombas habia causado la muerte de un médico peruano que viajaba a Chorrillos. En el Callao, un torpedo colocado en el mar a poca distancia de la playa, mató a unos cuantos individuos que se bañaban en ese lugar. Despues de algu-

nos dias de trabajo, desapareció todo motivo de inquietud por esta causa.

Estas medidas contribuyeron a restablecer la confianza en las ciudades de Lima i el Callao. Suspendido el bloqueo de este puerto, i abierta su aduana bajo la administracion de empleados chilenos, el comercio, paralizado por la guerra desde nueve meses atras, principió a renacer, aunque bajo el peso de una crísis horrible porque atravesaba el pais desde algunos años atras i que la guerra habia reagravado.

Tal fué el resultado de esta campaña dirijida con tanto acierto i ejecutada con tanta rapidez i con tanta decision. Un mes despues del desembarco de los chilenos en Curayaco, los ejércitos peruanos que defendian a Lima i al Callao habian sido destruidos i dispersados por completo, i la paz i el órden reinaban en esas poblaciones bajo la dominacion de los vencedores. El jeneral Baquedano, en su parte oficial, despues de hacer la historia clara i compendiosa de toda la campaña, sin vanidad i sin balandronadas de ningun jénero, resume en los términos que siguen las dificultades vencidas i las ventajas alcanzadas.

«No es fácil apreciar todavía el esfuerzo i la virilidad que ha debido desplegar el ejército de mi mando para consumar esta obra. En mas de seis meses de preparacion, el gobierno del Perú, poderosamente ausiliado por la nacion entera, acumuló en torno de su capital i para su defensa todos los elementos necesarios para una resistencia tenaz, desesperada i suprema. Reunió un ejército numeroso, lo proveyó de armas escojidas, lo disciplinó i logró inculcarle el sentimiento de los grandes debe-

res que impone la patria cuando está sometida a la prueba de la desgracia. Rodeó a Lima con un doble cordon de fortalezas, aprovechando las defensas naturales del suelo i utilizando todos los inventos del arte de la guerra. Artilló todas las alturas i puso sus cañones i sus soldados al abrigo de sólidos parapetos. En los pasos que los cerros dejaban, abrió fosos i construyó trincheras. Sembró todos los caminos, todos los pasos accesibles, todos los lugares próximos a las aguadas, todas las posiciones que pudieran servir al enemigo, de minas automáticas que en ninguna parte permitian asentar los piés con seguridad. En una palabra, rodeó a Lima de fortificaciones formidables, i logró inspirar fe en la victoria, duplicando de ese modo las fuerzas de su ejército.

«Basta, pues, conocer los elementos con que contaba para su defensa la capital del Perú, para estimar debidamente la grandeza del resultado obtenido. I hai aun que tener en cuenta que las posiciones de Chorrillos i los reductos de Miraflores han sido tomados por un ejército inferior al enemigo en número, despues de marchas fatigosas i de dos batallas sucesivas, sin tener tropas de refresco que presentar en el segundo combate.

«El éxito ha sido completo. Del gran ejército enemigo no quedaron organizados, despues de Miraflores, mas de tres mil hombres, i éstos se dispersaron, habiendo rendido préviamente sus armas. Por consiguiente, ese ejército desapareció no sin haber sufrido mas de doce mil bajas.

«En nuestro poder dejó un inmenso material de guerra. Nos hemos apoderado de doscientos veintidos cañones: en el Callao, de cincuenta i siete, desde el calibre

de a mil hasta el de doscientas cincuenta; en los dos campos de batalla, de cuarenta i uno, desde el calibre de seiscientos hasta el de treinta i dos; i de ciento veinticuatro piezas de campaña i de montaña, comprendidas en éstas diezinueve ametralladoras. Tenemos tambien recojidos hasta la fecha cerca de quince mil rifles de diversos sistemas, mas de cuatro millones de tiros i una buena cantidad de pólvora i de dinamita. Agregaré a esto que el poder naval del Perú ha desaparecido tan completamente que no le queda ya en el mar ni el mas pequeño falucho.»

Estas pocas líneas resúmen toda la historia de la campaña que acabamos de contar (1).

---

(1) Debemos subsanar aquí una omision involuntaria que hemos notado en la pájina 258 de este libro. Entre los jefes chilenos muertos gloriosamente en las jornadas del 13 de enero, falta el nombre del teniente coronel don Cárlos Silva Renard, oficial jóven i valiente que se habia distinguido en toda la guerra i que pereció en el asalto de las fortificaciones peruanas.

CAPITULO XI.

Conclusion.

Providencias gubernativas dictadas por Piérola en Canta.—Continua su fuga al otro lado de los Andes.—Su entrada solemne a Jauja. —El pueblo de Concepcion lo proclama jeneral.—Estado social i aislamiento de los pueblos del interior del Perú.—El almirante Montero en los departamentos del norte.—Se ve obligado a fugar de Trujillo.—Piérola propone iniciar negociaciones de paz con Chile.—Los representantes de Chile en Lima se niegan a tratar con él. —Creacion de un gobierno provisorio en Lima.—Piérola se niega a reconocerlo.—Convoca por su parte un congreso.—Instalacion del gobierno provisorio.—El ejército de Arequipa desconoce este gobierno.—El prefecto de este departamento declara traidores a la patria al gobierno de Lima i a los que reconozcan sus autoridades.—Anarquía i desórden en el Perú.—Piérola tiene que abandonar a Jauja huyendo de una division chilena.—Bolivia.—Actitud de Chile.—Conclusion.

La batalla de Miraflores habia puesto fin al poder militar del Perú. Razonablemente no se podia esperar que fuese posible organizar un simulacro de resistencia al ejército vencedor, i en efecto todo hacia creer que la paz se firmaria en mui poco tiempo mas. Sin embargo, la desorganizacion del Perú, las ambiciones de sus caudillos, la ausencia casi jeneral del verdadero sentimiento de patriotismo, han retardado el término de una situacion anormal i ruinosa para ese pais.

Dijimos en el capítulo anterior que en la noche del 15

de enero, cuatro horas despues de consumada la derrota i la dispersion de su ejército, el dictador Piérola fugaba de Lima i se dirijía a la sierra. Esperando que se le reunieran en Canta los restos dispersos de sus tropas, desde el dia siguiente de la derrota, comenzó a dictar mil providencias que mas que a alargar la resistencia, tendian a perpetuar en sus manos el mando supremo. Declaró que la capital del Perú i el asiento del gobierno seria el lugar en que él se hallase. Nombró secretario jeneral de la dictadura, encargado de todos los ministerios, al capitan de navío don Aurelio García i García. Dió al coronel don Juan Martin Echeñique el título de jefe superior i político de los departamentos del centro; i despachó al norte con un carácter análogo al contra-almirante don Lisardo Montero. Las otras providencias dictadas en Canta, tenian por objeto imponer contribuciones en esas localidades para atender a los gastos de la dictadura.

Desde allí dirijió tambien al cuerpo diplomático de Lima i a las autoridades eclesiásticas i judiciales de esa capital, las notas en que anunciaba la subsistencia de su gobierno.

Aunque el pequeño pueblo de Canta (1) está situado en las fragosidades de la sierra i rodeado de montañas que habrian hecho mui difícil la marcha de las tropas que hubieran pretendido perseguir a los fujitivos, Piérola no se creyó seguro en ese lugar. El 22 de enero emprendia

(1) Canta es la capital de la provincia del mismo nombre, una de las seis que forman el departamento de Lima. La poblacion de esta provincia es de 16,653 habitantes, casi todos indios. Aprovechamos esta ocasion para correjir un error tipográfico que se halla en el final de una larga nota del capítulo IV de este tomo (paj. 85) donde se dice que el departamento de Lima está dividido en *tres* provincias, debiendo decir en *seis*.

de nuevo la retirada, i trasmontando la cadena principal de los Andes, se internaba en el departamento de Junin, instalándose durante algunos dias en el pueblo de Tarma, desde donde lanzó nuevos decretos sobre contribuciones. Con fecha de 27 de enero nombró allí prefecto de Lima, al coronel don José Agustin Bedoya, nombramiento irrisorio que no tenia mas objeto que ocultar los desastres de la última campaña a las poblaciones del otro lado de la cordillera. Por fin, de Tarma se dirijió el 31 de enero a la ciudad de Jauja, donde fué recibido por el clero de la provincia con los honores de vencedor.

En Jauja encontró Piérola una pequeña imprenta que le sirvió para hacer publicar un periódico con los decretos que dictaba cada dia. El primer número de ese periódico contiene la descripcion de la entrada triunfal del dictador narrada en los términos siguientes:

«Gran número de personas a caballo salió a recibirlo a dos leguas de distancia sobre el camino, en donde el pueblo con música, vitores i flores se precipitaba a su encuentro. La ciudad se hallaba engalanada i materialmente cubiertos sus afueras, plazas, calles i balcones por todos sus habitantes, haciendo su trayecto bajo una verdadera lluvia de flores. Al llegar a la plaza principal, el clero de la provincia, teniendo a su cabeza al ilustrísimo señor arzobispo de Berito, revestido con el traje de ceremonia, esperaba a S. E. el jefe supremo, al secretario jeneral don Aurelio García i García, al jefe político i militar de los departamentos del centro, coronel don Juan Martin Echeñique, i a las demas personas de su comitiva, en el átrio del templo principal. Habiendo lle-

gado a él, el ilustrísimo señor Valle, con palabras tiernas i elocuentes, pronunció una alocucion, que sentimos no poder reproducir, pero que revelaba la complacencia de todos, i especialmente del clero, por la presencia de S. E. en ella, i por su hermosa conducta ántes i despues de las batallas últimamente libradas.»

Pocos dias despues recibia Piérola otra ovacion de un carácter análago en un pueblo vecino.

Los habitantes de Concepcion, una pequeña aldea de la sierra, reunidos para deliberar sobre la situacion del pais, acordaron el 14 de febrero declarar nulos todos los actos ejecutados por el jeneral del ejército chileno, i traidores a la patria a los peruanos que se sometieran a su autoridad; i conferir el grado de jeneral «al coronel don Nicolas de Piérola por su digno comportamiento en las batallas de Chorrillos i Miraflores,» dándole ademas un voto especial de confianza.

No se comprende el entusiasmo con que despues de las espantosas derrotas de enero, era recibido Piérola en las provincias del otro lado de la sierra, sino conociendo el estado social de aquellas poblaciones. Indios sencillos e ignorantes, que ni siquiera entienden el idioma castellano, forman la gran mayoría de sus habitantes. Viven en aquella rejion como vivian hace dos siglos, completamente estraños al movimiento político i a los sucesos que se desenvuelven en las provincias de la costa, con la cual tienen hasta ahora mui escasas comunicaciones. Esos pueblos, gobernados absolutamente por el alcalde i por el cura, como en los mejores tiempos de la colonia, parecian creados espresamente para dar ante los ojos del estranjero que no conoce esas provincias mas

que de nombre, las apariencias de brillo i de prestijio al poder de Piérola, que a su título de jefe supremo habia añadido el de protector de la raza indíjina. Agréguese a esto que la topografía de aquella rejion, las ásperas montañas que la cortan en todos sentidos, hacen mui difíciles las comunicaciones, i mas aun los movimientos de tropas; de tal suerte que Piérola podia estar mas o ménos seguro de que allí no seria atacado. A fin de conservar intacto su poder en aquellos lugares, el dictador ademas tomó las mas oportunas medidas para incomunicarlos con las provincias de la costa i para impedir que llegasen diarios i correspondencias de Lima, en que se contase la verdad acerca de los grandes desastres del Perú.

Pero al mismo tiempo, le era imposible intentar empresa alguna sobre las provincias situadas al occidente de los Andes. El coronel Bedoya, nombrado prefecto de Lima, se guardó bien de acercarse a la ciudad en que debia establecer su gobierno. El coronel Echeñique, nombrado jefe político i militar de las provincias del centro, permaneció al otro lado de los Andes; i las montoneras que se armaron en la sierra del departamento de Lima, fueron destrozadas en breve por un cuerpo de caballería chilena.

Solo el contra-almirante Montero habia llegado al territorio que se le encargaba gobernar. Saliendo de Canta el 20 de enero, i recorriendo las montañas en compañía de algunos oficiales i soldados, llegó hasta el departamento de la Libertad, recojió los pocos fondos que halló en las tesorerías del estado, e impuso contribuciones de guerra a Trujillo i a varios otros pueblos. Aunque llevaba el propósito de establecerse en esa rejion i

de organizar allí algunos cuerpos de tropa, no logró realizar su intento, i tuvo que correr pocos dias mas tarde en la mas desordenada fuga. Del Callao habia salido una pequeña division chilena mandada por el comandante don Arístides Martinez. Habiendo desembarcado ésta en el puerto de Chimbote sin encontrar una resistencia seria, Montero i los suyos no pudieron hacer otra cosa que emprender la fuga al interior llevándose el dinero recojido i los presos de las cárceles para formar montoneras al otro lado de las montañas. Aquellos departamentos se sometieron a las autoridades chilenas. Estas les devolvieron la paz i la tranquilidad, refrenando al populacho que habia comenzado a cometer saqueos i depredaciones análogos a los de Lima i el Callao.

Miéntras tanto, Piérola no podia dejar de conocer la verdad de su situacion. El dinero recojido por las contribuciones impuestas a los pueblos del interior, no bastaba en manera alguna para organizar la mas pequeña resistencia. Las colectas reunidas por los curas de esa rejion no eran mucho mas considerables. En la ciudad de Huánuco, capital del departamento de Junin, los vecinos comenzaban a comprender i a manifestar que los proyectos militares del dictador eran una simple locura que iba a imponer el sacrificio mas estéril a esas pobres poblaciones. En esta situacion, Piérola se determinó a entablar negociaciones de paz. Por encargo suyo, el ministro diplomático de la Gran Bretaña en Lima, preguntó a las autoridades chilenas que mandaban en esta ciudad, si estarian dispuestas a recibir al doctor don Manuel Irigoyen como plenipotenciario del dictador. El plan de éste era tratar la paz bajo el amparo i

la mediacion del cuerpo diplomático estranjero, reanudando las negociaciones iniciadas en Miraflores, e interrumpidas por él mismo Piérola, mediante la violacion del armisticio i una batalla tan sangrienta como innecesaria. Los representantes de Chile contestaron negativamente a esta proposicion.

Piérola llegó a creer que esta negativa importaba solo el propósito de Chile de negociar la paz sin la intervencion de los representantes estranjeros. En su deseo de mantenerse en el poder, no desesperó de llegar a entenderse con el enemigo para abrir las negociaciones. Con fecha de 8 de febrero, nombró «plenipotenciarios para las negociaciones de paz que deben poner término a la guerra con Chile, en que se halla empeñada la república» a tres jurisconsultos peruanos residentes en Lima. Habiéndose negado uno de ellos a aceptar el cargo, Piérola, por decreto de 18 de febrero, limitó el nombramiento a los otros dos.

En esos momentos, la representacion del gobierno de Chile estaba desempeñada en Lima por el ministro de la guerra don José Francisco Vergara i por el secretario jeneral de ejército don Eulojio Altamirano. Estos funcionarios declararon perentoriamente, el 22 de febrero, a los representantes de Piérola, que el gobierno de Chile estaba resuelto a no entrar en negociaciones con él. Las razones de este terminante rechazo eran de dos órdenes diferentes. Por una parte, Piérola habia ostentado una arrogancia i una falsía tales en todas las tentativas de tratos diplomáticos, que era imposible negociar con él. Despues de violar el armisticio de Miraflores, Piérola habia dirijido al cuerpo diplomático de

Lima una circular llena de todos los insultos contra Chile i su gobierno que la prensa peruana habia publicado cada dia desde el principio de la guerra. Por otra parte, el gobierno de Chile queria celebrar una paz sólida i estable, i para ello deseaba entenderse con un poder que fuese la representacion jenuina del pais, i no con una dictadura nacida de un motin de cuartel i desprestijiada por las últimas derrotas.

La opinion pública de Lima, o mas propiamente la opinion de las clases acomodadas i cultas de la capital, se habia mostrado, en efecto, sumamente hostil al mantenimiento de la dictadura. El mismo dia 22 de febrero, ciento catorce vecinos de los mas acaudalados i respetables de la ciudad, habian celebrado una reunion en que acordaron formar un gobierno provisorio del Perú, que seria sometido a la aprobacion de las provincias. Este gobierno debia ser unipersonal, i aunque provisto de la suma del poder público que las circunstancias parecian exijir, estaria obligado a hacer cesar el réjimen de la dictadura, a restablecer el sistema constitucional i a convocar un congreso que a la vez que sancionara el nuevo órden de cosas, resolviese lo conveniente respecto de la paz esterior. La asamblea designó por 104 votos como presidente provisorio del Perú, al doctor don Francisco García Calderon, jurisconsulto distinguido i hombre de alta posicion social por su fortuna i por su carácter. El primer propósito de éste era negociar una tregua que debia durar hasta la reunion del congreso.

Piérola recibió al mismo tiempo en Jauja la noticia de dos hechos que minaban su poder; la creacion de un gobierno provisorio en Lima i la negativa de los repre-

sentantes de Chile para tratar con él. El patriotismo le imponia el sagrado deber de resignarse a la suerte de los acontecimientos, sea renunciando definitiva i absolutamente el mando de que estaba investido, sea declarando que se someteria a las decisiones del congreso nacional que iba a reunirse por la iniciativa de los vecinos de Lima. Pero, cualquiera de estas resoluciones exijia de su parte un acto de desprendimiento; i ya que no le era posible reconquistar de lleno todo su antiguo poder, prefirió convertirse en obstáculo de todo pensamiento de reconstituir el Perú i de salvarlo del abismo a que tanto él como los gobiernos anteriores lo habian precipitado.

En esta resolucion, espidió el 1.° de marzo una serie de notas i decretos que revelan la rabia i el despecho de que estaba dominado. En unas, protestaba enérjicamente de la conducta de los representantes de Chile, que desconocian su carácter de jefe supremo del Perú; en otras, mandaba a los jefes políticos i militares sometidos a su dependencia, que negasen su obediencia al gobierno provisorio que acababa de crearse en Lima. Por un decreto de la misma fecha, convocaba una asamblea de diputados provinciales que debia reunirse el 6 de junio siguiente en el lugar que él designase. Poco despues fué señalada para este objeto la ciudad de Huánuco.

Entre tanto, en Lima i en el Callao se aumentaban las adhesiones a la idea de fundar un gobierno provisorio. El 12 de marzo instalóse éste en el pueblo de Magdalena, que no estaba ocupado por las fuerzas chilenas. En medio de una sencilla ceremonia, García Calderon pres-

tó el juramento de estilo, i pronunció un breve discurso en que recordando los desastres sufridos por el Perú i la gravedad de las circunstancias porque atravesaba el pais añadia que no debia desalentar a los buenos patriotas este triste espectáculo, porque aun era tiempo de conjurar la tormenta buscando en la paz i el trabajo el remedio contra aquella situacion. García Calderon organizó su ministerio, e inició sus trabajos administrativos con resolucion de salvar al Perú de su ruina.

El primer acto del nuevo gobierno debia confirmarle la estimacion del vecindario de Lima. El jefe chileno habia impuesto a esta ciudad una contribucion estraordinaria de guerra por un millon de pesos para sostener el ejército de ocupacion. Este impuesto debia ser pagado por los vecinos; pero el presidente provisorio se ofreció a pagarlo por cuenta del estado, pidiendo solo que se le acordaran plazos para procurarse el dinero mediante un empréstito interior.

Para comunicar su instalacion a las provincias, el gobierno provisorio dirijió el 18 de marzo, una circular a los prefectos de que queremos transcribir los fragmentos siguientes para dar a conocer sus propósitos.

«El gobierno provisorio sabe que entra en el camino que conduce al sacrificio, i no vacila en seguirlo, porque considera que en cambio de personal peligro i sufrimiento para los miembros que lo componen, puede haber salvacion para el Perú.

«La guerra, despues de los desastres imprevistos e inmerecidos de Chorrillos i Miraflores, sin elementos de ninguna clase, es un delirio culpable, que sacrificaria las fuerzas que aun quedan a la República, sin resultado po-

sitivo para la honra de sus banderas, ni para el resguardo de sus bien entendidos intereses.

«La paz, por dolorosa que sea, se impone hoi sin embargo como imperiosa exijencia de la triste posicion a que han reducido al Perú, mas que la victoria de sus enemigos, los culpables errores de sus gobernantes. Preciso es aceptarla con la firmeza necesaria, para buscar, a la sombra de ella, el restablecimiento de nuestra antigua prosperidad, levantando al Perú de su actual postracion. Ejemplo reciente nos ha dado un gran pueblo de Europa, que hoi ve, despues de diez años de paciente i noble labor, su nombre estimado i respetado hasta por sus adversarios.

«Para obra tan gloriosa, lo único que se necesita es que la familia peruana olvide el pasado i piense solo en el porvenir, aprovechando sesudamente de la ruda prueba a que la Providencia quiso someter a la República.

«La mision del nuevo gobierno es, pues, de paz, de órden i de confraternidad.

«En tan patriótica tarea, apela al concurso de todos los hombres bien intencionados; no pregunta a ninguno cual ha sido su bandera, i solo exije abnegacion para asegurar el porvenir del Perú, que aun puede ser halagüeño si sus hijos asi lo quieren.»

El gobierno provisorio fué reconocido en algunos departamentos; pero halló en otros la mas obstinada resistencia. Los partidarios de Piérola, i los prefectos que éste habia colocado en las provincias, no podian aceptar que él fuera privado del mando supremo del Perú. El jefe político i militar del sur, don Pedro Alejandrino del

Solar, fué el mas ardoroso de todos los enemigos que se levantaron contra la creacion de un nuevo gobierno.

Sabemos que este funcionario tenia bajo sus ordenes en Arequipa un cuerpo de tropas de cinco a seis mil hombres. Durante la campaña sobre Lima, él se habia lisonjeado con la idea de dirijir una campaña contra Tacna, que creia mal defendida por los chilenos. Tuvo sin embargo que convencerse de que su ejército no estaba preparado para tal empresa i de que sus soldados no se hallaban dispuestos a acometerla. Las esperanzas de él i de los suyos, quedaron desde entónces cifradas en los grandes triunfos que iba a alcanzar Piérola en los alrededores de Lima. La prensa de Arequipa hablaba de esas victorias con la mas absoluta seguridad (1). Desde principios de enero comenzó a publicar las noticias mas antojadizas sobre las primeras operaciones de la campaña. Contaba que en un combate parcial los chilenos habian sufrido una derrota espantosa, i que los buques de su escuadra estaban ocupados en trasportar a Valparaiso los centenares de heridos. Era el mismo sistema de falsas noticias inventado en Lima para «retemplar el patriotismo.»

Al fin se supo que el ejército peruano habia sufrido las derrotas decisivas de Chorrillos i de Miraflores. El jefe político i militar de los departamentos del sur, hizo desmentir solemnemente esas noticias. Un diario de Arequipa declaraba el 22 de enero, que la derrota de

(1) El 5 de enero de 1881 hubo en Arequipa una fiesta militar con salvas de artillería para celebrar el aniversario del natalicio de Piérola, el cual, segun la prensa de la localidad, estaba destinado a dar grandes dias de gloria al Perú.

las armas peruanas era una farsa inverosímil inventada por los chilenos. Cuando ya no fué posible negar la evidencia de los hechos, el mismo diario hizo una descripcion fantástica de esas batallas. Contábase que los jefes de las estaciones navales estranjeras habian intervenido en la pelea para poner a raya a los chilenos, i que habian apresado a las naves de éstos para impedir que siguieran destruyendo brutalmente los puertos del Perú. El pueblo de Arequipa creia todas estas patrañas, i contaba como cosa segura con la proteccion armada de la Francia i de la Inglaterra.

Sin embargo, la actitud de Arequipa fué simplemente espectante. El jefe político i militar publicó las mas arrogantes proclamas anunciando de nuevo que iba a abrir «la tumba de los chilenos»; pero no movió un solo soldado, ni intentó empresa alguna contra los enemigos que ocupaban a Tacna. Sus tropas se mostraban tan poco dispuestas a entrar en campaña, que la desercion de oficiales i soldados aumentó considerablemente. Las autoridades de la provincia, enteramente adictas a Piérola, parecian dispuestas a seguir a éste sea que determinase continuar la guerra o que resolviese hacer la paz. Lo que les importaba principalmente era el que Piérola se conservase en el poder. Por lo demas, en Arequipa se tenia la confianza completa en que el gobierno de Chile no habria de querer perder tiempo i dinero en una espedicion absolutamente estéril a esas provincias. En Chile, en efecto, se creia fundadamente que tan pronto como se pusiera en marcha sobre Arequipa una division de su ejército, las tropas peruanas que allí habia, se replegarian a la sierra evitando un combate que no podian sos-

tener. Como medida de hostilidad, bastaba que algunas naves chilenas mantuviesen el bloqueo de los puertos de esa rejion.

Cuando se tuvo noticia en Arequipa de la formacion del gobierno provisorio de Lima, los parciales de Piérola no pudieron dominar su cólera. El 13 de marzo, las tropas acuarteladas en esa ciudad asistian a una revista. El jefe político i militar les pronunció una ardorosa proclama contra «los ambiciosos i corrompidos que pretendian arrogarse la direccion del pais.» «Tenemos, decia, a la cabeza del gobierno al ilustre ciudadano don Nicolas de Piérola, cuya firme i decidida voluntad conoceis bien: él ha hecho i continuará haciendo los milagros que opera el patriotismo: él nos llevará a la victoria.» Como plan de campaña contra los chilenos, proponia el replegarse al otro lado de los Andes, donde los peruanos serian invencibles. El mismo dia los jefes militares firmaron un acta en que declaraban que desconocian al gobierno de Lima, i que solo aceptaban «como único gobierno legal al del señor doctor don Nicolas de Piérola.» El acta fué firmada por veintisiete coroneles o tenientes coroneles, a cuyas órdenes estaban sometidos los seis mil hombres que formaban el ejército del sur.

Estas declaraciones eran la obra esclusiva del jefe político i militar de los departamentos del sur i de las tropas que estaban a sus órdenes. Cuando se quiso levantar una acta del vecindario de Arequipa en apoyo de esa resolucion, solo se pudieron recojer las firmas de algunos individuos mas o ménos insignificantes i destituidos de toda representacion. Los habitantes notables

de la ciudad no querian la prolongacion insensata de la resistencia a Chile, que no hacia mas que ahondar la ruina del Perú, ni mucho ménos estimular la guerra civil que haria imposible la reparacion de tantos males. Sin embargo, avasallados por la fuerza militar, ellos eran impotentes para hacer sentir la influencia de sus opiniones. Así, pues, el prefecto Solar, pudo espedir pocos dias despues un decreto cuya parte dispositiva dice lo que sigue:

«Art. 1.° Declárase traidores a la patria a los que componen el gobierno provisorio formado en la capital de la república, i a los peruanos que le obedezcan o le presten apoyo directo o indirecto.

«Art. 2.° Las autoridades de la república capturarán a los individuos a quienes comprenda el artículo anterior, i cualquiera que sea su clase, jerarquía o condicion, los someterán a un consejo de guerra verbal, i se les condenará a muerte conforme al artículo 8.° del estatuto» (1).

De esta manera, despues de los grandes desastres de la patria, cuando todas las voluntades deberian aunarse para salvarla de la ruina a que la arrastraron sus malos gobiernos, el Perú presenta el estado mas anómalo que

(1) Poco tiempo despues de la publicacion de este decreto, la prensa anunciaba que una partida de caballería del ejército de Arequipa, mandada por un oficial de oríjen cubano, habia penetrado en el vecino departamento de Ayacucho, i sorprendido en Lucanas a varios funcionarios nombrados por el gobierno de Lima i que marchaban a hacerse cargo de sus destinos, i fusilado allí mismo a siete de ellos. Esta noticia ha sido publicada por los diarios, pero no salimos garantes de su autenticidad. Sabemos sí que el prefecto Solar ha apresado en Arequipa a algunas personas importantes de la localidad, i aun a jefes militares porque no se mostraban partidarios ardorosos de Piérola.

es posible imajinar. El órden i la tranquilidad no existen mas que en las provincias que dominan las armas de Chile, i que sin embargo están rejidas por la lei marcial. Los efectos de esta lei no se han hecho sentir mas que para reprimir los robos, los saqueos i los incendios de un populacho desenfrenado. A su sombra la propiedad i la vida de los habitantes de esas provincias, están regularmente garantidas. El comercio ha comenzado a revivir, i la mayoría de los habitantes aceptan esta situacion como algo mucho mejor que el despotismo dictatorial a que estuvieron sometidos durante el año anterior. Pero este réjimen provisorio, si bien asegura el presente, no da garantía alguna para el porvenir. Mui léjos de eso, todo el mundo comprende que el dia en que las tropas chilenas evacuen las ciudades de Lima i del Callao, las turbas desenfrenadas volveran a ejecutar los atroces desórdenes que se siguieron a las últimas batallas.

Desde su refujio de Jauja, Piérola imponia pesadas contribuciones a las provincias del interior, i mantenia en ellas el réjimen dictatorial. Aun armó de cualquier modo partidas de montoneros, con las cuales pretendió estender su dominacion hasta los pueblos de la sierra del departamento de Lima. Canta fué convertido en centro de las operaciones de estos montoneros. De allí bajaban por los valles vecinos a las montañas, i ejercian las mas violentas depredaciones sobre diversos villorios poblados en su mayor parte por indios. La aspereza de aquellas serranías facilitaban las correrías de aquellos montoneros.

El coronel don Pedro Lagos, que mandaba acciden-

talmente el ejército chileno de Lima, envió en los primeros dias de abril algunas fuerzas de caballería contra esos montoneros. Guarecidos éstos en las cumbres de los cerros, se defendieron arrojando de las alturas grandes cantidades de piedras sobre los soldados chilenos, i luego tomaban la fuga para ir a asilarse en otras alturas, de que a su vez eran deshalojados. Las tropas de caballería lograron al fin dispersarlos.

Pero esas montoneras podian reorganizarse miéntras Piérola permaneciese al otro lado de la sierra, ocupando los pueblos de Huanuco, Jauja, Tarma i Cerro de Pasco. El coronel Lagos organizó una division de dos mil hombres que puso bajo las órdenes del comandante don Ambrosio Letelier, i la hizo partir para aquellos lugares. Esa pequeña division, sin casi tener que vencer otras dificultades que la de las marchas, fué tomando posesion de los diversos pueblos, estableciéndose al fin en el de Cerro de Pasco, el mas importante de ellos, i enviando guarniciones a los otros. Piérola i los pocos hombres que lo seguian, tomaron apresuradamente la fuga al sur sin atreverse a oponer la mas lijera resistencia. Un coronel Aduvire, titulado prefecto de Junin, huyó con algunos soldados en direccion opuesta, dejando abandonada la ciudad de Huánuco, capital del departamento, que ocuparon los chilenos sin disparar un tiro.

A principios de mayo, todo ese vasto territorio estaba ocupado por los vencedores. Algunas cortas partidas de éstos habian perseguido a léjos a los últimos restos de las pocas fuerzas que habia podido reunir Piérola en el departamento de Junin. Parece que en algu-

nas de esas localidades no se tenia la menor noticia de las ocurrencias de Lima, de los accidentes de la guerra i de las grandes derrotas de los ejércitos peruanos, a tal punto que para sus sencillos habitantes, de raza indíjena en su mayor parte, Piérola era el jefe reconocido de toda la nacion, i Lima estaba sometida a su autoridad dictatorial.

En los valles de Pisco i de Cañete, i en otros puntos de donde habian huido las antiguas autoridades peruanas, los excesos del desórden i del desgobierno, han rayado en lo increible. La prensa ha referido los crímenes perpetrados en aquellos lugares, los robos, los incendios, las matanzas de infelices asiáticos, con detalles i con colores que casi nos resistimos a creer. Los jefes chilenos que mandan en Lima, se han visto obligados a enviar fuerzas a esos lugares para restablecer la tranquilidad i dar garantías de órden a los pobladores pacíficos i honrados que sufrian las consecuencias del desbordamiento de las malas pasiones de un populacho desenfrenado. Pero este desquiciamiento social acabará de arruinar al Perú, si el patriotismo no se sobrepone a la anarquía que marcha a destruido todo.

La situacion de Bolivia no es mucho mas lisonjera Constantes amagos de revuelta han hecho vivir al gobierno en una no interrumpida inquietud. La escasez de recursos no le ha permitido ausiliar al Perú en la crísis en que por causa de la alianza de 1873 se ha visto sumido. Allí como en Arequipa, de donde recibia las noticias de la guerra, la prensa boliviana comenzó por negar la efectividad de los triunfos de los chilenos en los alrededores de Lima. I cuando ya no fué posible re-

sistir a la evidencia de los hechos, la prensa provocó a los chilenos a que trasmontaran las montañas para batirse con ellos. Este fué el tema de una proclama del presidente Campero en que amenazaba a los chilenos no con el poder de los soldados de Bolivia, sino con las asperezas de la cordillera i con la insalubridad de su clima. La espedicion de una division chilena a aquellas localidades no ofrecia sin embargo sérias dificultades. Se sabia que su sola presencia bastaria para poner en fuga a todo el gobierno de Bolivia i a los pocos soldados con que cuenta. Pero el de Chile no ha querido acometer una empresa que debia costarle algun dinero i de la cual no habia de reportar ventajas efectivas, ni siquiera gloria militar, desde que sus tropas no hallarian con quien batirse.

Pero en Bolivia no han faltado algunos ciudadanos que se hayan dado cuenta cabal de la situacion del pais. En la prensa i en los consejos de gobierno se han oido voces de cordura que han representado la insensatez de prolongar por mas tiempo una situacion imposible en nombre de una guerra que no se puede hacer, i que arruina inutilmente el pais. El gobierno, por su parte, ya que no le ha sido posible hacer nada para ausiliar al Perú en la última campaña, ha creido cumplir sus deberes de aliado sometiéndose a las indicaciones del gobierno peruano para mantener las apariencias de una alianza que se concluyó de hecho en la derrota de Tacna. En esta virtud, i aprovechándose de las facultades estraordinarias de que está revestido, ha desterrado fuera del pais a los individuos que en nombre de los mas altos intereses de la patria, demostraban la necesidad de pro-

curar la paz. El vice-presidente de la república ha sido uno de los desterrados.

Chile, entre tanto, está en pacífica posesion no solo de los territorios de que debe quedar dueño definitivo, sino de las provincias mas ricas i pobladas del Perú. Al paso que sus tropas mantienen allí la tranquilidad i la paz, percibe las contribuciones bajo la administracion de empleados chilenos i beneficia como propietario los recursos naturales del pais, que formaban la riqueza de su gobierno. Las victorias le han permitido aniquilar el poder militar del Perú, i quedar en posesion de todas las provincias que ocupa sin temor de verse inquietado. Aun ha podido reducir su ejército i su escuadra, porque ya no les son necesarias todas las fuerzas que tenia en el Perú. Dos meses despues de las victorias de Chorrillos i Miraflores, volvia a Chile el jeneral Baquedano con mas de seis mil hombres de su ejército; i despues de recibir las ovaciones a que los hacian acreedores sus triunfos, dejaban éstos las armas para entrar de nuevo a las tranquilas ocupaciones de la paz.

¿Cuál será el desenlace definitivo de esta situacion? No es difícil predecirlo. El ejército chileno ocupará a Lima miéntras haya esperanza de dejar un gobierno sólido i capaz de firmar una paz definitiva i de afianzar la estabilidad del Perú. El dia que el gobierno de Chile adquiera la conviccion de que la anarquía es incurable en aquel desgraciado pais, i de que el patriotismo gastado por sesenta años de corrupcion i de desgobierno, ha desaparecido del todo, reconcentrará una parte de sus tropas en los territorios que debe conservar como indemnizacion de guerra, bien seguro de que nadie habrá

de disputarle su posesion, i dejará al Perú entregado a su destino. Ese destino es, por desgracia, demasiado sombrío. Pero, el patriotismo, manifestado no por las estériles declamaciones de la prensa, sino por la honradez i el trabajo, pueden todavía salvar al Perú de la ruina que le prepararon sus malos gobiernos.

FIN.

ÍNDICE.

TERCERA PARTE.

LA CAMPAÑA A LIMA.

CAPITULO I.

LAS REPÚBLICAS BELIJERANTES DESPUES DE TACNA I ARICA, JUNIO DE 1880.

CAPITUTO II.

EL PROYECTO DE CONFEDERACION PERÚ-BOLIVIANA, JUNIO DE 1880.

CAPITULO III.

BLOQUEO DEL CALLAO: COMBATES DELANTE DE ESTA PLAZA, DE ABRIL A SETIEMBRE DE 1880.

CAPITULO IV.

OPERACIONES I APRESTOS MILITARES EN TIERRA, DE JULIO A SETIEMBRE DE 1880.

CAPITLO V.

LA ESPEDICION LYNCH, SETIEMBRE I OCTUBRE DE 1880.

CAPITULO VI.

LAS NEGOCIACIONES DE ARICA, OCTUBRE DE 1880.

CAPITULO VII.

MARCHA DE LA ESPEDICION CHILENA SOBRE LIMA, NOVIEMBRE I DICIEMBRE DE 1880.

CAPITULO VIII

LOS APRESTOS DE RESISTENCIA EN LIMA I EL CALLAO, NOVIEMBRE I DICIEMBRE DE 1880.

CAPITULO IX

SAN JUAN I CHORRILLOS, 13 DE ENERO DE 1881.

CAPITULO X.

BATALLA DE MIRAFLORES: OCUPACION DE LIMA, DEL 14 AL 17 DE ENERO DE 1881.

CAPITULO XI.

CONCLUSION.

INDICE DE LOS MAPAS I PLANOS.

FIN DEL ÍNDICE.

